



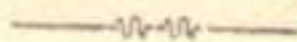
# VIAJE POR ESPAÑA

FA  
19322

tit. 62646  
cb. 1476372



JULIO DE VARGAS



# VIAJE POR ESPAÑA

ALICANTE.=MURCIA



*Francisco  
Fernandez  
Giner*

MADRID

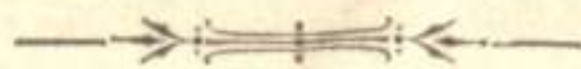
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL  
calle de la Almudena, núm. 2

1895





# ALICANTE



Sonaron las metálicas vibraciones de la campana de la estación, lanzó prolongados gemidos la locomotora, unida á extenso convoy de abrumadora carga, y haciendo poderoso esfuerzo salió de la estación el mónstruo de hierro y fuego, arrastrando en pos de sí el extraño conjunto de personas y cosas que en ordenada fila transportaban las heterogéneas articulaciones del tren.

En uno de los ángulos del departamento que en un carruaje ocupábamos Lázaro y yo, se acurrucaba, medio envuelta entre los amplios pliegues de un *plaid* de vivos colores, una mujer, cubierta la cabeza con un sombrerillo punzó adornado con lazos negros, menos oscuros y brillantes que los ondulados bucles desprendidos de su cerco, y que formaban marco encantador á un rostro, cuyas líneas eran de belleza irreprochable.

Morena, de palidez transparente, con ojos rasgados y



vivos que sombreaban finísimas cejas y pobladas pestañas de azulado tinte, de facciones correctas, desequilibradas un tanto por ligera dilatación de la nariz y labios marcadamente gruesos, aquella interesante joven—que joven era la mujer de que me ocupó—atraía de una manera irresistible, más que por su hermosura, por la expresión de sufrimiento que reflejaba su semblante.

Al partir el tren movió ligeramente una de sus manos, cubierta por fino guante de Suecia, como despidiendo á alguien que se confundía entre la muchedumbre que llenaba el andén, y después se recostó en su rincón, agitada por una tos seca, dura y nerviosa, que luego, y á cortos intervalos, siguió, produciendo penosísimos estremecimientos en aquel delicado cuerpo.

Frente de ella ocupaba otro asiento un hombre de aspecto vulgar, ni viejo ni joven, y sin rasgo alguno característico en su fisonomía, que se cuidó por el momento—y después en el resto del viaje—de que permaneciese abierta la ventanilla, á pesar de sentirse frío penetrante, para que la joven respirase con facilidad.

El revisor, no sé con qué motivo, al examinar y talar los billetes, calificó al hombre de esposo de la mujer y ella rápida y desdeñosamente replicó:

—Esposo, no; padre.

Y yo pensé: «¡Mentira! Ningún hijo consiente que palpite así en sus labios el título de padre.»

Pasó la noche, quedóse la misteriosa pareja en una de las estaciones, y Lázaro y yo, comunicándonos la resultante de nuestras ideas, nos lanzamos á divagar por el campo de la literatura, pensando cuán fácilmente se puede



confundir, por impresión, á la *Margarita* de Goëthe con la *Margarita* de Dumas.

Sin perjuicio, por mi parte, de sentir las molestias del terrible enfriamiento que me produjo la abierta ventanilla, mientras bullía en mi cerebro la [idealizada figura de Margarita Gauthier.



Llegamos á Chinchilla, donde se separaron de nosotros, con dirección á Murcia, los aplaudidos autores de *Las campanadas*, Arniches y Celso Lucio, errantes viajeros aguijoneados por las aficiones de una *tournée* literaria; tocamos, luego, en La Encina, punto en que dimos afable y respetuosa despedida al general Azcárraga, que marchaba á Valencia, y bajo un cielo de tonos cenicientos, del que rara vez se desprendía el destello de un rayo de sol, avanzamos rápidamente, salvando zanjas y bordeando cerros á impulsos del vapor, hasta penetrar en las fértiles comarcas de esta provincia, contraste enorme al par que deleitoso y halagüeño, con los áridos y accidentados territorios hasta entonces recorridos.

Dilatados campos, en que lucha todavía la verdura estival con las doradas tintas de los matices otoñales; viñedos inmensos, en que los negros y apretados racimos aún no han sido talados por la devastación de la vendimia; grupos extensos de frondosos árboles abrumados por el peso de los sabrosos y aromáticos frutos de la estación; cauces y atarjeas en todos sentidos, por los que circulan bullidoras las limpias aguas del Vinalopó; blancas casitas desparramadas sobre la campiña como bandada de palo-



mas, cobijadas bajo las anchas hojas de robustas higueras y embellecidas por enredada alfombra de hermosísimas flores; allá, sobre elevado pico, el medio derruido castillo señorial, pétreo testigo de caballerescas hazañas que un tiempo realizaron los adoradores de la Cruz sobre las huestes agarenas; más lejos el empinado campanario de un templo, erguido sobre los amontonados edificios de un pueblecito; aquí gallarda palmera dominando el paisaje, como receloso vigía; al otro lado abrupta cordillera que con encadenamientos sucesivos penetra en Murcia, se extiende en Almería y va á dejarse besar las plantas por el Mediterráneo en el cabo de Gata, todo luz, todo matices, manchas magníficas de colores, Naturaleza exuberante, tierra dichosa y privilegiada...

¿Puede ser pobre quien con tales atavíos y tan deslumbradoras galas se presenta á las atónitas miradas del viajero? ¿Es posible que no rebose de felicidad quien ofrece una fisonomía en que lo espléndido y lo bello han impreso su huella con tan poderoso esfuerzo?

Villena, Sax, Elda, Monóvar... El tren pasa por delante de vosotros rápida, automáticamente, con la indiferencia del ser á quien anima un organismo puramente físico, pero despojado de todo impulso inteligente: para el viajero reflexivo, para el que procure ahondar en vuestras entrañas cubiertas con tan brillante envoltura, ¿qué sois?

Quizás etapas risueñas de un moderno Paraíso.

Quizás, también, cuerpos sin alma en que las prosperidades de ayer hayan sido sacrificadas á las desdichas de hoy.

Allá veremos.





¡Alicante! Una de las perlas que engasta la corona de rocas con que la tierra española enfrena las sacudidas del Mediterráneo: ciudad que tiene por techumbre el azulado manto de un cielo siempre diáfano; en que los abrasadores rayos del sol se suavizan al contacto de las brisas levantinas; en que los árabes dejaron su espíritu y los castellanos y los valencianos su hidalguía; pueblo esbelto, gallardo, besado por un mar sin mareas y envuelto por un ceñidor de palmeras...

Yo apenas le conocía; muy joven—es decir, hace ya muchos años—me detuve aquí algunas horas; saltaba del tren para embarcarme en el *Alicante*, vapor de la casa López: ahora le veo embellecido, transformado, pulcro y elegante como un gran señor, insinuante como una coqueta.

Mis primeros pasos en la hermosa ciudad han sido verdaderamente afortunados; Lázaro y yo tuvimos el honor, y más que el honor la dicha de ser recibidos por el señor García Soler, decano del Colegio de Abogados, y persona que á su valer intelectual y á su natural distinción une las bellísimas condiciones de su carácter.

Conocía el Sr. García Soler los propósitos de *El Liberal*, y tenía noticia de nuestra llegada; hablamos largamente y tuvo la bondad de escuchar la serie de reflexiones que á mí propio me había hecho, y que le repetí, sobre lo que á mi entender significan estos movimientos, estas corrientes



del periodismo moderno, que sin desatender las luchas de la política, sin reducir el espacio que deba consagrarse á la administración, á la ciencia y al arte, se encaminan con preferencia á penetrar en lo más hondo de la vida social, á recoger los latidos de los pueblos, á señalar los vicios, los defectos, las deficiencias y las necesidades del país, á favorecer las aspiraciones legítimas, fijando la atención de los poderes públicos sobre lo que merezca fijarla, y á prestar decidido apoyo al desvalido contra los privilegiados que explotan la desgracia.

—Bien sé yo—le dije—que esta laboriosísima tarea es susceptible de errores y de desaciertos, por parte de quien la realice; pero, en último término, mucho bueno puede de ella resultar, con íntima satisfacción de *El Liberal*, á quien se debe tan laudable iniciativa.

Por convencimiento ó por cortesía, el Sr. García Soler prestó absoluta conformidad á mis apreciaciones, consagró frases de entusiasta elogio á la campaña emprendida por *El Liberal*, y me ofreció, con una sinceridad que nunca le agradeceré bastante, sus conocimientos respecto á las necesidades de esta capital, y el auxilio para ilustrarme en la tarea acometida, de personalidades importantes, severamente imparciales y de competencia indiscutible en las cuestiones que me propongo tratar.

Paseando con una de ellas por el hermoso *Paseo de los Mártires*, que embellece en toda su extensión cuádruple fila de corpulentas palmeras, fijé mis ojos en el puerto, y dirigiéndome á mi interlocutor, exclamé:

—Es preciso, aunque bastante reducido.

—Sí, señor — contestó mi ilustrado acompañante—



es algo chico, pero en cambio, va resultando muy caro.

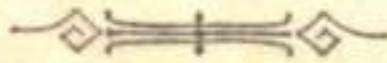
Y me refirió á seguida —con expresión de curiosísimos datos que en mi próxima carta me propongo consignar— la entretenida, al par que lamentable historia, de las *Obras del puerto de Alicante*.







## LAS OBRAS DEL PUERTO



Una taza de inmejorable café, una copa de *cognac* y un buen habano, son, por sí solos, excelentes compañeros en todas ocasiones y con particularidad cuando es necesario favorecer los estímulos del trabajo; figúrese cualquiera si uniendo aquellos elementos puramente accesorios, la amena conversación de tres personas respetables, discretas y de afabilísimo trato, podría pasar anoche el que estas líneas escribe dos ó tres horas en apacible entretenimiento.

Era uno de los señores á que aludo el mismo que en la tarde anterior habló conmigo, por incidencia, de las obras del puerto; había querido ampliar circunstanciadamente sus indicaciones sobre asunto tan interesante y este deseo suyo, que redundaba en beneficio mio, motivaba la reunión á que me refiero.

Iniciado por él un animado diálogo, ¿ha visitado usted —me preguntó— á los periodistas de la localidad?



—Mi compañero y yo—le respondí—cumplimos esta mañana ese deber de afectuosa cortesía, pero con mala suerte, porque solo tuvimos el gusto de hallar en sus respectivos domicilios á dos de los visitados. Esta circunstancia no ha impedido que la prensa local, con un cariño acreedor á profunda gratitud, haya dado cuenta de nuestra presencia en Alicante, en términos tan halagüeños como inmerecidos.

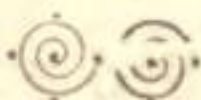
—Lo preguntaba—replicó mi interlocutor—por si le habían hablado á usted de la polémica, veinte veces planteada y en estos instantes nuevamente sostenida, á propósito de la asendereada cuestión de las obras del puerto. La prensa de esta capital, inspirada y dirigida generalmente por gente joven, de ilustración y á la que anima sobre todas las cosas un elevado espíritu que podríamos llamar *de localización*, no puede sustraerse—como no se sustrae en lugar alguno—á las pasiones de la política ni á las vehemencias de los afectos de partido: de ahí que los periódicos, de acuerdo en lo substancial en cuanto redundan en beneficio de Alicante, se tiren los trastos á la cabeza—como suele decirse—en todo lo que se refiere á tendencias y procedimientos. Ahora, por ejemplo, se está dando ese espectáculo, por centésima vez, con ocasión de haberse reproducido la polémica sobre las obras del puerto. ¿Quiere usted, con espíritu más sereno y desapasionado, tratar esa cuestión en *El Liberal*?

—Si me he de limitar á reproducir lo que me diga usted, que tiene competencia indiscutible y absoluta independencia de criterio—le contesté yo—no sólo no tengo inconveniente, sino que lo haría con verdadera satisfac-



ción, por si eso pudiese favorecer en algún modo los intereses de esta capital; pero hacer otra cosa sería dar derecho, con no pequeña razón, á que se interpretase como petulancia mía inexcusable.

—Conformes—añadió mi interlocutor—y ahora preste usted atención durante algunos minutos.



«—Expondré los hechos brevemente:

Empezaron á ejecutarse las obras del puerto, por contrata, en 1861.

El contratista, cuando aquéllas estaban á punto de terminarse—y por un cálculo aritmético que debió darle excelente resultado—rescindió su compromiso en 1871, teniendo el Estado que proseguir, por administración, las obras, que en la primera mitad de 1873 se finalizaron definitivamente.

El coste total de las obras ascendió á 4.199.500'30 pesetas, y para sufragarlo se había convenido en que el Estado satisficiera la mitad, la Diputación 500.000 pesetas, distribuídas en ocho anualidades, y el resto, hasta completar la suma, el comercio, por el establecimiento de arbitrios sobre fondeadero, carga y descarga. Figuerola, en 1868, suprimió aquellos arbitrios, imponiendo un derecho único de descarga, y posteriormente el Gobierno, para procurarse ingresos, añadió, en beneficio propio, el derecho de carga.

Por virtud de lo estipulado, desde 1.º de Enero de 1861



hasta 30 de Junio del año actual, el Estado ha percibido 2.156.960'16 pesetas, sin contar las 500.000 de la Diputación, que él sabrá porqué motivos no ha querido ó no ha podido cobrarlas: de manera que, prescindiendo de esa cantidad, resulta que le ha sido satisfecho lo que se le debía, con un sobrante aún de 57.210 pesetas, que indiscutiblemente ha pagado de más el comercio de Alicante.

Estas son habas contadas y—como suele decirse—la cuenta de la vieja.



El Sr. Navarro Rodrigo, siendo por primera vez ministro de Fomento, creó las Juntas de Obras de Puertos, y por consecuencia, se constituyó en Alicante la que disponía el decreto ministerial, cesando en sus funciones la Junta de Comercio—que había establecido los arbitrios—y de la que era presidente nato el ingeniero jefe de la provincia.

Dicho funcionario tropezó con algunas dificultades sobre la manera de hacer entrega á la nueva Junta, elevó una consulta á la superioridad y esta es la hora en que no ha sido resuelta ni despachada todavía.

La Junta, por su parte, dirigió exposiciones al Gobierno, acudió á los diversos gobernadores que fueron sucediéndose en el mando de la provincia, proclamó de todas las maneras que, siendo de derecho, una entidad constituida, era, de hecho, un organismo puramente fantástico, puesto que no gozaba de facultades ni medios de



acción de ninguna clase; pero todo fué inútil: ni consiguió que se le reconociese su derecho á funcionar en las condiciones fijadas por el decreto de constitución, ni ha podido lograr que se practique una liquidación demostrativa de que el Erario público se ha reintegrado con exceso de la parte ofrecida por el comercio de Alicante para acometer y terminar las obras del puerto: sobre este último punto se le dice que ni en Madrid ni en esta capital existen datos oficiales que consignen las cantidades recaudadas; y en cuanto al primero, cuando en el ministerio han hecho alguna gestión directa la Junta y el comercio, en el sentido de sus deseos, se les ha contestado más ó menos veladamente:

«—No se cansen ustedes; no se les hará nunca la entrega de las obras del puerto; es preciso evitar que esas Juntas hagan lo que ya hacen algunas, que es invertir en personal lo que para obras recaudan; si es necesario ejecutar obras, el Gobierno las hará cuando convenga.

Y así, los individuos de la Junta, descorazonados unos, aburridos otros, desatendidos todos, no saben qué partido tomar y algunos de ellos—como el respetable D. Joaquín Guardiola, secretario de la Junta—se anticipan por medio de dimisión á separarse de ella, sin esperar á que expire el tiempo obligado de su mandato como representantes de otras entidades.»



«En tal estado de cosas, resulta, desde luego, que el Gobierno ni quiere que se practique la liquidación, ni está



dispuesto á que se haga entrega de las obras del puerto á la Junta, ni realiza en este último mejora ni reforma alguna de las que la conveniencia y la necesidad reclaman: está siendo en este punto una deplorable reproducción del perro del hortelano.

Y no hay remedio; por más vueltas que se dé á la cuestión, sólo se descubren dos soluciones: que entre la Junta en la plenitud de sus derechos para que cumpla con su deber, ó que el Gobierno lleve á cabo las reformas del puerto con el auxilio del comercio, que contribuiría ahora á su ejecución, como contribuyó mientras se realizaron las primitivas obras.

En cuanto á estas últimas, las personas competentes en la materia entienden que debería construirse desde el Mareógrafo un espigón, á fin de formar un antepuerto ó ensenada, con lo cual se facilitarían considerablemente las operaciones de la descarga, por la amplitud del espacio en que habrían de verificarse y se daría mayor seguridad á los buques que fondeasen dentro del puerto actual, librándoles á la vez de los vientos del SE., que son los que con mayor violencia y constancia dominan en esta costa.

Además, es indispensable proceder sin pérdida de tiempo al dragado del puerto, operación que no se ha intentado desde que se construyó ni una vez siquiera, y que se impone, si no se quiere que sólo puedan fondear gabarras, faluchos y pailebots dentro de corto plazo.

Y ya que de este punto me ocupo, agregaré que es indispensable una reforma más para complementar las indicadas.

Todas las aguas fecales de Alicante van á verterse en



el puerto, y algunas de ellas en las inmediaciones de las casetas de baños; esto, además de ser inmundo, es altamente perjudicial para la población y para los tripulantes de los barcos.

Proyectóse, para remediar este grave inconveniente, la construcción de un colector de cintura semejante al que por idénticos motivos se ha hecho en Málaga, á fin de que el desagüe de las cloacas se verificase por un sólo punto y por el contramuelle: se acordó que el presupuesto de gastos gravase al de las obras del puerto; aprobó en principio el proyecto la Dirección de Obras Públicas, que encomendó el estudio de los trabajos á los ingenieros; pidieron éstos, como era consiguiente, al Ayuntamiento, el plan de rasantes, y la Corporación municipal les contestó... que ni existía tal plan, ni tales rasantes, ni cosa parecida.

De modo que nos quedamos sin colector y con el puerto cegado por las inmundicias.»



«Unas cuantas palabras más para concluir:

*El Liberal* ha emprendido una campaña por todos conceptos laudable y que puede ser, no sólo provechosa, sino también salvadora para algunas localidades: procure, pues, *El Liberal*, que lleguen las justas quejas y reclamaciones de los alicantinos á los oídos de caballero tan perfecto y de ministro tan celoso de su deber como el Sr. Groizard; que, si como de él debe esperarse, las escucha y se decide á resolver la cuestión de las obras del puerto, poniendo en



ejecución el proyecto aprobado, merecerá bien de este país—que tiene la virtud del agradecimiento—y recibirá entusiastas plácemes de todos, sin distinción de partidos.

Y usted perdone tan largo y deslabazado relato.»

Díle expresivas gracias, le ofrecí solemnemente que *El Liberal* se colocaría con todas sus fuerzas, grandes ó chicas, al lado de las justísimas pretensiones de Alicante, y me separé de él murmurando para mis adentros:

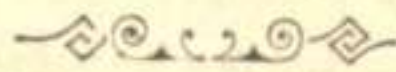
—¡Vaya una pretensión la de los alicantinos! ¡Pues no se empeñan en que se les haga justicia!







## EL SÉPTIMO, DESCANSAR



Fué ayer domingo, y el vecindario de Alicante cumplió—dentro del convencionalismo que el transcurso del tiempo, las necesidades y las conveniencias de los pueblos han establecido—el sagrado precepto que instituyó el mismo Todopoderoso al lanzar á los espacios del infinito la esfera mundanal en el concierto maravilloso del Universo.

Suspendido el trabajo, cerrados los despachos, abandonados los talleres, solitarias las oficinas y abiertos únicamente los templos al fervor religioso y los establecimientos de recreo á las expansiones del descanso, Alicante ofreció ayer á la contemplación del forastero la fisonomía especialísima de las ciudades trabajadoras, que sustituyen en día festivo el movimiento y la actividad, ordinariamente concentrados de puertas adentro, con el bullicio y la animación desparramados por calles y paseos.

La noche anterior se nos habían dirigido varias cariñosas y excitantes invitaciones, compendiadas en esta tentadora fórmula:



«—Mañana iremos á *la huerta.*»

Y nosotros, obreros impenitentes, para quienes el tiempo es oro y el descanso delito, rechazamos el galante ofrecimiento, á impulsos del espíritu de investigación—adversario decidido del reposo—no sin hacer el sacrificio del deseo en aras del deber que las circunstancias nos impone.

No habíamos querido ir á *la huerta* y justo era que lo lamentásemos, porque no se renuncia sin pena, en las arideces de la vida á los oasis que para el espíritu representan aquí aquellas dos mágicas palabras.

El alicantino acaudalado ó de modesta posición, obrero ó comerciante, artista ó menestral, aristócrata ó plebeyo, tiene ó aspira con todo género de esfuerzos á tener *una huerta*, medio para unos de tranquilidad y olvido, fuente para otros de regocijo del ánimo, paraíso para todos, en que al vigorizarse el cuerpo adquieren espacios dilatados las expansiones del alma.

Una casita, blanca como la nieve, más ó menos grande y con mayor ó menor lujo—pero siempre limpia y confortable—asentada entre flores y medio oculta por el follaje de los árboles; un cercado extenso ó chico, defendido de los rayos del sol por las verdes y enramadas copas de los frutales, y un campo de hortalizas fertilizado por las bullidoras aguas de una acequia, sobre la que revolotean bandadas de parleros pajarillos, aroma suave, brisa refrigerante, murmullos arrobadores en todo el recinto; todo eso constituye en las inmediaciones de Alicante lo que los moradores de la capital llaman modestamente *una huerta.*

Por eso, repito, que nosotros, pobres madrileños, con-



denados á no tener otro campo que el Campo del Moro, ni otra huerta que la Huerta del Bayo, tuvimos que hacer sobre el deseo un poderoso esfuerzo de voluntad para renunciar al placer de regocijarnos con el espectáculo maravilloso que la Naturaleza presenta en el hermoso término de esta ciudad privilegiada.



También hay en Alicante un tranvía: atraviesa la ciudad por los lugares más populosos y tocan sus extremos—con un desarrollo de tres kilómetros próximamente—de una parte en el barrio de San Antón y de la otra en los límites del ensanche, donde tiene la estación la Compañía.

El recorrido completo de aquel trayecto cuesta á cada persona veinte céntimos de peseta; pero como está dividido en cuatro secciones, á cinco céntimos cada una, se ha facilitado de tal modo el movimiento de viajeros, que no obstante la crisis penosísima que Alicante atraviesa, los carruajes van casi siempre poblados de gente.

Ocupé un asiento en uno de aquellos vehículos, pagué su importe cuando lo pidió el cobrador, y pregunté á éste último, estimulado por la curiosidad:

—¿Era de abono el billete que en pago de su asiento le ha dado á usted la persona que va en el primer banco?

—No, señor—me contestó el empleado—es una autorización *para hoy*, expedida por la Compañía.

¡Para hoy! ¡Veinte céntimos á lo sumo! ¡Cómo andarán las cosas en Alicante para que pase, como cosa natural un «pase» *momentáneo* de cuatro perros chicos!



El viaje en tranvía, aunque me dió una idea aproximada de las proporciones y aspecto general de la población, no satisfizo por completo mis deseos. Para cumplirlos tomé, en compañía de Lázaro, uno de esos carruajes que en Madrid llamamos *ómnibus*, que en Andalucía se denominan *góndolas* y que un inglés calificaría de *break* con alguna dificultad.

El conductor era un mocetón simpático, risueño y locuaz como un oficial de peluquero: espontáneamente, y comprendiendo con la perspicacia intuitiva del cochero universal, que los dos *señores* que conducía no eran *de la tierra*, nos llevó á todos los lugares *intra* y *extramuros* que, á su juicio merecían ser revistados, dándoles sus respectivos nombres y reseñando sus principales circunstancias, con una claridad de expresión que hubiese envidiado el antiguo y celeberrimo Ciego de El Escorial.

Un automedonte *cicerone* insustituible, y digno, seguramente, de mejor empleo.

Cuando después de examinarlo todo, como se contempla una colección de vistas en un estereóscopo, nos reintegró el carruaje á nuestro hotel y recibió el precio de su servicio el cochero, me dijo éste con la mayor naturalidad:

—Esta tarde, si quiere, le *subiré* al castillo.

—¡Hombre!—le contesté.—Lo que es esta tarde no quiero proporcionar á usted esa fatiga.

Mañana, si acaso, me dará usted un paseo por el mar.

Y ya verán ustedes cómo Lázaro y yo recorreremos el puerto en *ómnibus*, guiados por el Neptuno improvisado de una caballeriza de Alicante.





Tomamos por la tarde un bote para recorrer el puerto.

Le gobernaba un sólo hombre como de sesenta años, de fisonomía, aunque dura, simpática; de piel curtida por la intemperie y los azares del mar, y de naturaleza robusta, que se revelaba en sus nervudos brazos, puestos al descubierto por las recogidas mangas de una blusa negra.

Cubría la cabeza con un sombrero chato y arrugado, que hace años debió ser de fieltro y de cuyo cerco se desprendían algunos enmarañados mechones de cabellos grises.

Remando y hablando él al mismo tiempo, me refirió brevemente su historia; una historia vulgar sin accidentes excepcionales: como matriculado de mar sirvió á la patria en un barco de guerra; al cumplir su empeño retornó al país; se casó y tuvo dos hijos varones; ambos se despecharon con agua salada, y cuando pudieron ayudaron á su padre en la pesca y á su madre en remendar las redes; el mayor fué llamado al servicio del rey y el más pequeño maneja otro bote... y piensa en casarse: este proyecto no satisface mucho al viejo marino, según todas las apariencias.

Dimos la vuelta al puerto y el barquero, al aproximarnos á uno de los extremos del muelle, hizo que me fijase en dos puntos que me señalaba.

—¿Vé usted aquel hueco en que faltan algunos bloques y más acá aquella especie de agujero que hay en la mu-



ralla? Pues el primero lo causó un temporal, y nadie se ha ocupado en remediarlo, y el segundo lo produjo la embes- tida de un barco, que la pagó cara, pues dicen que le cos- tó dos mil duros. ¿Qué habrá sido de aquéllos cuarenta mil reales?

—Eso—le contesté yo—deben ser habladurías de Puer- ta de Tierra.



El muelle, el puerto: estos conceptos representan una especie de monomanía, perfectamente justificada para las gentes que piensan y que trabajan en Alicante: es una cuestión tan peculiar, tan privativa—digámoslo así—de esta capital, y de tan evidente importancia, que no es ma- ravilla preocupe á todos, y particularmente á las clases mercantiles. Yo mismo, lo confieso, me siento influido por la corriente general; y si no fuese impertinente inmodes- tia, me declararía alicantino para los efectos de reclamar uno y otro día una solución racional que ponga término al estado de cosas que impide ó paraliza la reforma del puerto.

Verdaderamente, es absurdo lo que aquí sucede.

Existe un antiguo decreto, elevado á la categoría de ley por la sanción de la práctica y del tiempo, que entre- ga las obras de los puertos á unas Juntas, con condiciones determinadas y con derechos indiscutibles.

Funcionan esas Juntas en diferentes puertos con per- fecta regularidad, sin que á poder alguno le haya ocurri-



do establecerles cortapisas en la órbita de sus atribuciones.

¿Qué razón legal, de derecho ó de conveniencia existe, para que sea la excepción única la Junta de Obras del puerto de Alicante?

En verdad esa situación es irritante y justifica la solemne protesta que formuló desde luego el ilustre barón de Mayals, y que ha reproducido colectiva ó individualmente la generalidad de la Junta.

¿Por qué el Sr. Groizard, tan digno por todos conceptos de la consideración pública, no resuelve este grave asunto, empezando *por el principio*, esto es, por investir á la Junta de las atribuciones que le son propias y que quiso tuviese el decreto del Sr. Navarro Rodrigo?

Todo lo demás que haya de venir después, debe ser inevitable consecuencia de tal medida, reclamada por la ley y aconsejada por la conveniencia, y proceder de otro modo sería seguir el peligroso camino de la ilegalidad y de la injusticia. El precepto legal escrito debe cumplirse, y de no cumplirse, derogarse.

Si las Juntas de Obras de puertos deben existir, que exista con todas sus facultades potestativas la de Alicante.

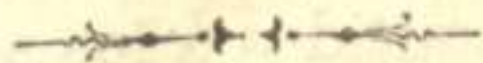
De lo contrario, tendrán los alicantinos legítimo derecho para decir que son de peor raza que el resto de los españoles.







## LA CRISIS VINÍCOLA



He aquí una cuestión que, si fuese lícito tratarla con ligereza impropia de su importancia, podría decirse de ella que se le ha subido á la cabeza á la provincia de Alicante.

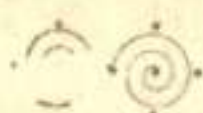
Porque, en efecto, marea, desvanece la comparación entre lo que en asunto de tal interés ocurre en la actualidad con lo que ocurría hasta hace dos años.

Un solo dato bastará para que el más indiferente, el menos aficionado á este género de problemas agrícola mercantiles, establezca la comparación y deduzca de ella las naturales consecuencias.

Por el puerto se ha llegado á exportar por término medio y en cifra redonda hasta 400.000 pipas de vino: en estos dos últimos años la exportación ha oscilado entre 50 y 60.000 pipas, es decir, que ha quedado reducida la demanda, por aquel concepto, á una octava parte de la producción.



No puede darse en menor número de palabras dato más verídico, ni más desconsolador al mismo tiempo.



Alicante ha tenido y tiene desde muy antiguo, dentro y fuera de España, merecida fama por sus excelentes vinos. En no pequeño número de comedias de nuestras celebridades del siglo xvii; en muchas de las novelas caballerescas de nuestros escritores contemporáneos; en no pocos de los relatos hechos —y transmitidos á los actuales tiempos— de la vida aventurera de los españoles en Francia, en Italia y en Flandes, se cita, como accesorio ineludible, el vino de esta tierra, de igual modo que solemos citar en la época que corremos el Burdeos, el Borgoña y el Rhin, como suprema expresión de las bebidas más recomendables. Esto sin contar con que para obtener la prueba de mi primitiva afirmación, basta conocer un poco la historia agrícola de esta provincia, sin necesidad de recurrir al testimonio de crónicas y comedias más ó menos fantásticas y literarias.

Pero, en verdad, el desarrollo en proporciones considerables de ese ramo de producción—que representa casi el 75 por 100 de toda la que ofrece el privilegiado suelo de esta provincia en sus variadas y ricas manifestaciones—no se observó hasta que empezó á regir nuestro último Tratado con Francia; y durante aquellos diez años de prosperidades, indiscutible para la generalidad de nuestro comercio, las facilidades que ofrecía aquel régimen arancelario y la demanda extraordinaria de los vinos españoles, exigidas



por las necesidades circunstanciales del país vecino, abrieron ancho campo á la iniciativa, á la actividad y á la legítima aspiración de lucro de los agricultores de ésta y de todas las comarcas vitícolas de la Península.

Sucedió, por consiguiente, lo que en otras muchas partes en la provincia de Alicante.

Ocurrió, por ejemplo, que el agricultor que poseía mil cepas, que le producían igual número de cántaras y que por la repentina elevación de los precios las vendía, por término medio, en 15.000 reales, aspiraba á ensanchar su propiedad para dedicarla al cultivo de una producción de tan segura y pingüe salida; y si tenía almendros los derribaba, y si poseía olivos los convertía en leña, con el afán de plantar vides, que le reportaban mayor beneficio en menor tiempo y á costa quizás de menos cuidados.

Así, por esa especie de vértigo viticultor, el término de Villena—que merece ser citado especialmente—produjo y sigue produciendo millón y medio de cántaras de vino, que en los buenos tiempos de la exportación se vendían á duro la cántara; es decir, que cada cosecha representaba transacciones por la relativamente enorme suma de treinta millones de reales.

Se había convertido, por consecuencia, el Tratado con Francia en un verdadero río de oro que inundaba á toda la provincia, haciendo que esta última—con su capital á la cabeza—ganase en solo diez, cincuenta años en cultura, en prosperidad y en ventajas materiales, al amparo de aquel beneficioso régimen arancelario.



La fortuna, cuando distribuye á todos por igual sus favores, establece leyes inflexibles que tienen engranaje racional y desenvolvimiento lógico.

El agricultor que paulatinamente va enriqueciéndose, extiende su propiedad, restaura su casa, edifica bodegas y adquiere nuevas fincas; el extractor aumenta el tráfico, promueve la exportación y aporta capitales; el exportador crea Sociedades, pone en movimiento numerosas industrias auxiliares del negocio principal, propaga los medios de transporte, levanta almacenes, fomenta el movimiento marítimo y se rodea de comisionistas que vienen á traerle el capital extranjero; y todos pagan y gastan y cambian favorablemente las condiciones de su vida material; y circula el dinero del rico al pobre y del comerciante al obrero, y las aldeas se convierten en ciudades, y las ciudades transforman sus viviendas en palacios.

Eso es lo que ha sucedido en casi toda la provincia de Alicante; y habríase podido decir que en toda ella, si Denia y los demás pueblos de la marina, consagrados á la fabricación de sus afamadas pasas, no hubiesen continuado inalterablemente su lucrativa industria, que constituye un ramo importantísimo de exportación á Inglaterra, y quizás, quizás á alguna de las mismas provincias españolas.

Excepción hecha, por consiguiente, de esos pueblos, en los demás, el período de exportación improvisó grandes fortunas; agricultores hubo —y existen— que con un capi-



talejo de tres ó cuatro mil duros llegaron á elevarlo á cuarenta, sesenta y hasta cien mil; de algún exportador me consta que habiendo emprendido sus negocios con veinte mil duros, cuenta hoy con un capital que excede de dos millones de pesetas, caso que, en condiciones análogas, es aplicable á la casa exportadora de D. Luis Penalva, que tiene, sólo en el término de Villena, propiedades y edificios valorados en más de un millón de pesetas.



Alicante—la capital—era la que más debía ganar y ganó, en efecto, por consecuencia de aquel poderoso movimiento de intereses.

Hubo trabajo bien retribuído para todo el que lo solicitaba; se desarrollaron y florecieron todas las artes mecánicas; se ensanchó la población, extendiéndose por los modernos y extensos barrios de San Fernando y de Benalúa; se hermoseó la ciudad con nuevos y elegantes edificios, y el comercio y la industria y las clases todas, en la natural proporción, tocaron rápidamente los beneficios de aquel conjunto de venturosas prosperidades; hasta en el concepto social influyó poderosamente aquel estado de cosas.

El obrero, metamorfoseado en burgués, se consideró con derecho—y le tenía, en efecto—para que al mejorar sus condiciones de vida, se transformasen también en igual sentido las de sus hijos; y puso en carrera á los varones y educó esmeradamente á las hembras, entre las cuales hay muchas que al presentarse en público en nada se diferen-



cian de las más distinguidas señoritas, y al regresar á sus casas entretienen sus ocios reproduciendo en el piano las sublimes inspiraciones de Haydn, Beethoven ó Bellini.

Favoreció, además, al desarrollo de los intereses materiales de esta capital, la concurrencia de extranjeros—especialmente de franceses—que, en representación de casas acaudaladas de su país, se establecían en Alicante para explotar el negocio de los vinos.

Casi todos aquellos comisionistas se instalaban con cierto *confort* rayano del lujo; hacían que les colocasen el teléfono en sus respectivas habitaciones, gastaban alegremente su dinero en círculos, espectáculos y cafés, y tenían á su disposición faetones ó *charrettes*, que ocupaban llevando siempre al lado damas en que el exagerado *Niniche*, sobrecargado de plumas y el llamativo traje, traducido libremente del último figurín parisién, atraían las miradas y provocaban las sonrisas maliciosas de los curiosos.

Diez años más de Tratado con Francia, y Alicante hubiera podido ensolar con luses de oro su magnífico paseo de la Explanada.



Pero, desgraciadamente, no ha sucedido así; concluyó el Tratado, y por causas de todos conocidas—de que no tengo para qué ocuparme—Francia elevó considerablemente sus tarifas, dificultando la importación de nuestros vinos, que por otra parte, le eran ya mucho menos necesarios que en los años anteriores.



Y sobrevino lo que era inevitable: que el agricultor y los extractores y las casas exportadoras habían invertido en tierras, bodegas, edificios y materiales exclusivamente aplicables al negocio de los vinos, la casi totalidad de las ganancias obtenidas; que se paralizó el tráfico y con él la generalidad de los trabajos; que no ha vuelto á verse anclados en el puerto treinta vapores, como se vió con frecuencia en otras épocas, y que muchas bodegas, repletas todavía con la cosecha anterior, no tienen donde hacer hueco á la que se está recolectando.

Y resulta más, y es que se paga á 37 céntimos la arroba de uva, que se pagaba á ocho y nueve reales, y que muchos cosecheros se considerarían dichosos si encontrasen comprador que les ofreciese tres reales por la arroba de vino, y eso que este año se nota cierta tendencia á mejorar los precios.

En resumen: que la denuncia del Tratado, la abundancia de producción, la escasez de la demanda y hasta el impuesto de consumos, que en Alicante grava con *ocho reales y medio* la arroba de vino, y anula, por lo tanto, el mercado de la capital, han asolado al campo y á la ciudad, han empequeñecido muchas fortunas y han reducido á la miseria á considerable número de familias.

¿Tiene esta situación del momento algún remedio eficaz en lo porvenir?

Hay aquí personas inteligentes en la materia, que abrigan algunas esperanzas en sentido afirmativo.

Suponen que las corrientes proteccionistas en Francia van debilitándose y que concluirán por adaptarse á soluciones arancelarias razonables.



Piensen que Francia, que no puede recurrir á Portugal porque la filoxera ha destruído sus viñedos, ni á Italia, para cuyos vinos ha establecido tarifas casi prohibitivas, habrá de acudir á España cuando agote la producción de sus provincias del Mediodía, si en París ha de beberse vino sin mezcla de agua, como está ordenado terminantemente.

Y calculan, por último, que produciendo Francia de 35 á 36 millones de hectolitros—de los cuales exporta próximamente tres—y necesitando para su consumo unos 40 millones, precisamente ha de buscar fuera—y más racionalmente en España—los seis ó siete millones de hectolitros que le hacen falta, sobre todo este año en que su cosecha ha resultado muy deficiente.

Conclusiones: que los alicantinos, activos, inteligentes, trabajadores, con poderosos elementos de riqueza y con espíritu de perseverancia inquebrantable, tienen que fiarlo todo á la Providencia, mientras no se realizan estos dos grandes ideales:

—Un Tratado razonable con Francia.

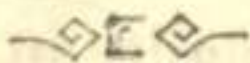
—Una modificación beneficiosa en el impuesto de consumos.







## ¡Á LA CÁRCEL!



He oído asegurar muchas veces á los que de estas cuestiones entienden, que se registran numerosos casos de desdichados—á quienes el desvalimiento, la miseria y tal vez el abandono social, empujaron hasta los linderos del crimen—que reclusos por cualquiera causa en una prisión, al ser puestos en libertad cometen, con el exclusivo objeto de reingresar en ella, un nuevo delito. Así será, sin duda; pero preciso es convenir en que de todas las perturbaciones del cerebro humano, la menos concebible y explicable es la nostalgia del presidio.

Yo no sé qué vértigos de la angustia, qué estremecimientos del terror sufrirá, no ya el inocente, sino el criminal más empedernido, cuando la ley le diga:—¡A la cárcel!—frase tremenda que debe resonar en sus oídos como el más formidable de los anatemas; pero si hubiese de juz-



gar por el espanto que en mi ánimo produce la sola idea de habitar un calabozo, debería creer que un preso es la última expresión de los infortunios sociales.

Júzguese, después de haber expuesto este criterio mío, la impresión que ayer me produciría la visita á la Cárcel de Alicante, visita que tan sobria, como fielmente, me propongo relatar á continuación.



Es un casucho enclavado en el cuartel más céntrico, y cabe decir más aristocrático, de la capital.

Forma ángulo con la calle de San Fernando y Plaza de Isabel II, llamada anteriormente esta última Plaza de las Barcas, porque los terrenos en que se emplaza fueron arrebatados al mar, cuyo oleaje salpicaba de espuma el vetusto edificio actualmente destinado á Cárcel. Dicen que ese edificio fué, en otro tiempo, depósito de sal; no he confirmado el dato ni en realidad importa; lo que sé es que aquéllo nunca debió ser guarida de seres racionales.

Tiene sobre la planta baja un solo piso, destinado en parte á vivienda del alcaide y en parte, también, á cárcel de mujeres, y está destinada la primera á oficina que en directa comunicación con el rastrillo, da acceso al patio y cuadras en que se encuentran los hombres reclusos.

El ancho portalón, custodiado por fuerza militar, es la abertura de un reducido zaguán en que se halla el locutorio, que sirve lo mismo para establecer confusos diálogos entre los presos y las personas que los visitan, que para



entretenimiento de los transeuntes aficionados á las emociones presidiales.

El patio, que viene á ser un rectángulo cuyo lado mayor medirá escasamente quince metros, está dividido en dos por una crujía abovedada y defendido por una reja recubierta por algunos cristales, protegidos á su vez por una red alambrada. A derecha é izquierda y en el fondo del patio están situadas las cuadras que sirven de dormitorios y de refugio contra la intemperie á los reclusos, cuyo número se eleva alguna vez á 120 y en la actualidad llega, si no recuerdo mal, á unos ochenta.

Entre el piso exterior del edificio y el del patio hay un gran desnivel en perjuicio del último, que por esa situación resulta húmedo y malsano; pero aún se agravan estas condiciones en las cuadras, desprovistas de toda ventilación y de luz, pues no puede recibir tal nombre la cenital que en algunas de ellas—no todas—trata en vano de hacerse paso, por una claraboya cubierta de sucios vidrios y fuertemente enrejada.

En *La Bomba*, cuadra que en la actualidad no hace falta utilizar, no penetran el aire y la luz por parte alguna; y los calabozos—que están á tres metros bajo el nivel del patio—son cubiles de cuatro pasos en cuadro, cubiertos de una materia viscosa, en que la respiración se dificulta á los pocos minutos de someter los pulmones á la influencia de aquella atmósfera viciada y nauseabunda. Me dijeron que uno de aquellos antros encerraba á un desdichado.

Así amontonados, durmiendo entre harapos sobre el húmedo pavimento, sin aireación y sin luz, y maldiciendo,



sin duda, á la inhumana sociedad, que los considera de peor condición que á los animales, viven aquellos infelices, revueltos en la escala del delito el acusado de un hurto con el autor de un asesinato; el preso preventivo con el rematado que vá de tránsito; el encausado político con el ladrón y el homicida, y quizás pensando algunos que los subterráneos de *Los Plomos* y los encierros de *La Bastilla*, fueron—como las terribles cavernas de *Los Infiernos* del Dante—delirios de la fantasía y leyendas arrobadoras, comparadas con los sufrimientos de los que gimen en la cárcel de un pueblo culto, humano, demócrata y arraigadamente civilizado.

Hay, sin embargo, en esa cárcel un ser—no me decido á decir un hombre—que parece completamente feliz.

José Narvayo, italiano, de unos 50 años, alto y robusto, de mirada indecisa y con boca siempre entreabierta por una vaga sonrisa.

La voz popular dijo que devoraba niños; un juez, quizás por piedad, hizo prender al vagabundo y desde el término de Dolores lo remitió, en observación, á esta cárcel. Narvayo, que no habla y que sólo contesta con una afirmación á cuantas preguntas se le dirigen, resulta ser idiota: lleva tres meses encerrado y quizás para él sea providencial y salvadora su prisión.

Pero aun siéndolo y aun tratándose de un imbécil, hay refinamiento de crueldad en retenerlo en la cárcel de Alicante.





Vamos á lo que importa.

En Mayo de 1888 el Ayuntamiento de Alicante sometió á la superioridad—que los aprobó desde luego—el proyecto, los planos y el presupuesto de un edificio destinado á cárcel: el citado presupuesto estaba calculado en 569.101 pesetas.

Por real decreto de 22 de Octubre de 1891 se nombró una Junta llamada de inspección, vigilancia y administración de la nueva cárcel, destinada á Cárcel de Audiencia, de partido y depósito municipal. Debían componer la Junta el gobernador civil, el presidente de la Diputación provincial, el alcalde, el presidente y el fiscal de la Audiencia, un diputado provincial, un concejal, el arquitecto municipal, el decano del Colegio de Abogados, el abad de la Colegiata, el médico forense y un senador y un diputado designados por la presidencia del Consejo de ministros.

Por ley promulgada el 29 de Julio de 1892, el Estado cedió á la Junta en pleno dominio el edificio y terreno de la cárcel vieja, para aplicar en su día el producto de su venta á la construcción de la nueva cárcel, disponiendo que la Diputación y el Ayuntamiento satisficiesen, por mitad, los gastos calculados que, distribuidos en cuatro ejercicios sucesivos, deberían consignar en sus respectivos presupuestos.

Ordenaba, además, la ley, que las obras se empezasen en el término de seis meses, á contar desde la fecha de su promulgación. que se terminasen en cuatro años y que las partidas consignadas por ambas corporaciones populares se pusiesen á disposición de la Junta inspectora.



Pocos meses después, en el mismo año de 1892, por acuerdo de la Junta se verificó, con extraordinaria solemnidad, el acto de colocar la primera piedra del nuevo edificio, en un terreno de 9.500 metros superficiales, cedido generosamente al Ayuntamiento, en el barrio de Benalúa, por la Sociedad titulada *Los diez amigos*, á cuya iniciativa, perseverancia y amor al país, debe Alicante mejoras importantísimas.

Desde aquella fecha hasta ahora no hay de la cárcel nueva más que la susodicha piedra traspasada por el indispensable canuto metálico, fiel guardador del acta, monedas y demás accesorios de rigor en tales acontecimientos.

Y lo peor es que no se descubre el menor indicio de que otros bloques hayan de ir amontonándose arquitectónicamente sobre el privilegiado pedrusco del canuto.



La Junta, claro está, se ha reunido muchas veces; pero como su organización tiene vicio de origen, puesto que sus vocales dejan de serlo en cuanto cesan en el cargo que les obliga á formar parte de ella, ni ha logrado tener la cohesión necesaria—por sus frecuentes renovaciones—para consolidar sus acuerdos, ni ha mantenido la persistencia y virilidad indispensables, que lógicamente sólo pueden derivarse de funciones permanentes.

Surgió, además, una seria dificultad. Excitados por la Junta el Ayuntamiento y la Diputación, manifestó, de



oficio, el primero, que consignaba en dos ejercicios sucesivos las cantidades que por mandato de la ley le correspondía incluir en sus presupuestos para la construcción de la nueva cárcel.

La Diputación, á su vez, haciendo constar que la ley le obligaba á modificar un acuerdo suyo anterior, declaró, también, que incluía en sus presupuestos las partidas ordenadas, pero sólo el 25 por 100 por ejercicios corrientes, pues el 75 por 100 restante debería ser cargo del Ayuntamiento por atrasos del cupo.

Ahora bien: como ni el Ayuntamiento ni la Diputación pusieron un solo céntimo á disposición de la Junta; como ésta—que no contaba con medios de ninguna clase—carecía, además, de unidad para dirigir su acción provechosamente; como la Diputación reclamaba del Ayuntamiento, justa ó injustamente—que en eso no tengo para qué penetrar—lo que el Municipio no podía satisfacer, y como, en fin, ninguna de las entidades jerárquicamente llamadas á intervenir en el asunto, se decidieron á poner término á una situación de cosas tan anómala é inconcebible, resulta:

Que la ley está incumplida.

Que la cárcel nueva no se construye.

Que la cárcel vieja subsiste.

Y que Alicante se sonroja ante aquel repugnante edificio, padrón de vergüenza y alegoría de la inhumanidad, con vehementes deseos de gritar con todas sus fuerzas:

—¡A la cárcel!

He aquí, por consiguiente, un motivo justificadísimo para que el Sr. Aguilera—tan atento á las necesidades de los pueblos—y el Sr. Capdepón—tan celoso del prestigio



de la justicia, como afecto á esta hermosa provincia—interviniesen enérgicamente en este asunto.

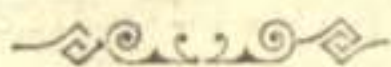
Tengan la seguridad de que si lo hiciesen, merecerían bien del decoro patrio y se conquistarían la gratitud de los alicantinos.







## AGUAS POTABLES



Cuestión importantísima es esta para Alicante, y temerosa, hasta los linderos de la cobardía, para el que—como me sucede á mí—vése obligado á *echar su cuarto á espaldas* ocupándose de ella, tanto por irresistible impulso propio, cuanto por exigirlo, además de la misión que *El Liberal* me ha impuesto, la necesidad de deferir á las excitaciones que pública y privadamente se me han dirigido.

Y héme aquí que—á semejanza de aquel ciudadano que estando bueno se murió por querer estar mejor—debiendo rehair el examen de un asunto respecto del cual no parece que haya perfecta unanimidad de pareceres, ni entre los mismos alicantinos, me he metido en él de bruces, sin recapacitar que puedo ser *hombre al agua* y víctima inmolada á mis propios é innecesarios atrevimientos.

La cuestión de aguas potables tiene, como Jano—la deidad mitológica de la perfidia—dos caras, y anverso y



reverso, como las medallas; siendo, por añadidura, de naturaleza maleable y ocasionada á que, al discutirla yo, alguien me compare con el individuo de quien se cuenta que por meterse en todo, se metía hasta en los charcos.

Por otra parte, las circunstancias de que envuelve intereses particulares de extraordinaria cuantía y de que su solución depende, en principio, del término de un litigio contencioso, convierte el asunto, para todo extraño á la localidad, en arma peligrosa, que blandida en uno ó en otro sentido, pudiera herir la mano del mismo que la esgrime.

Sorteando este peligro, procurando sobrenadar en la serena altura de la conveniencia pública del vecindario de Alicante y sin más guía que un punto de vista ajeno á toda tendencia apasionada, voy á echar el pecho al agua, fiando en que si esta última me llega al cuello, no faltarán almas piadosas que me proporcionen oportunamente una tabla de salvación.



Marquemos, para hacer historia, un periodo que comprenda los últimos veinticinco años.

Por aquéllos tiempos Alicante, oprimido por una cintura de murallas, polvoriento, abrasado por los rayos del sol que imaginaba desparramar su lumbre por una región intertropical y sediento hasta sentir los vértigos de la angustia, vivía vida raquítica y precaria, ocultando bajo lo enteco de su aspecto las viriles energías que más tarde reveló con rápido y poderoso desarrollo.



Apenas tenía agua, y la escasa que humedecía sus labios y que brotaba como amarga lágrima de mezquino manantial, se saturaba de magnesia, convirtiéndola en agente químico recomendable para la salud, pero al propio tiempo en brevaje repulsivo que rechazaba el paladar menos delicado.

La especulación particular agotó el manantial; socavados los terrenos superiores al en que iluminaba sus menaguadas aguas por perseverantes explotadores, y filtradas y diseminadas éstas entre los caudales descubiertos, fué necesario que la Municipalidad—sabe Dios á costa de qué género de esfuerzos—obtuviese de los nuevos propietarios la venta de sus aguas, que á un tanto alzado á bajo precio y aforadas debidamente, distribuye el depósito municipal con aplicación á riego de paseos, á muchas fuentes públicas—muertas de sed durante muchas horas del día— y á mantener las plumas ó reales fontaneros á que tenían derecho algunos propietarios á cambio de canon de antiguo establecido y puntualmente satisfecho.

Pero Alicante continuaba teniendo escasísimas aguas.

La iniciativa particular ideó mil medios para subsanar la falta; hizo no pocas tentativas, formó sociedades, practicó trabajos y empleó sumas considerables—todo sin resultado beneficioso—para la traída de aguas á la capital: una empresa—la que se propuso explotar con tal objeto los depósitos de Torremanzanas—llegó á invertir, según creo, hasta 80.000 duros en obras que resultaron, por diferentes causas, completamente estériles y baldías.

Parecía, por lo tanto, condenado Alicante á carecer de agua potable en la medida, siquiera, de sus más apremian-



tes necesidades, y en esa situación permaneció hasta que, por virtud de contrato con el Ayuntamiento, el señor marqués de Benalúa se decidió á traer á la capital las aguas de la Alcoraya.



La partida rural de la Alcoraya está situada á diecisiete kilómetros de Alicante.

Las aguas de sus depósitos constituían un artículo de productivo tráfico para los habitantes de la comarca, quienes en carros, en caballerías, y hasta como simples porteadores, las traían á la capital, seguros de darles colocación inmediata. El marqués de Benalúa compró aquellos depósitos, realizó las obras de conducción, y en 1882 quedó terminado el viaje de las aguas de Alcoraya, que representan un caudal—si no me es infiel la memoria—de 229 metros cúbicos por cada veinticuatro horas.

«- ¡Ya tengo agua!—pudo exclamar regocijado Alicante.—¡Ya me es permitido apagar mi sed, regar mis flores, embellecer mis paseos y hasta lavar algunas de mis calles de vez en cuando!»

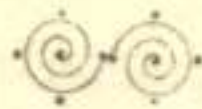
Y el Ayuntamiento, como si respondiese al clamoreo universal, dirigió su voz á los altos poderes del Estado, para decirles:

«—No tengo medios para demostrar mi gratitud por el inmenso favor recibido; dádmelos vosotros, concediendo al marqués de Benalúa la grandeza de España.»

Y los poderes públicos otorgaron lo que se les pedía, y



el pueblo alicantino, cuando lo supo, se bañó, no sólo en agua de la Alcoraya, sino también en agua de rosas.



Una de las cosas que desde los primeros momentos llaman en Alicante la atención del viajero que por primera vez lo visita, es el pabellón ó kiosco levantado en el jardinillo de diversas plazas; está compuesto de dos cuerpos concéntricos, el interior, en forma de templete poligonal, de fábrica, revestido de mármoles y presentando en cada una de las fases y á la altura prudencial para el uso á que se la destina, una pila, de mármol también; y el exterior, que deja con relación al primero espacio suficiente para el paso del público, de enrejado de madera pintada y de agradable dibujo. En esos kioskos puede beber agua de la Alcoraya gratuitamente el que la demande y obtenerla, para llevarla á su domicilio, todo el que presente envase para transportarla y la pague á razón de cinco céntimos de peseta por cada diez litros.

Muchos establecimientos y bastantes edificios particulares reciben el agua directamente, teniendo algunos hasta dos acometidas: una de la Alcoraya y la otra del antiguo viaje; pero la inmensa mayoría del vecindario se surte del precioso líquido en la misma fuente, no dejando de ser curioso y entretenido, en determinadas horas, el espectáculo que ofrecen los dieciséis caños vaciándose sobre igual número de vasijas custodias por sus respectivos dueños, y bajo la vigilancia de un fontanero y de una pa-



reja de municipales, quienes tienen la obligación de mantener riguroso turno entre los que esperan vez para llenar sus respectivos cántaros.

Dedúcese de este brevísimo relato, que los manantiales de la Alcoraya, si bien reportaron inmenso beneficio á la capital, eran y siguen siendo deficientes para la vida de una ciudad populosa, esencialmente mercantil y de tendencia pronunciadamente industrial, pues bastan apenas para proveerla del agua indispensable á las necesidades más apremiantes, y aun así, á no mezquino precio y á costa de no pequeñas molestias.



Con la iluminación en Alicante de las aguas de Alcoraya, murió una industria hidráulica, montada por el señor Ruiz Carratalá, quien, durante dos años próximamente, estuvo proveyendo al vecindario—aunque en pequeña proporción—de agua del mar perfectamente potable; pero en cambio, el resultado obtenido por el señor marqués de Benalúa, fijó la atención de otros capitalistas emprendedores, y el Sr. D. Juan Leach, que por una serie de circunstancias—extrañas á este relato—se vió dueño de los depósitos de Sax, propuso en 1888 al Ayuntamiento, y esta corporación concertó con él un contrato, por virtud del cual el primero se comprometía á abastecer á Alicante, *por completo*, de aguas, á condición de monopolizar el servicio durante un número de años relativamente largo.

El clamoreo que levantó en Alicante esta última clau-



sula y la protesta que contra ella formularon las personas de mayor arraigo, fueron de tal naturaleza, que el gobernador de la provincia se creyó en el caso de revocar el acuerdo municipal, quedando, por consecuencia, anulado lo convenido entre el Sr. Leach y el municipio de la capital.

Algún tiempo después, Mr. Caucurte, que llegó á ser propietario de los pozos artesianos de Sax, propuso al Ayuntamiento el abastecimiento completo de aguas, en un pliego de condiciones muy parecido al del Sr. Leach—pues reclamaba el monopolio de las aguas por un plazo de sesenta años—monopolio que envolvía, naturalmente, la supresión en la capital de las diferentes aguas de que venía surtiéndose.

El Ayuntamiento, para que no se le tachase de parcial, convocó un concurso, que repitió después, quedando ambos desiertos, acordando, por último, aceptar la proposición por Mr. Caucurte presentada.

Una real orden, fecha 3 de Diciembre de 1892, ratificó aquel acuerdo, dando origen al recurso de alzada interpuesto contra ella por el señor marqués de Benalúa ante el tribunal de lo Contencioso. Dicho recurso está pendiente de vista, y por consecuencia, de fallo.

Este es, por el momento, el nudo de la cuestión, que habrá de desliar ó cortar el tribunal á que me refiero.



Los pozos artesianos de Sax producen—según afirman sus explotadores—10.000 metros cúbicos de agua cada



veinticuatro horas y su enlace—que se proyecta—con los de Villena, elevaría aquel caudal á 20.000 metros cúbicos.

Siendo esto así, nada más fácil á la empresa que proporcionar á Alicante diariamente 4.000 ó más metros cúbicos de agua, que se consideran indispensables para su completo abastecimiento y con los cuales es indudable que se transformaría la población, convirtiendo sus áridos alrededores en huertos y jardines, embelleciendo sus plazas y paseos, fomentando considerablemente los elementos de higiene del vecindario y facilitando la instalación de muchas industrias, para quienes el agua es agente principal é insustituible.

Que Mr. Caucurte, si le favoreciese el fallo del tribunal Contencioso en todas las incidencias de este pleito, y si en tal caso cumplierse—como debe suponerse—el compromiso contraído, prestaría á esta ciudad beneficios incalculables, no hay para qué discutirlo siquiera. Quizás nunca como ahora en que, por extraño contraste, los beneficios de la abundancia del agua podrían neutralizar los inconvenientes de la abundancia del vino, sería provechosa y salvadora la realización de una empresa como la proyectada por el propietario de los pozos artesianos de Sax.

Pero, ¿cómo se explica la ruidosa protesta contra Leach en 1888, y la acogida favorable en 1892 del contrato de Mr. Caucurte, muy semejante al del primero, si no rigurosamente el mismo en sus condiciones esenciales?

¿Es que en el transcurso de esos cuatro años se ha rectificado la opinión hasta el extremo de estimar como inmejorable lo que consideró como perjudicial a los intereses comunales?



¿Es que el monopolio, el privilegio—siempre odioso—deben apreciarse como inconvenientes secundarios durante sesenta años, ante los beneficios que reportaría su otorgamiento?

No tengo autoridad ni aun para resolverme á mí propio esas dudas; pero una vez acogidas, tampoco quiero ocultarlas.



En mi humilde opinión—y sea esto dicho sin propósito de molestar en lo más mínimo á la actual ni á las anteriores administraciones municipales de Alicante—la traida de aguas para el abastecimiento completo de esta capital, ha debido llevarse á cabo por su Ayuntamiento. Nadie como él tan interesado en satisfacer las necesidades locales, sobre todo, cuando son de aquellas que, como la de las aguas, puede considerarse de vida ó muerte; nadie, tampoco, con mayor derecho á exigir de sus administrados los sacrificios que su propia conveniencia exija.

Bien sé yo que el Ayuntamiento de Alicante, como la inmensa mayoría de los de España, atraviesa situación precaria; que debe mucho, que recauda poco, que tiene necesidades á cuya atención no corresponden sus recursos, y que la provincia, de una parte y el Estado, de otra, han mermado y van mermando cada dia más sus ingresos.

Pero ante el interés supremo de la población, ante la perspectiva de los inmensos beneficios que debía reportarle, ¿cómo no se le ha ocurrido otro medio salvador que en-



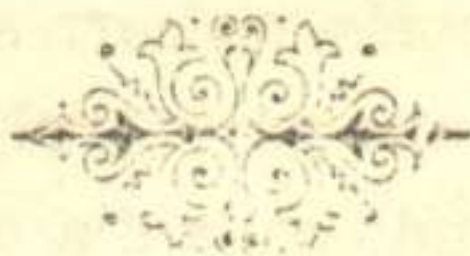
tregar por espacio de sesenta años el monopolio y la exclusiva de un elemento de vida, del artículo de primerísima necesidad para los pueblos, á una empresa particular, muy respetable, sin duda, pero que en defensa de sus intereses y con derecho perfecto, impone una condición que el Ayuntamiento debió considerar inaceptable?

Pues qué, si es exacto, como se asegura, que el Ayuntamiento proyecta levantar un empréstito para hermostrar la ciudad, ¿habría parecido menos oportuno, beneficioso y hasta reproductivo ese medio, para dotar á la capital de las aguas que necesita?

Es posible que todas estas cavilaciones, inspiradas en un sentimiento de profunda simpatía hacia una población tan hermosa y tan digna de ser amada por sus administradores, las desvanezca como castillo de naipes el soplo de un argumento que esté en oposición á los míos.

Pero en todo caso—y puesto que de agua se trata—imito al pretor de Judea, y me apresuro á lavarme las manos.

Pero declarando que Alicante no merece que se le flagele ni se le corone de espinas.







## MILITARES Y PAISANOS



Es el general de brigada, D. José Márquez Torres, gobernador militar de esta plaza, un *militarcte* en toda la extensión que debe dársele á esta palabra.

Veterano de la guerra de Africa, durante la cual selló con su sangre el acendrado amor que le inspiraba la patria, y soldado de la libertad en el Norte, donde hizo toda la campaña carlista, desde que los partidarios del Pretendiente se alzaron en armas hasta que se sometieron, Márquez debe exclusivamente á sus merecimientos las ventajas obtenidas en su honrosa carrera, sin que haya entre sus inferiores quien se las atribuya á favoritismos, ni se le ocurra á él mismo que otros, quizás con menos razón, pueden haber espigado con mayor fortuna el campo de los empleos.

Esclavo del deber y sin otros códigos por norma que los del honor y de la disciplina, el general Márquez funda en el cariño que inspira el respeto de sus subordinados, para



quienes es—fuera de los actos del servicio—un jefe tolerante y un amigo cariñoso.

Afable, llano y cortés; adversario, además, de ostentaciones aparatósas y propenso siempre á colocarse al lado del débil contra el fuerte, durante los tres años y medio que lleva al frente de este gobierno militar se ha captado por completo las simpatías de los alicantinos y se ha granjeado el amor del vecindario de Alcoy, ciudad donde en Agosto de 1891 puso término satisfactorio á una huelga que amenazaba no resolverse sino á costa de grandes violencias.

Es una autoridad, en fin, que se diferencia de otras muchas, en que teniendo carácter, no tiene mal carácter, cosas que suelen confundirse lastimosamente.



Había yo solicitado del general Márquez autorización para visitar los establecimientos militares—con especialidad los cuarteles—y defiriendo cariñosamente á mis deseos, los colmó, además, honrándome con su compañía durante la visita.

Y hémos allí, es decir, en un carrujillo tirado por un jaco mucho más fuerte que de buena apariencia, al general y al periodista, dando por las calles de la ciudad saltos y tumbos, equitativa y gratamente compartidos con el capitán D. Fernando Palacios—ayudante de campo de aquella autoridad—y con el teniente asimilado D. Antonio Conejero, celador de fortificaciones.



Llegamos á la Plaza del Teatro , uno de los sitios más populosos y en que más enérgicamente se desarrolla la vida de esta capital, y echamos pie á tierra ante un caserón cuarteado y medio derruido—el antiguo cuartel del Rey—en que se halla establecida la Factoría Militar.

Pasé el dintel del ancho portalón con el respeto á que tienen derecho las ruinas ilustres, y no sin cierto temor de que la Providencia eligiese aquel instante para completar su hundimiento.

Afortunadamente, lo ha dejado para dentro de algunos meses, durante los cuales habremos todos de impetrar de su misericordia que evite el sacrificio de víctimas humanas y que se satisfaga, como hasta ahora lo hace, con deteriorar, por la influencia de la intemperie, cuanto el vetusto y destartalado edificio contiene.



Veamos el cuartel de San Francisco, el verdadero cuartel, en que se alojan un batallón y la plana mayor del regimiento infantería de la Princesa.

Reciben al general, además de la guardia de prevención, correctamente formada y al mando de un oficial, el coronel D. Froilán Fernández—que ha ganado sus empleos en las campañas de Santo Domingo y de la isla de Cuba—el capitán de almacén, D. Serafín Ruiz, y el médico primero, Sr. Sánchez.

¡Buen aspecto el del patio! La policía cuartelaria practicada en San Francisco por jefes y oficiales con exquisita



escrupulosidad y rigor saludable, ha cubierto el ennegrecido claustro de blanquísimo yeso que como albo sudario envuelve y da apariencias de vida á aquel carcomido cadáver. Pero muy pronto las desnudeces de la realidad vienen á producir el desencanto. La mejor de las cuadras, situada en la planta baja, tiene un nivel de metro y medio inferior al del patio á que sus luces y ventilación corresponde; por ese patio, en toda su extensión longitudinal y paralelamente á la cuadra, pasa, aunque cubierta, á profundidad muy corta, la atarjea de aguas fecales, y aquella sala destinada á dormitorio de una compañía de soldados, reúne condiciones higiénicas de tal naturaleza, que se distingue por ser la que produce mayor número de hospitalidades.

Si la citada cuadra está considerada como la mejor, puede imaginarse cómo serán las restantes, situadas en el piso principal: una de ellas no es cuadra, ni sala, ni cosa que se le parezca; es un pasillo, inevitablemente utilizado por falta de local para alojamiento de una compañía, que añade tal inconveniente á los que soportan las demás, privadas de cristales en las ventanas, apoyadas en pisos de dudosísima resistencia y encerradas en locales tenebrosos, en que lo áspero del muro y lo irregular del enladrillado, hacen dudar si aquéello es un cuartel ó una cárcel.

De la escalera que establece la comunicación entre sí de dichos dos pisos, no me acuerdo, ni me acordaré durante mucho tiempo, sin estremecerme: coronada y cubierta la caja en que se desarrolla por una cúpula, que aún es gallarda y atrevida, espanta contemplar aquellos sillares desencajados, aquellas cimbras agrietadas, en que los materiales de que está construída se mantienen todavía en



equilibrio «por un milagro de la mecánica»—según la gráfica expresión de un ilustradísimo ingeniero militar.

¡Y por aquella escalera suben y bajan centenares de hombres! ¡Y esos hombres, que en la guerra sostienen la dignidad nacional y que en la paz constituyen la más sólida garantía del orden; esos hombres, que en todo tiempo son nuestros hermanos, como cobijados todos bajo los pliegues de la bandera española, viven á diario, á cada momento, expuestos á morir entre las piedras y el polvo de un edificio caduco y desvencijado!

Miré con estupor al general Márquez, quien adivinando en mis ojos mi pensamiento, se apresuró á decirme:

—Hasta insomnios y desvelos me produce esta situación: cumpliendo mi deber de militar y de hombre de conciencia, he puesto respetuosamente en conocimiento de mis superiores tal estado de cosas, para declinar la responsabilidad que por un silencio punible pudiera caberme. Ahora sólo me corresponde callar y esperar.

—Pues yo, general—le contesté—que no soy militar, me propongo no esperar ni callarme: usted cumple su deber y yo cumpliré el mío.



La Casa Santa es un edificio contiguo al cuartel de San Francisco, que tiene con él directa comunicación, y que estando más ruinoso todavía que este último, no puede utilizarse para alojamiento de tropas; gracias á que en la planta baja hayan podido establecerse la sala de armas—que



sirve á la vez para la celebración de Consejos de guerra—y los almacenes para el equipo y vestuario de las clases de tropa del regimiento de la Princesa.

Las inmensas deficiencias del local no han impedido que dichos almacenes sean notabilísimos por la abundancia y excelente calidad de los efectos que contienen y por el orden y acertada distribución que en ellos presiden. El repuesto del regimiento de la Princesa es tan considerable, que en caso necesario—y aparte de correajes y mochilas—en veinticuatro horas podría poner en pie de guerra dos mil cuatrocientos hombres.

Bien que, según mis noticias, sin más ingreso que la asignación que le corresponde, y por consecuencia de bien entendidas economías, tiene en su caja muy cerca de *trescientas mil pesetas*, dato del que no conviene se entere el señor ministro de Hacienda.



En el cuartel del Carmen—edificio que presenta en comba una de sus fachadas—como anciano agobiado por la pesadumbre de los años—se hallan establecidas las oficinas de la zona y las del regimiento de reserva.

Parece milagroso que no se vengan á tierra las arcadas que, en superpuestas galerías, forman el patio central del edificio; en algunas ventanas se ha desunido la clave de los respectivos arcos, y de aquellas grietas y de las extensísimas que se observan en los muros, parece inminente el desprendimiento de muchos sillares.

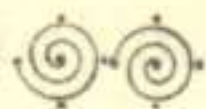


Merced á un crédito que no llega á 1.500 pesetas—obtenido por el general Márquez, y habilísimamente aplicado por el coronel de la zona D. Rufino Pérez Feijóo—se ha dado condiciones de habitabilidad al despacho de dicho jefe y á las oficinas de su dependencia, que eran—como el resto del edificio—lugares verdaderamente indecorosos.

Menos de seis mil reales para aquellas obras y para algunas reparaciones hechas en el cuartel de San Francisco, no es mucho, y, sin embargo, representan una suma exorbitante, comparada con la consignada otras veces.

Como que en alguna ocasión se han concedido *ciento y pico de pesetas* para la conservación y reparación, durante un año, de todos los edificios militares de la plaza, incluso el castillo.

¡A real diario y unos cuantos más de propina!



El menos malo de los edificios militares, es el Hospital, instalado en un antiguo caserón destinado á asilo benéfico en otros tiempos.

Lo dirige con notable acierto—según pública fama—el médico mayor D. Gregorio Ruiz, y tiene á su cargo la botica el farmacéutico segundo D. Juan Antonio Muñoz, que es un joven muy ilustrado y muy estudioso.

En el despacho del director se descubre maquinalmente el visitante ante dos cuadros, en que figuran los nombres de los individuos de Sanidad Militar muertos en campaña, comprendiendo uno de aquéllos á los que vertieron su san-





gre durante la guerra de los siete años, y el otro á los que fueron víctimas de su deber en la última guerra civil, en Cuba y en Melilla.

El Hospital tiene dos amplias salas con dotación para cincuenta enfermos. En la actualidad sólo hay en él dieciséis.

El aseo es perfecto; sin la contemplación de los asilados, nadie imaginaria que se hallaba en un Hospital.

Un detalle curioso. Uno de los directores del Hospital, D. Juan Gallostra, hijo del ministro que fué del mismo apellido, molestado porque en Alicante se dijo que no había facultativo alguno que supiese embalsamar, llevó á cabo esta operación en el cadáver de un soldado de artillería, de manera tan perfecta, que el Manuel García Barreiro, momificado y expuesto en una especie de vitrina, es reconocido por los que con él sirvieron en el mismo regimiento.

Véase por qué capricho de la casualidad, la dignidad científica elevó á un pobre soldado muerto á la categoría de los Faraones.



Terminada mi visita á los edificios militares, con datos ajenos y con reflexiones propias, me hice las siguientes consideraciones:

La brigada de que es jefe el gobernador militar de Alicante, y que se compone de dos regimientos, debería hallarse por entero en esta provincia; es decir, un regimiento en la capital y otro en Alcoy; la falta de cuarteles hace que en una y otra ciudad sólo se aloje la mitad de aquella fuer-



za, y que permanezca en Valencia la otra mitad de la brigada, ó sea el regimiento de Vizcaya.

De manera que si en Alicante estuviese reunido todo el regimiento de la Princesa, la industria y el comercio de la capital vendrían á beneficiarse cada año en unos 86.000 duros, según cálculo nada arbitrario de personas competentes.

Pues si por este solo concepto tanto importa á Alicante la construcción de un buen cuartel, ¿cómo no se ha procurado orillar á todo trance las dificultades que han surgido para llevar inmediatamente á la práctica tan beneficioso pensamiento?

¿Es posible que la inercia y el expedienteo tengan mayor fuerza que el interés público, las conveniencias del decoro y el espíritu de humanidad?

Conozco, así, á grandes rasgos, la malhadada historia del proyecto de nuevo cuartel; he oído que el Ayuntamiento destinó al objeto cien mil pesetas, pidiendo á cambio la cesión inmediata de los edificios militares, valorados en 39.000 duros; que renunció después á esta condición impracticable; que un capitalista, D. Luis Penalva, ofreció anticipar aquella suma; que la dirección de Administración local reclamó, para aprobar el acuerdo, los planos del ideado cuartel; que el asunto vino enseguida á manos de los ingenieros militares... ¡qué sé yo!

Es decir, sé que el cuartel en que se aloja un batallón del regimiento de la Princesa es, á la vez, un peligro y una ignominia.

Y sé, por último, que el ministro de la Guerra, que el Estado—ya que no el Ayuntamiento de Alicante—no pue-



den, sin menoscabo de su prestigio, permanecer indiferentes ante la triste situación de nuestros soldados en los cuarteles de esta capital.

Ahora, señor general Márquez, vea usted las ventajas que alguna vez ofrece el ser paisano.

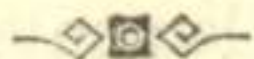
Yo, no solo no falto á deber alguno, sino que lo cumplo, alzando tanto cuanto puedo mi humildísima voz en favor de los militares maltratados.

Que me secunden los que puedan gritar más y ya verá usted como Alicante tiene cuartel... ¡y bueno!





## EN PAÑOS MENORES



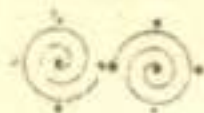
Comenzaré solicitando humildemente de mis lectoras—si me ha deparado alguna la suerte—benevolencia y olvido por el atrevimiento que representa el título con que encabezo estas líneas, y que bien pudiera tener complemento, disculpable asimismo, en el desarrollo de mi carta.

Yo abrigo el convencimiento de que obtendré lo que pido: la mujer española reúne á otras muchas cualidades, que la hacen superior á las de otros países—sin excluir á los que presumen de más cultos—la de tener la medida exacta del pudor, que rehuye por igual los excesos del descoco y las artificiosas alarmas de la gazmoñería.

Consignada esta verdad; hecha la declaración de que mis palabras no pueden mortificar ni á la más exquisita pudibundez, y contando de antemano con la condescendencia del sexo fuerte, poco propenso, naturalmente, á escandalizarse sin gran motivo, paso á ocuparme de una



cuestión que tiene para esta ciudad capitalisima importancia.



Figúrense mis lectoras un espacioso balcón abierto y apoyado en la fachada de un amplio edificio, que pudiera ser, por ejemplo, el Hotel de Roma—el mejor, á mi juicio, de los de Alicante—é imaginen en él á un hombre en mangas de camisa y quizás, quizás demasiado ligero de otras ropas, balanceándose muellemente en una mecedora de rejilla y medio oculto á las miradas indiscretas por la cortina de junco con que se defiende el balcón de los rigores del tiempo.

Piensen, por último, mis lectoras, que son las seis de la mañana del 18 de Octubre, y seguramente deducirán—dando formas tangibles á todas esas fantasías—que para hallarse en aquel sitio y en tales condiciones, á la hora y fecha indicadas, el hombre en cuestión debe ser, necesariamente, un loco ó un periodista.

Y habrán acertado en parte, y en parte, también, se habrán equivocado de medio á medio; porque si, en efecto, es un periodista el que tapa sus forzosas desnudeces tras la cortina del balcón, no hay locura, ni mucho menos, en proporcionarse fresco cuando se siente calor y renovar placenteramente el aire enardecido del pulmón con las suavísimas auras matinales.

No faltará quien crea que el cuadro que con mano torpe emborrono, representa un esfuerzo de la imaginación, y que en manera alguna responde á la realidad; porque, es

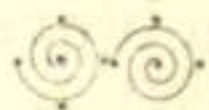


claro, lo primero que se ocurre es preguntar, con la desconfianza de la incredulidad:

— ¡Pero, hombre, ¿calor del mes de Julio á las seis de la mañana del 18 de Octubre?

Pues, sí, señor; calor que resultaría intolerable si no lo modificasen las condiciones climatológicas de este oasis levantino, en el que los cierzos del Norte se tamizan á través de los rayos de un sol abrasador y en donde las brisas del Mediterráneo besan sin cesar las calcinadas copas de las palmeras.

Calor, mucho calor en Octubre; en cambio, ¿hay en región alguna del mundo primavera semejante á la que sustituye al invierno en esta ciudad privilegiada?



Si mis conocimientos científicos, puramente elementales, y mis inclinaciones periodísticas, en pugna con trabajos que corresponden al libro, me lo consintiesen, sería cosa de hacer un meditado estudio, encaminado á demostrar que Alicante es la población que en Europa reúne la mayor suma de condiciones, como inmejorable residencia de invierno.

Ese estudio está hecho y de manera que á nadie puede caber duda acerca de la exactitud de aquella afirmación. El Sr. D. Carlos Sánchez Palacio, en una notabilísima *Memoria*, sometida á la Sociedad Económica de Amigos del País, complementada con un luminoso informe facultativo de D. Vicente Navarro y Alberó; y el distinguido médico



D. Esteban Sánchez Santana en otra *Memoria*, por todo extremo interesante, premiada en un Certamen literario celebrado en 1889, han dicho y demostrado á doctos y profanos, con datos científicos irrecusables, que Alicante, por su situación geográfica, por su topografía, por sus condiciones crográficas y por el concurso de otras muchas circunstancias con que la Naturaleza ha querido favorecerla, es la ciudad que en invierno ofrece un clima más templado, más igual y más constante que población alguna del mundo. Niza, con toda su universal reputación, no resiste la comparación con Alicante, desde aquel punto de vista.

Pero aquellos trabajos eruditísimos y representativos de un esfuerzo científico é intelectual maravilloso, no encajarían bien en un artículo periodístico, cuya condición principal debe ser—á mi juicio—la sencillez de la exposición, ajustada en lo posible á la brevedad del relato.

Remito, por consiguiente, á cuantos quieran formar un juicio acabado, respecto á las circunstancias que concurren en Alicante para convertirle en residencia invernal insustituible, á las obras anteriormente citadas, seguro de que con su simple lectura no habrá persona temerosa de las molestias del frío, ni enfermo á quien convengan las sensaciones plácidas de la temperatura primaveral, que no diga para sí—modificando una frase adagiaca:

«—A Alicante por todo.»

Que todo es para el doliente el soplo de la salud, perfumado por las flores, tibio y dulce como un beso de amor, fecundo y poderoso como el primer deseo.





Es Alicante, entre las de su clase—y aun comparada con no pocas de más alta jerarquía—la capital que mayor desenvolvimiento ha logrado en el doble concepto de sus condiciones materiales y de su cultura intelectual.

Sin hablar—por el momento, al menos—de sus establecimientos de enseñanza, alguno de ellos notabilísimo, ni de sus pronunciadas aficiones artísticas—prueba de un marcado sentimiento estético—ni de su amor á la literatura, que brillantemente cultiva pléyade numerosa de escritores distinguidísimos, ni de nada, en fin, que no se refiera al aspecto externo de esta ciudad, justo es reconocer que Alicante ofrece al viajero no pequeños atractivos y no menudadas comodidades.

Puerto precioso, paseos encantadores, plazas embellecidas con jardines cuajados de aromáticas flores y de frondosos árboles, vías espaciosas, limitadas por magníficos edificios; comercios de primer orden, hermosos teatros, fondas *restaurants* y cafés á la altura del *comfort* moderno, gas y luz eléctrica, teléfono, tranvía, carruajes sin número... todo, ó casi todo lo que es indispensable para que la residencia invernal—particularmente—resulte agradable y sin dispendios exagerados para el viajero.

Por eso, sin duda—y sin que los alicantinos hayan hecho gran cosa de su parte—desde hace algunos años viene acudiendo á esta capital numerosa colonia forastera, de la que, según cuentan las gentes del país, forman parte, principalmente, muchos vizcaínos y no pocos ingleses, capitaneándolos á todos, digámoslo así—por su fortuna, distinción y prendas de carácter—el marqués de Cerralbo, quien sin desconocer que en Alicante no hay carlistas—tan redu-

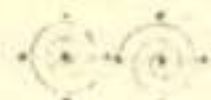


cido es su número—proclama *urbi et orbe*, que mejor que en esta capital no se pasa el invierno en parte alguna.

Y por eso, también, el Hotel de Roma y el reputadísimo de Bossio y el no menos afamado de la Marina y el *restaurant* de Iborra y otros cien de su clase, que anteriormente fiaban sus ganancias á los beneficios obtenidos durante el verano, ahora esperan con impaciencia el invierno, que les remunere de las deficiencias sufridas en la temporada estival.

Y que ya no consiente á huésped alguno, periodista ó no, que se solace—como en Octubre—en el balcón de una fonda, á las seis de la mañana, ¡y en paños menores!

¡Poquito que se escandalizaría cualquiera *mistress*, más ó menos respetable!



Convenido por todo el mundo y sin discusión que Alicante es una soberbia residencia invernal, preciso es que su Ayuntamiento demuestre que lo entiende de la misma manera.

Yo me permito unir las mías, siquiera nada signifiquen, á las repetidas excitaciones que la prensa local dirige á aquella Corporación, para que realice algunos de los diversos proyectos que habrán de contribuir poderosamente á mejorar las condiciones de estancia del viajero en esta hermosa ciudad.

Piense el Ayuntamiento en que con calles que se desmoronan en el aire, inundando de polvo al transeunte ó



convirtiéndose, cuando llueve, en infranqueables barrizales; con detalles tan ingratos á la vista y al ornato público como el Mercado que da frente á la Explanada; con limpieza tan imperfecta; con alrededores tan áridos; con fuentes sin agua, y con elementos de higiene tan incompletos, no se favorecen los medios que la Naturaleza ha puesto al servicio de Alicante y que el vecindario ha utilizado, invirtiendo su capital y su actividad para que esta ciudad sea la primera residencia invernal de Europa.

Crea el Ayuntamiento que si pone remedio en todo eso y en algo más, llegará

«De la inmortalidad á la alta cumbre...»

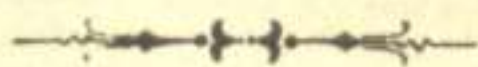
cosa que celebraré muchísimo ver, aunque si lo he de decir con franqueza, como voy siendo viejo, no lo espero.







## CAMPOAMOR EN "MATAMOROS,"



«--El sábado marchará D. Ramón á Madrid.»

Estas siete palabras, contenidas en un despacho telegráfico autorizado con el nombre de un amigo queridísimo, me obligaron el jueves á poner en práctica, acto continuo, el pensamiento de hacer al ilustre autor de las *Doloras* una visita, que yo tenía diferida para fines del mes corriente.

Por fortuna, el telégrafo y la locomotora coincidieron en esta ocasión para favorecer mis propósitos, y poco después de las cuatro, Lázaro y yo salíamos de la «Estación de Murcia», en el tren destinado á trasladarnos á Torrevieja.

Iba yo preocupado; desconocedor del terreno que empezaba á recorrer y con ignorancia perfecta de la distancia y medios de transporte que hubiese entre aquel pueblo y la campestre residencia de Campoamor, me mortificaba la duda de si una dificultad cualquiera me impediría llegar



á la «Dehesa de Matamoros» antes de que su propietario marchase á Murcia con dirección á la coronada villa.

Por eso, aunque el panorama que se iba desplegando rápidamente ante mis ojos era magnífico; aunque, con cierta vaguedad, me daba cuenta de que el tren se deslizaba, primero, sobre carriles que salpicaba de espuma el Mediterráneo; por entre enredadera maravillosa después, de interminable bosque de palmeras y costeano más tarde la inmensa charca de las salinas, en que reverberaban con vivísimos destellos plateados los rayos de la luna, yo, con aquel pensamiento fijo en la mente, prestaba menos atención de la merecida á aquellos variados y soberbios cuadros con que iba brindando á mis sentidos una espléndida Naturaleza.

Llegamos á Torre vieja. Al poner el pie en el andén respiré con desahogo, abracé con efusión á Miguel Ferrero, médico de San Pedro de Pinatar, saludé cariñosamente al propietario D. Valentín Rodríguez, al ayudante de Marina, Sr. Calcaño, y al administrador de la Aduana, D. Manuel Cánovas—que tuvieron la bondad de salir á recibirnos—y todos juntos marchamos y nos detuvimos algunos minutos después en casa del médico de Torre vieja, Sr. Bañón, quien nos dispensó una acogida incomparable en su encantadora residencia, bella y distinguida, aunque muy inferior en estos conceptos, á la esposa de su afortunado propietario.

«—Don Ramón les espera á ustedes para cenar»—dijo Miguel Ferrero—y esta advertencia nos obligó á despedirnos de los demás señores y á que ocupásemos Lázaro y yo, en unión de nuestro amigo y del secretario del Ayun-



tamiento de Pinatar, las mullidas colchonetas de una cómoda *galera*—en nada semejante á la de *El tío Maroma*—que arrastrada por dos vigorosas jacas ganó en menos de una hora los trece kilómetros de distancia que median entre Torrevieja y «Matamoros».

A las ocho subíamos por uno de los tramos de la doble escalinata que en la fachada principal, al exterior del edificio y cubierta por una marquesina de hierro, dá cómodo acceso á la residencia veraniega de D. Ramón Campoamor.

Un minuto después estrechábamos la mano del esclarecido poeta.



¿Qué cómo cenamos? Pues, como se cena, se come y en términos generales, se vive, en casa de Campoamor: espléndidamente.

Campoamor, que pese á la nieve que los años han puesto sobre su cabeza, lleva en el alma el fuego de la juventud, no omite en su casa, ni mucho menos en su mesa, ninguno de los refinamientos del sibaritismo, que revelan al gran señor ingerto en el artista. Además, idólatra de lo bello, por sentimiento y por instinto, rehuye rodearse de servidores con quienes su ancianidad no forme melancólico contraste; y entre los numerosos que le prodigan sus cuidados descuellan varias lindísimas muchachas, que le rinden culto fervoroso, en gratitud á los beneficios que dispensó á sus padres.



María, la criada predilecta, tiene unos dieciocho años, es blanca como la leche, sonrosada como una alborada de Mayo, alegre y ligera como una golondrina, y linda, hasta la idealidad, como un ramillete de flores.

María sirvió la mesa como digna discípula de tan insigne anfitrión, quien al llegar el momento fijado por las leyes gastronómicas, le dijo:

—«Sirvenos *Champagne*, María, porque si no estos madrileños serían capaces de desacreditarnos:»

Y bulló el *Champagne* en las transparentes copas; y al choque del cristal y al contacto de los labios con el espumoso vino, sonaron gratamente en mis oídos los nombres de Moya, Fernanflor y Cavia, pronunciados—para poner el colmo de sus agasajos á los representantes de *El Liberal*—por el venerable patriarca de la literatura española.



A los pocos minutos, cómodamente sentados en amplias butacas y rodeando á Campoamor—que había hecho que nos trasladásemos á su gabinete de lectura—departíamos con el eminente literato y le suplicábamos que nos diese á conocer algunos de sus trabajos inéditos.

«—No tengo nada que valga la pena—nos contestó.—Dejé en Madrid comenzado algo que quisiera yo que se apartase de los géneros á que me he consagrado con predilección; tengo en el cerebro las imágenes, las veo como se ven en la placa enfocada por el lente en el fondo de la cámara obscura de una máquina fotográfica... pero no



puedo arrancarlas de allí; y cuando pretendo desviarme de mis aficiones y remontarme á otros espacios, tropiezo siempre con la *Humorada*, la *Dolora* ó el *Pequeño poema*... ¡Ah! ¡qué estúpido es el hombre que se consagra á sacar su nombre del olvido!»

«—Aquél trabajo—añadió—no quise traérmelo, precisamente para no sentir el estímulo de continuarlo: no sé si cuando regrese á Madrid tendré la entereza suficiente para perseverar en ese propósito.»

—Bien—le dije yo tímidamente—pero ¿no ha hecho usted absolutamente nada durante los tres meses que ha permanecido en «Matamoros?»

«—Oigan ustedes—contestó, sacando del cajón de una mesa un fajo de cuartillas—aquí tengo algunas *Humoradas* nuevas, pero no la seguridad de si entre ellas habrá otras que hayan aparecido en algún periódico.»

Y con voz vibrante, no exenta de inflexiones que parecían responder á la conmoción de su espíritu, nos leyó las siguientes composiciones:

¿Cómo quieres que vaya  
á que en la orilla de la mar te vea,  
si borró nuestros nombres la marea  
escritos en la arena de la playa?

—  
De la vida en el áspero camino,  
á cada nuevo amor, nuevo destino.

—  
Aunque eres la peor de las mujeres,  
no se dice en un mes lo buena que eres.



Recuerdo aquel momento  
en que al cambiar tus penas y las mías,  
«Tú escribes lo que piensas —me decías—  
yo hago más, porque callo lo que siento.»

Cometí una locura verdadera  
volviendo loca á una mujer, que lo era.

Aunque estoy decidido  
á olvidarte del todo, no te olvido.

¿Lo ves?—Ya es tu marido,  
y tu grande hermosura  
la mira con el aire distraido  
con que mira un patán una pintura.

Líquidas, y de todo lo debido  
pagas deudas de amor con el olvido.

Ella es feliz con su ilusión soñada,  
mientras él con lo real no halla reposo;  
y es que, ó no cuesta nada,  
ó cuesta un gran trabajo el ser dichoso.

Mucho he soñado en esta vida, pero  
no hay sueño más hermoso que el primero.

Ya, con la fé perdida,  
voy siguiendo del mundo el derrotero,  
al ver que son iguales al primero  
los últimos errores de mi vida.



Aunque viese á Lisboa y á Granada,  
quien no te ha visto á tí, no ha visto nada.

«—No hay más, por ahora—dijo D. Ramón suspendiendo la lectura.—Son las doce, hay que madrugar y... mañana será otro día.»

Hubimos de resignarnos y obedecer el cariñoso mandato: nos retiramos, y á poco, envuelto entre limpias sábanas, hundido entre los suaves vellones de blando colchón y medio vencido por el sueño, repetía yo mentalmente este dístico robado á D. Ramón, en un momento de descuido:

—La niña más hermosa de la aldea,  
me amó una vez como si fuese fea.



Miguel Ferrero es un madrileño de pura raza. Más bajo que alto de estatura, recio y grueso más de lo que él quisiera; de fisonomía expresiva, franco, decidor y generoso; con su traje de lanilla gris y su sombrero de fieltro de anchas alas, parece un tipo de Teniers arrancado del lienzo para vestirlo y presentarlo á usanza del siglo XIX. Este *flamenco*—en la más noble acepción de la palabra—es el médico de Campoamor, quien dice de él que es médico de todo el mundo; pues, en efecto, visita á la mitad lo menos de los habitantes acaudalados de las provincias de Alicante y Murcia.



D. Ramón tiene en él una confianza absoluta y hace bien tenerla.

A las siete de la mañana nos despertó Ferrero, quien después de abrir el balcón de la alcoba para que admirase yo desde mi lecho el espectáculo que presentaba la dilatada «Dehesa de Matamoros», bañándose en las aguas del mar, nos hizo un rápido relato del estado de Campoamor y del género de vida que hace en aquella residencia verdaderamente señorial.

«—Tiene D. Ramón—nos dijo—77 años y quizás algunos más, que ha decidido ahorrarse á sí propio; sufre los achaques consiguientes á esa avanzada edad, agravados por la gota, que le mortifica bastante; come mucho, duerme con exceso y se somete á un quietismo que le perjudica en extremo.

Cuando en esta especie de Meca á que en peregrinación acuden todos los creyentes de Alicante, de Murcia, de Cartagena, y hasta de Madrid muchas veces, se queda solo, D. Ramón se preocupa más de su estado, y sin duda pasa por su pensamiento, con mayor fijeza que en otras ocasiones, la idea de la muerte; pero que tiene toda la buena salud que racionalmente puede tener, se demuestra con este solo dato: hace pocos días le sorprendí engolfado en la lectura de un tratado de *Metafísica*, y ¡nada!, ha seguido tan bueno.

Su vida es igual y acompasada, como los movimientos de la péndola de un reloj; se levanta á las doce, come á la una; lee, dormita, discurre y se fastidia hasta las cinco; le dan un paseo en una pequeñísima tartana hasta las siete; cena á las ocho y se acuesta á media noche, después de



jugar un tresillo con Pepe Sánchez, Antonio el guarda y otros labradores que le hacen la tertulia, si no se hallan á su lado—como suelen estarlo con frecuencia—sus sobrinos D. Vicente Rodríguez Valdés, magistrado de Murcia, y D. Ramón Valdés, empleado en Establecimientos Penales.

Así pasa tres meses en esta magnífica posesión—que tiene un perímetro de siete leguas, y de la que puede decirse que es «señor de horca y cuchillo», con todos los derechos otorgados al feudalismo, amado de todos y respetado por todo el mundo.

—Yo—terminó el doctor—para animarle á que haga vida más activa—le presento el ejemplo de Ibsen, quien de los doce meses del año emplea cinco en trabajar y siete en cambiar de lugares, buscando reposo para el espíritu é inspiraciones á la imaginación.—Pues, ¿sabe usted lo que me contesta?—«Si Ibsen viviese en la «Dehesa de Matamoros», no buscaría inspiraciones en otra parte.»



Salimos á dar un paseo. La casa palacio que habita don Ramón y que rematan dos cuerpos de edificio terminados por gallarda torrecilla, se asienta en una extentísima meseta, desde la que se domina, en todos sentidos, gran parte de la finca, que pueblan infinitos pinos, olivos, naranjos, granados, almentros y otras numerosas variedades de árboles y arbustos.

Desde aquella meseta se descubren á simple vista el Mar Mayor, el Mar Menor, en que se destacan las dos islas



en que ejerce su soberanía el barón de Benifayó, Torre-  
vieja, San Pedro del Pinatar, El Pilar de la Horadada, San  
Javier, La Unión—empenachada siempre por el humo de  
sus minas—el peñón tras el cual se esconde la hermosa  
Cartagena... y todo esto cercado de una parte por un  
manto de flores y verdura y del otro por la azulada franja  
con que el mar pone sus límites al horizonte.

El genio no podía pedir á la Naturaleza templo más  
grandioso: el ruiseñor no ha podido elegir más cuidadosa-  
mente su nido.



Regresamos á casa. Campoamor nos esperaba para co-  
mer, pero antes de sentarnos á la mesa, me dijo con tono  
jovial y cara plácida y sonriente:

—Tome usted, todavía quedaban esas *rebañaduras*. Dí-  
gale usted á Moya que *lo primero que haga será para El  
Liberal*.

Yo me apresuré á leer:

Se batió y fué vencida,  
más con cierta lección que yo la he dado  
tiene un juego de esgrima muy cerrado,  
con el cual sabe herir, sin ser herida.

—  
Ibas con él, y al verte,  
sentí el frío primero de la muerte.

—  
¿Quién podrá descubrir las emboscadas  
de tus viles intentos,



si van en espiral tus pensamientos  
lo mismo que culebras enroscadas?

—  
No te amé como un loco; mi ternura  
se encuentra más allá de la locura.

—  
Te amé diez veces más, porque sé que eres  
diez veces más mujer que las mujeres.

—  
¡Cuánto pesa esta vida pasajera!  
La losa de la tumba es más ligera.

—  
El hombre que domina su destino,  
sin complacencia alguna  
si la encuentra dormida en su camino,  
despierta á puntapiés á la fortuna.

.....  
—¡Adiós, querido D. Ramón!

—¡Adiós, *muchachos!*



Y mientras rodaba por la carretera nuestro carruaje al galope de los caballos, pensaba yo, recordando á Campoamor:

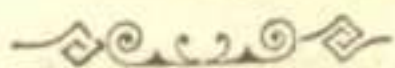
«—¡Dios mío! Cuántas cosas le diría,  
si supiera escribir!»







## COMUNICACIONES



Aunque no falte algún mogigato que se escandalice de mi afirmación, yo sostengo que lo racional y lo lógico—aparte de lo piadoso—es acordarse de Santa Bárbara precisamente cuando truena; para eso, para ser intermediaria de la humanidad con la Divina Providencia en las tempestades del cielo y en las borrascas de la vida, tiene designada el almanaque á la Santa Patrona de los artilleros, pues para casos mayores gozamos los católicos—afortunadamente—de términos más directos de comunicación con el Todopoderoso.

Yo vengo pensando mucho en Santa Bárbara desde hace unos cuantos días—y no porque aquí haya tronada ni se vislumbre el menor indicio de que pueda haberla—sino porque la sola idea de llevar á cabo un viaje á diversas poblaciones importantes de esta provincia, levanta en mi ánimo un vendabal de dudas y una tormenta preñada de temores.



Procuraré explicarme para que ustedes puedan entenderme.



No es Alicante una de esas provincias como Almería, Soria y Teruel, por ejemplo—en que apenas puede decirse que existan vías de comunicación—y en que la locomotora sea punto menos que desconocida para la generalidad de los habitantes; pero con hallarse en comunicación directa por ferrocarril con Madrid y con Murcia, y con tener otras dos ó tres secciones de camino de hierro, independientes de esas dos líneas, resulta que no tiene lo que quizás la interesa más, ó se halla, cuando menos, á la altura de aquellas conveniencias: no tiene vía férrea entre la capital y Alcoy.

Verdaderamente esto es inconcebible; tanto, que reconociendo la importancia de la línea de Alicante á Murcia y las grandes y positivas ventajas que ha reportado á ambas provincias, no me explico el por qué se ha realizado aquélla obra antes de enlazar á Alcoy con la capital por un ferrocarril, empresa más provechosa para esta comarca y probablemente, también, de más pingües resultados pecuniarios.

No he de precipitar el examen de las cuestiones que *El Liberal* quiere que trate, y por consecuencia, no voy á ocuparme ahora de lo que Alcoy representa en la vida industrial y fabril de nuestro país; todo el mundo sabe en conjunto lo que significa desde esos puntos de vista la po-

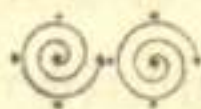


pulosa ciudad, digna por muchos conceptos de figurar entre las que en España tienen derecho á envanecerse, por haber puesto á mayor y más honrosa altura el trabajo nacional.

Pues bien; Alcoy no parece una población perteneciente á la provincia de Alicante, cuando debería existir entre ambas ciudades y en beneficio de las dos, un íntimo, constante y rapidísimo enlace, porque la capital con su puerto facilitaría el envío de las primeras materias á las fábricas de Alcoy, mientras esta ciudad daría fácil y cómoda salida á la producción de sus talleres.

Además, la dificultad de comunicación, la carencia de frecuente trato y el divorcio entre los mutuos intereses, relajan los vínculos del cariño y quizás suscitan recelos y antagonismos entre los que, debiendo estrecharse como hijos de una misma madre, se ven obligados á no mantener entre sí más que relaciones puramente oficiales.

Y esto tiene que suceder, sin que Alcoy ni Alicante lo pretendan, por consecuencia de la incomprensible separación en que viven.



De dos diversos modos puede hacerse el viaje de Alicante á Alcoy, ambos tan incómodos, que si le diesen á uno la facultad de elegir, se quedaría sin ninguno.

El más sencillo y más rápido es el que se hace en diligencia, pasando por Jijona y atravesando la accidentada cordillera denominada «La Carrasqueta», que ofrece al



viajero soberbios puntos de vista, panorama variadísimo, y ya en esta época del año frío, que le hacen chuparse los dedos de gusto, y que contrasta brusca y desagradablemente con la temperatura de la capital.

Es decir, la perspectiva de una pulmonía ó de un reumatismo, incómodamente cobijado en un cajón de pasas con ruedas, durante ¡ocho horas!

El otro viaje, ya varía: el viajero se traslada á Villena en el tren correo ascendente, es decir, el que se dirige á Madrid; toma el tren *Chicharra*—así le llaman en el país— que por Viar y Benomojama llega hasta Bañeras y desde este último punto, en solo dos horitas de diligencia, se traslada uno á Alcoy. De manera que el viaje sería molesto y largo, si no ofreciese una circunstancia que le favorece mucho; la de que el tren correo ascendente no enlaza con el de Bañeras, en Villena, punto este último en el que el viajero tiene que hacer noche, tardando así en trasladarse desde Alicante á Alcoy la friolera de catorce horas.

Y mientras por uno y otro camino Alicante se coloca á larga distancia de Alcoy—porque largo es lo que no puede franquearse con facilidad—Alcoy se acerca á Valencia, con la que tiene rápida comunicación férrea por diferentes puntos: de suerte que un alcoyano va á cualquiera parte con mejor gusto que á la capital de su provincia, donde no es presenta ni á tres tirones, á menos que le hagan comparecer á un juicio oral ó le obligue á presentarse el gobernador; y en ambos casos—claro es—rabiando y de malísima gana.

Lo peor de todo es que no parece que se vea solución en asunto de tan vital interés para Alicante; sobre que no



hay empresa, ni sociedad, ni particular alguno, que haya solicitado la concesión para estudiar un proyecto de ferrocarril entre Alicante y Alcoy.

Cosa que me obliga á pensar si seré yo el equivocado y si un ferrocarril entre Alicante y Alcoy sería un negocio ruinoso para la empresa constructora y un grave daño, además, para los intereses de ambas ciudades.

Porque solo así se explicaría el desdén con que los capitalistas del país miran, en ese doble aspecto, cuestión que á mí me parece tan importante.



Lo que sucede con Alcoy sucede con Denia, corregido y aumentado.

Para ir á población tan importante, hay que aprovecharse de una mala diligencia, que por la carretera del litoral, y pasando por Villajoyosa, Benidorm, Altea, Calpe, Benisa, etc., tarda no sé si doce ó catorce horas en llegar al punto de su destino.

Por ferrocarril, ya es otra cosa; es preciso ir á Novelda, Villena, Caudete y La Encina; en este último punto aprovechar el tren de Valencia y trasladarse á Carcagente, desde donde hay una sección de ferrocarril hasta Denia.

Un poco menos, nada más, que un viaje alrededor del mundo.

Existe un proyecto, del cual es concesionario el señor D. Juan Bautista Lafora, para la construcción de un ferrocarril de vía estrecha entre Alicante y Denia; se asegura



que hasta se hallan terminados los estudios; pero el hecho es que ni han empezado, ni se sabe cuándo empezarán las obras.

Hay, sin embargo, en Alicante, perfecto convencimiento de que se construirá aquel ferrocarril, porque el movimiento de los pueblos de la Marina es verdaderamente enorme, siendo de antemano garantía segura del éxito del negocio.

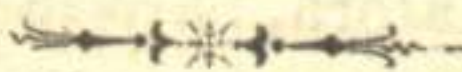
De manera, que lo que tienen que pedirle á Dios los alicantinos es que al Sr. Lafora se le mueva el ánimo en el sentido de acometer cuanto antes la mencionada empresa.



Dentro de muy pocos días me propongo visitar á Alcoy, primero, y á Denia, Pego y otros pueblos importantes de la Marina, después.

Averiguados los medios de comunicación y transporte de que puedo disponer para llevar á cabo aquellas expediciones, á nadie le sorprenderá que haya acudido á mi imaginación el recuerdo de Santa Bárbara y de toda la corte celestial.

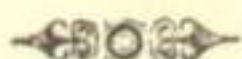
A la que me encomiendo con fervorosa fé, para que me saque con bien de los tumbos, atascamientos y vuelcos que tengo en perspectiva.







## ARTES Y LETRAS



Pepe Mata, el excelente actor que forma parte de la compañía dramática de que es empresaria mi ilustre amiga María Guerrero, llegó, hace ya muchos años, á Valladolid—ciudad que desconocía—y se dió cita para aquella misma noche en uno de los cafés con el representante de la empresa, que era vecino de la localidad.

Acudió Mata el primero, se sentó junto á un ciudadano que tomaba café en una mesa inmediata á la suya, y á los pocos momentos conversaban ambos como si se conociesen de toda la vida.

Llegó en esto el representante de la empresa, hizo un gesto que no le fué dado disimular, se acercó á Mata y le dijo al oído algunas palabras que hicieron al actor votar en su asiento y fijarse con visible espanto sobre su primitivo acompañante. Este último, para quien no habían pasado inadvertidas todas aquellas peripecias, se volvió sonriendo hacia Mata, diciéndole:



—¡Vaya! Ya le han dicho á usted que soy el veranga. Pues bien, es cierto; ya sabe usted que somos compañeros.

—¿Compañeros?—exclamó Mata en el paroxismo de la indignación.

—Justo—contestó el otro flemáticamente.—¡Como que los dos trabajamos en tablado!



Me ha venido á las mientes el recuerdo del suceso, y al deseo la comezón de referirlo, ante el temor de que alguno pudiese imaginar que iba á colarme en el amplio escenario de las artes y de las letras alicantinas, y hasta hablar de tú—vamos al decir—á los ingenios que en esas privilegiadas esferas de la inteligencia enaltecen á este país, patria de no pequeño número de notabilidades.

Por eso he creído deber mío salir al encuentro de toda sospecha malévola al comienzo mismo de estas líneas, á fin de que á nadie quepa duda de que mi propósito es el de presentar—y nada más que presentar—la lista, muy incompleta sin duda, de los artistas y escritores con que se enorgullece Alicante, pero de manera que en caso alguno pueda comparárase con el verdugo de Valladolid.

Cada cual tiene el tablado que la suerte le deparó, y yo, que á Dios gracias no puedo quejarme del mío, me guardaré muy bien de meterme en lugar donde se me pueda decir:

—Zapatero, á tus zapatos





Alicante es artista, quizás sin darse cuenta de ello.

Bajo este cielo siempre azul, aspirando esta atmósfera saturada por el perfume de las flores y por la esencia de las algas marinas; templando su cerebro al fuego del sol de los trópicos, y posando su imaginación sin cesar en los magníficos cuadros llenos de luz y de colores, con que prodigamente le brinda la Naturaleza, siente en su alma los efluvios vivificadores del arte, y es pintor y es músico y es poeta, aunque sus conveniencias ó sus necesidades violenten á veces sus inclinaciones, empujándolas por distintos derroteros.

Por eso, aunque tenga justificada vanidad recordando que de esta hermosa provincia brotaron un orador tan insigne como D. Joaquín María López; un príncipe de la iglesia como el cardenal Payá; hombres políticos como Carlos Navarro, Eleuterio Maisonave, José Gallostra, José Reus, Trinitario Ruiz Capdepón, Enrique Bushell, alienista tan célebre como Esquerdo, cuya brillante reputación en las ciencias médicas comparte el otro Esquerdo, también alicantino, que reside en Barcelona, y catedráticos de fama universal como Soler y como Gadea Orozco, Alicante manifiesta marcada complacencia, cuando ocupándose de sus artistas y de sus escritores los presenta á la contemplación de los extraños en numerosos y apretados grupos, con el evidente deseo de que se vea cuántos más son aquéllos de sus hijos que se han abierto ó van abriéndose paso hacia el



templo de la posteridad, por los ásperos caminos de las letras y las artes.

¡Hermosa vanidad, que disputa á Cádiz la gloria de haber puesto en la inteligencia de Castelar los destellos del genio!



He dicho que Alicante es artista, quizás sin darse cuenta de ello y voy á demostrarlo.

Hace unos cuantos meses y por iniciativa de la Sociedad Económica de Amigos del País, se celebró una Exposición de pinturas. Nadie, ni los iniciadores del pensamiento, ni los artistas que se aprestaron á tomar parte en el certamen, dieron al proyecto más proporciones que las de una tentativa plausible y, ¡cuál no sería la sorpresa general, al encontrarse con que habían logrado hacer una Exposición notabilísima!

Pero así era, en efecto. Casanova, el maestro de todos, el austero artista, perpetuo recluso en su propia Academia el ilustre pintor que sólo vive para transportar al lienzo los colores de la paleta que combina su creadora imaginación, dirigió el certamen y á él acudieron el laureado Heliodoro Guillén, ilustre discípulo del inolvidable Plasencia; y Fernando Cabrera, autor de *Los Huérfanos*, premiado en Madrid con segunda medalla. Bañuls, también distinguidísimo escultor; Hernández, Pericás y López Tomás; y el infortunado Manuel Harmsen, hijo del ilustre barón de Mayals, y la esposa del catedrático Sr. Giner de los Ríos, y otros muchos artistas alicantinos, ganosos de darse á cono-



cer á sus compatriotas y con legítimo derecho de ser colocados.

Y todo eso lo reveló *por casualidad* una Exposición considerada como una tentativa; y de esa Exposición resultó que Alicante tenía pintores con escuela propia, con potencia creadora y con medios para medir noblemente sus fuerzas con los demás atletas del arte patrio...

Pintores que, por lo visto, ignoraban que lo eran.



El *divino arte* tiene en Alicante numerosos y fervientes adoradores.

Sin contar con que de esta provincia son hijos Chapí y Espí, nombres que hacen innecesario todo adjetivo; y Miagros Gorgé, encanto actualmente de los berlineses; y Luisa Fons, *Rosina* afortunada en nuestro teatro Real y Miguel Soler, que con Carbonell, Rafaela Fons, la Baeza, Lloret, Aznar, La Parreta y Olmos, figuran en los cuadros artísticos de nuestros teatros de zarzuela; sin incluir en la listo á no pocos maestros que difunden sus conocimientos entre gran número de discípulos, como Emilia Miquel, Senante, Falcó, Larrochete y otros varios, hay en esta capital una masa de *aficionados* tan considerable y á la vez tan digna de calificación más elevada en las jerarquías del arte, como yo no recuerdo haber observado en población alguna de las muchas donde en España se rinde á la música idólatra y fervoroso culto.

Figura á la cabeza de esos *aficionados* por derecho pro-



pio, no sólo por ser mujer—que ya era suficiente—sino por los poderosos atractivos de su belleza, por la suprema distinción de su gallarda figura y por su clarísimo talento, basado en conocimientos poco comunes entre los individuos de su sexo, la señorita doña Margarita García y Gomis, verdadera profesora de arpa, que ni la Bernis ni Esmeralda Cervantes desdeñarían considerar como aventajada compañera.

Margarita—que es una criatura encantadora, rubia, dulce y delicada, como la Margarita del *Fausto*—tiene aprobadas todas las asignaturas del bachillerato; pero no ha querido tomar el grado, por una consideración puramente femenina; no quiere que la llamen *bachillera*.

Lo cual no impide que todo el mundo la considere doctora en hermosura y que la compare con Santa Cecilia, la Virgen de la cítara y el símbolo sagrado de las armonías celestiales.

Las señoras de Hugo Pritz y de Clavel, como pianistas, y Adela Herrero, esposa de Cremades y discípula de Verger, merecen la consideración de verdaderas artistas, de igual manera que el barón de Mayals, el banquero Enrique Ravello, el comerciante Manuel Clavel, Ernesto Villar, Juan Such, Arturo y Antonio García Soler, José Álvarez Coñas, Heliodoro Gras y otros muchos, que además de músicos consumados, dominan uno ó varios instrumentos ó son cantantes notabilísimos, cuya desahogada posición quizás arrebatara al teatro la gloria de algunas celebridades.

La familia del Sr. García Soler, presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y decano del Colegio



de Abogados, es una familia compuesta de verdaderos artistas.

Yo he tenido el honor de asistir en su casa á una reunión íntima en que, bajo la dirección de dicho señor—que es un notable pianista—su hermano Arturo, excelente profesor de violoncello; su primo Antonio, violinista; Juan Such, su íntimo amigo, manejando diestramente la viola, y Ernesto Villar, músico consumado, ejecutando también al violín, me hicieron oír dos cuartetos de Beethoven, dichos con tan perfecta delicadeza, con tan consumada maestría, que me recordaron las hermosísimas sesiones dirigidas por nuestro insigne Monasterio.

Hay, por último, en Alicante organizadas dos buenas orquestas que dirijen, respectivamente, los maestros Blasco y Gorgé, y una Sociedad consagrada á la formación de una masa coral con el título de «Orfeón Alicantino».

Cuenta, por consiguiente, esta capital, con elementos sobrados para fomentar la afición y perfeccionar el buen gusto en el arte divino de la música.



Como expresión de las pronunciadas tendencias artísticas de este pueblo, puede ofrecerse otro dato que no deja de ser curioso y digno de estudio.

En Alicante hay tres hermosos teatros públicos; el Principal, el Circo y el de Polo—situado este último en el barrio de Benalúa.—Rarísima vez funcionan simultáneamente compañías en dichos teatros, y más rara vez aún logra al-



guna de ellas obtener en sus tareas un resultado medianamente satisfactorio.

El fenómeno, que á primera vista presenta caracteres extraordinarios, se explica, sin embargo, con gran facilidad.

Existen, además de los mencionados, otros cuatro teatros denominados «Calderón de la Barca», «Antonio Vico», «Manuel Tamayo» y «José Zorrilla», correspondiendo cada uno de ellos á los barrios más populoso de la capital.

Esos teatros están sostenidos y administrados por Sociedades que cuentan con su Junta directiva y su correspondiente cuadro artístico: se dan en ellos varias funciones durante el mes, á las que sólo asisten los socios y sus familias, quienes se congregan á diario en el local, bien para asistir á los ensayos, bien constituyendo amenas reuniones y arrebatando siempre, por consecuencia, un contingente considerable de público á los teatros que pudiéramos llamar formales.

¿Esto es un mal ó es un bien? Que el procedimiento contribuye poderosamente á la cultura de los que se asocian para proporcionarse aquel recreo, es cosa que no ofrece la menor duda; pero ¿se cultivará el buen gusto literario por aquel camino? ¿No perderá más el arte anulando el verdadero teatro para fomentar el teatro sostenido por aficionados?

Ese es un punto de discusión en que se ocupan en Alicante algunos apasionados de las gloriosas tradiciones de la escena española.





Recordar que son alicantinos Rafael Altamira, director que fué de *La Justicia* y autor de las notabilísimas obras «Mi primera campaña» y «Enseñanza de la historia»; Rafael Alvarez Sereix, distinguido literato, á la vez que reputado ingeniero agrónomo, y Gonzalo Cantó y Carlos Arniches, afortunados autores de varias obras teatrales ruidosamente aplaudidas, parece cosa inútil por sobradamente averiguada.

Tampoco creo decir nada nuevo al asegurar que en Alicante el imperio de las letras está brillantísimamente representado.

Loma y Corradi, aunque no de nacimiento, alicantino por residencia, por inclinación y por vínculos de familia, figura sin duda alguna á la cabeza de los escritores de la provincia; á Carlos Navarro y Rodrigo, todo español de buen gusto le conoce como literato distinguidísimo; del barón de Mayals es proverbial la galana corrección de sus composiciones; Carmelo Calvo, como prosista castizo y como poeta inspirado, tiene asentada justísima reputación; campeones verdaderamente notables en nuestra literatura son Rafael Campos, José Mariano Milego, Ricardo y Carlos Sánchez Palacios, Ernesto Villar, Miguel Llorente de las Casas y Miguel Llorente Marbeuf; dama ilustre y poetisa distinguida es la señora doña Francisca Jaume de Márquez, y extensísima línea de escritores por todo extremo apreciables comienza en el joven médico y distinguido



literato D. José Pons, y termina en las redacciones de los periódicos alicantinos, donde se agita y distingue una juventud ilustrada, inteligente y vigorosa, que en medio de sus virtudes ha cometido en estos últimos días—á mi entender—un error de gran bulto; el de haberse dignado tributar al que estas líneas suscribe muestras de consideración y de cariño que debo considerar excesivas.

Al cerrar la última de las cartas que me propuse escribir en esta hermosa cuanto hospitalaria ciudad, por *El Liberal*, en primer término, y por mi compañero Lázaro y por mí, después, envío á cuantos me han honrado con su trato, y muy especialmente á mis amigos de la prensa alicantina, el testimonio de mi inmensa gratitud por los favores recibidos, seguros todos de que al abandonar con dolor ésta para mi encantadora residencia, marcharé diciendo:

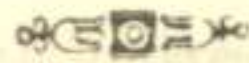
—¡Qué hermosa ciudad, qué mujeres tan bellas y qué hombres tan corteses!



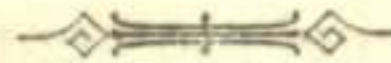




# VILLENA



## ESPERANZAS DE SALVACIÓN

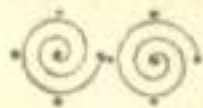


Salimos de Alicante: Marchaba el tren hacia el interior, y volviendo grupas á la costa con dirección á Madrid, haciéndome imaginar á intervalos que el enojoso efecto de la recientísima separación de buenos y cariñosos amigos iba á compensarse con el regreso á mi hogar, á mis afectos y á mis deberes cortesanos: me hallaba en aquellos momentos de manera semejante á como dicese que se encuentra el sepulcro de Mahoma: suspendido entre dos imanes.

En San Vicente, primera de las estaciones, entró en el departamento que ocupaba el joven profesor de química D. José Soler, hijo del reputado catedrático que fué de la Universidad Central, establecido como farmacéutico actualmente en Alicante. Dirigíase á Madrid el Sr. Soler; enteróse de que yo marchaba á Villena y quiso hacerme gratas aquellas tres horas de viaje, favoreciéndome con su amena conversación y su agradable compañía.



El encuentro no podía ser para mí más afortunado; yo me dirigía á esta población atraído por su importancia, por el contraste de sus desdichas de hoy con sus prosperidades de ayer, para cerciorarme por mí mismo de los incalculables perjuicios que la crisis vinícola produce á este feracísimo término, y con objeto, en fin, de conocer con exactitud los resultados de una tentativa industrial que envuelve un problema científico de transcendentalísima importancia para las comarcas en que la vid constituye el principal de los cultivos. Sabía, por último, que el Sr. Soler tenía la dirección técnica, en los aspectos analítico y experimental, de asunto de tal interés, y por consecuencia, sus explicaciones en aquel momento habían de ser para mí verdaderamente inapreciables.



En una de mis primeras correspondencias cité, de pasada, el nombre de D. Luis Penalva, personificación de una acaudalada casa exportadora de vinos y hombre de grandes iniciativas mercantiles.

Penalva, que en esta comarca tiene y representa cuantiosos intereses; que es propietario en las inmediaciones de Villena de una hermosa posesión; que siente por éste y por los pueblos limítrofes el vivísimo afecto que inspiran los infortunios que se suceden repentinamente á las prosperidades, y que vé con dolor—independientemente de su propio interés, de todo punto legítimo—la ruina que amenaza á estos agricultores, ha concebido el pensamiento y ha co-



menzado á llevarlo á la práctica de obtener azúcar de uva, nueva glucosa que llevaría sobre las diversas de procedencia industrial generalmente utilizadas, ventajas inmensas, y que daría seguro empleo, en condiciones soportables para el agricultor, á la excesiva producción actual de aquella primera materia.

Asociado para dicha empresa á Mr. Moullé, Jeune, de París, que representa con dicha razón social á una importante casa exportadora propietaria en Villena de una magnífica bodega y que tiene sucursales en Burdeos, Haro, Benicarló, Castalla, Criptana y Alicante, el Sr. Penalva, perseverando en su pensamiento y de acuerdo con dicha casa, unida también á la de Barbière, de París, confió los experimentos químicos al Sr. Soler y la parte mecánica, es decir, la instalación y dirección de los aparatos, á Mr. Francis Balme, director de la fábrica de azúcares de remolacha que el doctor Creus tiene en Granada.

En el mes de Septiembre comenzó los ensayos el señor Soler, con la intervención de su señor padre y el consejo del respetable químico de Madrid, Sr. Utor, y bajo la alta inspección de Mr. Durin, de París, eminencia científica que ha hecho estudios especiales y notabilísimos respecto de la producción de azúcares.

La lucha ha sido empeñada; los gastos realizados para aquellos primeros experimentos han excedido de ocho mil duros y los resultados—químicamente considerados—han sido completos, si bien desde el punto de vista práctico dejan todavía algo que desear, por la deficiencia de los aparatos empleados hasta ahora y que son semejantes á los que se aplican á otras industrias.



El que ha servido expresamente para estos ensayos, y que resulta el mejor de todos—aunque imperfecto todavía—es el construido por la casa Cail, de París, con arreglo á los planos del ingeniero francés Mr. Fontainelles.

El problema está reducido en estos momentos á construir un aparato que á los 60 grados de temperatura, y en el vacío, produzca la concentración de los jarabes perfectamente decolorados y separados de toda otra substancia distinta del azúcar y del agua. Se trata, por consiguiente, de que á la solución química—que ha resultado perfecta—acompañe la solución mecánica, considerada generalmente como empresa verdaderamente sencilla y perfectamente realizable.

Si, como todo hace esperar, la ciencia consigue ese nuevo triunfo, la sociedad explotadora propónese la fabricación en tan gran escala, cuanto que se promete producir anualmente 50.000 hectolitros de glucosa, que representarían unos veinte millones de kilogramos de uva, calculando que esta materia contiene, por término medio, un 24 por 100 de azúcar, obteniendo al mismo tiempo los productos que la son complementarios, como el ácido tártrico, el tanino y las materias colorantes.

Son incalculables los beneficios que esa victoria científica definitiva habría de reportar á todas las industrias que tienen por base la utilización de las glucosas, y sobre todo, á las comarcas vinícolas donde, como en Villena y Yecla—por ejemplo—el cultivo de la vid es tan extenso, que ofrece un exceso de producción considerable con relación á la demanda. Desde luego, aquellas industrias contarían con una glucosa que constituiría el 89 por 100 de



sus componentes naturales, mientras que las utilizadas en la actualidad no exceden del 69 por 100, á precios mucho más reducidos de una pureza indiscutible y sin el peligro de contener substancias nocivas, como puede ocurrir con algunas de las glucosas industria'es que ahora representan en el mercado un importante é ineludible artículo de comercio.

En el otro aspecto no hay para qué esforzarse en demostrar los beneficios que la producción de azúcar de uva reportaría.

En Villena—puesto que de Villena me ocupo en primer término—el brusco é inopinado descenso en los precios de venta—que para la generalidad de los cosecheros no son, desde hace dos años, precios remuneradores—ha producido tan violento desequilibrio, que apenas podrá registrarse algún caso muy excepcional de agricultor que no tenga comprometida seriamente su fortuna. La mayoría de ellos han tenido necesidad de apelar al crédito; muchos viven ya entre las garras de la usura y no pocos han experimentado la pena de ver pasar sus propiedades á manos extrañas, sin que estas mismas deseen retenerlas, aunque las obtuvieron á precio muy inferior al que tenían cuando sus dueños—fiados en los años de prosperidad—pedían dinero á préstamo para mejorarlas.

En esta penosísima situación, con la amenaza del tributo ideado por el Sr. Gamazo, con las patentes de alcoholes, con un encabezamiento por consumos que excede con mucho del que le corresponde, con contribuciones superiores á sus medios productivos, sin mercado para sus vinos y con la paralización en todos los órdenes del traba-



jo, que ha ocasionado la falta de tráfico en el ramo principal de su riqueza, Villena—que reunía todos los elementos necesarios para gozar un estado próspero y floreciente—es una ciudad totalmente arruinada, que no se muere materialmente de hambre, gracias á la fertilidad de su huerta y merced á la riqueza de sus aguas, que permiten aplicar á diversos cultivos terrenos abandonados hasta ahora como improductivos eriales.

Después de trazado este cuadro, cuyos colores están tomados del natural, se comprenderá todo lo beneficioso que para Villena sería que los Sres. Penalva y Moullé resolviesen satisfactoriamente el problema industrial de la fabricación de los azúcares de uva.



La acogida que en Villena se ha dispensado á los representantes de *El Liberal*, ha sido de tal naturaleza, que no encuentro palabras con qué expresarla ni demostraciones suficientemente cariñosas con qué agradecerla.

Al apearnos del tren fuimos recibidos por el Sr. D. José Tomás Requena—persona estimadísima en esta ciudad—que tiene la representación de la casa Moullé, Jeune, de París, y que durante nuestra permanencia en Villena puede decirse que ni nos ha abandonado un momento, ni ha dejado en todos ellos de colmarnos de atenciones.

Con él visitamos ayer por la mañana la magnífica bodega de que como representante está encargado, soberbio



edificio montado con arreglo á los procedimientos más perfectos para la elaboración de los vinos, la del Sr. D. Pedro Conesa, también notabilísima, y en la que fuimos cariñosamente atendidos por D. José Hernández, socio de dicho señor, y la de D. Federico Bonastre, más reducida que las anteriores, pero asimismo excelentemente acondicionada para el uso á que se la destina. Dolor causa ver tan hermosos establecimientos reducidos casi á la inactividad, cuando hace no más que dos ó tres años eran centros de pasmosa producción y de vertiginoso trabajo.

Por la tarde, el Sr. Requena tuvo la bondad de ponernos en relación con gran número de las personas más visibles y de mayor arraigo en Villena, muchas de las cuales se sirvieron acompañarnos en una rápida visita hecha á los dos Casinos de la ciudad, á los riquísimos manantiales que brotan en el mismo centro de ella y que la surten abundantemente de aguas potables, al hermoso templo de Santiago, á la casa en que nació y en que reside cuando aquí viene el insigne Chapí, al edificio en que se hallan instalados el Ayuntamiento, el juzgado, la cárcel y las escuelas públicas, y á otros diversos lugares, en fin, dignos de ser conocidos.

Durante toda la excursión se nos dirigieron á Lázaro y á mí excitaciones apremiantes para que *El Liberal* haga comprender á los poderes públicos la afflictiva situación que atraviesa Villena, á fin de que procure suavizarla en cuanto á su esfera de acción corresponda.

Nosotros, á nombre de *El Liberal*, contrajimos gustosísimos aquél compromiso y el de poner de relieve, siempre que fuere necesario, los males que á Villena affigen y los



remedios que, á juicio de su vecindario, podrían aplicarse para remediarlos.



Las horas transcurridas desde las nueve hasta las doce de la noche fueron para nosotros deliciosas: las pasamos en casa del Sr. Requena, en unión de su amable esposa, de sus lindas hijas y de otros varios individuos de tan estimable familia.

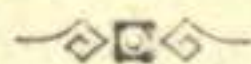
El objeto de esta reunión íntima fué el de *hacer un poco de música*, y en verdad que no sospechábamos la sorpresa que nuestra suerte nos reservaba.

Entre los concurrentes á aquella íntima fiesta de familia se hallaban la señora doña Laura Esteve y su esposo, señor Caravaca, excelente barítono este último y contralto notabilísima—sin la menor hipérbole—la primera, además de consumada pianista.

La señora de Caravaca nos hizo oír su magnífica voz, subordinada á una escuela de canto irreprochable, diferentes veces, en géneros tan diversos como la romanza, *Oh, mio Fernando*, de *La Favorita*, y la canción de *Torear por lo fino*, produciendo en nuestro espíritu verdadero arrebató.

Es una artista digna, en su género, de figurar á la altura de Chapí—esa otra eminencia del arte patrio—y que quién sabe si algún día podrán aplaudir críticos mucho más inteligentes que los que anoche formaban el auditorio extraño á la familia del Sr. Requena.

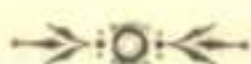
Sería una conquista inapreciable para la escena lírica española.







# ALCOY



## “I FEROCI ROMANI,,—POR “PELADILLAS,,



Pues... salimos de Villena, dejando en la estación—no sin pesar—á muchos y muy buenos amigos—y en el tren *Chicharra*—que dicho sea de paso tiene muy bonitos carruajes y chilla con más insistencia que el insecto á quien debe su nombre—nos plantamos en Bañeras, donde nos aguardaba el coche encargado de transportarnos á esta ciudad.

- Con la maleta en la diestra mano, el lío de mantas en la siniestra, la *Guía* engastada entre la camisa y el chaleco y la gorra asomando la visera por el bolsillo del *pardessus*, Lázaro y yo emprendimos el transbordo desde el tren al ómnibus—en cuyo cabriolé se nos reservaban dos asientos.—pensando en esos pobres actores de accidentada vida artística, á quienes con notoria sin razón califican las muchedumbres de *cómicos de la legua*.

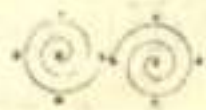


¡Pobrecitos! Ellos, adoradores de Talía, apóstoles de arte, desparraman por esos pueblos de Dios—moral y literariamente, por supuesto—la perlas de ese collar interminable que engarzaron nuestros clásicos y á que ponen valiosísimo broche las celebridades de nuestro teatro moderno, sin arredrarse por género alguno de obstáculos, sin contarse, siquiera, llevando el entusiasmo en el espíritu, la inspiración en el cerebro y el equipaje bajo el brazo; dispuestos lo mismo á cantar *El dúo de La Africana* que á representar el *Don Juan Tenorio*, con idéntica fé, con abnegación igual á las que animan al misionero á difundir la suprema verdad entre las razas idólatras.

¡Pobrecitos! ¡Con cuánta injusticia se ha hecho para ellos solos aquella caricatura literaria y musical titulada *I feroci romani!*

Nosotros, los periodistas *fin de siglo*, que no picamos tan alto, que no tenemos la pretensión de hacer revelaciones portentosas, ni de erigirnos en Mentores de la humanidad; que nos limitamos á relatar como podemos lo que impresiona nuestro ánimo ó conmueve á nuestros sentidos, tenemos algunos puntos de semejanza con los llamados *cómicos de la legua*.

Al menos en lo que se refiere á andar por el mundo á salto de mata y con los bártulos áuestas.



—¡Iaaa! ¡Arré, madre!—gritaba el zagal acariciando con la tralla á las mulas más frecuentemente de lo que á éstas convenía, mientras rodaba el coche por hermosa ca-



rretera abierta en pintoresco y fertilísimo terreno, precedido ó escoltado—según sus gustos—por el perro de un cazador canelo y blanco—el perro, naturalmente—que anduvo diez veces el camino olfateando matorrales y rastreando perdices.

Cuando nos quedaban por recorrer seis ó siete de los veinticuatro kilómetros que separan á Bañeras de esta ciudad, el mayoral, indicándonos un pequeño edificio encaramado en el vértice mismo de una empinada montaña, nos dijo:

—Aquello es la ermita de San Cristóbal, y detrás de ese cerro está Alcoy; ya lo verán ustedes desde «El Salto.»

El salto le tuve yo, acto continuo, en el corazón, porque sentía verdadera impaciencia por descubrir la ciudad, que me imaginaba—y no sin razón—asentada sobre extensas colinas, cobijada entre los repliegues de la áspera cordillera de «La Mariola», y envuelta por las plateadas cintas con que el Serpis—allí naciente—y sus afluentes el Polop y el Molinar, tejen la cadena de fábricas y molinos, que forman como una especie de avanzada de honor á la industrial Alcoy.

Llegamos á «El Salto», punto de vista de belleza indescriptible, en que desde considerable altura se domina el valle, y á la vuelta de un rápido recodo del camino se presentó ante nuestros ojos Alcoy, confundiendo sus anchas y amontonadas líneas con el fondo terroso de la cordillera que limita su horizonte; emplazado entre bancales superpuestos, tallados en la tierra y formando gigantesca escalinata; cercado de olivos, cuyos oscuros tonos hacen que resalte más la verdura de su huerta, y dominado por las



chimeneas de sus fábricas y por los campanarios de sus templos.

¡Magnífica decoración! ¡Una hermosa ciudad reclinada sobre un lecho de vegetación vigorosa, defendida por una cadena de montañas y cubierta por el diáfano toldo de un cielo azul, abrigado por los rayos del sol! ¡Y cosa extraña!... La prosa del trabajo y la poesía de la Naturaleza confundidas y consiguiendo un mismo fin; la grandeza del conjunto.

Avanzábamos rápidamente, entramos á escape por las calles de la ciudad, y mientras llegábamos frente al Hotel del Comercio—donde debíamos hospedarnos—me preguntó el mayoral con una buena fé digna de mejor respuesta:

—¿Ustedes serán comisionistas?

—Sí, señor—le contesté yo—venimos á Alcoy por una partida de *peladillas*.

—¡Oy!—replicó él, como quien dice:

—Eso se lo cuenta usted á su abuela.



No tardamos en honrarnos recibiendo la visita y estrechando la mano de Julio Puig y de Eugenio Moltó, directores, respectivamente, de los periódicos *La Unión Republicana* y *La Lucha*, conservador éste último—pues supongo que dado su título no necesito calificar al primero—quienes con un cariño que nunca les agradeceremos bastante, pusieron su entendimiento, que es muy grande, su



voluntad, que aún es mayor, y su cortesía, que no tiene límites, á nuestro servicio, para salir medianamente airosos de la misión que nos ha proporcionado la fortuna de conocer esta ciudad.

Yo había oído hablar mucho y muy bien en Alicante de las condiciones excepcionales del alcalde de Alcoy, y me pareció que la casualidad no podía depararme ocasión más propicia para ir formando juicio acerca de las dotes de mando de dicha autoridad, que pidiendo informes á dos personas de quienes yo debía presumir que eran sus encarizados adversarios.

¡No fué flojo el chasco que me llevé!

Uno y otro de nuestros ilustrados y queridos interlocutores, nos dijeron, poco más ó menos:

—D. Severo Pascual, alcalde de esta ciudad, es un perfecto caballero, un administrador honrado y celoso de los intereses comunales y un presidente del Ayuntamiento, que teniendo en cuenta muy poco las opiniones políticas y en mucho el bien de la localidad, ha entendido con criterio rectísimo que su principal deber estriba en hacer administración tan moral y ordenada como pueda apetecerse.

Por eso conservadores y republicanos, liberales y carlistas, estamos en aquel concepto incondicionalmente á su lado—como lo está el vecindario entero—sin que en el Municipio ni fuera de él se levante una voz que no sea en aprobación de sus actos.

Aunque el Ayuntamiento está abrumado con los sesenta y seis mil duros que injustamente paga por el cupo de consumos, y con los dieciocho mil que satisface por contingente provincial; aunque el atender á las cargas munici-



pales le cuesta treinta mil duros, y aunque sostiene un Hospital que antes mantenía la provincia y que ahora reviste carácter exclusivamente municipal, atiende con regularidad perfecta á todos esos compromisos, y gracias á su inmejorable administración, aún ha podido hacer un nuevo cementerio y realizar en la ciudad algunas mejoras de importancia; y todo eso en los diez meses que lleva de ejercicio, pues en cuanto á la carga enorme que le dejaron administraciones anteriores, ni el alcalde ni los concejales han querido aceptar responsabilidades que no han contraído; el alcalde, sobre todo, se plantó, y echando una raya por debajo de la cuenta antigua dijo—y dijo muy bien:

«—Hasta ahí, el que la hizo que la pague; desde aquí la pagaremos nosotros.»

Y en efecto: el Ayuntamiento actual, no debe por el ejercicio de su administración ni un sólo céntimo.

Con lo que queda dicho que D. Severo Pascual no es simplemente un alcalde; es el *Ave Fénix* de los poetas; el tulipán negro ó el clavel azul de los floricultores, y la mosca blanca de los naturalistas; es decir, un alcalde sin ejemplar en los tiempos que corremos.



Hablábamos por la noche formando parte de un corro muy numeroso, en uno de los salones del «Círculo Industrial».

Varios concurrentes, llevando su cortesía hasta los li-



mites de mi excesiva curiosidad, contestaban á mis preguntas, encaminadas á averiguar el por qué de no haberse continuado las obras para terminar las del ferrocarril de Villena á Alcoy.

«—En verdad—me contestaron—no es cosa tan sencilla como parece á primera vista, el contestar á estas preguntas.

La mayoría de las acciones emitidas para la construcción de esa vía férrea, se hallaban en poder del «Banco Ibérico», sociedad barcelonesa que tuvo que presentarse en liquidación, con cuyo motivo se suspendieron las obras.

Expirando el plazo concedido para terminar estas últimas, el Sr. Canalejas obtuvo una prórroga de treinta meses, que también transcurrieron sin que se reanudaran los trabajos, y sin que el Gobierno—que se incautó de la línea—diese muestra alguna de interesarse en su terminación, no obstante de haber puesto al frente de la dirección administrativa al distinguidísimo ingeniero hermano del mencionado exministro. Es más; el Gobierno adeuda á los empleados en la línea los haberes de algunos meses, faltando por el primer concepto abiertamente á la ley de ferrocarriles, y por el segundo al deber elemental de pagar á sus servidores lo que honradamente ganan.

Un banquero alcoyano, de sólida y cuantiosa fortuna, de gran respetabilidad y cuya firma representaría en caso necesario un capital de muchos millones—D. Rigoberto Albors—fué en una ocasión excitado para formar una compañía de la que fuese él socio capitalista y socios industriales los iniciadores del pensamiento; pero el Sr. Albors rechazó la idea, manifestó que el ferrocarril debía hacerse por Alcoy y para Alcoy, y que por su parte estaba dispues-



to á encargarse de la terminación de la línea, si bien precisamente en aquellas condiciones.

Pero, nada, el Estado sigue incautado del ferrocarril, sin pagar á sus empleados, faltando á la ley y sin procurar que alguien que pueda se encargue de terminarlo.»



«—¿Y el ferrocarril directo de Alcoy á Alicante?»

—En cuanto á esa línea, que importa á Alicante mucho más que á Alcoy, pues éste, careciendo de ella, tiene su puerto en Valencia y en Alicante, no se encuentra en un abandono inconcebible por parte, principalmente, de los capitalistas alicantinos.

D. Eleuterio Maisonnave obtuvo la concesión, adquirida después de muerto aquel hombre público que tanto favoreció á su país natal, por el Crédito General de Ferrocarriles; hicieron los estudios, que debieron terminar los ingenieros D. Rafael Yagüe y D. Antonio Cruzado... y no se sabe más: nadie ha vuelto á ocuparse del ferrocarril directo de Alcoy á Alicante, que además de haber enlazado á estas dos importantísimas ciudades, hubiera atravesado zonas tan ricas como las de Tibi, Ibi, Castaila y Onil.»

—¿De manera?...

«—De manera que los alicantinos, porque no quieren, no tienen ferrocarril directo con Alcoy, y que los alcoyanos, porque no pueden, sin saber por qué, no tienen ferrocarril con Villena.»



—Vean ustedes—repliqué yo—con cuánta razón dije al mayoral de la diligencia que había venido á Alcoy por *peladillas*.

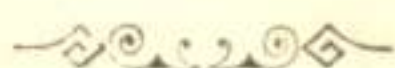
Por lo pronto, ustedes me han dado unas cuantas verdades... ¡peladas!







## BLUSA Y GORRA.—ANSELMO ARACIL



Alcoy es una población que no cuenta con menos de 32.000 habitantes, de los cuales una tercera parte—y tal vez un poco más—constituyen la masa obrera, distribuída entre las fábricas de tejidos, de papel, de cerillas fosfóricas y otras industrias explotadas en menor escala.

Pues bien; á pesar de aquel considerable número de trabajadores—que podrían calificar de peligroso algunos sociólogos calumniadores y asustadizos—esta ciudad se envanece, con justísimo título, de que en ella no exista el pauperismo, ni en las cárceles y presidios nacionales alcoyano alguno calificado de ladrón; pedir limosna teniendo aptitud para el trabajo y robar, son cosas sinónimas para los laboriosos hijos de este honrado pueblo.

Se ha dado el caso de estar la cárcel de este partido completamente vacía durante veinticuatro horas.

El obrero alcoyano—no lo digo yo, lo dicen los mismos patronos, los representantes más genuinos de los intereses



conservadores, las personas de mayor arraigo social—es respetuoso, dócil hasta la humildad, sobrio, inteligente y tan apegado al trabajo, que mientras en otras regiones fabriles se reclama la jornada de ocho horas, aquí la masa general se alegraría de tener dos horas más de labor, con tal de que se la indemnizase de tal esfuerzo, en la proporción correspondiente.

La inmensa mayoría de los obreros de Alcoy sigue atentamente el curso de los sucesos por la lectura de los periódicos; y muchos de ellos roban diariamente algunas horas á su descanso, acudiendo á las clases de la Escuela de Artes y Oficios, para perfeccionarse en los trabajos á que habitualmente se dedican.

¿Que muchos, muchísimos de ellos son socialistas? ¿Que hay algunos que no ocultan sus simpatías hacia las teorías anárquicas? Bien; ¿y qué? Los primeros persiguen un ideal que quién sabe si en el curso de los tiempos llegará á acoplarse en los moldes de la realidad; y los segundos son dichosos dando en su cerebro formas tangibles á sus utopias—único resultado positivo de sus delirios de escuela—pero unos y otros, tranquila, pacíficamente, sin apelar á violencias, rehuyendo los primeros otra acción que la de la natural defensa de sus intereses, y sin que entre los segundos sepa nadie que pueda existir, en germen siquiera, un imitador de Ravachol ó un émulo de Pallás.

Unos y otros son alcoyanos en primer término y laboriosos obreros, después, siempre decididos en ambos conceptos á ennoblecer su blusa y su gorra de trabajo; prendas que tan alto han logrado poner el nombre de su pueblo natal, en el movimiento fabril del mundo civilizado.





Anselmo Aracil era, hace cuarenta años, uno de tantos obreros á quienes en Alcoy pueden aplicarse las cualidades consignadas en el párrafo anterior.

Honrado y amante del trabajo como el que más, cuando apenas contaba veintidós años fué puesto al frente de una extraña Sociedad por acciones, organizada con la resolución de montar una fábrica de tejidos; cincuenta y cinco compañeros suyos—obrerros como él—reunieron ONCE MIL REALES, entregando cada uno de ellos diez duros; á Aracil le hicieron que adquiriese una de dichas acciones—á fin de que pudiera regentar la Sociedad—y el humilde trabajador, que no tenía ahorrados más que dos duros, recibió otros tres de su mujer y obtuvo prestados los cinco restantes, para poder completar aquella insignificante suma.

Quedó establecida la fábrica; Aracil, correspondiendo cumplidamente á la confianza que en él habían depositado sus compañeros, realizó verdaderas maravillas en laboriosidad y honradez, y al practicar á los veintidós años la liquidación de la Sociedad, entregó 23.000 reales á cada uno de los asociados.

Había conseguido, por consecuencia, una ganancia de *un millón doscientos sesenta y cinco mil reales*, para un capital de quinientos cincuenta duros.





Desde aquel momento, el crédito y la fortuna de Aracil crecieron como la espuma.

Convertido de obrero en patrono, y dirigiendo en provecho propio la fábrica que tan lucrativa había sido para sus compañeros, acometió vastas empresas, que llevadas á cabo con acierto y suerte, le permitieron aumentar y perfeccionar su medio de producción y ensanchar el círculo de sus operaciones.

Pero el cambio de posición no introdujo mudanza sensible en sus costumbres: con chaqueta y alpargatas empezó á crearse reputación y fortuna, y con chaqueta y alpargatas ha continuado y continúa dirigiendo las labores de sus talleres: sencillo, franco, decididor y generoso era—al par que obrero infatigable—cuando reunió sus primeros diez duros, y en la actualidad, cumplidos los sesenta y dos años, cubierta su cabeza de cabellos grises, producen irresistible atracción simpática su fisonomía abierta y coloreada por la salud, sus ojos vivos y penetrantes, su sonrisa entre sencilla é intencionada, la movilidad de su cuerpo, recio y fornido, y sobre todo, su inagotable generosidad, que mantiene perenne en su memoria el recuerdo de que fué simple obrero, y que no tolera á su alrededor indigencia sin socorro, ni desdicha sin consuelo.

Pregúntese en Alcoy á cualquiera, hembra ó varon, pobre ó rico, obrero ó capitalista, quién es Anselmo Aracil, y sin vacilación contestará el interrogado:



«—Don Anselmo es el mejor amigo de sus obreros; el fabricante que, como el que más, procede con mayor honradez en sus negocios; el caballero más perfecto; el hombre más caritativo y el padre de familia más irreprochable.»

Un solo dato para conocer las condiciones de probidad que, como comerciante, concurren en Aracil: es público en Alcoy que en una ocasión, hace algunos años, se resistió á encargarse de cierta contrata porque le ofrecieron por los géneros contratados *más de lo que valían*: fué preciso rebajar el precio para que se quedase con el negocio.



Entre los treinta telares mecánicos montados en su fábrica, y los que tienen sus tejedores á mano y las tres sucursales que de él dependen—que en conjunto suman noventa telares—sostiene el Sr. Aracil más de quinientos obreros de las diferentes artes necesarias á la producción de tejidos de lana.

Todos esos obreros los tiene el Sr. Aracil asociados á una «Cooperativa de Consumo y Socorros Mutuos» titulada La Unión, en que, á cambio de asistencia facultativa, botica y socorro en las enfermedades, entierro, lutos, viudedad y orfandades en caso de muerte, jubilación por edad, pensiones por inutilización en el trabajo y otro gran número de ventajas para el agremiado y su familia, tiene que dejar éste último semanalmente una *pequeñísima cantidad*, que *varía* entre el 1 y el 2 por 100 de su salario se-



gún los casos. Por su parte, el Sr. Aracil contribuye por sí solo con una cantidad igual á la suma total de las entregas por todos los asociados.

Es decir, que el patrono deposita el 100 por 100 en la Caja de ahorros de sus obreros, sin opción á ninguno de los beneficios.

Para pertenecer á la «Cooperativa» es circunstancia imprescindible la de no pertenecer á ninguna sociedad anarquista ó de cualquiera otra especie, que tenga por objeto el fomentar ideas antirreligiosas, contra el principio de autoridad ó contra la armonía que debe existir entre el capital y el trabajo.

Todos los obreros del Sr. Aracil han aceptado incondicionalmente esta cláusula, lo cual demuestra el cariño—en diversas ocasiones probado—que á su patrono profesan.



Cuando el año pasado se dispuso la formación en Melilla del ejército de Africa, el Sr. Aracil—después de muchas y curiosas peripecias—se quedó con la contrata de veinte mil mantas destinadas á aquellas tropas.

En una de las subastas parciales, uno de sus amigos, creyendo hacerle un gran favor, le dijo:

—Conviene que manifieste usted, cuando le pregunten, que el modelo que debe presentar está tejido en Granada.

—¡Hombre!—replicó Aracil.—Pues si apenas hablo el castellano, ¿cómo quiere usted que me tomen por andaluz? Nada; no, señor; yo ni soy ni quiero ser otra cosa que al-



coyano; y por alcoyano me han de dejar ó han de tomarme.

Y como alcoyano se quedó con la contrata. Pero ocurrió después que tuvo noticia de que la Administración Militar, creyendo que en España no había quien pudiese satisfacer su pedido, pensaba encargar en Inglaterra la fabricación de otras 40.000 mantas, y esto sí que lo consideró Aracil humillante para los industriales españoles y lesivo para los intereses de la producción nacional.

Presentóse inmediatamente en Madrid, expuso sus quejas, declaró que solemnemente se comprometía á entregar las 20.000 mantas contratadas y las 40.000 que se pensaba contratar en el extranjero en el plazo prudencial que se le fijase, y en efecto, á los dos meses y medio entregaba 59.999 mantas.. mas una que llevaba en la mano por si alguien le decía que no había cumplido completamente su compromiso.

¿Quiere saberse cómo solemnizó el Sr. Aracil aquel señalado triunfo de sus telares?

Pues festejando á todos sus obreros—después de pagarles su salario—con un día de campo en La Fuente Roja, donde los seiscientos concurrentes, obsequiados con almuerzo, comida y merienda, empezaron por beberse ochenta y cinco cántaras de vino.

Sin que ocurriese el más ligero incidente desagradable. Y sin que se oyese más grito *subversivo* que el de:

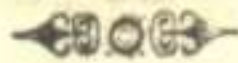
—¡Viva D. Anselmo!







## FÁBRICAS Y FABRICANTES



Tengo yo un amigo—nada lerdo, por cierto—que sostiene la atrevida teoría de que en el fondo de cada periodista existe la levadura de un criminal. Criminal sin la inclinación, sin la voluntad y sin la conciencia de serlo, artísticamente—digámoslo así—y á la manera de Nerón, que cantaba sus versos alumbrado por los siniestros resplandores del incendio de la ciudad de los Césares.

Para defender aquella tesis, sostiene el aludido amigo que todo periodista, y especialmente el que se dedica á la información, aun siendo humano, piadoso y predispuesto á conmoverse por las desdichas ajenas, experimenta como una especie de decepción siempre que un accidente desgraciado, un siniestro ó una catástrofe, anunciados aparatosamente, no responden, después de conocidos, á la expectación causada en los primeros momentos.

—Cuando esto sucede—dice mi amigo—no hay periodista alguno que no se llame á engaño y que no sienta un



vago desconsuelo, por no haber revestido el suceso mayores proporciones.

Claro es que en manera alguna estoy conforme con tan absurda teoría; pero confesaré ingenuamente —sin aventurarme á suponer que á los demás periodistas les ocurra lo propio—que en alguna ocasión me ha producido, si no contrariedad, gran extrañeza al menos, el que no correspondiese la realidad al concepto de las cosas forjado por mi imaginación, sobre todo si en él iba envuelto el propósito de señalar defectos y de fustigar abusos.

Algo de esto—lo diré, ya que estoy empujado por la racha de las confesiones—me ha sucedido en esta ciudad, donde yo esperaba que, á semejanza de lo que por desgracia ocurre en casi todas las de España, hubiese mucho que censurar, y en la que, me encuentro por el contrario, que lo bueno abunda en términos que anula ó neutraliza considerablemente lo malo.

Convengamos en que hay motivo para sufrir un halagüeño desencanto, si cabe establecer enlace racional entre esas dos últimas palabras.

Resulta, por consiguiente, sumamente llana y grata para mí la tarea que en Alcoy me ha impuesto *El Liberal*; pues claro está que es mucho más fácil y más agradable también tributar elogios y formular ditirambos, que rebuscar deficiencias, descubrir vicios y reclamar justicia: esto último hiere siempre susceptibilidades, mientras lo primero, si no complace á todos, no disgusta á nadie.

Sin embargo, paréceme que al fin y al cabo algo habré de encontrar en Alcoy que merezca de parte mía algunas respetuosas observaciones, porque no es cosa de que el



resto del mundo se figure que los alcoyanos son ángeles.

No, señor; son hombres, ni más ni menos que todos los demás, siquiera resulten mejorados en tercio y quinto.



La producción en Alcoy está basada en tres tipos diversos de fábricas: las de tejidos, las de papel y las de cerillas fosfóricas.

Entre las primeras, y como más importantes, figuran las de los Sres. Aparicio y López (D. Jaime), Aracil don Anselmo), Pascual (D. Santiago), Hijos de Juan Soler, Payá (D. Miguel), Miró (D. Santiago), Belda (D. Juan), Hijos de Vicente Boronat y Gisbert y Pascual (D. Camilo).

De los fabricantes de papel, merecen ser citados los señores Albors (D. Rigoberto), Gisbert y Terol (D. Camilo), Moltó y Valor (D. Francisco), Tort (D. Federico) y Vicente Boronat Hermanos.

Las fábricas de cerillas fosfóricas que funcionan en la actualidad son cuatro, respectivamente, de los Sres. Gisbert (D. Agustín), Moltó (D. Antonio), Vitoria Hermanos y Serra y Compañía.

En algunas de las fábricas de tejidos, como en la de Aracil, por ejemplo, se elaboran paños además de las diversas clases de tejidos de lana; en las demás se ha prescindido por completo de la fabricación de aquel artículo.

En cuanto á las fábricas de papel, cada una de ellas se ha dedicado á un ramo especial de esta industria, produ-



ciendo separadamente papel basto ó de seda para envolver, para librillos de fumar, de resma, para cuartillas, clases más finas para escribir, etc. No se elabora papel para periódicos, pues este artículo no reporta beneficio alguno á los fabricantes.

Aunque varía, según el género de producción y las aptitudes del operario, la mano de obra es muy barata en todas las industrias; el obrero alcoyano es, de entre todos los que forman en España grandes centros fabriles, el que percibe más reducido salario; en las fábricas de tejidos tiene como tipo mínimo de jornal tres pesetas por once horas de trabajo, y en las de papel dos pesetas, y las mujeres una; yo he podido comprobar personalmente en una de esas últimas fábricas que el encargado de ella, jefe de talleres y conductor de máquinas en una pieza, no tiene más salario que cuatro pesetas diarias.

Aun así, aun dado lo exiguo de los jornales, el obrero alcoyano—en comprobación de lo que dije en mi carta anterior—vive resignado y hasta relativamente satisfecho, pues su principal aspiración es que no le falte trabajo. Mientras le tiene, siquiera no esté bien remunerado, no hay peligro alguno de que suscite dificultades de ninguna clase.

Por su parte, los fabricantes no parece que puedan mejorar las condiciones del obrero, aunque reconocen lealmente que la situación de este último deja bastante que desear.

Alcoy podría producir con tanta perfección como Sabadell y Tarrasa—esos centros fabriles españoles émulos de Elbeuf y Sedán—pero por circunstancias especiales de su



mercado, ha comprendido que su verdadera defensa está en producir mucho y barato. De ahí que haya de limitarse á obtener una moderada ganancia, que no le permite conceder al obrero mayor recompensa.

Por otra parte, los fabricantes de tejidos no tienen establecidas entre sí aquellas inteligencias que les permitirían recargar en un 10 ó un 15 por 100—representativo de una crecidísima suma—los géneros de su producción, con pequeñísimo quebranto para el comerciante y sin ninguno para el consumidor, porque iniciada entre ellos la competencia, cada cual busca el modo de realizar de la mejor manera posible sus negocios, abaratando los precios; y todo esto refluye, como es consiguiente, en desventaja del obrero, obligado á seguir paralelamente la suerte y vicisitudes del patrono, constituyendo el conjunto de estas circunstancias un problema transcendental, digno de que en él fijen su atención los que mayor interés puedan tener en que no se desequilibre la normalidad del trabajo.



Acompañado por el alcalde de esta ciudad, Sr. Pascual—que es modelo de bondad y de cortesía—y en unión de Julio Puig, director de *La Unión Republicana* é inmejorable compañero, hice ayer una excursión por la Partida del Molinar, lugar en que, aprovechando los saltos de este río, hay establecidas muchas de las fábricas que dan á Alcoy justísima fama y el bienestar y reposo de que por fortuna viene gozando.



Me hicieron contemplar, primero, el manantial que da origen al Molinar, surtidor inmenso que mansamente brota de la tierra, en el espacio de diez ó doce metros superficiales, con un caudal de *nueve millones de litros* por cada veinticuatro horas.

Estas aguas, que bien puede decirse que están compuestas de gotas de oro, constituyen la fuerza motriz de una cadena de establecimientos, en la que cada eslabón representa un emporio de riqueza y un título de orgullo para la producción nacional.

La fuente del Molinar, depositada en humilde estanque, cercado por modestísima tapia, distribuye sus aguas de modo que cada tercera parte corresponda, respectivamente, á los edificios hidráulicos, al riego y al abastecimiento de la ciudad.

Y en medio de estos importantísimos servicios—que satisface cumplidamente—ofrece el hermoso y cristalino manantial una nota que fija con poderosa atracción los ojos del visitante: el rastro de la firma de Castelar en la áspera pared de su recinto.

A corta distancia del manantial se halla la fábrica de papel de D. Francisco Moltó Valor, establecimiento perfectamente montado, que se dedica exclusivamente á la producción de papel de seda para envolver, con una fabricación diaria de 600 kilogramos, y que si no deduje mal, realiza anualmente un beneficio de diez á doce mil duros.

Quise ver, como tipo de fábrica, la del Sr. Moltó, sin perjuicio de visitar, caso de serme posible, la del Sr. Tort—que produce papel de fumar—y las de los Sres. Gisbert y



Payá, en que se elaboran papeles destinados á escritorio.

Todas ellas están dirigidas por prácticos, que perciben escaso salario, lo cual no impide que funcionen con perfecta regularidad y sin necesitar el concurso de intervenciones científicas.



Era natural que mostrase deseos de visitar alguna de las fábricas de tejidos, y á cuantos expuse mi propósito—incluso varios fabricantes—me aconsejaron que viese, en primer término, la del Sr. Aparicio.

Después de verificada la visita, mi deber primero es mostrarme agradecido á los que me dieron aquel consejo.

La fábrica del Sr. Aparicio—tipo modelo—es verdaderamente magnífica, y su contemplación debe producir—como á mí me lo produjo—á todo español legítimo orgullo.

El edificio, levantado de nueva planta, se construyó *ad hoc*, dividido en cinco secciones, constitutivas de igual número de pisos, y de 56 metros de largo por 14 de ancho cada una.

Funcionan día y noche, sin interrupción, 32 telares y con ellos todos los talleres necesarios para la fabricación, notándose en aquellas inmensas naves, á la vez que el movimiento vertiginoso de la actividad, el orden más perfecto en los trabajos.



Produce la fábrica semanalmente de 160 á 170 piezas de 30 metros cada una, y sostiene una población obrera de 280 operarios, entre hombres, mujeres y niños.

Las instalaciones del motor de vapor y de la luz eléctrica son verdaderamente notables y están hechas—dentro de ese género de construcciones—con gusto y riqueza exquisitos, siendo de notar que la locomóvil—de 150 caballos—está construída en Alcoy, y que los dinamos y demás aparatos eléctricos destinados á producir la electricidad, son todos de procedencia nacional, sin mezcla alguna de intervención extranjera.

En los telares del Sr. Aparicio se tejen, cuando menos, tres mil muestras para cada una de las estaciones de invierno y verano, de las cuales se eligen unas dos mil para formar el muestrario de los viajan'es de la casa: en la actualidad esos comisionistas llevan un libro con artículos para el verano próximo, que contiene mil ochocientas cincuenta y cuatro muestras. Todas ellas son de lanillas para trajes de hombre, desde ocho á dieciséis reales metro, preciosas por los dibujos, y las últimas, sobre todo, de aspecto inmejorable.

¡Y pensar que un traje — cuyo corte cuesta en Alcoy *cincuenta reales*—puede valer en Madrid *veinticinco duros!*

El Sr. Aparicio, que es una persona atentísima y que despierta desde luego viva simpatía, me acompañó en la visita que hice á su fábrica, en unión del director de los talleres, dándome cuantas explicaciones reclamaba mi desconocimiento en la materia.

Yo le felicité con entusiasmo, á título de español y



amante, como el que más, de la prosperidad de las industrias nacionales.

Y me retiré—dándole las gracias por su cortesía—y preguntándome mentalmente:

—¿Qué capital será preciso reunir para sostener una fábrica cuya instalación ha costado un millón de pesetas?







## MÁS FÁBRICAS.---LO ÚTIL Y LO BELLO



Habíame propuesto visitar una por lo menos de las fábricas que constituyen en esta ciudad los tres principales grupos de producción—en la imposibilidad de visitarlas todas—y ayer completé la satisfacción de aquél deseo, pasando largo y agradabilísimo rato en la fábrica de cerillas fosfóricas de D. Agustín Gisbert.

Este acreditado industrial—padre de Francisco Gisbert, distinguido pintor—es una persona de ameno trato, de cultura nada vulgar, de sentimientos delicados y generosos—como lo demuestra su incondicional protección á varios artistas—y amante con delirio del arte de Apeles, respecto del cual revela conocimientos excepcionales. No es de extrañar, por consecuencia, que con tales condiciones, unidas á la acogida franca y cariñosa que me dispensó, se estableciese desde luego entre ambos una corriente de viva simpatía.



La fábrica de Gisbert ha sido construída expresamente para el objeto á que se la destina, y reúne, por lo tanto, los elementos más perfectos de producción; la amplitud y buen orden necesarios en un establecimiento de tal índole y la indispensable separación entre sus diversas dependencias para reducir las proporciones de los incendios, que por la naturaleza de la materia manipulada, con facilidad y frecuencia se producen.

En la fábrica de Gisbert tienen diaria ocupación 300 mujeres, reduciéndose el número de los obreros empleados á nueve ó diez, de los cuales la mayoría están dedicados á dirigir la fuerza producida por vapor, indispensable para el movimiento de la maquinaria; y es verdaderamente maravilloso el dato de que muchas de aquellas operarias que, por ejemplo, en el envase de cerillas en las cajas destinadas á la venta, tienen señalado el precio de *diez céntimos de peseta* por cada gruesa—esto es, por cada 144 cajas—ganan á la semana 14, 16 y hasta 18 pesetas.

Así se explica el que si se le ruega á una de aquellas obreras que haga despacio las operaciones, se pare, manifestando que no sabe.

Poder del fósforo é influencia de la costumbre.



Pérez Garañó y Compañía es la razón social de unos fabricantes de sombreros de fieltro—industria recientemente establecida en Alcoy—que ofrece porvenir, pues no explo-



tada todavía en gran escala, ya coloca una producción diaria de 600 sombreros, por término medio.

Los precios son verdaderamente inverosímiles; un sombrero sevillano ó cordobés, *¡dos pesetas y quince céntimos!*

Y eso ya es lujo, pues hay sombreros para las clases trabajadoras que cuestan poco más de cinco reales.

Casi, casi lo mismo que cuesta en Madrid dar los buenos días á cualquier sombrerero.



Una ciudad de la importancia de Alcoy no podía dejar de tener alguna guarnición; pero como se carecía de cuartel para alojar decorosamente á la fuerza del ejército que se la destinase, el Ayuntamiento acordó la construcción de uno que reúne todas las condiciones de amplitud y salubridad necesarias á esta clase de edificios.

El teniente coronel, D. Eduardo Eiras, acompañado de casi toda la brillantísima oficialidad del primer batallón del regimiento de la Princesa—incluso el médico y reputado escritor D. Federico Parreño—tuvo la bondad de acompañarme en la visita girada á todas las dependencias del cuartel, en el que se observa una policía exquisita y un orden admirable.

Lo que más me satisfizo fué el inmenso esfuerzo que un cabo llavero tuvo que hacer para abrir la puerta del calabozo. Afortunadamente, como rarísima vez hay que hacer uso de ella, la cerradura está mohosa y la llave funciona con dificultad.



Y es que el bizarro teniente coronel Sr. Eiras y sus dignísimos oficiales, han logrado en el batallón  *echar la llave*  á las contravenciones de la Ordenanza, lo cual habla muy alto en favor suyo y en alabanza, también, de las clases de tropa del regimiento de la Princesa.



En materia de establecimientos benéficos, Alcoy está á una altura que ya la quisieran para sí capitales de gran importancia.

El Hospital Municipal, construído á expensas de una manda testamentaria de un catalán acaudalado y piadoso, es un magnífico edificio de inmejorables condiciones, que con la debida separación de hombres y mujeres, tiene capacidad para 140 enfermos.

Que el aseo, el método y el orden más perfectos rijen en el establecimiento, se demuestra con sólo decir que todos los servicios del Hospital corren á cargo de las Hermanitas de los Pobres, esas santas y abnegadas mujeres que, á impulsos de la Caridad y de la Fé, se han impuesto y arrostran todo género de sacrificios.

Pero con ser tan hermoso —como lo es—el Hospital Municipal, no tiene punto de comparación con el Asilo denominado «La Beneficencia», soberbio palacio erigido por la caridad pública y dentro del cual late—según la frase feliz de un periodista local—el corazón de Alcoy, tan grande y tan hermoso como el magnífico edificio.

«La Beneficencia»—que ha costado unos tres millones



de reales—se ha construído con los donativos del pueblo alcoyano, sin auxilio alguno del Estado, de la Diputación ni del Ayuntamiento, y sostiene las necesidades que imponen 140 asilados de igual manera, sin otros recursos que los que le proporciona la caridad de este vecindario.

Como en el Hospital, las Hermanitas de los Pobres se hallan encargadas de los diversos y complejos servicios de «La Beneficencia»—entre ellos el de la educación de los niños asilados, siendo admirables la paciencia y la dulzura con que cumplen su encargo y la organización dada á todas las dependencias del establecimiento.

Alcoy puede enorgullecerse de tener un Asilo benéfico de primer orden, debido á su propio esfuerzo y á su inagotable caridad: así se lo manifestamos al alcalde, Sr. Pascual—que nos acompañaba—Espí, Lázaro y yo, deseosos de rendir ante la genuina representación de este pueblo, el tributo de nuestra admiración y de nuestra simpatía por aquella hermosísima manifestación de los sentimientos alcoyanos.



La ciudad natal del autor de *La muerte de los Comuneros*, de Casanova, de Sala, de Francés y de su hija Fernanda, de Navarrete, Laporta y Francisco Gisbert, cuenta actualmente en su propio recinto con otro de sus hijos, también pintor notable, que estuvo pensionado en Roma por la Diputación de Alicante, y que obtuvo segunda me-



dalla en una de las últimas Exposiciones verificadas en Barcelona.

Fernando Cabrera, que así se llama el joven pintor á que me refiero, ha instalado provisionalmente su estudio en una de las salas del piso alto del Hospital—cedida, al efecto, por el Ayuntamiento—pues ha necesitado un local extenso para acometer la empresa de presentar en la próxima Exposición de Bel'as Artes de Madrid un lienzo de grandes dimensiones.

Tiene Cabrera bosquejado el cuadro—que titulará, probablemente, *La familia de un naufrago*—en el que, á mi humilde juicio, son notables la belleza de la composición y la corrección del dibujo.

Pero, aparte de este trabajo—á que Cabrera se consagra con entusiasmo—he podido apreciar por sus *Apuntes de Roma*, por *Un recuerdo de Venecia* y por *Una toca*—lienzo este último muy notable, en mi concepto—que el joven pintor es de los que sienten el arte y reúnen condiciones para tender el vuelo y remontarse muy alto.

En el mismo estudio de Cabrera y como él generosamente protegido por D. Agustín Gisbert, trabaja un joven, casi un niño, apellidado Durá, á quien este Ayuntamiento ha pensionado para que se consagre al estudio de su inclinación irresistible, que es la pintura.

Durá, artista de corazón, pinta flores con tanta delicadeza y tal sentimiento de la realidad, que sus pequeños lienzos y sus lindas porcelanas me hicieron recordar al infortunado Horacio Lengo.

Cabrera y Durá: el uno el comienzo de una realidad el otro el embrión de una esperanza.



Pero los dos irán lejos.



He terminado mi misión en Alcoy, y al abandonar esta ciudad, solo me resta decir que guardaré en mi memoria recuerdo indeleble y en mi alma reconocimiento inextinguible, por la acogida dispensada en esta ciudad á los representantes de *El Liberal*.

No hay nada que me inspire mayor repulsión que un ingrato, y no quiero ponerme en el caso de tener que despreciarme á mí mismo.







# LOS PUEBLOS DE LA MARINA



## VILLAJOSYA (1)



Cuando á las cinco y media de la tarde divisé desde la berlina de la diligencia las primeras casas que en la carretera anunciaban la proximidad de Villajoyosa, y el término, por consiguiente, de mi viaje, sentí ese malestar que se experimenta cuando de improviso nos privan de un goce ó de un placer extraordinarios, y acometiéronme vehementes deseos de recorrer de nuevo el camino andado; de tal modo cautivan la vista y el ánimo aquel bellissimo paisaje que, naciendo en San Juan de Alicante, va á morir, después de extenderse por todos los pueblos de la Marina, en las abruptas estribaciones de la gigantesca sierra Aitana.

---

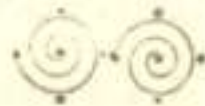
(1) Para completar la rápida visita hecha á los pueblos de la provincia de Alicante que se mencionan en este libro, he obtenido autorización de mi querido compañero, Sr. Rodríguez Lázaro, para que figure entre los míos este interesantísimo artículo.—(N. del A.)



Sólo la idea de que mi pronto regreso proporcionaría me nueva [ocasión de admirar aquella fertilísima campiña sembrada de viñedos, olivares y huertas, que tiene por límites de un lado el mar, á cuyas aguas de un azul intenso parecía que arrancaba el sol reflejos metálicos, y de otro, cadena interminable de montañas, pudo consolarme algún tanto de mi tristeza.

Aún recordaba yo con fruición las casitas blancas, cobijadas por frondosas higueras, los bosques de árboles frutales prestando sombra á multitud de pintorescos caseríos, y más tarde, ya promediado el camino, aquellos barrancos con sus profundidades que amedrentan y sus torrentes que ensordecen, cuando el coche cesó en su traqueteo infernal y ví que estábamos en pleno Villajoyosa.

Y aquí me esperaba otra agradable sorpresa: la de encontrarme con un pueblo grande, animadísimo, rico, industrial, hospitalario hasta el exceso y trasnochador como una capital.



[T. —¿Se extraña usted—me decía, á la mañana siguiente de mi llegada, uno de los varios amigos con quienes conversaba, paseando en la playa—se extraña usted de que teniendo Villajoyosa esos viñedos que producen tanto y esas huertas que producen más, sea pobre y arrastre una vida lánguida y llena de penalidades? Pues una sola frase bastará á demostrárselo. ¡Estamos incomunicados con el resto de España!



¿De qué nos sirve recoger abundantes cosechas, tener una producción extraordinaria, un mar con hermosos criaderos y gran número de industrias, si no podemos exportar nuestros productos á sitio alguno, porque los arrastres importan más que el beneficio que de la venta pudiéramos obtener?

Usted ha recorrido el camino y puede calcular, seguramente, lo que significa y cuesta llevar nuestros productos á Alicante.

La vida de todos estos pueblos, que aquí llamamos de la Marina, pende única y exclusivamente de ese proyectado ferrocarril que sirvió á su compañero de usted el señor Vargas, para escribir una carta hace pocos días.

—Por eso—añadió otro de los que me rodeaban—esperábamos con verdadera ansia, no bien *El Liberal* emprendió tan benéfica campaña, que alguno de sus redactores viniera á este pueblo.

—Sí, es cierto; la *Gaceta* del 8 de Agosto de 1889, autorizó á D. Juan Bautista Lafora á construir y explotar un ferrocarril de vía estrecha, que partiendo de Alicante y aproximándose á San Juan y al Campillo, llegue á Villajoyosa. También por dicha real orden se le concedió la prolongación desde este pueblo á Denia, pasando por Altea; pero aunque el término para la construcción de la primera vía fué de dos años, ésta es la hora en que las obras no han comenzado ni llevan trazas de ello.

Al concesionario se le han dado por el Gobierno prórrogas, y más prórrogas y entre tanto, los años pasan y los pueblos de la Marina se empobrecen, emigran sus habitantes, mueren sus industrias, y esta comarca, de rica y prós-



pera que debiera ser, por las excelencias de su suelo, vése cada día más abatida y miserable.

Dígalo usted así; que por conducto de *El Liberal* sepa el Gobierno la situación angustiosa, desesperada, en que se encuentra este pueblo y la necesidad que aquí tenemos de vías de comunicación y lo que para nosotros supone y vale ese ferrocarril que jamás pasa de proyecto.

Ayúdenos también *El Liberal* con su patriótica campaña, á pedir al Gobierno la construcción de esa línea férrea que habrá de sacarnos de la miseria, y crea que la gratitud de este pueblo será tan grande como eterna.



Seguramente que los vecinos de Villajoyosa no estarán conformes con el popular adagio de que «por todas partes se va á Roma», porque apuesto con el más valiente de ellos á que no es capaz de ir desde su pueblo á Alcoy, pasando por Sella, Orcheta y Rellén.

Y todo, por dos miserables trozos de carretera, que en junto compondrán seis kilómetros.

Acordó la Diputación, años atrás, construir una carretera que, partiendo de Villajoyosa, fuera á enlazar con la de Alcoy en el *Barranco de batalla*; emprendiéronse las obras; pero en 1889, cuando solo faltaba ya un trozo de dos kilómetros para completar el trayecto de Villajoyosa á Sella, y otro de cuatro, desde este último pueblo al *Barranco de Seguró*, quedaron aquéllas paralizadas sin que los esfuer-



zos hechos para su terminación hayan dado resultado alguno.

Los pueblos interesados han querido pagar las expropiaciones de terreno y terminar las obras por cuenta de su contingente; pero la Diputación, actuando de perro del hortelano, se opone á ello, y la carretera no se concluye nunca.



Existían, desde hace muchos años, en esta hermosa región, las ayudantías de Marina de Villajoyosa, Benidorm, Altea y Calpe. Vinieron las economías y como consecuencia de ellas se formó un solo distrito con la capitalidad de Villajoyosa, por ser ésta, indudablemente, la más antigua y la más importante de las poblaciones.

Duró, sin embargo, bien poco esta nueva organización, puesto que hará un mes quedó suprimida la ayudantía de Villajoyosa, trasladándola como punto más céntrico á Altea, y siendo agregada la primera de dichas poblaciones á la de Alicante.

Ante este despojo, que tanto lastima sus intereses, no se hizo esperar la protesta de Villajoyosa, cuyo Ayuntamiento ha elevado un recurso, en el que, entre otras muchas razones de gran peso, cita la de que sus matriculados que alcanzan un número extraordinario, tengan que andar nada menos que treinta y dos kilómetros para presentarse en la ayudantía.



—«Es tal el derecho que nos asiste; apoyamos nuestra petición en razonamientos tan justos, y son de tal magnitud los perjuicios que á este pueblo se irrogan con la supresión de la ayudantía, que abrigamos la esperanza de que vuelva de su acuerdo el señor ministro de Marina y nos la conceda nuevamente.»

Esto me decía, á propósito de este asunto, mi amigo D. Basilio Martínez Barrachina, alcalde de Villajoyosa, persona de gran ilustración, acaudalado propietario y autoridad que, por su honrada administración y espíritu reformador, goza entre sus convecinos de gran popularidad y prestigio.

—«En modo alguno —añadía— pretendemos quitar su ayudantía á Altea; pero sí que se nos conceda la que desde tiempo inmemorial hemos tenido.»



Castelar y Esquerdo; he aquí dos nombres que no han dejado de sonar en mis oídos desde que llegué á esta población.

El primero, el gran tribuno, ha pasado aquí muchas temporadas veraniegas, y algunas de sus inspiradas obras fueron concebidas y escritas bajo los emparrados de estas riquísimas huertas; el segundo, el célebre y popular alienista, es hijo de Villajoyosa, y tanto bien ha hecho por ella, que no hay pobre en esta playa que al recordarle no lance una exclamación de gratitud y reconocimiento.



Esquerdo es para los desvalidos de Villajoyosa una providencia, y cuando en el verano trae á sus enfermos al manicomio modelo que posee en las afueras del pueblo, no hay pobre que deje de visitarle, seguro de ser socorrido.

Otro sitio de peregrinación durante los días que el doctor permanece entre sus paisanos, es la magnífica hacienda denominada *La Pileta*, asentada sobre una colina, y desde la cual gocé de un panorama sorprendente.

Para los efectos de socorrer á los pobres y enjugar sus lágrimas, puede decirse que Esquerdo vive siempre en Villajoyosa, pues durante su ausencia, continúa sin descanso tan filantrópica tarea su apoderado el Sr. Bualde. Este y un bondadoso anciano llamado D. José Mayor Miquel, son dos verdaderos fanáticos del doctor, y no es ya cariño, sino idolatría, lo que sienten por él.



El aviso de que la diligencia iba á partir, trajo á mi memoria el nombre de tanto pueblo como tenía que recorrer, y con algo más de amargura, la necesidad de encajonarme en eso que llaman berlina y que yo considero tormento digno de figurar entre la abundante colección que para su solaz y entretenimiento inventaron nuestros bienaventurados inquisidores.

Tras larga serie de apretones de manos, y repetidos ofrecimientos por mi parte, de que Villajoyosa puede con-



tar incondicionalmente y á todas horas con el apoyo modesto, pero sincero, franco y decidido de *El Liberal*, para cuanto á sus intereses y necesidades se refiera, consumé el sacrificio de mi encajonamiento.

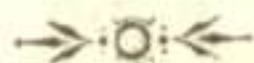
A hora sentía abandonar tan pronto á Villajoyosa. Había llegado á él sin conocer á nadie y salía á las veinticuatro horas dejándome gran número de cariñosos amigos, que forzoso es serlo de personas á quienes se les debe tantas deferencias y muestras de consideración como de las que yo fui objeto.







# DENIA



“¡ANDA!... ¡ANDA!...”,---SIN PUERTO



El *Indice* ha hecho bien en registrar, entre las cosas abominables, el terrorífico personaje trazado de mano maestra por el ilustre Eugenio Sué: prescindiendo del sentido religioso que la censura romana atribuyó al famoso libro objeto de sus anatemas, justo es reconocer que no es lícito á literato alguno, por eminente que sea, poner en perpetuo movimiento á un hombre—siquiera sea judío y simbolice uno de los más crueles azotes de la humanidad—sustrayéndolo á todo reposo, incapacitándole para toda meditación sosegada é impidiéndole la realización de todo trabajo medianamente reflexivo. Eugenio Sué cometió con aquel desdichado la más premeditada y tremenda de las crueldades, y en tal sentido, al menos, se hizo acreedor á crítica severa y á responsabilidad perdurable.



Yo, que allá, en mis fantasías juveniles, creí haber deducido filosófica y analíticamente la significación alegórica del eterno caminante, que llevando sobre la frente la marca del réprobo, en el corazón la hiel del remordimiento y en la planta los trazos de la cruz, marchaba sin cesar señalando su paso con huella indeleble y abrumado por los rayos de la execración universal, no había comprendido hasta ahora todos los martirios de aquel condenado de la Providencia, para quien no existía otra esperanza que la respuesta piadosa de su exclamación suprema de:—«Señor, ¿hasta cuándo?»

Y esa revelación me ha inspirado un rencor cariñoso, una antipatía fraternal contra mi director, que á semejanza de Sué con el protagonista de su novela, me dice sin cesar:—«¡Anda! ¡Anda!»

Tratándome como si me considerase una especie de Bargasosi, ya que no me juzgue acreedor—y Dios se lo pague—á que se me califique de *Judio Errante*.



Las últimas horas pasadas en Alcoy fueron para mí gratísimas, pues me permitieron estrechar los vínculos de afecto—que ya me unían á él—con el Sr. Contreras, ilustrado director de *El Serpis*; cultivar la amistad del señor D. Rafael Pérez, jefe del partido fusionista en la localidad; estimar en todo lo que vale á D. Luis Pérez Juliá, y apreciar, en rápidas visitas, la importancia que en aquella ciu-



dad tienen la Escuela Industrial, dirigida por el joven é ilustrado ingeniero D. José Cort, y la de Artes y Oficios, que bajo inteligentísima dirección y con el concurso de brillante profesorado, reúne diariamente en sus diversas cátedras más de cuatrocientos alumnos de ambos sexos, pertenecientes todos, en su inmensa mayoría, por lo menos, á las clases trabajadoras.

Lástima no haber tenido anteriormente ocasión oportuna para visitar con el detenimiento debido ambos establecimientos de enseñanza, pues los dos son dignos de que en ellos se fije la atención, por la influencia decisiva que ejercen en la cultura de Alcoy.

Queden, sin embargo, consignada mi admiración y dado mi humilde aplauso, por los resultados verdaderamente notables que obtienen la ilustración y la perseverancia de los distinguidos profesores de ambas escuelas.

Y en favor, asimismo, del pueblo alcoyano, que sabe hacerse digno de aquellos profesores.



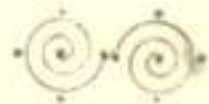
Marchó el tren, pasó rápidamente por Cocentaina, se detuvo luego algunos minutos en Muro, y al emprender de nuevo su carrera, fué penetrando en las entrañas de la cordillera de Mariola, cuyas enormes y amontonadas peñas, ora parecían dispuestas á desplomarse sobre la vía, ora se apartaban de ella para franquear el paso á las aguas del Serpis, ó bien se apretaban como formidable barrera ante



la locomotora, que por largos túneles y atrevidos viaductos obtenía por el arte la victoria que le disputaba la Naturaleza.

El tren, deslizándose sobre una curva perpétua, tan cerrada á veces que la cabeza parecía destinada á tropezar con la cola, apretaba ó extendía sus articulaciones como con sus anillos pudiera hacerlo una serpiente gigantesca, y en aquellas prodigiosas revueltas presentaba á los ojos de los viajeros barrancos insondables, tajos temerosos, saltos de agua colosales, valles profundos cubiertos de frondosa arboleda, y allá en los límites de las gargantas de Lorcha, el pueblo situado en el centro de aquel agreste paisaje, con la montaña por horizonte y sobre peñasco ciclópeo, como centinela avanzado, el que fué inexpugnable castillo de los poderosos Caballeros del Temple.

Aquel fué un soberbio espectáculo, que más de una vez me hizo recordar los prodigiosos accidentes de la Sierra de Gaitanes.



Nos aproximábamos á Gandía, y al penetrar en la provincia de Valencia cambió la decoración, presentando los primores de su huerta, sombreadas por espesos bosquecillos de naranjos y limoneros.

Cinco horas de forzosa parada nos movieron á Lázaro y á mí, en cuanto llegamos á aquella población, á visitar su puerto, y en fementida tartana, por una carretera que las recientes lluvias habían puesto intransitable, y en cosa de



una hora, nos hallamos á la orilla del Mediterráneo, donde nos detuvimos largo rato contemplando el grandioso espectáculo del mar, nuevo siempre y siempre interesante.

Cuando regresamos á la ciudad, ni aun tuve fuerzas para detenerme á visitar el histórico palacio del duque de Gandía; harto hice con lograr reconstituir mis descuader-nados miembros, que habían puesto en espantosa dispersión los bruscos é inconcebibles sacudimientos de la tartana.

¡Dios mío! Si me está reservada la suprema dicha que solo se concede á los justos, que no pretendan los ángeles llevarme al cielo en tartana.

Me siento capaz con tales condiciones, de renunciar á la bienaventuranza.



Llegamos á Denia ya entrada la noche: dimos con nuestros magullados cuerpos en la fonda del Comercio, precioso hotel construído expresamente para el objeto á que se le destina, limpio, elegante y coquetón como una muchacha guapa en disponibilidad para el matrimonio, y por boca de Román, su dueño—que es un joven muy discreto y muy simpático—supimos que la casa estaba completamente ocupada.

Hizose en nuestro favor un supremo esfuerzo, consiguiendo yo que un cuarto, apenas capaz para uno que haya saltado por encima de la categoría de estudiante, se convirtiese en habitación para dos, poniéndole, como apéndice, un espantable catre de tijera.



Y vean ustedes por dónde he tenido ocasión de reirme de los fatalistas, que atribuyen al número 13 no sé qué clase de maléfica influencia.

Yo, en mi asendereada vida, he tropezado alguna vez con algún número 13, que ha sido para mí símbolo de felicidad; y en esta ocasión un número 11 me ha hecho pensar durante toda una noche en las variadas é ingeniosas torturas del Santo Oficio.

¡Sobre todo el catre! Y gracias á que no es costumbre recortar por aquí lo que sobra, pues de lo contrario, en aquel remedo de lecho de Procusto me dejan sin cabeza ni pies, en demostración de que aquello era una cama sin pies ni cabeza.

Román me ha indemnizado espléndidamente, dándome una habitación preciosa.

Pero, cuidado; si alguno de ustedes viene á Denia, de ningún modo consienta que lo encierren en el número 11. Sería preferible dormir en una tartana.



Denia es una ciudad muy bonita y muy alegre, que cuenta en su casco con una población de 12.000 habitantes, considerablemente aumentada con la que se disemina en las innumerebles alquerías desparramadas por su campo.

A dos, únicamente, pueden reducirse las cuestiones que interesan de una manera directa y principalísima á esta



localidad: las obras del puerto y la situación de su mercado.

Dejando este último punto para examinarlo en otra correspondencia, me limitaré en ésta á presentar el estado en que el primero se encuentra, con el deseo de unir mi humilde voz al clamoreo justísimo de este país, que reclama la terminación del inacabable expediente que hace referencia á las obras de su puerto.

Comprendió este Ayuntamiento la necesidad de impedir que los vapores de algún calado tengan que fondear á cuatro ó cinco millas de la costa, sujetos á las veleidades del mar y obligados á mantener encendidas sus calderas, para alejarse y defenderse en caso de temporal, todo lo cual aumenta el tipo de los fletes y hace molestas y difíciles las operaciones de carga y descarga.

Teniendo en cuenta, además, que por estos dos últimos conceptos el puerto de Denia representa un movimiento de 70.000 toneladas al año, decidió acometer la construcción de un puerto, sin auxilio del Estado y sin otra concesión que el derecho de establecer un arbitrio sobre carga y descarga desde el principio hasta la terminación de las obras.

Formó el Ayuntamiento el proyecto, con los planos y presupuesto correspondientes, ascendiendo el último á unos cinco millones de reales; lo elevó al ministerio de Fomento, se formó el necesario expediente, pasó á la Junta Consultiva del ramo, transcurrieron dos años... y nada, el expediente no se concluía.

Sin saber á qué santo encomendarse el Ayuntamiento —que ya estaba oficialmente autorizado para establecer el



arbitrio—nombró hace poco una Comisión, que se trasladó á Madrid, y conferenció con el Sr. Groizard. Este último, siempre atento á las reclamaciones justas, recomendó á la Junta Consultiva la pronta terminación de su informe—que el ponente emitió con pronunciamientos favorables para el proyecto—y en tal situación se halla el asunto, pendiente nada más de que la Junta se reúna y acuerde y de que un ministro de Fomento se decida á resolverlo, teniendo en cuenta que si al Estado corresponde el derecho de inspeccionar y aprobar el proyecto, no le tiene para demorar ni entorpecer lo que no ha de costear, y mucho menos para producir—por lenidad ó incuria—los inmensos perjuicios que está causando á los intereses generales de Denia.

Que tiene perfecta razón para decir al Estado.

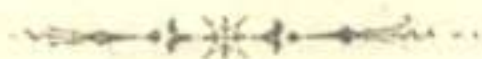
Lo que no has de comer, déjalo cocer.»







## LA SITUACIÓN DEL MERCADO---LOS CORREOS



En el término municipal de Denia el labrador se dedica —puede decirse que exclusivamente— al cultivo de la vid, para proceder en su día á la fabricación y exportación de la pasa, único artículo que constituye su comercio; hasta los obreros, que por lo escaso del salario y la carestía de los medios de subsistencia en la población, tienen necesidad de vivir en los caseríos del campo limítrofe, han venido durante muchos años sacrificando el descanso de horas de la noche y de los días festivos al trabajo de plantar cepas en cuantos lugares descubrían algunos palmos de tierra vegetal, seguros de que al cabo del año obtenían, á costa de pequeño esfuerzo, de cuatro á cinco duros por cada arroba de las pasas procedentes de la cosecha de sus vides.

Con tan vasta labor—á que aquí se han dedicado todos en grande ó en pequeña escala, realizando grandes ganancias—no es maravilla que la producción de pasa en De-



nia alcance—por término medio—la enorme cifra de 700.000 quintales, cuyos principales mercados son Inglaterra, que importa las de clase superior; Francia, que adquiere las peores para aplicaciones industriales, y América, donde aún puede luchar este artículo de la agricultura española con la competencia que empieza á hacerle la inmensa producción de California.

Málaga, también, mientras se repone de los desastres que en su campo ha causado la filoxera, adquiere en Denia algunos millares de arrobas de la pasa de primera calidad, á cuyo fin la fabrican—bajo dirección de operarios malagueños—por el procedimiento de soleo seguido en aquella provincia andaluza, y no por el de legía, generalmente aplicado por los fabricantes de esta comarca.

Como es consiguiente, un artículo de comercio tan importante necesita del concurso de varias industrias auxiliares—especialmente la de la cajonería para los envases—y de ahí que en Denia, según manifestación de personas obligadas á saberlo, se hallen dedicados á las tareas que por todos conceptos exige la producción, fabricación y exportación de la pasa, de ocho á nueve mil operarios—entre hombres, mujeres y niños—es decir, próximamente las tres quintas partes de los habitantes de esta localidad.

No hay para qué esforzarse en expresar lo que en Denia representará un periodo de crisis mercantil, sobre todo si se tiene en cuenta que el salario del obrero está fijado generalmente en seis reales y que los precios de las subsistencias son tan elevados, que un kilogramo de carnero cuesta tres pesetas y una arroba de patatas entre siete y ocho reales.



Desde hace algunos años vienen descendiendo en los mercados extranjeros los precios de las pasas de Denia, observándose además la particularidad—bastante grave, sin duda—de que antes los solicitaban desde aquellas plazas, mientras que ahora la oferta procede casi siempre del punto productor.

Este último fenómeno se explica fácilmente, desde el momento en que se diga que los fabricantes de Denia tienen mucho más de industriales que de comerciantes, pues debiendo constituir un Sindicato que regulase las condiciones de la producción, fijando en su consecuencia los precios del artículo exportable, cada uno de ellos procede por su cuenta, con independencia de los demás, y procurando, por añadidura, competir con ellos, cosa que necesariamente ocasiona la paulatina depreciación del género y el inconveniente de que el comprador se excuse de pedir, en la seguridad de que le habrán de ofrecer.

En cuanto al primer punto, esto es, el que se refiere al descenso que de año en año se observa en los tipos de venta—con relación á los que regían hace algún tiempo—ya parece que el mal es más hondo y de consecuencias más transcendentales.

Hace meses, siendo ministro de Estado el Sr. Moret y deseoso éste de favorecer los intereses peculiares de los productores de Denia en los Tratados que con España concertasen otros países, se hizo aquí—por encargo suyo—un detenido y luminoso estudio de la cuestión, que principalmente llevó á cabo—si no estoy mal informado—el administrador de esta Aduana.

De aquel estudio resultaron datos desconsoladores, pues



se evidenció que la producción de pasas en España es mucho menor que la de Grecia, y que la de ambos países, considerados en conjunto, representa una cantidad muy pequeña con relación á la de California, que amenaza inundar de aquél artículo—y á reducidísimos precios—á todos los mercados del mundo.

El peligro para Denia está, por consiguiente, en la competencia que le hagan otros países, en cuanto á la calidad y al precio del artículo que constituye su principal y puede decirse su única riqueza.



A los inconvenientes apuntados hay que agregar este año el perjuicio que han irrogado á los productores la deficiencia de la cosecha, calculada—aunque á mi juicio con alguna exageración—en una baja de un 40 por 100, y sobre todo la mala calidad de la pasa, por efecto de las lluvias.

Todas estas circunstancias han reducido el valer de la mercancía en términos que el quintal de la pequeña cantidad obtenida de pasas de primera calidad no se ha colocado á mayor precio que el de doce pesetas—cuando en otras ocasiones se ha pagado desde cinco hasta siete y ocho duros—y que las demás variedades de clases inferiores hayan recorrido una escala descendente, hasta fijar entre dieciséis y veinte reales el precio del quintal, excluyendo, por supuesto, las pasas destinadas á la destilación, pues



esas han tenido y siguen teniendo precios verdaderamente inverosímiles.

Y esto último era forzoso que sucediese desde el momento en que se fijó en Francia el derecho de 40 francos por cada hectólitro de pasas importadas de otros países, á fin de reprimir la fabricación de vinos artificiales: con este objeto, los industriales de la República vecina hacían á Denia demanda considerable de la pasa de ínfima calidad, que actualmente carece de este mercado, pues claro es que hace imposible su exportación aquel derecho verdaderamente prohibitivo.

Por todo lo cual resulta que excede de trescientos mil el número de quintales de pasas, producto de la última cosecha, que se hallan en Denia almacenados y sin salida; que como la depreciación del artículo viene de años atrás, el daño del momento ha agravado de manera considerable los perjuicios anteriores; que esa crisis, de largo tiempo sostenida, ha dado en tierra con muchos capitales, y que el malestar, refluyendo de arriba—donde se han sentido con intensidad sus efectos—llegue abajo con tristísimas consecuencias parara las clases trabajadoras.

Esta es la situación de Denia en estos momentos. Yo, para asesorarme, para formar un juicio tan aproximado á la verdad como fuera posible, he tenido la ocasión y el placer de consultar opiniones tan diversas y tan ilustradas—en todos conceptos—como la del alcalde de esta ciudad, la del juez de primera instancia, Sr. Valor; la del jefe del partido conservador, Sr. Romany; la del Sr. Trillo, vista de la Aduana; la del Sr. Almiñana, secretario del Ayuntamiento, hombre de vasta ilustración administrativa, de po-

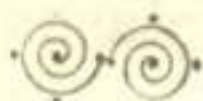


sición independiente y muy estimado en Denia, y la de otras muchas personas, en fin, conocedoras del verdadero estado de la localidad.

Todas ellas han coincidido en apreciar que la situación es difícil y que irá agravándose en proporciones muy peligrosas, si no se facilita la exportación de su riqueza peculiar por medio de Tratados, con Inglaterra y Francia particularmente.

En verdad causa punzante y dolorosísima impresión la idea de que una población de término tan rico, que ha crecido y se ha desarrollado á impulsos del trabajo, que cuenta con un poderoso elemento de vida, y que sostiene número considerable de brazos que de su prosperidad han dependido, vaya fatalmente empujada hacia los desastres que en todo centro mercantil producen las dificultades en el desenvolvimiento y salida de la producción.

Cuanto se hiciera para salvarla de ese peligro sería poco: cuanto deje de hacerse en tal sentido será injusto é inhumano.



Queda una cuestión relativamente pequeña, pero que á Denia interesa no poco, y sobre la cual me permito llamar la atención de mi distinguido amigo el director general de Correos y Telégrafos Sr. Montilla.

El tren correo de Madrid llega á Carcagente á las nueve y cincuenta y un minutos de la mañana; si el tren discrecional de mercancías—que conduce viajeros—y que sale



en la actualidad del último de dichos puntos á las seis y treinta y cinco de la mañana, saliese á las diez y quince, llegaría la correspondencia á Denia á la una y quince de la tarde, en vez de recibirse á las siete y veinte minutos de la noche.

Con tan ligera modificación, que en nada altera de un modo sensible el cuadro general del servicio de Correos, prestaría el Sr. Montilla á todos estos pueblos, y muy especialmente á Denia, un favor señaladísimo.

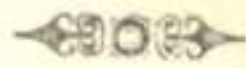
Y demasiado sabe el Sr. Montilla cuánto más agradable es conceder que negar, sobre todo, si no cuesta ni trabajo, ni dinero.



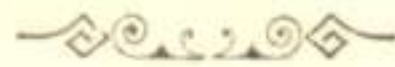




# PEGO



## CONTRASTE---DE OLIVA AL PARAÍSO



En la provincia de Alicante, como en todas las que formaban el antiguo reino de Valencia, la tartana es el complemento inevitable de la locomotora, el vehículo insustituible que pone en comunicación á las estaciones de las vías férreas con los pueb'os más inmediatos y á estos últimos entre sí, y el carruaje predilecto de la generalidad de los hijos de esta región, que sabiendo aprovecharse como los que más de los beneficios del progreso, tributan á sus tradiciones entusiasta y fervoroso culto.

El ómnibus, que ha logrado hacerse paso para el recorrido de trayectos relativamente extensos, se utiliza solo en viajes que tengan marcadas horas de salida é itinerarios fijos, circunstancias que siguen concediendo sobre él á la tartana gran superioridad, forzosamente reconocida por cuantos necesiten aprovechar un medio rápido—ya que cómodo no—de locomoción en cualquier momento.



Y no cabe discusión razonada ni duda posible; ó se vá en tartana ó no se vá, disyuntiva que impone al viajero que tiene prisa, la necesidad imperiosa de optar por el primer extremo.

Eso fué, precisamente, lo que nosotros acordamos cuando desde Denia resolvimos visitar á Pego: ir por ferrocarril hasta Oliva, trasladarnos en la tartana al primero de dichos pueblos, para realizar nuestro deseo y poder, en un solo día, desandar el mismo camino.

Total: hora y media de tren y diez kilómetros en tartana para la ida y—claro está—los mismos trayectos é idénticas condiciones, aunque en sentido inverso para la vuelta, con una sola paliza verdadera.

El tren y la tartana... ¡Contraste extraño! El ímpetu del vapor complementado por el perezoso carro de dos ruedas.

Algo así como un soneto de Lope de Vega con un estambote de Comella.



Ancho portalón y espacioso zaguán, cuya pared derecha, rasgada en rompimiento, coronan por arriba macetas de flores y encierra, por abajo, entre enrejado cañizo, patos, gallinas y conejos; al fondo, modesto comedor contiguo á extensa y limpia sala, que por estrecha escalerilla dá acceso á las habitaciones superiores; techo en declive, de cuyas ahumadas vigas penden ristras de pimientos, y terreno, en fin, en que se mueven sin cesar dos lindas mu-



chachas, que van del lavadero al sobrado, del sobrado al corralillo, del corralillo al comedor y del comedor á la cocina, siempre sonrientes y con aire entre inocente y picaresco, y contestando siempre, también, con una malicia á un piropo y con un desplante á un atrevimiento. Este es el aspecto de primera impresión que en Pego ofrece la titulada fonda á los ojos del viajero.

Del establecimiento—que es á la vez hospedería, café y despacho de vino—es dueño Evaristo, hombre excelente y muy estimado, que fué en otros tiempos barbero, revendedor de tabaco y conserje de un casino y que ha prosperado tanto, que hoy ejerce con fortuna aquellas industrias... y es padre de ocho hijos, que Dios le conserve.

A las doce—hora clásica para el objeto en estos pueblos—Evaristo nos hizo servir una opípara comida, encabezada con la indispensable *paellita*, en la que encontré—entre otras menudencias sabrosísimas—unas tiritas blandas, suaves y filamentosas, que yo tomé por judías verdes, y de las que me atraqué, porque me supieron de perlas.

Más tarde averigüé con horror que me había dado un atracón de ranas.

Sí, señor, de ranas, animalejos que se pescan á millares en estos arrozales y que constituyen un ramo de industria, vendidas á diez céntimos la docena.

Lo peor de todo es que yo no fui rana para comerlas, porque á decir verdad, las pícaras constituyen un bocado exquisito, sobre todo cuando no se sabe lo que se come.

Después de sabido, parece como que á uno le graznan en el estómago.





Antes de llegar aquel terrible momento—que en mucho tiempo no lograré olvidar—tuvimos Lázaro y yo el gusto de recibir la visita de los Sres. D. Camilo Pérez Pastor y D. Angelino Esteller, exdiputado republicano y antiguo amigo mío el primero, avecindado en esta localidad, y magistrado excedente y propietario el segundo, á quienes habíamos sido cariñosamente recomendados.

A ambos señores—á quienes oímos separadamente y cuyas opiniones confirmaron más tarde otras varias de las personas más ilustradas y de mayor arraigo en este pueblo—aunque discreparon un poco en apreciaciones políticas, por consecuencia de su distinto criterio en este punto coincidieron exactamente en sus juicios respecto á los conceptos esenciales que á la vida y situación material de Pego se refieren; y á fé, á fé, que á juzgar por lo que nos manifestaron—y forzoso es creerlo—Pego es un trozo desprendido del Paraíso Terrenal, y transportado por un prodigio de la Providencia á uno de estos rincones encajonados entre las montañas de la región alicantina.

Pego, si bien muy caluroso en verano, goza en invierno de una temperatura primaveral.

Tiene unos dos mil vecinos, que vienen á constituir una población, poco más ó menos de 10.000 habitantes, de los cuales—y por consecuencia de lo repartida que está la propiedad y de lo feraz de su suelo—ninguno puede ser calificado de absolutamente pobre, así como tampoco existen



fortunas considerables: el más poderoso de los propietarios de Pego tiene un capital calculado en unos dos millones de reales.

Su término, aunque poco extenso, es riquísimo, más que por la abundancia, por la variedad de sus cosechas, que favorecen estos labradores por todos los medios que ofrece la ciencia agronómica y con un trabajo infatigable é inteligente, que les compensa en muchas ocasiones de las deficiencias de unas, con los beneficios de otras producciones.

En su suelo, fertilizado por abundantísimas aguas, se cultiva en grandes cantidades el arroz, el olivo, la naranja, la vid para la pasa, el algarrobo, la morera para la cría del gusano de seda, la cebolla—que constituye un artículo de exportación—las frutas de diversas clases, el maíz y el trigo, siendo de notar que la naranja—exportada generalmente para Inglaterra y Francia—se distingue por su inmejorable calidad y que sus pasas, aunque no pueden calificarse de superiores, por ser las más tempranas obtienen en los mercados los precios más razonables y remuneradores.

Con una producción, por término medio, de 20.000 cahíces de arroz, 12.000 millares de naranjas, 25 á 30.000 arrobas de aceite, 20.000 quintales de pasa y 25.000 duros en capullos de seda—aparte de los demás artículos anteriormente mencionados—y con cuatro fábricas descascariadoras de arroz, movidas á vapor, y cerca de veinte molinos de aceite, Pego resulta uno de los pueblos más pródigamente beneficiados por la Naturaleza y que de mayor y más sólido bienestar gozan en la provincia de Alicante.

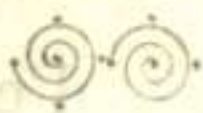


¡Si serán dichosos y estarán contentos de sí mismos los habitantes de Pego, que no hay quien quiera ser alcalde ni desempeñar cargos concejiles!

Que se lo pregunten si no á Lázaro, que fué á saludar al alcalde y se encontró con un buen hombre, palurdo y receloso, que imaginó, sin duda, tener que habérselas con algún comisionado de apremio.

Y téngase en cuenta que en Pego hay muchos hombres de carrera, de entendimiento y de posición; pero que no quieren intervenir en los asuntos municipales.

Y así anda ello.



Camilo Pérez Pastor, que sigue siendo tan fogoso de temperamento y tan inflexible de ideas como cuando bullía en Madrid en el período revolucionario, es representante del Sr. Iscar—de Valladolid—concesionario en unión de D. Juan Moreno Benítez, y único en la actualidad por cesión de los derechos que á la viuda del último correspondían del Pantano de Isber, proyecto destinado á mejorar considerablemente las condiciones del cultivo en este término y en todos ó en la mayoría de los que constituyen el marquesado de Denia.

El proyecto, sin embargo, no hace camino y lucha con dificultades graves, si bien no pueden estimarse como insuperables.

Desde luego lo han acogido con cariño, Pego, que no pertenece al marquesado y los pueblos de este último, Pe-



dreguer, Ondara, Javea, Gata, etc., que se han manifestado dispuestos á beneficiar todas sus tierras de regadío con las aguas producidas de los cuarenta y cuatro millones de metros cúbicos que podría contener la presa del Pantano. Pero Denia no ha mostrado hasta ahora el mismo interés, al contrario; no ha considerado necesario el riego para sus terrenos dedicados al cultivo de la vid, y ni ha querido comprometer en el negocio capital alguno, ni siquiera suscribirse á la percepción de las aguas, para el caso en que el encauzamiento de las del Pantano llegara á ser una realidad.

El concesionario del proyecto y su representante confían, sin embargo, en que modificándose—como esperan que se modifiquen—las condiciones de producción de Denia, los agricultores necesitarán agua de riego para transformar el actual cultivo, y que entonces facilitarán los medios para que el Pantano salga de la esfera de proyecto. Si esto sucede, parece indudable que con ello habrán de ganar mucho todos los pueblos del marquesado.



Algo que turbase un tanto su dicha habían de tener los habitantes de Pego—en demostración de que no hay dicha completa—y ese algo depende, como casi siempre, de una función del Estado en relación directa con los intereses de esta localidad.

Ya se cometió una gran injusticia, cuando se constru-



yó la línea férrea de Gandía á Denia, sacrificando las necesidades de centro de producción tan importante como Pego á las conveniencias de otras localidades, dejándolo aislado, fuera del movimiento de los trenes y obligándole á que fuese Oliva el punto forzoso para la salida de su riqueza peculiar: pero ya que esto no tenga remedio hasta que Dios y un buen ministro de Fomento quieran llevar á cabo la tantas veces proyectada red de ferrocarriles secundarios, preciso será que en las esferas del Gobierno se dignen escuchar los justísimos lamentos de estos vecinos, por lo que se refiere á la carretera de Pego á Benidorm, que pasa por Callosa de Ensarriá, Parcent, Polop, Nucia y otros muchos pueblos de la comarca.

Se da el caso curiosísimo de que en esa carretera estén construídos los trozos primero, cuarto y quinto—ó sea desde Bollullo á Sagra—y de que ni siquiera estén hechos los estudios de los trozos segundo y tercero, hallándose paralizadas las obras desde hace tres años; y como es de grandísima importancia para Pego, porque su producción, distinta de la de aquellos pueblos tendría fácil salida á cambio de la de estos últimos; y como el Estado—constructor de la carretera—no tiene derecho á dejar sin cuerpo á la cabeza y los pies de esa carretera, que de nada sirve, á pesar de lo gastado, en las condiciones en que se encuentra, no es mucho pedir, en armonía con los vehementes deseos de aquellos pueblos y de Pego particularmente, que se termine la carretera. De lo contrario, es de temer que, mortificado por tanta injusticia, llegue á decir un día:

—¿No me concluyen la carretera?... Pues no se olviden ustedes de que soy bueno, honrado, laborioso .. ¡y Pego!





En dos elegantes *charrettes* tiradas por fogosas jacas, habilísimamente conducidas por sus respectivos dueños, los Sres. D. Ricardo Carreras y D. Angel Miralles, dimos á la caída de la tarde un largo paseo por el bellissimo término de este pueblo, en unión de los Sres. Esteller (padre é hijo), Mengual (D. José), Pérez Pastor y Ortolá (D. Evangelino y D. Eduardo).

En los arrozales echamos pie á tierra para admirar á nuestro sabor el panorama, que era magnífico, tropezando de vez en cuando con alguna culebra que, como la envidia, procuraba elevar la cabeza, sin lograr otra cosa que arrastrarse, y viendo caer en las sembradas charcas millares de ranas, que me recordaban la *paellita* de mi almuerzo.

Después... después volvimos á la tartana, con la gratitud en el corazón y la placidez en el espíritu, dando un adiós cariñoso á aquellas buenos, aunque recientísimos amigos.

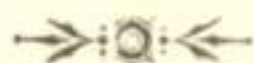
Cuyo ruego para que aplazáramos nuestro regreso no quisimos atender, por el temor de que en Pego se nos calificara de *pegotes*.

Y á Denia por todo.





# TORREVIEJA



## EL SALERO DEL MUNDO



No me refiero en ese título á la gracia y al garbo de las mujeres españolas; esas son cosas reconocidas y sancionadas universalmente y en las que es innecesario insistir, porque ni propios ni extraños hacen de ella punto de discusión ó controversia: me refiero á las lagunas lindantes con esta población, veneros inextinguibles, minas inagotables que convierten en raudales de oro la espuma de sus aguas y en bloques de plata el cristalizado fondo en que descansan.

Decir Torre vieja y no acudir á la memoria, como tipos comparativos en estas regiones meridionales, el recuerdo de lo que son en las latitudes polares los hielos eternos del Estrecho de Behering y de las montañas de Nueva Zembla, es cosa imposible, pues aunque la imaginación exa-



gere, se da cuenta de esos **grandiosos cuadros** que en el Mar **glacial ofrece al viajero la Naturaleza**, ante el espectáculo que **presentan las aguas de esos lagos lanzando á las orillas sus ondas de nieve petrificada**, y consintiendo que de sus entrañas se **extraigan montes de blanquísimas y argentadas arenas**.

Julio Verne, si hubiese descrito las salinas de Torre-**vieja**, habría hecho creer á sus lectores que les colocaba, con el pensamiento, en medio de una **tribu de lapones ó de esquimales**.

Con la **inmensa ventaja de no tener que untarlos con aceite de foca**, ni de **envolverlos en pieles de rengifo**.



Torre**vieja** es una población moderna; **marcha con el siglo**, pues **empezó á formarse á principios de la corriente centuria**, **coi cidiendo con el comienzo de la explotación de la laguna que lleva su nombre**, y aún debe **considerársele como de más reciente fundación**, si se tiene en cuenta que en 1829 hizo de ella **tabla rasa un formidable terremoto**.

Durante **muchos años**, los hijos de Torre**vieja**—que son, por regla **general**, **expertos y atrevidos marinos**—**fieron la prosperidad de su pueblo natal y su propia fortuna á empresas arriesgadas**, que hicieron **proverbial su pericia marítima** y dieron fama á sus veleros *lásticos* ó **faluchos**, **rivales vencedores, casi siempre, de las más rápidas y mejor gobernadas escampavías**.



Pero aquéllo pasó; los faluchos desaparecieron ó quedaron embarrancados en la playa, y los habitantes de Torrevieja—que teniendo pobre y difícil campo no pueden ser labradores—se dedicaron á proporcionarse los medios de subsistencia en los trabajos de las salinas y de las industrias que de este género de producción se derivan. Así, creciendo á intervalos y descendiendo en ocasiones, llegó á reunir hasta 12.000 habitantes, que por diferentes causas han llegado á reducirse á unos 8.000 en estos momentos.



Las lagunas salineras son dos: la de Torrevieja que tiene un perímetro de 18 kilómetros—y la de la Mata—menor que la anteriormente citada y que no se explota, aunque sus sales son inmejorables—sin duda porque al Estado le basta y aún le sobra con la carga que para él representa administrar bien, siquiera esa administración le valga de 20 á 25.000 duros mensuales.

Pero el Estado—que ha extraído y colocado durante el último quinquenio un millón y ochenta y ocho mil quintales métricos de sal—no sabe ó no quiere saber lo que tiene en las lagunas de Torrevieja, y las deja en el mayor abandono, sin aplicar á las labores de la industria ninguno de los procedimientos que ensancharían considerablemente la órbita de tan pingüe negocio, y limitándose á explotarlas como se explotaban primitivamente, cosa á que se prestan estas salinas como ninguna otra. Porque hay que advertir que en Torrevieja, en contrario de lo que sucede en las sa-



linas de Ibiza, Cabo de Gata, San Pedro de Pinatar, San Fernando, Imón y Olmeda, en España; Cette, en Francia, y Trapani y Cagliari en Italia—que exigen variados y cuidadosos procedimientos que elevan mucho el coste de producción—se obtiene la sal abriendo, siempre que conviene la compuerta de un canalillo que permite la entrada de las aguas del mar en la laguna; toda aquel agua, y por el solo efecto de la evaporación solar, se convierte en materia explotable, sin más cuidados, sin otra necesidad que la de extraer aquella riqueza en la medida que se quiera, pues la laguna dá cuanto se la pida; lo mismo un quintal métrico que cien millones de toneladas de sal inmejorable. De ahí que si se beneficiaran estas salinas por manos hábiles, no habría posibilidad de establecer con ellas competencia de ninguna clase.

Pero no sucede así: el Estado las explota perezosamente, persiguiendo el arrendamiento—que es para él más cómodo y más barato—y entre tanto tiene con su inactividad y su impericia sumidos en la miseria á más de la mitad, lo menos, de la masa obrera de Torrevieja, para la cual no hay trabajo en la proporción de su número, ni en la medida de sus necesidades.

Por eso Torrevieja tiene puesta toda su esperanza en el arriendo de las salinas, creyendo que la especulación particular, siquiera simplifique los medios mecánicos de extracción y arrastre—lo cual ahorraría el empleo de muchos brazos—establecerá industrias dependientes de la principal, que den ocupación á gran número de trabajadores, y por eso también sueña con que se logre equilibrar su situación—hoy verdaderamente insostenible—porque



considera, con razón, que es materialmente imposible que sigan existiendo ocho mil en lugar donde sólo pueden vivir cuatro ó cinco mil de sus habitantes.



Torre Vieja tiene alguna defensa durante el verano, porque, aprovechándose de lo suave de su clima y de lo hermoso de su playa, lo inunda numerosísima colonia de bañistas procedentes de todos los pueblos comarcanos y hasta de Orihuela y Murcia, con quienes se halla, por medio de la vía férrea, en fácil y directa comunicación. El año anterior, la colonia forastera, frecuentemente renovada durante los meses estivales, alcanzó á la elevada cifra de ocho mil personas. Algo es esto para una población tan exhausta de recursos y en que tan reducidos se hallan sus medios de subsistencia; pero no lo suficiente, ni mucho menos, para normalizar su situación, que es por todo extremo afflictiva y desconsoladora.

Mayor remedio pudiera tener, si fuera posible llevar á la práctica el pensamiento de construir un puerto, necesidad que se impone por conveniencia y por humanidad, pues se promovería la importación y se daría, á la vez, seguridades de fondeo á los buques que tocasen en esta parte de la costa, ahora sujetos á los azares del mar y sin defensa alguna contra los vientos de Levante, que en este litoral dominan constantemente y hacen la navegación de cabotaje bastante peligrosa.



Hay un proyecto y una concesión hecha á favor de los Sres. Chicheri, Rodríguez (D. Valentín) y no sé si algún otro; pero hasta ahora no se ha logrado vencer las dificultades que existen para llevar el pensamiento á la práctica. En Torrevieja se aspira, más que á la construcción de un puerto—cosa que exigiría la inversión de capital fuertísimo—la de una simple escollera, que podría llevarse á cabo con un gasto de dos millones de reales ó poco más, si acaso; y en esto se ponen tan en lo justo, que no se concibe cómo teniendo el Estado una propiedad tan pingüe en las salinas y siéndole tan conveniente—y aun más que conveniente, necesario—para explotar aquella riqueza en gran escala, el dar grandes facilidades á los buques para llevar á cabo las operaciones de carga y descarga, no se ha decidido á construir por su cuenta la escollera que, en último término, le saldría de balde, por la percepción de los derechos correspondientes á las mencionadas operaciones y que se aumentarían de manera considerable, por la mayor concurrencia de barcos.

Pero en Torrevieja—hay que hacerles justicia—aunque tienen razón para quejarse y motivo fundado para pedir, no se hacen ilusiones: saben que el Estado califica esas cosas de *golleries* y que contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar.

Aunque en este caso la virtud y el vicio se hallan completamente invertidos.



En esta población se nos ha dispensado cariñosísima acogida á los representantes de *El Liberal*.

A la inapreciable amistad de los Sres. Bañón, Cánovas, Márquez y Rodríguez (D. Valentín), á quienes ya teníamos el gusto de tratar, hemos agregado la del alcalde don Vicente Castell Satorre, la de su hermano D. Rafael Salas Satorre, diputado provincial; la del acaudalado propietario, Sr. Calcaño; la del director de las salinas, Sr. Sanz Villapecellín, y la de otros muchos cuyos nombres siento no haber podido retener en la memoria.

Todos ellos nos han honrado con la más generosa hospitalidad y con la cordialidad más extremada, contrayendo nosotros para con ellos títulos de inextinguible reconocimiento.

Y no digo nada de Miguel Ferrero, que en cuanto supo que veníamos se plantó aquí desde San Pedro de Pinatar, como si esto estuviese á la vuelta de su casa.

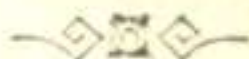
A ese nada tengo que decirle: de muy antiguo sabe cuánto le quiero.







# ELCHE



## LA PEQUEÑA JERUSALEM



Así denominó á Elche, si no recuerdo mal, el brillante y malogrado escritor alicantino, Camilo Jover.

No sé yo si tal calificativo corresponde, efectivamente, á la impresión que produce el aspecto exterior del pueblo elicitano, porque no habiendo tenido la dicha de visitar la ciudad bíblica, cuna de la suprema verdad, mal podría establecer entre la última y el primero comparaciones de ninguna clase; pero sí afirmo, después de hacer poderosos esfuerzos de imaginación para recordar las descripciones de Palestina, hechas por el insigne Chateaubriand y otros ilustres peregrinos de la fé y de la literatura cristianas, que no reflejan en mi memoria cuadros de mayor belleza, de más arrebatador atractivo que los que presenta Elche á las atónitas miradas del viajero.

Cuando después de recorrer—con la rapidez que al mo-



vimiento imprime el vapor—un extenso bosque de olivos, primero, y otro de granados, después, se llega á la estación entre dos filas de erguidas y apretadísimas palmeras, que parecen haber hecho un esfuerzo inmenso para dejar paso libre á la locomotora; cuando en extensión considerable, de imposible medida para los ojos, se ve á la llamada reina del desierto multiplicarse en número infinito de magníficos ejemplares, tejiendo espeso ceñidor á la ciudad, que apenas se descubre entre el caprichoso enrejado de oscuros troncos y verdes penachos cargados de dorado fruto, la imaginación se arroba, el ánimo se conmueve y el espíritu se extasía, pues el espectáculo supera en grandiosidad y en belleza á cuanto de más bello y de más grande hubiera podido forjar en el pensamiento la más creadora fantasía.

En mi alucinación, por otra parte—é independientemente de aquel efecto—me pareció que el fragoroso retemblido del tren, los estridentes alaridos lanzados por las válvulas de la máquina, las vibraciones de la campana de la estación y el bullicio de los viajeros, eran un inmenso contrasentido, una especie de monstruoso anacronismo, un contraste absurdo con aquel melancólico paisaje, en que se concentraron las postreras ilusiones de los últimos moriscos y por entre el cual imaginaba descubrir la silueta de un árabe envuelto en su alquicel y meditando sobre los versículos del Koram, que prometen al creyente el Paraiso de Mahoma.

Fué preciso que algunas voces amigas me devolviesen á la realidad; el primer teniente de alcalde, Sr. Pomares Ceva; el secretario del Ayuntamiento, D. Pedro Llorente y



Aguilar; el juez municipal é interino de instrucción, don Luis G. Llorente, y otras personas de respetabilidad, que teniendo noticia de nuestra llegada nos dispensaron la honra de salir á recibirnos, dieron muy oportunamente al traste con aquellos delirios míos, haciéndome recordar los tiempos en que vivimos.

Y pensar, además, en que, aplicada á esta antigua y clásica tierra de moros, es una calumnia despreciable la afirmación de que el Africa empieza en los Pirineos, como dijo un literato francés tan eminente como embustero.



Si no hubieran sido tan grandes y extremadas las muestras de consideración y de cariño dadas en todas las poblaciones recorridas á los representantes de *El Liberal*, diría que los elicitanos las habían superado con creces, pues no puede darse idea—ni yo encuentro palabras con qué expresarla—de la cuidadosa solicitud con que hemos sido tratados en esta hospitalaria cuanto hermosa ciudad.

Jamás se borrarán de mi memoria las cariñosas ofertas y las leales manifestaciones que en su grata visita nos hicieron el presidente del Círculo Republicano, D. José M. López Campello, y el presidente de la Junta directiva de la Unión republicana, D. Joaquín Santo; ni las muestras de cortesía que nos dispensaron—en representación del partido conservador—los Sres. D. Manuel Gómez Valdivia, D. José Pérez Sánchez, director de *El Bou*; D. José García



Coquillat y D. José Sempere Jiménez; ni las pruebas de afecto que merecimos del federal D. Juan Selva; ni las atenciones sin cuento de que fuimos objeto por parte del alcalde, Sr. Pomares; de los médicos D. Alfredo Llopis y D. Santiago Pomares, y de los Sres. D. Onofre Brotons, D. Carlos Sempere, D. José Tobar y D. José Castaño.

Todos, sin excepción—y cada cual por los medios que tuvo á su alcance—señalándose con especialidad Pedro y Luis Llorente, modelos de distinción y de cortesía—lograron hacernos brevísimas las horas que en Elche pasamos, y que lleváramos en nuestra alma, al separarme de ellos, la dolorosa impresión del que se aleja de amigos entrañables.

Por mi parte, confieso que incurrí con algunos de los mencionados señores, por la premura del tiempo, y particularmente con persona tan respetable, tan sabia y tan justamente popular como D. Manuel Campello, en delito de descortesía, por no haber podido ofrecerles directamente mis respetos. Pero como la confesión de la culpa lleva aparejada la absolución, yo espero obtenerla de la benevolencia de dichos señores.

Elche es una preciosa ciudad que parece *sin concluir*, como cuando la visitó dijo Castelar, al ver el corte particular de sus terrados, idénticos á los de las casas de Almería. Está rodeada de hermosos huertos—que en conjunto contienen unas cien mil palmeras—menos por un punto, en que bruscamente interrumpe el desarrollo de la población un profundo barranco, por cuyo fondo se deslizan las aguas del Vinalopó.

La ciudad, en su estructura y en sus líneas generales,



conserva el carácter y el sello peculiares de los pueblos en que por más tiempo y más de lleno se hizo sentir la dominación musulmana; si se exceptúan los edificios de construcción moderna, en los demás—que constituyen la generalidad—se observa la tendencia de reducir el número de huecos y de elevar los de las ventanas á la mayor altura posible. Lo feraz de su término y la extraordinaria división de la propiedad rural concede algún bienestar á la población agrícola; y la industria alpargatera—aquí explotada en gran escala—permite que la masa obrera tenga ocupación constante, y, por lo tanto, medio seguro de subsistencia. De ahí que no haya en la ciudad ni pobres de solemnidad ni ladrones, porque ambas cosas están en oposición con el temperamento y con los elementos de trabajo de que disponen sus habitantes.

En compañía del alcalde, de los Sres. Llorente (D. Pedro y D. Luis) y del Sr. Pomares Ceva, visitamos La Calahorra, fortaleza morisca, en cuya almenada torre se alza todavía la media luna sobre elevada asta y palacio del difunto marqués de Lendines, que amontonó en él—y aún se conservan—innumerables maravillas de arte; después estuvimos en el hermoso templo de Santa María y en el Ayuntamiento; pasamos por el Círculo Obrero—Sociedad de socorros mutuos que cuenta con más de dos mil asociados—y por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros, que prestan en Elche grandes servicios; últimamente visitamos la fábrica de alpargatas del Sr. D. José Tobar, donde se construyen más de doscientas variedades de calzado con piso de cáñamo, en gran parte elegante y fino y en todo caso á precios verdaderamente inverosímiles. Es un esta-



blecimiento que hace honor á su propietario y á la industria fabril elicítana.



La cuestión *batallona* en Elche es la de consumos, es decir, la misma que trae de cabeza á todos los pueblos de España.

A cualquiera se le ocurre que conteniendo una ciudad y su radio 11.000 habitantes, y su extrarradio—que se extiende hasta dieciséis leguas—otros catorce ó quince mil, no debe computarse el cupo del impuesto por el conjunto de ambas cifras, pues claro es que la inmensa mayoría de los últimos consumen de los pueblos más próximos á su residencia y de ninguna manera en la capitalidad del partido.

Pues bien; eso, que es precisamente lo que sucede en Elche, contra todas las leyes de la justicia y de la aritmética, tiene arruinado al Ayuntamiento, obligado á exigir un cupo anual de 74.000 duros é imposibilitado de recaudar más de la mitad de dicha suma, si acaso.

El Ayuntamiento protesta, reclama y pone el grito en el cielo; pero al ministro de Hacienda le pasa lo que á los pájaros de la vega: no hace caso de ruidos.

Otro de los asuntos que á Elche interesan y con él al respeto que las leyes se merecen, es el de la construcción del ferrocarril á Novelda, á que está obligada la empresa concesionaria de la línea de Alicante á Murcia. Dicho ramal debió terminarse al mismo tiempo que el resto de la citada línea, porque así lo estableció la ley de concesión;



pero á fuerza de prórrogas obtenidas sabe Dios por qué géneros de influencias, el ramal está sin hacer y la ley manifiestamente incumplida. Cosa que, dicho sea en honor de la verdad, no es en España un caso excepcional, ni mucho menos.



En el bellísimo «Huerto del Capellán», propiedad del virtuoso sacerdote Sr. Castaño, en el centro de una extensa avenida en que forman maravilloso túnel las ramas de las palmeras y servida la mesa por Pepe, el inteligentísimo dueño de la fonda de la Constancia, nos obsequiaron varios de los señores que menciono en uno de los anteriores párrafos con un magnífico almuerzo que, comenzando por la clásica *paella*, terminó con los delicados postres que reclama el aristocrático *Champagne*.

Nada más halagüeño para el espíritu ni más comfortable para el cuerpo.

Hubo un solo brindis—el de D. Luis Llorente—envuelto en frases cariñosísimas para *El Liberal*, por su «Viaje por España».

Y unas cuantas alegres voces, además, del ciego *Yaume*, vendedor de nuestro periódico—que quiso asociarse á nuestra satisfacción presentándose á los postres—y que, interrumpiendo de vez en cuando su entretenida charla, exclamaba desafortadamente:

—¡Viva *El Liberal*!



¡Pobre Jaime! Yo le agradecía mucho aquellos gritos. Su voz, unida á la de los cariñosos amigos que me rodeaban, producía en mis oídos grátisima impresión: me hablaba con entusiasmo de uno de mis grandes afectos, como si penetrase con sus apagados ojos en el fondo de mi imaginación.

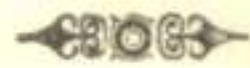
Y es que los ciegos—pensaba yo—deben saber leer con los ojos del alma.



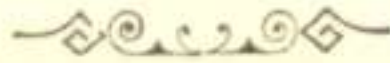




# ORIHUELA



## SOBRE EL SEGURA



Había cerrado la noche, llovía á cántaros, y marchando á escape el ómnibus que nos conducía desde la estación del ferrocarril á la fonda de España, hacía imposible que recreáramos la vista contemplando la hermosísima alameda que pone á la ciudad en comunicación con la vía férrea.

Nos recibió en el andén y nos acompañaba en el carruaje—advertido previamente de nuestra llegada por un común amigo—D. César Jiménez, propietario, amigo de Trinitario y pariente de Marcial, nombres patronímicos á los que aquí nadie necesita que se agreguen los correspondientes apellidos, pues todo el mundo sabe que se refieren á los Sres. Capdepón y González, respectivamente.

Apenas instalados en el hotel—y también prevenido desde Alicante por persona de todos estimada—tuvo la bondad de visitarnos el Sr. D. José María López, secretario del



Ayuntamiento y hombre de vasta ilustración, de trato agradabilísimo, de posición propia desahogada y que cree principalmente y á machamartillo en Dios y en D. Trinitario, su profeta.

El Sr. López, que comprendiendo la necesidad que teníamos de descanso, procuró hacer brevísima su agradable visita, hubo de prolongarla un tanto—accediendo á mis reiteradas súplicas—para satisfacer mis deseos de conocer desde luego las principales necesidades que con mayor intensidad se hicieran sentir en Orihuela.

Su respuesta—que fué inmediata—vino á persuadirme plenamente, si aún pudiera abrigar alguna duda, de que siendo el impuesto de consumos el único recurso verdaderamente utilizable para que hagan frente á sus cargas los Ayuntamientos, está convertido en dogal que aprieta el Estado hasta el extremo de producir la asfixia y hacer de todo punto imposible la vida regular y ordenada de esas Corporaciones populares.

Orihuela tiene—según el último censo oficial—unos 25.000 habitantes, de los cuales más de la mitad viven diseminados en el campo de su término—que es extensísimo—y que por consecuencia, no contribuyen en mucho ni en poco á la carga abrumadora que pesa sobre los vecinos del casco y radio de aquella ciudad.

Inútiles han sido las reiteradas súplicas dirigidas al Gobierno por el Ayuntamiento; estériles han resultado las demostraciones hechas, á veces por Comisión nombrada al efecto, y á veces, también, por luminosas *Memorias* elevadas al ministerio de Hacienda; cuanto este Municipio ha intentado en defensa de sus intereses vulnerados y desco-



nocidos, ha dado, por consecuencia, una tremenda decepción, tanto más violenta y extraña, cuanto que no ha faltado ministro de Hacienda que en el terreno confidencial haya reconocido la justicia de las reclamaciones de los oriolanos.

Pero una cosa es el ministro caballero particular, y otra cosa el ministro en funciones oficiales: de todos ellos, y por el primer concepto, cualquiera tiene la seguridad de obtener algo; pero en el segundo, y si se trata, sobre todo, del de Hacienda, los pueblos no pueden prometerse otra cosa que resignarse con el presente, por malo que sea, ante el peligro de que el porvenir llegue á ser mucho peor.

Dicen—repitiendo la frase de un célebre general—que para seguir siendo ministros, necesitan:

«—Denaro, denaro e ancor denaro.»



Teníamos Lázaro y yo vehemente deseo de conocer personalmente y de ofrecer nuestros respetos al obispo de la diócesis, y á la mañana siguiente del día de nuestra llegada, sirviéndonos de cariñosos introductores el alcalde interino, D. Ramón Agrasot—hermano del reputado pintor—y el secretario del Ayuntamiento, Sr. López, satisfacimos aquella aspiración, cortés é inmediatamente atendida por el prelado.

Es el ilustrísimo y reverendo Sr. D. Juan Maura y Gelabert un hombre más bien bajo que alto, enjuto de carnes, de complexión nerviosa, que imprime gran rapidez y ener-



gía á sus movimientos, de fisonomía expresiva y de mirada penetrante, en la que se descubre la costumbre y la inclinación de formar juicio al primer golpe de vista.

En esa edad, en que sin ser viejo, se empieza á dejar de ser joven, en posesión de la cortesanía social más perfecta y con pronunciadas inclinaciones—efecto de su talento y de su vastísima ilustración—á pagar el debido tributo á su época, no ya sin menoscabo, sino con gran ventaja para su augusta misión de sacerdote, el obispo de Orihuela se hace fuertemente simpático de primera impresión, y se conquista, en cuanto se le escucha durante algunos minutos, cariño respetuoso, no exento de admiración, por la forma sencilla en la frase y elevada en el concepto con que expone sus ideas.

El Sr. Maura, que es obispo de esta diócesis desde hace ocho años, suspira aún por su perdido Mallorca; se muestra, sin embargo, satisfecho de su grey en el terreno de su jurisdicción y especialmente del vecindario de Orihuela, y lamenta que en alguna de las ciudades á que alcanza su potestad espiritual se le tribute menos respeto del que él, apóstol del catolicismo, concede á todas las creencias.

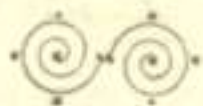
Después de largo rato de conversación—que me pareció brevísimo—el ilustre prelado nos hizo visitar todas las dependencias de su palacio, en que llamaron nuestra atención una preciosa biblioteca y varios notabilísimos cuadros, cuyo descubrimiento nos relató el Sr. Maura, dándonos la medida de sus profundas aficiones artísticas y de sus nada vulgares conocimientos pictóricos.

Después—y momentos antes de darle nuestro saludo de despedida—me invitó á salir á una galería, al pie de la



cual corre el Segura y desde la que se descubre una buena parte de la ciudad, diciéndome al propio tiempo:

«—Aquí suelo pasar algunos ratos, contemplando ese río, tan manso en estos instantes y tan turbulento y devastador en algunas ocasiones. No deje usted de recordar á los poderes que pueden atender nuestra súplica, cuánto importan á Orihuela las obras de la ribera. Ahora vivimos sobre el Segura; pero en algunas ocasiones el Segura se enseñorea de toda esa bella y fertilísima comarca.»



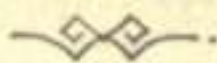
Abandonamos el palacio episcopal para dirigirnos al Seminario, y mientras escalábamos la elevadísima altura de la colina, sobre cuya meseta se levanta el inmenso edificio, por múltiples y penosas rampas, conveníamos cuantos acabábamos de conversar con el obispo, en que el actual prelado de Orihuela debe tener absoluta confianza en el porvenir y derecho para ir acostumbrándose á verlo todo de color de rosa.

O mejor y más propiamente dicho: de color de púrpura.

Quizás no opine así cierto sacerdote, que encontrando al obispo en conferencia con un liberal de la localidad, le dijo entre chanzas y entre veras:

«—¿Cómo habla su señoría ilustrísima con este condenado?»

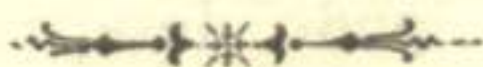
—No pase usted pena—replicó el obispo, dirigiéndose á su visitante—porque si se condena por ser liberal, *habremos de ser muchos los que nos condenemos.*»







## POR FUERA Y POR DENTRO



Había cesado la lluvia; pero las nubes amontonadas sobre nuestras cabezas y cubriendo todo el horizonte que pudieran abarcar nuestros ojos, significaban, á la vez, una advertencia y una amenaza que nos obligaban á apresurar la excursión emprendida hacia la cumbre del abrupto cerro en que se asienta el Seminario.

Era, sin embargo, más difícil que la ascensión, el apresuramiento que imponían las circunstancias: el cuerpo, solicitado por el temor de las molestias que pudiera causarle el temporal, procuraba instintivamente la huida, mientras que el espíritu, suspenso ante el efecto panorámico que le delataba la vista, sujetaba á la materia, obligándola á permanecer inerte y encadenada en el punto de observación. Era aquél—y será mientras Orihuela exista—un magnífico espectáculo.

La ciudad, extendiéndose bajo nuestros ojos en ancho y prolongado semicírculo, atravesada por el Segura, que enriquecido por las lluvias imprimía sacudidas turbulen-



tas á su rápido caudal; irguiendo sobre la masa irregular de los edificios los campanarios de sus veintidós iglesias, y penetrando por todo su perímetro en las pobladas y pintorescas plantaciones de su fertilísima huerta—verde tapiz que entre follaje y arboleda deja entrever las blancas líneas de innumerables caseríos—producía gratísima impresión y efecto tan poderosamente atractivo, que apenas al ánimo la idea de abandonar aquellos lugares, tan ricos en color, en belleza y en poesía.

Con tardo paso y viendo desaparecer poco á poco los accidentes del cuadro que acabábamos de contemplar, descendimos por las revueltas de la rampa, en demanda de la ciudad. Ya era tiempo: el cielo abrió de nuevo sus cataratas, inundando á la población con lluvia torrencial.

Parecía que el Segura se había remontado á las nubes para volcarse de golpe sobre su abandonado cauce.



El Seminario—refugio inevitable de la juventud oriolana; el Colegio de los Padres jesuitas—instalados en el magnífico edificio de Santo Domingo—consagrado al desarrollo intelectual de los niños; el palacio, poco menos que improvisado, en que la Congregación de Hijas de Jesús y María dan educación á las niñas de la localidad; la catedral con sus dignidades y prebendados; las parroquias con sus curas propios y adscriptos; los demás templos con su clero regular; las solemnidades religiosas con la consiguiente frecuencia y los ejercicios piadosos á cada momen-



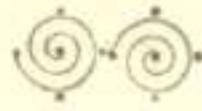
to, imprimen á Orihuela un seño de misticismo característico y tan especial como quizás no se observe en ninguna otra de las ciudades españolas.

Los establecimientos docentes, el confesonario, el púlpito, en actividad perenne, en ejercicio constante, hablando á los sentidos de la infancia, á la sensibilidad de la mujer, á la inteligencia del hombre, han puesto incondicionalmente á esta ciudad al servicio de la Iglesia, que quizás por diversos caminos, pero persiguiendo el mismo fin, ha logrado presentar ante los ojos del orbe cristiano el consolador espectáculo de un pueblo entero poseído de la más ferviente fé católica, y pudiera decir, para establecer un limite á la ponderación, que fanatizado por la influencia religiosa, si fanatismo pudiese haber en la perfección y en la práctica de nuestras sacrosantas creencias.

Pueblo Orihuela eminentemente agricultor, con vida propia desahogada, sin necesidades que exijan grandes iniciativas mercantiles ni industriales, consagrado—por punto general—á su labor, á su casa y á su templo, vive tranquilo y dichoso, extraño por completo á los posibles atrevimientos del teatro, abominando del Carnaval, que en el concepto práctico desconoce, y hasta lamentando que algunos, un tanto más despreocupados que los otros, se congreguen en los Casinos, que califican de *tabernas de los ricos*.

Si cupiese la comparación, podría decirse que los oriolanos constituyen una congregación poderosísima, con el trabajo por norte y la religión por guía, sin otros fines que procurarse el indispensable bienestar del cuerpo y la suprema dicha de la salvación del alma.





La organización política en Orihuela responde, necesariamente, al sentido general del estado religioso.

El partido fusionista es bastante fuerte y está bien organizado bajo el patrocinio del Sr. Capdepón, de quien, en honor á la verdad, hay que decir que si aquí tiene adversarios, no tiene en rigor verdaderos enemigos: hasta los que le combaten le estiman y en ocasiones le apoyan.

El partido carlista es numerosísimo; pero no sé yo—ni he logrado averiguar—que tenga al frente persona de gran autoridad ni de relevantes merecimientos.

En cambio, en el partido integrista, muy fuerte aquí también y que no parece ilícito sospechar que cuenta con las simpatías de la Compañía de Jesús, se destaca una figura verdaderamente notable, muy conocida ya en el mundo de las letras, pero cuya reputación se ha difundido menos de lo que debiera, por efecto de su exagerada modestia.

Me refiero á D. Adolfo Claverana, escritor distinguidísimo, notable jurisconsulto, voluntariamente alejado de las tareas del foro, poeta inspirado y pintor y músico digno de que no se le considere en ambas bellas artes como simple aficionado.

Claverana estuvo afiliado hace ocho ó diez años al partido liberal, y repentinamente, por un impulso de su conciencia ó por una resolución de su albedrío, modificó radicalmente sus opiniones.



Para sustentar de una manera pública sus nuevas creencias, fundó y dió á la estampa un periódico titulado *La Lectura Popular*, que habiendo comenzado en modestísimas condiciones, tira en la actualidad, cada quince días, SETENTA MIL EJEMPLARES, que se distribuyen en muchas provincias españolas y de los cuales se remite á América una buena parte.

Tuve el honor de saludar personalmente al Sr. Claverana, que me dispensó una acogida afectuosísima, y que me hizo visitar su taller de imprenta y de estereotipia, ésta última montada y dirigida por él mismo, y que no por sujetarse á los mecanismos y procedimientos más elementales, deja de funcionar con perfección admirable.



El Segura tiene en alarma constante á los oriolanos, que con razón se estremecen sólo al recuerdo de las tremendas consecuencias que tuvieron las últimas inundaciones.

El Sr. Capdepón logró remitir cuarenta mil pesetas—resto definitivo de la suscripción nacional abierta al efecto—para la recomposición de las riberas; se practicaron algunas obras y, según me afirman personas dignas de crédito, dichos trabajos, consecutivos de otros anteriores llevados á cabo por gentes prácticas del país, aunque indotas en artificios hidráulicos, se fueron al río, mientras que las primeras resistieron y resisten aún las acometidas de la corriente.

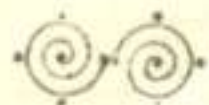
Pero sea de todo esto lo que fuere, el caso es que Ori-



huela sigue indefenso contra las crecidas del río y estre-meciéndose de justificado espanto, siempre que aquél eleva su nivel ordinario por consecuencia de los temporales.

Y excusado parece decir que raro es el año en que las lluvias no le ponen de manera que no le llegue la camisa al cuerpo.

Bien que sin razón bastante; porque lo que es á Madrid, evidentemente no llegarán los desbordamientos del Segura.



Yo sabía que de la vigilancia del guarda de un paso á nivel, en el cruce de un ferrocarril por una carretera, dependen en muchas ocasiones la seguridad y la vida de gran número de personas; pero no imaginaba que el nombramiento de un guarda destinado á aquel servicio pudiera impedir—y continúe impidiendo—la apertura de una carretera de una gran importancia para Orihuela, porque ha de poner á esta ciudad en comunicación con la de Balsicas á Torrevieja, dando así fácil salida á los productos de una gran parte de su huerta.

Pues, sin embargo, las cosas suceden como las refiero.

Terminada la carretera faltaba solo para su entrega la construcción de un pequeño puente de unos cinco metros de luz, en el punto de intersección con la vía férrea: con objeto de ultimar la obra se apilaron los materiales necesarios y se comenzaron los trabajos; pero cátrate que surgió la duda y con ella la dificultad, relativa á esclarecer á



quien correspondía el nombramiento y el pago del mencionado guarda, si al Estado ó á la Compañía.

Y así se está el asunto, suponiendo yo que todo dependerá del consabido é ineludible expediente, sometido á estas horas—y de una manera consecutiva—á todas las potestades de la tierra.

Y entre tanto, la carretera muerta de risa al ver la desesperación de los oriolanos, imposibilitados de decir como *el ctro*:

«... Ma guarda, é passa.»

«—¡Cá hombre, cá!—dirá el Estado, traduciendo libremente—aquí ni se pasa, ni hay guarda.»









# MURCIA









ROSAS Y FOLLAJE.

CORONA DE FLORES.

HIDRÁULICA



Un actor eminente—D. José Valero—excitado á exponer su juicio sobre el concepto que le merecían otros dos de sus compañeros en el arte—colosos, también, de la escena patria—dijo en cierta ocasión:

«—Joaquín Arjona es como una planta de albahaca, verde, lozana y fragante siempre, pero sin flores: Julián Romea, como el rosal, produce sin cesar hermosos capullos que embalsaman el ambiente y se sobreponen á las hojas que los rodean.

Lo que Valero dijo del insigne artista murciano, gloria inmarcesible del proscenio español, puede aplicarse á la ciudad natal de Julián Romea, cuando se la compara con otras muchas de esta clásica tierra de bosques y vergeles: la que blasone de más bella jamás llegará á ser tan hermosa como Murcia.

¿Hablar de su Huerta y de su campo? ¿Para qué?



¿Quién no sabe que la Primavera se refugia en ellos durante los meses invernales y que espanta á los helados cierzos con sus tibios suspiros, su vestidura de esmeraldas y sus perfumadas flores?

¿Quién ignora que de su fecundo seno brotan, con las primicias, los dones más preciados de una poderosa y exuberante Naturaleza?

¿A quién será necesario decirle que este hermoso cielo sólo en rarísima ocasión deja de ser diáfano y azul, por coquetería, como la mujer bella que alguna vez tiene el capricho de disimularlo?

¿Quién desconoce, en fin, que en Murcia la raza y el suelo, la vegetación y el clima, la vega como el campo, la humilde planta como el árbol arrogante, todo es viril y enérgico, y que, para armonizar sus bienes con sus males, hasta sus desastres corresponden á la magnitud de sus grandezas?

No; de nada de eso necesita ocuparse quien, como yo, no tiene en su paleta más que colores ajenos, que se negarían á reproducir los magníficos cuadros en que otros han bosquejado las bellezas de Murcia; los míos no lograrían sino emborronar el lienzo: pero séame permitido poner en él, con una sola pincelada, la expresión de mi encanto, los tonos de mi admiración por un país que en la estación de los hielos envuelve á su ciudad en un manto de verdura y pone á sus plantas una corona de flores.



Murcia es una ciudad á la antigua, de abolengo seño-



rial y de corte aristocrático, que procura modernizarse, sin perder su peculiar fisonomía.

Yo tenía vehemente deseo de conocerla y puede decirse que aún no he logrado conseguirlo, porque su cielo—en oposición á sus corteses y hospitalarios habitantes—me ha recibido con desvío, tenebroso, triste y vertiendo á raudales lágrimas, que si son perlas en el campo, no pasan en las calles de ser limo infranqueable.

Pero á despecho de Murcia—que por lo visto no se conforma con dejarse pisar por planta desconocida é impertinente—debo decir que hemos entrado con *buen pie* en esta culta ciudad, donde, además de ser recibidos en su estación férrea por muchas personas de distinción; de merecer de todos nuestros compañeros de la prensa cariñosísimo saludo; de haber sido obsequiados con una espléndida comida por el acaudalado propietario, senador del reino y jefe del partido conservador, Sr. González Conde, y de conseguir el asídúo y simpático concurso de nuestro antiguo amigo Gómez Díez, del magistrado Sr. Valdés, del abogado Sr. Revenga, del propietario Sr. Montesinos, del jefe del posibilismo Sr. Cayuela, del gobernador y querido compañero de otras épocas Sr. Settier, del delegado de Hacienda Sr. Montes y de otras muchas individualidades, muy conocidas y estimadas en la capital, no pasa momento sin que recibamos alguna atenta invitación que, en conjunto, resultan honrosísimas para *El Liberal* y por todo extremo agradables para sus representantes.

Todo lo cual demuestra que Murcia, además de hermosa, no quiere ceder á nadie en hospitalidad y cortesía.

¿Y cómo había de suceder otra cosa, en la patria caba-



llesca y artista de Clemencín, Saavedra Fajardo, Jacinto Polo, Floridablanca, Salcillo, Palarea, Selgas, Romea y Fernández Caballero, y cuna, además, en que se meció la infancia de Echegaray?

No había nada que extrañar, porque aquí la generosidad es nobleza de raza.

Y nobleza, obliga.



¿Lo que más importa á Murcia? Pues lo que le interesa más, y sobre todas las cosas, es que prosigan sin interrupción y dirigidas con tan inteligente y honrada solicitud como hasta aquí, las obras de defensa contra las inundaciones que produce el devastador Guadalentín, río de traidora corriente y de funestísima historia.

Aún está vivo en el recuerdo del mundo entero la espantosa catástrofe de 1879, que llevó la desesperación y la muerte por todos los ámbitos de esta provincia. La piedad universal acudió entonces á su socorro, y el Estado mismo se penetró de que no podía permanecer indiferente ante el conmovedor espectáculo de tan inmensa desdicha, más que por los dolores del momento, por las terribles amenazas del porvenir.

El Sr. Cánovas del Castillo, gran amparador de las necesidades de esta región, dispuso que se estudiaran los medios que debieran emplearse para contrarrestar los efectos de las inundaciones; se nombró una Comisión, de la que fué presidente el director de las obras, D. Ramón García,



actualmente inspector general de segunda clase é individuo de la Junta consultiva del cuerpo de ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; se formuló un anteproyecto comprensivo de todas las obras indispensables para quitar aguas á todo el valle de la cuenca del Segura con sus afluentes—es decir, á las provincias de Albacete, Alicante y Murcia—y al cabo de dos años de vicisitudes fue aprobado por el Gobierno, que eligió de entre los tres grupos de obras recomendadas en el estudio llevado á cabo algunas unidades, acerca de cuyo efecto en las inundaciones no podía haber la menor duda.

Dispúsose, en fin, que se hiciese el proyecto definitivo, y bajo la dirección de su autor, Sr. García, van ejecutándose las obras constante y paulatinamente, á medida que se terminan los estudios parciales, sin haber encontrado hasta hoy más entorpecimientos que los que produce el expedienteo de las expropiaciones.

Tratar con la amplitud necesaria un asunto de esta naturaleza, dentro de los moldes de un artículo periodístico, sería cosa de todo punto imposible, sino estéril; pues no es materia que se presta—por su estructura—á inspirar el general interés que su índole, á la vez científica y humanitaria, reclama.

Pero ya que eso no, por el motivo apuntado y por lo humilde de mis conocimientos en tan ardua materia, no resisto á la tentación de señalar ligeramente las causas que en esta comarca determinan las inundaciones, ni de bosquejar las notabilísimas obras hidráulicas que se están ejecutando para contenerlas, y que honran á nuestro cuerpo de ingenieros civiles, y muy particularmente en aque-



lla especialidad al autor y director de los proyectos, señor García.

Nace el Guadalentín en Sierra Nevada. La evaporación del Mediterráneo, próximo á todas las derivaciones de aquella gigantesca cordillera, verificándose durante muchos meses y en grandes proporciones, por las influencias de un clima tropical, se condensa rápida y repentinamente en la época del frío y se convierte en ramblas impetuosas que todo lo asolan y devastan: así se forma el caudal del Guadalentín, cuyas revueltas aguas esterilizan cuanto riegan, y cuyo empuje formidable ha hecho derramar más lágrimas que gotas lanza su funesto manantial.

El Guadalentín se junta en Murcia al Segura—río que sin aquel auxiliar inspiraría pocos recelos—formando á su curso los pantanos de Lorca y de Val-de-Infierno, y recibiendo en la citada ciudad las aguas confluentes del Vélez y del Luchena.

Sobre este último—y á unos 25 kilómetros más arriba de Lorca—se halla el pantano de Val-de-Infierno, actualmente en construcción y que tiene por principal objeto contener las aguas con sujeción al principio de que suban poco de nivel, aunque se prolongue la duración de la avenida.

Otra de las obras emprendidas es el canal de Totana, á veinte kilómetros por bajo de dicha población y enfrente de la cual viene el río á precipitarse en una presa que lo divide en dos partes iguales, la una que salta por encima de su muro de contención y la otra que se encauza por el canal y que vá á verter, por las inmediaciones de Mazarrón, en el Mediterráneo.



Este canal, cuya importancia se comprende por la sola ligerísima descripción que acabo de hacer, tiene una extensión lineal de cinco kilómetros, costará un millón de pesetas y estará terminado—si algún accidente imprevisto no lo impide—en el próximo mes de Julio.

Hay, además, entre las obras del Segura, dos proyectos aprobados; el del pantano del río Mundo, cerca de Hellín, ya mandado construir, y el del río Quipar, también afluente por encima de Cieza y que solo está aprobado; y existe, en fin, una obra auxiliar, el Canal del Reguerón—prolongación del Guadalentín—que á mediados del pasado siglo se abrió en la Huerta misma y que desagua á unos seis kilómetros por bajo de Murcia. Este Canal es tanto más indispensable cuanto que viene á rectificar las impresiones de los que fueron arrebatando cauce al Guadalentín, que en muchas ocasiones recobra lo suyo, sin respeto alguno á los plantíos con que han sido embellecidas sus riberas.

Cumpléndose la ley inflexible, aunque casi siempre injusta, del dominio del fuerte contra el débil.

Y dando constante motivo para pensar en la necesidad de dominar la fuerza por la astucia.



Importa, pues, que se termine sin interrupción el grupo de obras emprendidas, que en gran parte, al menos, pondrán á cubierto de los desastres de las inundaciones á esta hermosa y feracísima provincia; é importa, además, que



se complementen aquellas obras con las que aconsejen los resultados que las primeras ofrezcan, y con aquellas, en fin, que, coadyuvando científicamente, por el procedimiento de los riegos, á la disminución de las aguas, por su constante empleo, sean productivas para el Estado, que aumentará sus recursos con los rendimientos de los terrenos de tal manera beneficiados.

Y para todo esto—y teniendo en cuenta que las obras emprendidas nos costarán en conjunto más de tres millones de pesetas—lo de absoluta necesidad es que se mantenga en los presupuestos la partida consignada para su prosecución y que representa una cifra insignificante, comparada con la necesidad imperiosa que las reclama y con los incalculables perjuicios que para el mismo Erario público producen las inundaciones.

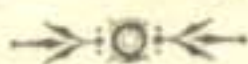
Por lo demás, preciso será que el actual y todos nuestros gobiernos vayan convenciéndose de la necesidad de modificar radicalmente la ley de Aguas vigente, que impone al particular dificultades sin cuento para la concesión de pantanos y canales de riego: ya que no se persuade de que este género de obras y especialmente las de canalización, deberían ser, como lo es tratándose de carreteras, una función del Estado.







## TARIFAS Y TOMATES



Hay un principio moderno de economía política case-  
ra—digámoslo así—por virtud del cual viene demostrán-  
dose que valen más muchos pocos que pocos muchos, apo-  
yado en la teoría, incontrovertible á mi juicio, de que la  
baratura del producto aumenta considerablemente la de-  
manda de la producción.

Si á esto se agrega el que las eminencias especulado-  
ras de nuestros tiempos han elevado á la categoría de sis-  
tema el criterio de que el capital antiguo lo formaban  
nuestros abuelos ahorrando ochavos, mientras que ahora  
sólo se obtiene tirando onzas (tropo retórico en la numis-  
mática de nuestro país), vendremos á deducir, con no pe-  
queña fuerza de lógica, que en materia de negocios, el  
que no se arriesga no pasa la mar y que para obtener ga-  
nancias hay que abaratar los precios, á fin de que se des-  
arrolle en proporción armónica la propagación de la ma-  
teria negociable.



Yo no sé si me explico bien, ni si explicándomelo yo perfectamente lograré que me entiendan los que, explotando ó dirigiendo la explotación de grandes negocios industriales y mercantiles, tienen al dedillo todo aquello del *Debe y Haber, Ganancias y Pérdidas, Saldo, Caja y Tanto por ciento*, cosas de que yo me enteré con dificultad cuando chiquitín y de que hablo ahora con cierto desparpajo, por un prodigio de intuición, que hace honor—con perdón de la modestia—á mis facultades asimilativas.

Pero entiéndanme ó no y sean ciertas ó erróneas aquellas premisas, nadie podrá negarme la exactitud de la siguiente afirmación, que deduzco como consecuencia inflexible del objetivo que ha motivado mi argumentación:

«—Murcia, siendo riquísima, es casi pobre, por obra—sin gracia alguna—de las tarifas de ferrocarriles.»

Y ahora que venga el *guapo* encargado de sostener lo contrario, pues

«lo que aquí queda escrito,  
sostenido está por mí.»



El Sr. Cánovas del Castillo, murciano de afición—en lo que le alabo el gusto—es una personalidad eminente, que fuera ó dentro del Gobierno tiene siempre influencias y prestigios sobrados para reparar agravios y enderezar entuertos.

El Sr. López Puigcerver—murciano también por aproximación—reune á sus propios méritos—que ni sus más



encarnizados adversarios le discuten—el legítimo valimiento de que goza en el partido liberal y la autoridad de que dispone con frecuencia como ministro, cosa que en la actualidad sucede con gran contentamiento de sus apasionados de esta capital.

Pues bien; pesando tanto ambos señores en los destinos de nuestro país; siendo los dos protectores decididos de Murcia y su provincia; ejerciendo el primero tan poderosa influencia, y desempeñando el segundo la cartera de Fomento, ¿cómo no acometen la empresa de obtener de las Compañías de ferrocarriles la reducción de sus tarifas aplicables al transport; de mercancías, necesidad hondamente sentida en todo el país y reclamada imperiosamente en las regiones donde—como en ésta—la producción agrícola constituye la base principal de su riqueza?

Si yo tuviese el honor de que el señor duque de la Victoria, el Sr. Barat y los demás directores de las Compañías ferroviarias españolas me considerasen como amigo suyo, no vacilaría en rogarles, primero, que por sus propios intereses, íntimamente ligados con los del país, estableciesen tarifas que no representasen, como representan ahora, la imposibilidad del tráfico, alvirtiéndoles—después—en el caso de que desatendieran el ruego— que hay muchas condiciones incumplidas, muchos deberes eludidos y no pocas cláusulas olvidadas por las Compañías, que podrían dar al Estado armas perfectamente legítimas para exigirles—dentro de las respectivas leyes de concesión—esfuerzos mucho más penosos que el de llevar á cabo una razonable revisión de las tarifas, cosa que, en último término, redundaría en su provecho, pues es indudable que



gran número de artículos no tienen salida del punto productor ó ya tienen en proporción relativamente exígua, porque los precios de arrastre elevan los de venta, hasta el punto de no haber mercado posible para ellos.

Esto—síntesis reducidísima de lo que podría decirse á aquellos respetabilísimos señores—les diría yo, aun sin tener autoridad alguna para decírselo.

Imaginen los Sres. Cánovas y Puigcerver lo que sucedería si se lo dijese ellos... y se lo dijeran en serio.



La prensa murciana, y con particularidad *El Diario*, *El Pueblo* y *Las Provincias de Levante*, viene ocupándose sin cesar, con insistencia infatigable y en luminosos artículos, de cuestión que tanto importa á los intereses generales de la producción y á los especialísimos de esta provincia.

El último de los citados periódicos publicó hace algún tiempo un informe notable, en que su director, D. Gabriel Baleriola, presentó el cuadro exacto de las dificultades invencibles con que tropezaba la riqueza peculiar de Murcia ante las absurdas tarifas de transporte de las Compañías ferroviarias.

Y digo monstruosas—pudiendo añadir, además, que absurdas—porque de aquel estudio en que se consignan datos oficiales, resultan casos inconcebibles, únicamente explicables por el desbarajuste administrativo de nuestro país y por las complacencias que los hombres públicos de



los partidos gobernantes tienen para con aquellas Compañías, dignas, sin duda, de gran consideración, mientras los privilegios excepcionales de que gozan no redunden en grave perjuicio de los intereses generales del país.

A cualquiera se le ocurre que una mercancía debe pagar con arreglo al trayecto recorrido y que si, por ejemplo, es remitida desde Murcia á Sevilla, satisfará por derechos de transporte más que si se le enviase á Madrid, toda vez que en el primer caso la distancia es de 573 kilómetros y en el segundo de 460.

Pues bien: quien tal cosa suponga es un tonto, según la lógica de las Compañías, que han dispuesto que la tonelada de fruta que de aquí salga pague 40 pesetas si va á Sevilla, y 70 si va á Madrid.

¿Verdad que esto es brutalmente incomprensible?—¿Sí? —Pues vaya, no lo es tanto como parece á primera vista: fijense ustedes en que Madrid es un gran mercado para las procedencias de Murcia y que Sevilla no lo es: y comprendan ustedes, después de fijarse, que las tontas serían las empresas de ferrocarriles, si no estrujasen á los agricultores murcianos donde se les puede estrujar, y no les dieran toda clase de facilidades en aquellos puntos á que sabe de ciencia cierta que no habrán de concurrir.

Eso es tan claro como que dos y dos son cuatro.

Pero hay más, mucho más.

Murcia y Orihuela, que son idénticas desde el punto de vista de la producción, y que estando colindantes tienen por tal concepto intereses comunes, podrían exportar anualmente diez mil toneladas de frutas y hortalizas para Madrid; pero como en doble pequeña velocidad tendrían que



pagar á 115 pesetas la tonelada, y aquella exportación representaría la enorme suma de UN MILLÓN CIENTO CINCUENTA MIL PESETAS; y como en pequeña velocidad y aplicada la tarifa especial satisfarían 63 pesetas por la tonelada de hortalizas y 70 por la de frutas, es decir, mucho más de lo que valen las mercancías—con gran riesgo de perderlas, pues las empresas no están obligadas á transportarlas á su destino antes de un plazo de cinco días—resulta que los agricultores se guardan bien de producir en aquella extensión, para no verse en el caso tristísimo de tener que arrojar como cosa despreciable el fruto de su ímprobo trabajo.

Podría citar otros muchos ejemplos referentes á los convenios establecidos entre sí por las Compañías para hacer la forzosa á los labradores, á la espoliación que representan algunas de las tarifas combinadas, á las velocidades de los trenes de mercancías y á la manera como son tratadas éstas últimas en las prolongadas detenciones que sufren en los trayectos que recorren; pero se necesitaría escribir un libro para consignar todo eso, y basta con lo dicho para demostrar que no es humano, ni patriótico, ni honrado siquiera, impedir el desarrollo de grandes intereses, evitar que tengan trabajo y pan numerosísimas familias y entorpecer el tráfico, base de riqueza y fuente de prosperidad para los pueblos, por no molestar á unas Compañías inmovilizadas por la rutina y enemigas de sí mismas, por cuanto no quieren entender que la baratura en los transportes quedaría pingüemente compensada con el aumento considerable de la exportación.

Prueba de ello es el resultado de la aplicación de la ta-



rifa internacional combinada que rije en doble pequeña velocidad para las naranjas, limones, membrillos y granadas, y que señala 106 pesetas por tonelada desde Murcia á París. Esa tarifa excepcional, que reduce á tipo razonable el de 474 pesetas por tonelada—que regía anteriormente y que rije aún para otras mercancías—ha producido un movimiento enorme en la exportación de aquellas frutas, y muy especialmente de las naranjas, á cuyo cultivo se han consagrado en esta zona con predilección los agricultores.

Dándose el caso, por consiguiente, de que cueste más barato enviar frutas á París que remitirlas á San Sebastián.

¿Cuánto más razonable no sería el que todas las empresas ferroviarias aplicasen á los transportes en el interior de la Península la tarifa reducida á que me refiero anteriormente?

Pero ¡cá! Eso sería favorecer los intereses españoles, y sabido es que los ferrocarriles de España son españoles nada más que nominalmente.



El conde de Romanones, alcalde de Madrid, preguntó hace pocos días al Sr. Jiménez Baeza, alcalde de Murcia, el por qué de no recibirse en el mercado de la corte con la indispensable abundancia frutas y hortalizas de esta huerta, falta que se hacía sentir en aquel mercado considerablemente.

El alcalde de Murcia, deferente—como era natural—con



el de la capital de España, le contestó explicándole compendiosamente el forzoso retraimiento de estos labradores de la plaza madrileña, fundado en la imposibilidad de fijar á las mercancías precios que estuviesen en relación con el importe de los arrastres.

No sé si el Sr. Jiménez Baeza diría más al señor conde de Romanones, pero si hubiese querido habría podido añadir que pudiendo producir entre Murcia y Orihuela tres millones de kilogramos de tomates, y teniendo un precio medio, aquí de seis y en Madrid de quince céntimos el kilo no es posible mandarlos á la coronada villa por impedirlo las vigentes tarifas de ferrocarriles.

A menos que un desesperado—como alguno que yo conozco—se arriesgue á enviarlos para teuer pronto la satisfacción de saber que al llegar á Madrid estaban echados é perder los tomates, y que había sido preciso venderlos ¡A DOS CÉNTIMOS EL KILO!

Y entre tanto, las Compañías tan frescas y diciéndoie á la víctima.

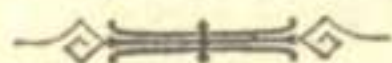
—¡Tómate esa!







## LO HUMANO Y LO DIVINO. — CÍRCULO OBRERO



El arte profano ha traído hasta nosotros, en el transcurso de los tiempos—entre otras muchas—obras tan maravillosas como el Apolo de Belvedere y la Venus de Milo, que á través de sus líneas marmóreas, y á semejanza de la mitológica estatua de Pigmalión, parece como se sienten los estremecimientos del espíritu del genio creador que les dió forma.

Contemplar aquellos prodigios escultóricos y no idealizarlos colocándolos con el pensamiento en el Olimpo de los dioses, sería lo mismo que negar á sus autores el sentimiento más exquisito del arte, sublimado por el perfume de una imaginada divinidad, profanación estética que no cabe atribuir á ninguno que no sea absolutamente refractario hasta á la más elemental inclinación hacia lo bello.

Pero los escultores de la antigüedad, con haber hecho brotar de su cincel obras inmortales, asombro de cuantas generaciones han podido y puedan admirarlas hasta la



consumación de los siglos, al dar forma sobre el mármol á su inspiración, no tuvieron que fatigarla con la elección de modelos: una mujer bella ó un hombre hermoso, delineados por los impulsos del arte y elegidos quizás al azar entre los mortales, para representar á la deidad concebida, bastaban á satisfacer sus propósitos, sin que en su pensamiento cupiese la idea de imprimir á las formas humanas el destello de lo divino.

El cielo de los griegos no se prestaba á más: sus dioses y sus diosas jamás lograron dejar de parecer hombres y mujeres.



El cristianismo modificó radicalmente las condiciones del arte, al menos en lo que éste tiene de espiritual.

Las sublimes figuras del Redentor del mundo y de la Inmaculada María, circuidas por las de los Apóstoles y los mártires, las Vírgenes y los ángeles, los santos y los elegidos del Todopoderoso, aunque encarnadas todas en la humanidad, no tenían posible reproducción en el lienzo y en la piedra, si el artista no lograba—elevándose sobre la materia terrenal—que fulgurase en sus creaciones el rayo luminoso que sólo puede venir de lo más alto; que trasladase á sus obras las vibraciones de su alma, puesta en contacto con las emanaciones de la divinidad.

Fidias hubiera podido hacer de cualquier hombre un Apolo; Benvenuto debió sentir la impresión de lo sobrena-



tural para que su *Jesús crucificado* se contuviese en la figura de un hombre.

Y de esa diferenciación resulta que en el arte profano, lo mismo antiguo que moderno, una figura escultural—por ejemplo—parezca bien con sólo que la animen en sus líneas, en sus proporciones y en su ejecución, las facultades mecánicamente artísticas del autor; mientras que en el arte religioso, si lo creado no reúne á aquellas condiciones el sello de la inspiración, lo creado así resulta inevitablemente malo, sin que pueda pensarse, siquiera, en establecerle un término medio.

La fé y el fervor católico toleran en la generalidad de los casos la personificación de Jesús en un hombre vulgar y—estéticamente considerado—repulsivo muchas veces: el arte no puede consentir que Cristo deje de ser para los ojos y para el entendimiento el Hijo de Dios y el Mártir del Gólgota.



El recuerdo del insigne escultor murciano D. Francisco Salcillo, que floreció en el pasado siglo y que inmortalizó su nombre en esta su ciudad natal—de la que nunca quiso salir—me ha sugerido las anteriores reflexiones, pues quizás en ningún otro artista, tanto como en él, se han reunido el culto á la realidad y el sentimiento espiritualista.

A doscientas, próximamente, ascienden las obras conocidas que legó á la posteridad el incomparable escultor,



todas de carácter religioso, y todas, también, dignas de su fama, que si durante muchos años ha estado contenida en los límites de esta provincia, se desborda á raudales é inunda ya todos los espacios en que se cultiva el arte.

Pero si aquellas obras, consideradas en conjunto, demuestran lo portentoso de su actividad al par que lo potente de su imaginación creadora, en detalle, y limitando la crítica á algunas de ellas, revelan en Salcillo al artista sin rival á quien la Naturaleza ha entregado todos sus secretos, y en cuyo cerebro ha puesto la divinidad una chispa de sus esplendorosos rayos.

«La Cena», «El Prendimiento», «Los Azotes», «La Verónica» y «San Juan», que en unión de las que citaré después representan episodios de la Pasión y se guardan como inapreciables alhajas en el bello relicario que para ellas constituye la ermita de Jesús, son grupos de esculturas ó efigies aisladas, verdaderamente admirables, que eclipsan las glorias de Montañés y afirman el convencimiento de que Salcillo es el primero de entre los primeros que se han hecho célebres en esta manifestación especialísima del arte.

En cuanto á *Los pasos* que representan «La Oración del Huerto», «La Caída» y «La Dolorosa», no encuentro palabras con qué expresar la emoción que experimenté mientras los contemplaba, y hasta mucho tiempo después de haberlos contemplado. *El Angel*, del grupo que lleva el primero de dichos títulos, no es hembra ni varón; es la idealización de las formas humanas moldeadas por las manos de Dios: la expresión de dolor infinito del Cristo de «La Caída», sólo podría reproducirla el inmortal protagonista



de la sublime epopeya del Calvario: «La Dolorosa» es la esencia de la divinidad, empañada por las lágrimas y atormentada por el más terrible de los sufrimientos.

¡Qué hermoso es todo aquello!

Castelar—según cuenta el guardián de tan maravillosas esculturas—al contemplar el *Angel* de «La Oración del Huerto», tradujo su entusiasmo en una magnífica improvisación: á Zorrilla, en ocasión semejante, sólo se le ocurrió decir, con voz entrecortada por la emoción:

— ¡Es mucho ángel!

Yo, que no puedo unir mi humilde voz á la de aquellos dos colosos de la inteligencia, me limitaré á murmurar muy por lo bajo del espíritu que retiene en reducidísimo recinto aquellas portentosas obras de Salcillo, dignas de un magnífico palacio.

Ahora apenas se las vé, y de aquel modo se las expondría á la admiración del mundo entero.



El «Círculo Católico de Obreros» es en Murcia una institución por todo extremo estimable, que en los tres años transcurridos desde que fué fundada viene satisfaciendo una necesidad reconocida por todo el mundo, y prestando á esta capital servicio tan importante, desde el punto de vista de la cultura pública, que ya van sintiéndose entre las clases trabajadoras sus saludables efectos.

Extraño en absoluto á toda tendencia política, teniendo por base exclusivamente la moral cristiana, y con el propósito de difundir cierta suma de conocimientos entre los




asociados—cuyo número se aproxima á mil—el Círculo á que me refiero dá al trabajador medios de provechosa instrucción y de lícito recreo, le estimula al ahorro, le inculca el hábito de consagrar su actividad á cosas útiles y le arrebatá á imaginados placeres, que pueden conducirle al envilecimiento y á la ruína.

Los cargos de la Junta directiva, las cátedras y la oficina de la Caja de Ahorros están desempeñados por personas de gran significación y arraigo en esta capital, que fuera del Círculo están afiliados á diversos partidos políticos, pero que dentro de él prescinden completamente de sus ideas, para no preocuparse más que del bienestar material, moral é intelectual de los asociados; y es cosa curiosísima y digna de incondicional aplauso, ver á un título de Castilla, á un ingeniero, á un sacerdote, á un escritor ó á un opulento propietario dirigir una clase de primeras letras, de escritura, de dibujo, de geografía ó de matemáticas elementales, y á un coronel de artillería, al director del Banco ó á un abogado ilustre expedir libretas, anotar inscripciones ó contar los céntimos que el ahorro de los obreros deposita en la Caja todos los domingos, con una paciencia y una abnegación admirables.

Lázaro y yo, cariñosamente invitados, pudimos comprobar en una detenida visita la justicia con que en Murcia se ha formulado concepto de todo punto favorable á tan utilísima institución, que para que nada le falte tiene por presidente al Sr. Palarea, persona dignísima que goza de la estimación general, y propietario del espacioso edificio en que se halla establecido el Círculo, cedido por él á éste último, gratuita y generosamente.



Además, la Junta directiva, por conducto de su digno secretario, Sr. Clemencín, y del banquero Sr. Peñafiel (don Luis), gran propagandista de dicha Asociación y de otros varios de sus individuos, se sirvió excitarnos á asistir á una velada literaria que amenizó, ejecutando admirablemente varias obras, el joven pianista Sr. Martí.

Las composiciones poéticas leídas por sus respectivos autores, Sres. Guirao (D. Virgilio) y Clemente Pintor; otra del Sr. Tolosa y un bello romance de Tornel, de que fué intérprete el Sr. Díez y Sanz, y las tres, verdaderamente hermosas, que recitó el ingeniero de minas é inspiradísimo poeta Sr. Sánchez Madrigal, fueron acogidas con entusiastas salvas de aplausos. 

Siendo de notar—aunque la observación parezca ociosa—que el auditorio, por punto general, estaba compuesto de obreros.

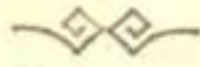
Que rinden ya culto al arte, en demostración clarísima de lo mucho que deben á su propia condición, felizmente explotada para su bien por la Junta directiva y el brillante profesorado del «Círculo Católico de Obreros».







## COMO LA SEDA



Del amor de dos crisálidas es producto el gusano de seda, insecto condenado á labrar su propia tumba y á morir encerrado en ella, si una mano más interesada que piadosa no corta el hilo con que tejió su mortaja antes de que la codicia le asfixie rompiendo el hilo de su existencia.

Asombra pensar que esa repulsiva larva, tan menguada en la apariencia y tan fecunda en riqueza para la humanidad, remonte su origen á épocas que se desvanecen en la obscuridad de los tiempos y de los cuales apenas si la tradición guarda alguna confusa memoria.

Pero es indudable: en millares de años anteriores al primero de nuestra era, se dió á conocer la humilde cuanto maravillosa oruga, que ha entronizado su dinastía en el mundo comercial de generación en generación, durante una serie infinita nunca interrumpida, sin modificar en lo más mínimo su naturaleza, sus indicaciones y los caracteres de su producción.



Gusanillo vil, que parecía destinado al desprecio y á la destrucción del hombre, tuvo regalado criadero en la falda misma de una emperatriz chinesca tres mil años antes de la Redención Universal, y viene siendo en el transcurso de las edades y en la variedad de los países, objeto de solicitud para las mujeres y los niños que á su cultivo se consagran, motivo de preocupación para el agricultor, estímulo de lucro para el comerciante y elemento de riqueza que envidia el pobre y que envanece al poderoso.

En el altar del templo, en el dosel de los reyes y en el tapiz del palacio; en los atavíos de la gran dama, como en el modesto adorno de la menestrala; en el lazo de la condecoración, como en la cinta del ataúd, en todas partes, en fin, deja el rastro de su precioso licor el codiciado gusano, causa inconsciente, pero causa indudable, de quién sabe el número de cuántos extravíos, hijos de la vanidad y hermanos gemelos de la envidia.

¡Extraño animalejo! Fabrica su cuévano con un hilo de quinientas varas, presa de vertiginosa actividad, para que la raza humana, viendo reflejada en la suya la tenacidad en apresurarse la muerte, haya podido decir:

«—Lo que entra con el capillo, sale con la mortaja.»

Frase que generalmente se aplica á la testarudez con que sostenemos cuanto nos es perjudicial, impidiendo que nuestra existencia se deslice como debiera deslizarse.

Como la seda.





La de Murcia ha sido en España la comarca que ha producido, durante siglos, mayor cantidad de seda, que por su calidad, además, no tenía competencia en el resto de nuestro país ni en otro alguno del mundo. En este último concepto quizás todavía—en pleno período decadente—no tenga rival la seda murciana, que sigue siendo la preferida en los telares de Lyon para los tejidos de más alto precio.

A mediados del corriente siglo una asoladora epidemia, que acometió primero á los gusanos de seda en España y que después se extendió á todos los países sericicultores de Europa, hizo tales y tan rápidos estragos en el insecto, que se desesperó de poder continuar su cultivo, hasta el punto de impeler á la inmensa mayoría de los agricultores á talar sus morerales para arrancar á la tierra que ocupaban, con otras producciones, otros medios también de subsistencia y de trabajo.

Algunos años después el insigne Pasteur investigó é hizo públicos el origen de la enfermedad y los medios infalibles para evitar sus efectos; pero el admirable descubrimiento, que favoreció mucho el desarrollo de la producción en los países que sostuvieron la lucha con la epidemia, llegó tarde para España, y con particularidad para la provincia de Murcia y para Orihuela—geográficamente murciana, aunque políticamente alicantina—donde el desaliento de los cultivadores redujo la industria á exiguas proporciones.

Sucedió, por lo tanto, lo que era inevitable que sucediese: se perdió la costumbre de obtener simiente propia, que fué preciso adquirir, por segunda mano, procedente



del extranjero; desaparecieron las industrias auxiliares que facilitaban la explotación directa, dando medios á la especulación para que sacase partido de esta circunstancia; se redujo á la cuarta parte la producción de la seda, porque la escasez de moreras impedía la cría de gusanos en la necesaria proporción, y se elevaron los precios de las hojas de aquel árbol, hasta el punto de que el agricultor que las poseía consideraba preferible venderlas simplemente á ser cosechero de seda.

Así y todo, puede formarse idea de la importancia que la industria sericícola tendría en Murcia, cuando actualmente, y en tan deplorables condiciones, su producción de seda es equivalente á la mitad de la que se cosecha en toda España.



A nadie se le oculta que la importación inmensa de seda que hacen en Europa, el Japón y la China, y la producción considerable de la misma materia en Francia, Italia, Austria y otros países, han variado de una manera sensible las condiciones del mercado; pero no obstante estos inconvenientes, la gente reflexiva en Murcia considera de todo punto indispensable que vayan poniéndose los medios para reconstituir en lo posible la industria sericícola, abriendo así de nuevo aquella fuente de riqueza, casi cegada por la imprevisión y el atolondramiento.

Esta necesidad se hace sentir tanto más intensamente, cuanto que el colono murciano, si puede atender á sus más



apremiantes necesidades con el producto de las diversas cosechas que obtiene de este feracísimo suelo, casi nunca logra satisfacer el importe del *rento* sino imponiéndose tremendos sacrificios, no siempre suficientes para cumplir el compromiso contraído con el propietario, quien por su parte, siendo por punto general bastante humano para no exigirle lo que sabe que no puede darle, toca por necesidad las consecuencias que crean las dificultades económicas con que tropiezan los agricultores de la huerta y del campo.

Porque es de notar—y justo es que conste esta circunstancia—que entre el propietario rural y el colono de Murcia existen de muy antiguo relaciones tan patriarcales—digámoslo así—que el primero deja al segundo en libertad absoluta para que beneficie sus tierras, como lo estime más conveniente á sus intereses, mientras que el colono llega á persuadirse de que las *tahullas* que labra son suyas, hasta el punto de que las lega á sus herederos en su testamento, con respeto absoluto del verdadero dueño, que hace cumplir fielmente la disposición testamentaria.

Esta compenetración de intereses y de conveniencias mutuas, es la base en que sólidamente se apoyan los que se preocupan del porvenir sericícola de esta comarca, pues claro es que con las facilidades que da el propietario y con un poco de buena voluntad, estimulada por la esperanza de legítimo lucro de parte del agricultor, puede confiarse en que la repoblación de los morerales será un hecho en el transcurso de pocos años y en que con ella se restauren la cría del gusano y el aumento consiguiente en la producción de la seda.



Que la lucha ha de ser ruda y empeñada, no hay para qué ocultarlo.

Murcia, precisamente por la bondad privilegiada de su cielo y de su suelo, es en el producir la comarca que se anticipa á todas las de Europa, y por consecuencia su seda, que ofrece en los mercados las primicias de este artículo, tiene que lamentar que otros países más tardíos—Italia, por ejemplo—fijen los precios reguladores que se establecen con arreglo á la importancia de la producción.

Por otra parte, el impuesto transitorio establecido sobre la exportación del capullo de seda—á pretexto de neutralizar los efectos de la concesión de primas por el gobierno francés á sus fabricantes de filaturas—no solo grava la primera materia en términos que hace difícil, sino imposible, su salida en bruto, sino que ha puesto al cosechero murciano á merced de varios industriales—franceses casi todos—que teniendo aquí montadas fábricas de aquella clase por conveniencia propia facilitan al labrador la siembra del gusano, compran el capullo, lo hilan y lo exportan ya sin el inconveniente del impuesto, todo lo cual equivale al monopolio de la industria.

Y yo no digo que lo hagan—porque si me constara lo diría—pero á cualquiera se le ocurre que aquellos fabricantes podrían, caso de que lo intentasen, ser en muchas ocasiones árbitros de este mercado poniendo al cultivador en el durísimo trance de malvender ó de tirar el fruto de su trabajo.

Estas y otras causas menos importantes—que no señalo, porque no pretendo hacer un informe, sino consignar rápidamente hechos y circunstancias—representan otras



tantas dificultades con que los cosecheros murcianos habrán de tropezar antes de restablecer la antigua importancia de la industria de la seda: pero como á la postre el éxito es seguro y como de obtenerse aquel resultado han de variar en grado altamente beneficioso la riqueza de la comarca y la condición del colono, hay derecho para prometerse que aquí todos, en la esfera de su acción y en la medida de sus fuerzas, coadyuvarán á la obra común, clave de un porvenir fecundo en beneficios para el propietario, para el labrador y para el Estado.



La cría del gusano y la cosecha de la seda se verifican en la primavera, época del año en la que el labrador no tiene que atender á otros cultivos; á aquellas tareas se consagran, con particularidad, las mujeres y los niños, siendo, por consecuencia, poco menos que nulo el coste de la producción, si se exceptúa el que representa la hoja de la morera, alimento exclusivo é indispensable del laborioso insecto; se deduce, pues, que el desarrollo de la industria estriba principalmente en la repoblación de los morales.

Que estos últimos, formando bosques, perjudicaban á otras clases de plantaciones, parece evidente, porque no hay mata que surja de la tierra que no necesite para prosperar los besos del aire y las caricias del sol; pero para obviar ese inconveniente se ha ideado—y se practica en



Valencia y otras comarcas sericícolas—plantar las moreras en las lindes de los banales, dejando libres estos últimos para el cultivo de otras producciones.

Si el procedimiento se arraigase y se extendiese, y si, como dice un distinguido escritor murciano, cada labrador —calculando que hay 80.000 en toda la provincia—planta-se cada año cinco moreras, y se obtuviesen así en sólo un lustro *dos millones* de dichos árboles, aumentados á la riqueza actual, la regeneración de la industria sericícola sería un hecho indudable.

Es forzoso, por lo tanto, que los agricultores, por conveniencia propia y aun como medio de salvación, se preocupen de este asunto, dedicándose sin vacilaciones á la plantación de moreras; y es indispensable también que el Gobierno—ya que no acudiendo al poder legislativo para suprimir el absurdo impuesto sobre la exportación de la seda, como sería perfectamente justo—le haga desaparecer tan pronto como expire el plazo que la ley le fijó, con gran satisfacción de muy pocos y con evidente perjuicio para muchos, y en todos los casos patriótico sería que el Estado, la provincia y aun los Municipios auxiliasen á los agricultores de todas las regiones sericultoras que lo pretendiesen, para conseguir la repoblación de los morerales, cosa que es tan fácil, por lo económica, cuanto que, según presupuesto técnico dado á conocer en una interesante *Memoria* por D. Gabriel Baleriola, cincuenta ó sesenta mil plantones de morera sólo exigen un gasto—por todos conceptos—de unas tres mil quinientas pesetas.

Pensar que por 25.000 duros podría tener—y no tiene—la provincia de Murcia dos millones más de moreras, cuan-



do tanto y tan **superfluamente** se gasta en otras cosas, es **verdaderamente** lamentable.

Fíjese en ello, si se digna, el señor ministro de Fomento, y de **seguro** que estará conforme con nosotros: es decir, con los **murcianos** y con su **valerosa** prensa, que lo vienen reclamando sin cesar, y conmigo, que en esta ocasión me ha cabido el honor de **hacerme intérprete** de sus deseos.

Y ya verá el Sr. Puigcerver, si atiende, siquiera en parte, aquellas aspiraciones, cómo á él y á Murcia y en Murcia al ministro de Fomento, le salen las cosas como quiere que le salgan.

Como la seda.







## APUNTES DE VIAJE.—MÚSICA CELESTIAL



Dícese de una individualidad ó de un pueblo, cuando en materias de ostentación hace las cosas de manera incompleta, que se parece á los gitanos, quienes si se calzan medias de seda, seguramente llevan los zapatos en chancla: pues bien; de Murcia podría decirse todo lo contrario, porque si aquí se idea algo, en condiciones modestas, se concluye haciéndolo magnífico, aunque en alguna ocasión esa magnificencia parezca excesiva.

Levantán—por ejemplo—los murcianos un Casino; amontonan en él, con profusión y gusto exquisito, mármoles, bronce, cuadros y tapices de primer orden; reconoce todo el mundo que el Casino es soberbio y de los más notables que hay en España, pero... es preciso ensanchar la planta baja y se impone comprar las casas contiguas para que el edificio forme por sí solo una manzana.

Destruye un incendio el hermoso teatro Romea, y tratando nada más que de reedificarlo, hácenlo de modo que



le dan más amplitud y lo decoran con mucho mayor lujo que tenía el coliseo destruído; y por si el edificio restaurado no bastaba á satisfacer las necesidades del público murciano, otro capitalista e lifica—sin pretensiones de hacerlo muy grande—el Teatro Circo Villar, donde cabría holgadamente nuestro Príncipe Alfonso, y del cual no se recuerda haberle visto nunca enteramente lleno.

En cuanto á la Plaza de Toros ¡es una friolera! Derribaron la antigua—capaz para unas ocho mil personas—decidieron hacer otra un poco mayor y concluyeron por levantar la que existe y en que pueden colocarse con toda comodidad 17.000 espectadores.

Y así sucede en todo: cuando los murcianos se deciden á hacer alguna cosa, la hacen bien ó no la hacen; y que no se limitan á proyectar, lo demuestra el que tienen todo aquello que de sí propios depende.

Hasta buen humor, cuando algo les sale mal, que es tener mucho más de lo que puede apetecerse.



La industria tiene en Murcia una esfera de acción muy reducida, como sucede á la generalidad de los pueblos esencialmente agricultores: así es que, aparte de la elaboración de la seda, de las fábricas—muy notables, por cierto—de pólvora y de salitre, ambas del Estado, y de alguna de harinas, no sé yo que exista de importancia más que la fundición de hierro de D. Francisco Peña, edificio construído *ad hoc* y perfectamente montado y dirigido por su



propietario, quien de simple obrero y á costa de un trabajo incesante de treinta años, se ha conquistado en Murcia la estimación general y una posición independiente.

La fundición, que sostiene 120 operarios, estaba principalmente dedicada á la construcción de camas; pero en estos últimos años el Sr. Peña—como otros industriales consagrados en España al mismo negocio—ha tenido que reducir considerablemente aquel género de fabricación, por no serle posible sostener la competencia con la de otra casa de Sevilla. En cambio, sus talleres se ocupan en toda clase de trabajos de fundición y ferretería, con excelente resultado.

A pesar de las contribuciones y de los derechos de Aduanas.



En ausencia del prelado de la diócesis de Cartagena—que así se denomina esta jurisdicción eclesiástica, aunque resida el obispo y radique la catedral en Murcia—tuve la suerte de tener por guía en las visitas que hice á dicho templo y al palacio episcopal al deán y provisor, D. Gabriel Mallo, sacerdote ilustradísimo, que me dispensó una acogida por todo extremo cortés y afectuosa.

El palacio á que me refiero es, entre los de su clase, el mejor de España, de proporciones colosales, adornado con severidad, pero con cierta ostentación, é iluminado con luz eléctrica, pormenor que consigno para indicar que el actual obispo, que la instaló, no ha olvidado que fué ingeniero industrial antes de consagrarse á la Iglesia.

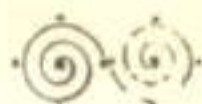


La catedral, que empezó á edificarse á fines del siglo décimocuarto, es un hermoso templo—aunque carece de armonía en el conjunto—sobre el que se eleva, verdaderamente bella y gallarda, la torre, hasta una altura de 321 pies castellanos.

Que contiene muchas y notabilísimas obras de arte, alhajas magníficas y ornamentos y vestiduras sagradas de gran riqueza y mérito, no hay para qué decirlo: en estos aspectos parece indiscutible que en parte alguna se aventaja á las catedrales españolas.

Como reliquia apreciadísima, contenida en sencilla urna oculta en una de las hornacinas del ábside, guardan los murcianos el corazón de D. Alfonso *el Sabio*, rey que en vida distribuyó su amor entre Sevilla y Murcia y que después de muerto ha logrado que se repartan sus cenizas las dos ciudades que tantas pruebas le dieron de fidelidad y de cariño.

Y por último, hay en la catedral un órgano magnífico, que bien merece que le dedique aparte unas cuantas líneas.



Un terrible incendio destruyó, con parte del edificio, el antiguo órgano del templo: el cabildo, después de meditarlo mucho—porque, en efecto, era cosa de pensarse—y siguiendo las indicaciones del insigne músico y sacerdote D. Hilarión Eslava, se decidió á encargar la construcción de un nuevo órgano á una casa belga, que cobró por él



125.000 francos y que lo dejó instalado y en condiciones de funcionar á mediados del año de 1857, viniendo á Murcia para hacer las pruebas, en unión de los constructores, el organista de San Eugenio, de París.

El colosal instrumento de que me ocupo es verdaderamente soberbio; sus cuatro teclados, sus complicadísimos registros y sus cuatro mil tubos producen sonidos maravillosos.

Aunque enfermo, el primer organista de la catedral, D. Julián Calvo—que es un artista consumado—quiso hacernos oír por sí propio aquel prodigio de armonía de tan difícilísimo manejo, y con una bondad que nunca le agradeceré bastante, ejecutó magistralmente un fragmento del *Ofertorio* de Haydn, la marcha de *El Profeta* y el *Ave María* de Gounod, obras que con ser tan bellas me parecieron cien veces más hermosas que en otras ocasiones.

«—No me sorprende la emoción de usted—me dijo el Sr. Calvo—en dos ocasiones diversas y seguro del resultado que me proponía, preludí el *Ave María* de Gounod á presencia de Tamberlick y de Gayarre; ambos, sin darse cuenta de ella, me acompañaron á toda voz. ¡Qué cosa tan admirable! Ya puede usted figurarse...

Aquello si que, realmente, era *Música celestial*.»



Ha llegado el momento de que demos nuestro adiós á Murcia.

Desde que llegamos—y contra lo que aquí sucede generalmente—apenas si hemos logrado ver alguna vez des-



pejado el cielo é iluminar los rayos del sol este hermosísimo campo, aún cubierto de verdura y esmaltado de flores, y las cuestas de la vecina cordillera, en cuya falda se asienta la venerada ermita de La Fuensanta.

Mas si la lluvia, formando tupido velo ante nuestros ojos, pudo enturbiarnos la vista, no consiguió cegar las fuentes del sentimiento en que se acumula el raudal de nuestra gratitud hacia esta ciudad tan culta como hospitalaria.

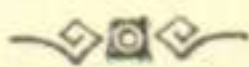
De sus mujeres, ¿qué he de decir que no pregone la fama? La creación más bella de Salcillo, su *Dolorosa*, se inspiró en las líneas y en la hermosura de la mujer murciana.

Y en cuanto á ellos, ¿puede expresarse con palabras lo que para con nosotros han tenido de cariño y de cortesía?

Murcianos por residencia ó por naturaleza son Cayuela, Gómez Diez, Revenga, Montesinos, Valdés, Sánchez Madrigal, Peñafiel, Palarea, Guirao, Joaquín García, Rioflorido, Perni García, Massa y otros cien con quienes hemos vivido durante muchos días en constante relación y recibiendo de todos ellos continuas é inequívocas demostraciones de afecto; ¿ha sido preciso que se disuelvan las nubes y que se despeje el horizonte murciano para llegar á conocerlos como ellos son? ¿Se ha hecho necesario que el cielo recobrase sus azuladas tintas para que apreciásemos las muestras de consideración que nos han prodigado nuestros compañeros de la prensa?

No, por cierto; lo que hemos dejado de ver hará, sin duda, que Murcia sea más bella.

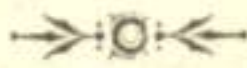
Mejor, imposible.







# CARTAGENA



## DINÁMICA PERIODÍSTICA.—“RIOJA,,



El deber y la modestia se hallan en abierta contradicción en esta campaña iniciada por *El Liberal* y obedientemente seguida por sus representantes en las provincias: el primero impulsa á proseguirla con violencia incontrastable; la segunda tiñe de rubor el rostro de los redactores á quienes por el momento está confiada tan honrosa tarea, viéndose objeto de general consideración y de expresivos agasajos que, por razón inversa, llegan á nivel tanto más alto cuanto más bajo se encuentra el de sus merecimientos.

La ley moral, como la ley física, solicitada por aquellas dos fuerzas, iguales en intensidad, y aunque contrarias, idénticas por su origen, busca la resultante que ha de continuar sosteniendo entre ambas el necesario equilibrio; y como la bondad pública sigue apoyando con nobilísimo empeño la campaña de *El Liberal*, haciendo abstracción de la modestia de sus representantes, preciso será



deducir que estos últimos no son más que la expresión de la fuerza que en este país hidalgo tiene todo pensamiento elevado.

Solo así se explican las manifestaciones de simpatía con que se nos acoge en todas partes; solo de este modo puede traducirse el recibimiento con que ayer fueron honrados en Cartagena los redactores de *El Liberal*; solo en tal concepto tiene justificación el que la prensa local, prescindiendo de opiniones políticas y ajena en aquel momento—como la campaña misma de *El Liberal*—á todo interés de bandería, nos diese con su abrazo el saludo más grato para nosotros, hijos del periodismo, siquiera humildes é insignificantes.

A ella, pues, nos dirigimos en primer término, á fin de suplicarle que, como intérprete de nuestros sentimientos, exprese nuestra gratitud hacia esta ciudad, tan hermosa cuanto infortunada, y para que sepa por nosotros mismos que ahora, como en todas ocasiones, la voz débil pero enérgica de *El Liberal* se unirá á la suya, siempre que se alce para lamentar las desdichas de Cartagena y siempre, también, cuando de procurarles remedio se trate.

Y así aquella resultante de que yo hablaba anteriormente, aunque valga poco, podrá, quizás, unida al esfuerzo del periodismo local, servir de algo.

Que al fin y al cabo, nadie puede poner en duda que la unión es la fuerza.



Un telegrama que *El Liberal* ha recibido y que le transmitió su ilustrado corresponsal en Cartagena, Sr. Jorquera, ha dado á conocer la calidad y el número de las personas que nos dispensaron la honra de recibirnos en el andén de la estación y de acompañarnos hasta después de habernos instalado en el Hotel de Ramos, uno de los mejores, si no el mejor, de los de esta ciudad.

Más tarde y cuando en unión de todas ellas y de algunas más, que se dignaron acompañarnos en una rápida excursión por los muelles, nos dirigíamos hacia el inmediato pueblecito de Santa Lucía, el Sr. Pelegrín, presidente de la Cámara de Comercio, haciendo que me fijase en el puerto, me dijo:

—Recuerde usted á Rioja; nunca con mayor oportunidad podría decirse:

«Estos, Fabio ¡oh, dolor! que ves ahora  
campos de soledad, mustio collado,  
fueron un tiempo Itálica famosa.»

Y, efectivamente, el Sr. Pelegrín tenía razón que le sobraba.

Apena el ánimo contemplar este hermosísimo puerto, hasta hace pocos años en gran parte ocupado siempre por numerosos barcos de todos los países, triste y solitario hasta el punto de no tropezar la vista en todo su anchuroso ámbito más que con algún desvencijado buque de la Armada, convertido poco menos que en pontón, ó con unos cuantos barquichuelos adosados al muelle y cuyas rizadas velas parecen condenadas á no dejarse desplegar por las sacudidas del viento

Abandonado el mar, también se ve abandonada la tie-



rra, que contiene el impetu de su oleaje, porque cuando cesan el rugido del vapor, el rechinar de las cadenas, el áspero crugir de las jarcias, los gritos de á bordo, y el silbido de los contramaestres, cesan al mismo tiempo el choque de los remos que impelen hacia el malecón la mercancía que medio sumerge á la barcaza, el movimiento de las grúas, el alegre vocerío de los trabajadores y el bullicio que surge de la actividad, expresión de bienestar y signo de subsistencia para cuantos del comercio del mar viven, así en el mismo mar como en la tierra que lo enfrena.

El espectáculo no podía ser más desconsolador; la soledad, el silencio, el abandono en todas partes: solo algún carabinero—personificación armada del fisco—perezosamente apoyado en su carabina y apenas perceptible entre las montañas de abandonado mineral de hierro, cubiertas por el tiempo de hierbecillas, truncaba la monotonía de aquellos lugares, emporio de riqueza y esfera de vertiginosa actividad hace poquísimos años; y un poco más allá, Santa Lucía—desde cuya torre es fama que se lanzó á los espacios el Apóstol Santiago para combatir á la morisma—inerte, triste, casi abandonado por sus antiguos moradores, que en vano han esperado uno y otro día, un año tras otro que la suerte mejorase sus horas y que el movimiento del trabajo les devolviese el pan cotidiano.

¡Ah! Verdaderamente era preciso alzar la vista hacia los montes vecinos ó dirigirla en dirección de la ciudad, para persuadirse, al contemplar aquella línea de fuertes, aquella muralla, que más que de cintura sirve de dogal á este pueblo, de que nos hallábamnos en Cartagena, la perla del Mediterráneo, refugio inestimable de los viejos mari-



nos, fondeadero solicitado por centenares de barcos exportadores de millares de toneladas, puerto predilecto de las escuadras y población sostenedora de innumerables braceros.

¿Qué funesto y excepcional concurso de circunstancias ha colocado á Cartagena en situación tan desconsoladora?

La prensa local, y con ella todo el mundo, señala aquí las causas que han producido aquel estado de cosas: con repetirlo, nada nuevo dirá *El Liberal*; pero como es preciso insistir en ello tantas cuantas veces sea necesario, patriótico juzgo tratar algunas de las consideradas como más importantes, con todo el buen deseo que tan noble causa me inspira, siquiera tenga la certeza de luchar con la deficiencia de mis medios.



La cuestión minera—de que me ocuparé en otra ocasión con el detenimiento que merece—es la determinante, en primer término, del profundo malestar que siente Cartagena; pero hay otras varias que conspiran al mismo resultado, y una, en particular, que tiene con ella relación íntima y directa: la de tarifas de ferrocarriles.

Lo que á propósito de este punto dije respecto á la exportación de las producciones de Murcia, es aplicable á otro ramo de riqueza que interesa en alto grado á Cartagena.



Parecía natural que á las Compañías de ferrocarriles les conviniese—en relación con la industria y el comercio abaratar los transportes de minerales de plomo que, procediendo—por ejemplo—de Linares, se destinasen á las funciones de esta zona minera. Sin embargo, no sucede así. Las Compañías, sin tener en cuenta la tremenda depreciación que por diversos motivos han experimentado los plomos, sostienen las mismas tarifas que aplicaban cuando aquéllos tenían precios elevados; de manera que actualmente el transporte, comparado con el precio á que se adquiere la primera materia en el punto productor, está en relación de un 50 por 100; es decir, que costando en Linares diez reales un quintal—ó sean 46 kilos—de mineral de plomo, hay que recargarlo, por sólo el concepto del arrastre hasta Cartagena, con cinco reales, próximamente, lo cual, unido á los demás gastos peculiares de la elaboración, hace imposible el tráfico y arruina en este sentido á la industria.

Y he aquí que las Compañías ferroviarias prefieren no transportar minerales de plomo, si ese transporte ha de obligarlas á reducir un poco sus tarifas. ¡No puede concebirse mayor absurdo!

Con tan estrecho criterio, con desdén tan perfecto para con las necesidades del país, ¿cómo pretenden las empresas ferroviarias que inspiren simpatía los quebrantos de que se lamentan? Si contribuyen en detalle al perjuicio de la generalidad de los españoles, ¿cómo quieren que el conjunto de los españoles muestren interés en ayudar á los que debiendo ser sus auxiliares se convierten en sus más encarnizados adversarios? ..



Piénsenlo bien las Compañías: Cartagena agoniza y reclama su concurso.

Negárselo es inhumano y quizás perjudicial para ellas en lo porvenir.

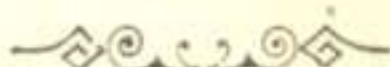
Ahora, que opten.







## LINEA DIRECTA.—FERROCARRIL DEL PUERTO



En Cartagena se considera como de primordial necesidad la construcción de una vía férrea que ponga á dicha ciudad en comunicación directa con Lorca.

Abonan y justifican este deseo gran número de circunstancias, entre las que sobresalen, en primer término, la gravísima crisis minera que atraviesa esta región y el empobrecimiento que por consecuencia de ella experimentan las poblaciones enclavadas en la zona metalúrgica: ambas causas, producto de un mismo origen, han arrebatado por completo á este puerto la concurrencia y el movimiento que le colocaban entre los primeros de España, desde el punto de vista mercantil y que con su paralización ha privado de medios de subsistencia á considerable número de familias.

El puerto de Cartagena es el naturalmente llamado á sostener constante y provechosa relación con la Andalucía Central, cuyos productos tendrían por él fácil salida, á



cambio de aquellos artículos que le son indispensables y de que la importación, por tal medio sólidamente establecida, podría proveerla: una línea férrea que tuviese por punto de arranque esta ciudad y por empalme con la de aquella región á Lorca—lazo de unión entre Jaén y Granada—satisfaría cumplidamente tan apremiante necesidad y contribuiría no poco á restaurar los medios productivos de Cartagena, cuya población bracera solo en pequeña parte puede seguir subsistiendo al amparo del Arsenal.

Aquella linea, que además de proporcionar grandes ventajas á la producción del mismo Lorca, de los Vélez y de Jaén, recorrería la parte más importante de la provincia de Murcia casi paralelamente á la costa, constituiría también una vía de tránsito para las quinientas ó seiscientas mil cabezas de ganado que anualmente concurren de Andalucía al mercado de Fuente Alamo, y que debiendo ser trasportadas á Cataluña, embarcarían en el puerto de Cartagena, con gran ventaja para éste y para vendedores y compradores.

Ese ferrocarril, por otra parte, tendría el carácter de estratégico, perfectamente subordinado á la actual división territorial militar, porque hallándose establecidas la infantería y la artillería en Cartagena y la caballería en Lorca, en todo momento podrían movilizarse, concentrarse y dirigirse rápidamente dichas fuerzas al punto de Andalucía en que se considerasen necesarias, sin tropezar con las dificultades que actualmente se oponen á la brevedad en sus movimientos.

Todo, por consecuencia, conspira en favor de la construcción del ferrocarril directo de Cartagena á Lorca; todo,



menos la voluntad del Gobierno, poco inclinado á incluirlo entre los que considera como suyos, y, por lo tanto, á subvencionarlo, cosa que constituye un obstáculo insuperable para los capitalistas, dispuestos á constituirse en empresa constructora tan pronto como puedan convertir aquella concesión en base de sus operaciones.

El Gobierno—y conste que no sólo me refiero al actual, sino también á otros anteriores—ha venido fundándose hasta ahora para negar la subvención, en que considera la línea directa de Cartagena á Lorca paralela á la de Murcia á Lorca y Granada, ya subvencionada por él cuando se aprobó el proyecto; pero como este último no se cumplió, toda vez que la sección de Murcia á Lorca fué adjudicada sin subvención alguna de su parte á la empresa particular que la construyó y viene explotándola, el argumento carece de base racional y mantiene en todo su vigor la aspiración de los cartageneros, quienes entienden—á mi juicio con razón—que el inconveniente puede obviarse de una de estas dos maneras: aceptando el Gobierno la idea de que la línea denominada de Murcia á Granada tenga su punto de arranque en Cartagena, con independencia de la de Murcia á Lorca, no subvencionada, ó declarando estratégica la línea directa—que es la de la costa—y que, por consecuencia, teniendo tal carácter, habría de ser incluida entre aquellas á que el Estado concede subvención.

Tengo entendido que existen dos diversos proyectos, y que uno de ellos, leído en el Senado durante la legislatura de 1890, no llegó á discutirse en aquella Cámara por haber sobrevenido un cambio político: ahora parece que va á ser reproducido en el mismo Cuerpo Colegislador, sin



que se tenga seguridad de que lo patrocina el gabinete presidido por el Sr. Sagasta.

Ignoro, por consecuencia, como todo el mundo, la suerte que correrá dicho proyecto; pero si el Gobierno tiene en cuenta lo legítimo de la reclamación, el estado verdaderamente angustioso de Cartagena y los problemas gravísimos que tiene planteados la crisis minera, de presumir es que no vacile en otorgar lo que de él se solicita: importaría mucho menos, seguramente, la subvención que hubiera de conceder por los setenta kilómetros de la proyectada línea directa, que los desastres que pueden producir la desesperación y el hambre.



Y ya que de ferrocarriles me ocupo, no considero posible guardar silencio respecto á las causas que vienen impidiendo hasta ahora que las mercancías importadas ó que hayan de exportarse por el puerto de Cartagena, sean transportadas desde los muelles á la estación de la vía férrea, ó de esta última á los primeros, por los furgones de la empresa de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y Alicante.

La Junta de Obras del Puerto, reconociendo la conveniencia de establecer para los arrastres aquel sistema de locomoción, no vaciló en costear las vías y plataformas que se juzgaron indispensables, á fin de organizar el servicio en combinación con la mencionada empresa; pero esta última, imponiendo, entre otras varias condiciones inad-



misibles, la de la exclusiva en su favor para explotar el movimiento mercantil de los muelles, ha hecho de todo punto imposible que la Junta se resuelva á conformarse con sus pretensiones.

Aquella actitud de la Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y Alicante tiene irritadísimos, con no pequeño motivo, á los cartageneros, quienes siempre que de esto se ocupan recuerdan, en términos durísimos, que la citada empresa conserva la estación provisional que levantó cuando hizo llegar á Cartagena la línea que la puso en comunicación con la capital de España, estación que es una verdadera barraca, indigna de una ciudad tan importante como ésta.

Bien es verdad que la Compañía se excusa de edificar la estación definitiva, alegando que por estar comprendida en la zona polémica, lucha—y esto puede ser exacto—con las innumerables dificultades que el ramo de Guerra opone á toda variación que se intente en las edificaciones enclavadas en la zona militar; pero los cartageneros creen—y es muy fácil que tengan razón—que en este caso concreto el ramo de Guerra y la Compañía se entienden perfectamente, aun sin haberse puesto de acuerdo.

Ya tienen, ya, seguramente, los cartageneros, barracón para rato.





## SANEAMIENTO Y ENSANCHE



Positivamente es una verdad indiscutible la de que no siempre debe juzgarse por las apariencias; Cartagena es un ejemplo más de que esa frase, ya proverbial, no tiene —como suele decirse— vuelta de hoja.

Aunque apretada por fuerte anillo de vetustas é inútiles murallas, quien contemple esta ciudad, apoyada sobre hermosísimo puerto; rodeada en parte de elevada cordillera que parece protegerla contra el ímpetu de los huracanes; cercada de campiña pintoresca en que descuellan envueltos en verdura numerosos caseríos; esbelta y alegre dentro del recinto de sus fortificaciones, y favorecida por un clima suave y un cielo generalmente esplendoroso de luz, que sólo rara vez consiente ver envuelto entre brumas su horizonte, debe imaginar que á la belleza de su aspecto reúne todas las condiciones indispensables para que la salud y la vida de sus habitantes no estén sujetas á otras vicisitudes que aquellas á que racionalmente se halla sometida la humana naturaleza.



Sin embargo, no sucede así, desgraciadamente; basta, para convencerse de ello, con hacer una rápida excursión por los alrededores de la ciudad; es suficiente, para que se desvanezca aquél error, producto de las primeras impresiones, escuchar las quejas de cuantas personas hablan acerca de las condiciones de salubridad de Cartagena, y sobra, en fin—para tener la completa seguridad de que aquellas apariencias son absolutamente engañosas—con pasar la vista sobre la interesantísima *Memoria* redactada á este propósito y á petición de la Junta Municipal de Sanidad, por el doctor en Medicina D. Leopoldo Cándido y el arquitecto D. Tomás Rico y Valarino; de este importante trabajo, que esclarece todas las dudas que pudieran suscitarse á la propia observación, se deduce inflexiblemente que Cartagena ocupa el centro de diversos focos infecciosos, que favorecen considerablemente el desarrollo de enfermedades tan graves como el paludismo, las de carácter infeccioso, la difteria, la tuberculosis y todas las que afectan al aparato respiratorio.

Demostrada científicamente esta verdad, que empíricamente y por una larga y dolorosa experiencia, conocían de muy antiguo los habitantes de Cartagena, legítimo de todo punto debe parecer que la población se preocupe de cuestión que tan grave y directamente le afecta, y natural, además, que se esfuerce para que se escuchen donde escucharse deben sus justísimos clamores, ha tiempo formulados y no atendidos con la urgencia y eficacia que rigurosamente reclaman.





Ya en 1887—si no recuerdo mal—fué creada una Junta de saneamiento, que por diversos motivos, ajenos á este lugar, no entró realmente en funciones, y que, por lo tanto, nada práctico ha podido hacer, no sé si por vicio de organización ó por ser excesivamente reducida la esfera de sus atribuciones.

Pero como el mal persistía y como la idea del saneamiento de la ciudad debía ir inevitable y paralelamente unida á la del ensanche, en 1893 se reconoció la imperiosa necesidad de acometer nuevamente y con mayor brío la empresa hasta entonces desatendida, y á este fin fué elevada á la superioridad una solicitud—á que iban unidos todos los documentos exigidos por la ley—que fué puesta en manos del Gobierno por el Sr. Rolandi, alcalde de Cartagena en dicha época, y por el Sr. Palacios (D. Juan), encargado con el primero de hacer llegar á oídos del Gobierno las justísimas reclamaciones de la infortunada ciudad.

Corrió aquella instancia los trámites que son de rúbrica, llegó al Consejo de Estado, informó favorablemente dicho alto cuerpo, siquiera con determinadas restricciones, volvió el expediente á la Secretaria de origen... y allí se está, en el ministerio de la Gobernación, esperando, sin duda, su turno de despacho y revuelto, quizás, entre los innumerables legajos destinados á no tenerlo nunca, como si la cuestión de saneamiento y ensanche de Cartagena fuera uno de esos asuntos de importancia baladí y que no exigen que, por humanidad siquiera, se resuelvan dentro de los términos más breves y de los plazos más perentorios.



Naturalmente, en el proyecto sometido al examen y resolución del Gobierno se pide la modificación—si no la desaparición de la primitiva Junta—para que se constituya otra con carácter municipal, toda vez que aquélla no ha logrado satisfacer los fines para que fué creada: pero esta transformación no representa obstáculo alguno por lo que al acuerdo favorable del Gobierno pueda referirse: en cambio se lucha, á lo que parece, con las resistencias que ofrece el ramo de Guerra, encariñado con la idea de obtener grandes ventajas pecunarias á cambio de la demolición de las murallas, base del ensanche y punto indispensable de partida para llevar á cabo el saneamiento de Cartagena.

Y claro está; Cartagena, hartó agobiada con sus propias cargas y con las que la provincia y el Estado le imponen, sufriendo las consecuencias de la general paralización del trabajo, llegando hasta ella—como no podía menos de suceder—los efectos de la tremenda crisis minera porque atraviesa esta región, se encuentra imposibilitada, si el Gobierno no le ayuda en la razonable medida que reclama su situación excepcional, de acometer por sí sola empresa tan vasta, que, además, está incluida por su índole y condiciones, entre aquéllas que las leyes vigentes señalan como ineludiblemente destinadas á recibir el auxilio del Estado.

Por otra parte, Cartagena, que es, y debe ser siempre, un puerto militar que signifique un baluarte inexpugnable para la integridad de la patria, no tiene razón alguna de ser como plaza fuerte, pues según opinión de los más expertos militares, ni es racional esperar las agresiones de



un enemigo por otro punto que por el mar, ni aun cuando fuera posible, podrían contener las acometidas de un ejército invasor sus fortificaciones, incapaces de toda resistencia ante los poderosos elementos modernos utilizados en la guerra.

No hay, por consecuencia, razón alguna que apoye el mantenimiento de las murallas, cerco intolerable, por muchos conceptos, para una ciudad que no tiene espacio donde moverse, ni puede vivir sin que aspiren sus pulmones las emanaciones corrompidas que á pocos metros del glasis exhalan terrenos sólo fecundos ahora en gérmenes de males terribles y que podrían convertirse en lugares beneficiosos y reproductivos.



Proceder al derribo de las murallas para que se formen paseos, para que se extienda la ciudad, sin que las necesidades de la urbanización sufran dificultades intolerables, y á fin de que tengan enlace con la capitalidad del partido los barrios extramuros; proceder á la desecación de los terrenos pantanosos que existen al Norte de la ciudad, y que son fuentes perennes de paludismo; dragar frecuentemente al Mar Menor para que desaparezcan sus pestilentes emanaciones y establecer el alcantarillado en las condiciones indispensables, tratándose de una población tan importante como Cartagena—obra que corresponde acometer al Ayuntamiento—son cosas que se imponen, si no se pre-



tende tener perennemente condenada á esta hermosa ciudad á sufrir las inquietudes que producen la proximidad del peligro y los horrores de que en diversas ocasiones la han hecho víctima espantosas epidemias.

Tenga en cuenta el Gobierno que por conveniencia del Estado—ya que no por humanidad y por altos deberes que le impone el ejercicio de sus funciones—se halla en el caso de acudir rápidamente en auxilio de Cartagena, pues según expresa una curiosa estadística oficial que tengo á la vista—comprensiva de los años 1881 á 1890—cada año, calculando el promedio, cuestan al Erario público 115.700 pesetas los gastos por estancias de enfermos y por fallecimientos en el Hospital, de individuos de la guarnición, de la dotación de marinería y de infantería de Marina, á consecuencia del paludismo.

Es decir, que sería más piadoso y más barato, que sostener esta situación inconcebible, acceder á las justificadísimas pretensiones de Cartagena.

Ya lo sabe el señor ministro de la Gobernación; ya lo sabe, también, el señor ministro de la Guerra si, como yo no puedo imaginar siquiera, lo ignoraban: Cartagena tiene pendiente de resolución el expediente relativo á saneamiento y ensanche de la población, informado favorablemente por el más alto cuerpo consultivo; tiene, además, razón en lo que pide y resulta, por último, para el Tesoro, más económico el concedérselo que el negárselo.

¿A qué esperan, pues, los Sres. Capdepón y López Domínguez, para llevar á las Cortes el correspondiente proyecto de ley, que aun siendo justo, les conquistaría la gratitud de los cartageneros?



Piensen ambos señores que de acometerse las obras proyectadas, proporcionarían trabajo á gran número de braceros que de él—y por consecuencia, de pan—carecen actualmente.

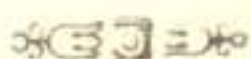
Y no olviden que el hambre es mala consejera.







# CARTAGENA.--LA UNIÓN



## LA UNIÓN SIN TRABAJO



Las circunstancias excepcionales por que atraviesa esta región minera, me han obligado á suspender el examen—que continuaré inmediatamente después—de las cuestiones que se refieren exclusivamente á Cartagena; en esta misma ciudad, las personas de más alta significación en los partidos políticos, los hombres que mayor autoridad tienen por su respetabilidad, por su fortuna ó por los servicios prestados en favor de los intereses públicos y los representantes de la prensa de todas las opiniones, se han dignado mostrarse conformes con mi pensamiento de aplazar momentáneamente la discusión de aquellos asuntos, para tratar con preferencia el que, alcanzando el triste privilegio de fijar la atención general, afecta á Cartagena tanto como á las demás poblaciones que tienen pendiente su bienestar ó su ruina de que se conjure ó no la gravísima



crisis porque pasa en estos momentos la industria de la minería.

Es tan honda la preocupación, afecta el pavoroso problema planteado á tantos intereses y se derivan de él complicaciones de tal naturaleza, que evidentemente creo prestar un modesto servicio, pero servicio al fin, á los pueblos interesados, consagrandose desde luego mis humildes trabajos á describir tal cual es el cuadro desconsolador que ofrecen el presente, y aun más que el presente—con ser tan deplorable—el porvenir de toda esta antes rica y próspera zona minera.

En rigor nada diré que no sea ya perfectamente conocido; la prensa de Cartagena y de La Unión vienen haciendo larga y valerosa campaña, de que han tenido al fin que darse cuenta los poderes públicos; los diputados por la circunscripción se han agitado con tan laudable interés en el Parlamento y en la misma esfera de acción en que se mueve el Gobierno, que sus gestiones han tenido eficacia suficiente para que todos podamos prometernos resultados satisfactorios; y en cuanto á los periódicos de Madrid y del resto de España, tampoco han escatimado esfuerzos ni excitaciones para que, en la medida de lo posible, y aun á costa de sacrificios en cualquier otro sentido, se acuda en auxilio de una región que agoniza en estos momentos y que perecerá positivamente si no se le presta apoyo decidido sin pérdida de tiempo.

Pero, á pesar de todo esto, aún pueden tener mis palabras alguna autoridad: la que da la absoluta independencia del que juzga sin otro interés que el de reflejar la verdad con la mayor exactitud posible y de quien para pre-



sentarla á la consideración universal puede decir muy alto:  
«—Yo lo he visto.»



El mal que con tan poderosa violencia se hace sentir en estos momentos, se deriva de diversas causas—todas muy complejas—y tiene antiguo origen, siquiera no lo hayan vociferado—como probablemente hubieran hecho otros—los sufridos habitantes de esta región.

Comenzó por la depreciación de los minerales oxidados de hierro y de manganeso, que por exceso de producción, ó por superioridad de condiciones en otros puntos, aquí nadie solicita y forman verdaderas montañas—que probablemente nunca serán removidas—en los muelles de Cartagena, Portman y Aguilas y en *El Llano*, de La Unión.

Aquella clase de explotación, no por referirse á mineral de bajo precio dejaba de ser altamente beneficiosa, pues además de entretener á crecido número de brazos, producía extraordinario movimiento en los puertos, dando medios de subsistencia á masa considerable de trabajadores; en el de Cartagena, por ejemplo, raro era el día que dejaban de fondear diez ó doce vapores, que en conjunto se encargaban de exportar cada año más de 600.000 toneladas de minerales de hierro. En los demás puertos de la zona, la exportación se verificaba en proporciones análogas, siendo La Unión el distrito minero—á la vez que el correspondiente al término de Cartagena—el que con particularidad sostenía las necesidades de la demanda.



Huérfana por completo esta zona de industrias siderúrgicas, teniendo que emplear medios de arrastre difíciles y costosos, y gravando el absurdo impuesto sobre los explosivos en un 50 por 100 el precio de la extracción del mineral, se ha hecho de todo punto imposible la explotación del hierro, que constituye aquí un ramo de la minería perfectamente abandonado, con evidente é irreparable perjuicio para inmenso número de familias.

Por otra parte, la producción de mineral de plomo en Austria, Grecia, Estados Unidos, México y otros países, compitiendo con la de España, que figura á la cabeza, ha causado la depreciación de aquel metal y de la plata en tan tremendas proporciones, que en el transcurso de pocos años, de cinco duros y hasta algo más á que llegó á pagarse el quintal de plomo, se ha reducido su valor al de dos duros, lo cual supone el enorme quebranto del 60 por 100; y de igual manera, la onza de plata, que tenía el precio de 24 reales, alcanza en la actualidad el de poco más de 13 reales.

Parece, por consiguiente, que la depreciación del plomo es consecuencia del exceso de producción; y que ésto último ocurre, se prueba—al menos como indicio vehemente—en que hasta al mismo puerto de Cartagena ha llegado en estos últimos días—y yo mismo he tenido ocasión de ver, con asombro—un cargamento de mineral de plomo de la Australia, trasportado á aquel muelle después de hacer escala en Londres, cosa verdaderamente extraña, pues no se concibe que, ni aun para ensayar sus condiciones de bondad, se traiga aquel mineral á un país que lo produce mejor y en mayores cantidades que otro alguno.





Admitida generalmente la idea de que la baja en el precio de los plomos es resultado, en primer término de la concurrencia, por efecto de exceso de producción; reconociéndose en esta zona que la explotación se verifica actualmente con mayores dificultades que hace algunos años, pues la extracción de minerales exige—por las profundidades en que ya se hace—maquinarias y elementos más poderosos, y por consecuencia, más caros; siendo cosa que no ofrece duda la de que solo verificándose dicha explotación en grande escala y no subdividida en pequeñas industrias—como sucede generalmente en los términos de La Unión y de Cartagena—podría tener, no defensa, pero sí medios para prolongar por un poco más de tiempo su agonía, y resultando que muchos propietarios de minas exigen á los mineros que las explotan el mismo precio de arrendamiento que tenían cuando la industria se hallaba en pleno período de prosperidad, se comprenden sin la menor dificultad los gravísimos inconvenientes con que por esas solas condiciones tienen que luchar los que á la extracción y fundición de minerales de plomo se dedican: y esto, claro es, sin contar con el peso abrumador de los impuestos que directamente las gravan, como el derecho sobre la exportación, el del mineral en venta, el de superficie y el de los explosivos; é indirectamente los que pesan sobre el carbón de piedra, y otros íntimamente ligados con la industria de la minería.

En tales condiciones, la existencia de esta industria se hace de todo punto imposible.



Ejemplo evidente de lo que afirmo es La Unión, ciudad puede decirse que improvisada al amparo de la explotación de la sierra, en cuya falda se asienta; pueblo que, consagrado á una actividad vertiginosa, á un trabajo ímprobo, enlazando sus intereses con los de la ciudad hermana—Cartagena—sólo pedía á los poderes públicos que la consintiesen continuar dando aplicación al esfuerzo de sus hijos, pan á sus braceros, medios honrados de subsistencia á sus clases proletarias, lucro legítimo al capital y tipo racionalmente aceptable para el salario.

Pues bien; anticipándome á lo que en otra correspondencia habré de decir, precisa hacer constar sin pérdida de momento, que en el reducido término de La Unión, como en el extenso que en la sierra vecina pertenece á Cartagena, así en el llano como en las cumbres de la cordillera, en toda la extensión que media entre dichas ciudades y los puertos de Portman y de Escombreras, la desolación ha establecido su imperio, la huelga forzosa ha reemplazado á la actividad, la miseria ha ocupado el puesto del trabajo; y allí, donde 118 fábricas lanzaban penachos de humo de sus elevadas chimeneas, como si astiles colosales tremolasen gigantescas banderas en homenaje á las grandezas de la industria y á los beneficios de la paz, sólo se ven ahora edificios que derrumba el abandono, calderas apagadas, máquinas enmohecidas por el quietismo y soledad y triste-



za en todas partes, menos en la ciudad, donde seis mil hombres, que representan el sustento y la vida de seis mil familias, mueren de inanición, cruzados de brazos, con la vista torva, fija unas veces en el cielo, como interrogando á la Providencia, y otras veces en el horizonte, como pidiendo á lejanos poderes humanos una esperanza de remedio para sus infortunios.

Aquello es terriblemente doloroso, cruelmente desconsolador.

La Unión es una ciudad que perece: era honrada y buena, sigue siéndolo, y es humano y patriótico procurar que no deje de serlo, para lo cual puede contarse con la condición de sus hijos.

Pero la desesperación tiene sus límites, y es preciso que no los rebase.

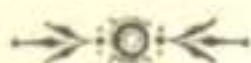
El medio lo conoce el Gobierno, lo conoce todo el mundo, y puede expresarse en estas dos únicas palabras:  
—Auxilio inmediato.







## LA GRATITUD DE UN PUEBLO.—DESASTRES— ESPERANZAS



En nuestra visita á La Unión nos habían acompañado —entre otras personas muy conocidas y estimadas en Cartagena— el presidente del Sindicato Minero y de la Cámara de Comercio, consejero de la Sucursal del Banco y cónsul de Turquía, Sr. Pelegrín, que por su saber y respetabilidad goza de general consideración; varios propietarios y explotadores de minas, entre los que recuerdo á D. Serafin Cervantes, D. Juan Jorquera y mis antiguos y queridísimos amigos D. Luis y D. Julio Soler, y el jefe del partido liberal de La Unión, Sr. Maestre, que quiso dispensarnos el honor de servirnos de guía en nuestro rápido viaje.

En la estación de la mencionada ciudad esperaron nuestra llegada el Ayuntamiento, presidido por el alcalde interino, Sr. Sánchez Valero; el secretario de la corporación municipal, el director y el redactor de *El Palenque*, señores Aguilar y Cervantes—que vienen haciendo una bri-



llantísima campaña en la cuestión minera—los Sres. Mancebo, Pérez, Abellán, Guirado Cabrerizo, Wandossell (don José), Cervantes (D. P.), Teulón, Conesa y otros muchos, entre los cuales figuró más tarde, y ya hasta que regresamos á Cartagena, el alcalde propietario, Sr. Campoy, que se halla actualmente gozando de licencia.

Respecto á la manera como fuimos acogidos, necesito—para excusarme de tributar á *El Liberal* alabanzas que no estaría bien que sus representantes pregonasen—lo que con tal motivo dijo aquella misma tarde el periódico local anteriormente citado.

«—Pocos pueblos—escribió—habrán demostrado á los distinguidos redactores del popular periódico madrileño, simpatía más grande y verdadera, y en pocas partes, también, habrán tenido recibimiento más espontáneo y cariñoso.»

Y era rigurosamente cierto; tanto, que no debo reflejarlo, limitándome á hacerlo constar, con el exclusivo objeto de poner á la altura de las cariñosas manifestaciones de los unionenses nuestro inmenso reconocimiento, que nunca será suficiente para pagar la deuda con ellos contraída.

Porque aquellas demostraciones de simpatía brotaban del alma, como expresión de un sentimiento de gratitud hacia los humildes periodistas que, en cumplimiento de un deber ineludible, procuraban conocer toda la extensión de las desdichas de un pueblo infortunado, para sentirlas con él, y para presentarlas en toda su desgarradora desnudez á la conmiseración pública; y aquel pueblo generoso, sin fijarse en la pequeñez de las personas honradas



con sus halagos, las enaltecía, por considerarlas, con razón, participes de sus amarguras, de sus inquietudes y de sus esperanzas.

Que no hay nada que engendre con más hondas raíces la gratitud, que la comunidad de sentimientos en el infortunio.



Emprendimos nuestra excursión por la sierra. Deseábamos visitar—para establecer puntos de comparación—una fábrica de fundición y una mina explotadas en gran escala, é iguales tipos de unidades industriales de los que en esta zona se benefician en condiciones modestas.

El primer establecimiento que recorrimos fué la fundición denominada «Dos hermanos», de que es dueño el acaudalado industrial D. Pío Wandossell, que posee en Mazarrón riquísimos criaderos de plomos argentíferos.

Dicha fábrica, que de tres hornos ha tenido que apagar uno, que de diez calcinadores solo tiene cuatro en actividad y que reúne actualmente existencias de plomo por valor de dos millones de pesetas, va suspendiendo poco á poco sus labores, con marcada tendencia á ponerles pronto término completo, sosteniéndose aún, porque su propietario tiene fuerzas y alientos para proseguir la fabricación á costa de grandes pérdidas; y es de observar que el establecimiento á que me refero es el más rico y poderoso de todos los de su clase en esta parte de la zona minera.



Inmediatamente después visitamos la mina «Cielo», en que la Sociedad explotadora lleva invertidos 120.000 duros, sin haber encontrado mineral utilizable. Su magnífica instalación de maquinaria de desagüe, con fuerza de 300 caballos, podrían aprovecharla, si no hubiesen suspendido sus trabajos, las minas inmediatas, que representan la actividad de 2.000 obreros; pero como la paralización es completa, el establecimiento—que debería tener empleados 400 hombres—se ha visto precisado, á su vez, á poner término á sus operaciones, sosteniendo únicamente á cinco ó seis braceros para justificar que existe, cosa indispensable si no ha de perder las condiciones estipuladas en el contrato de arriendo del terreno que explota.

Desde el citado establecimiento alcanza la vista extensión considerable, en la que se descubren varios edificios industriales, ya medio ruinosos por consecuencia de la suspensión de labores; gran número de fábricas de fundición, cuyos hornos no dan pasto alguno á sus elevadas chimeneas; más de cuatrocientos malacates abandonados, montañas de mineral de hierro sin aplicación, un plano inclinado, del que sus propietarios han quitado los carriles y el aspecto general de una anchurosa comarca, anteriormente cruzada sin cesar por innumerables recuas y carros destinados al acarreo de minerales, ahora solitaria y huérfana de todo movimiento.

No es de extrañar; más del 75 por 100 de los centros industriales enclavados en aquella zona han suspendido sus trabajos, ocasionando la ruina de muchos propietarios y privando de sustento á considerable número de obreros; porque es de advertir que aquella suspensión en una mina



equivale á que ésta, en el transcurso de pocos días se inunde de agua, inutilizando cuanto contiene y haciendo imposible la explotación en lo sucesivo.

En las minas y fábrica de fundición denominada «Sol Segundo»—propia de la mancomunidad que lleva el mismo título y de los Sres. D. Julio y D. Luis Soler, que explotan D. Serafin Cervantes y otros partidarios—tenían anteriormente ocupación 1.346 obreros, número que ahora ha quedado reducido al de 340. El mismo Sr. Cervantes sostenía en la fundición «El Porvenir» 160 operarios, que solo ascienden á 58 actualmente, y aun así, por convenio de todos ellos, se ha visto en la necesidad de disminuirles en un real el salario, para no privarles por completo de medios de subsistencia, suspendiendo las labores.

Algo semejante ocurre en la fundición «Roma», dirigida por el Sr. Harrison, que continúa los trabajos, merced á los esfuerzos que para sostenerlos emplea la Compañía explotadora.

En resumen y para precisar la situación de manera que pueda apreciarla todo el mundo de una simple ojeada: antes había 110 minas en explotación, de las cuales 87 estaban en producto: en la actualidad hay 40 minas en explotación, y en producto tres ó cuatro. En los tiempos de prosperidad ascendía el número de obreros ocupados en esta zona á unos 20.000, que en estos últimos años habían quedado reducidos á 11.000. Ahora, y desde hace tres meses, solo 5.000 continúan teniendo trabajo.

El cuadro, como se vé, no puede ser más desconsolador; muerta ó poco menos la industria minera, sin pan seis mil familias, y arruinadas varias poblaciones entre ellas La



Unión, tan digna, por todos conceptos, de ser auxiliada y atendida.

¿Cómo podrá esto conseguirse? Desde luego decidiéndose el Gobierno, con el concurso de las Cortes, á suprimir el derecho sobre exportación y el del mineral en venta, reduciendo mucho—si es posible modificar el contrato, fundándolo en lesión enorme para los intereses del Estado—el absurdo y verdaderamente brutal gravamen que pesa sobre los explosivos; disminuyendo el cánon sobre la superficie; y comprendiendo, en fin, los propietarios de minas—esto ya independientemente de la acción oficial—que la equidad más elemental les impone la obligación de reconocer que la crisis minera debe alcanzar á todos los que de la minería viven, si es que de buena fé se quiere la salvación de la industria.

Aún así, ¡quién sabe si se logrará salvarla! Por lo pronto, ¿cómo se remedian ya los inmensos desastres que esa crisis ha causado en los términos mineros de La Unión y Cartagena?

De seguro, si el Gobierno hubiera podido apreciarlos tan detenidamente y tan de cerca como *El Liberal* lo ha hecho, él sería el primero en apresurarse á pedir á las Cortes el remedio de tan espantosas desdichas.



Una rápida visita al Hospital Municipal—principalmente destinado á los mineros víctimas de su arriesgado trabajo—notablemente montado y maravillosamente diri-



gido por el ilustradísimo facultativo D. Ponciano Maestre, y un ligero examen del terreno en que va á ser edificado un hermoso templo, á instancias del sabio y virtuoso sacerdote D. Antonio Sánchez Navarro, pusieron término á nuestra breve estancia en La Unión, que dejará en nuestra memoria recuerdo imperecedero.

Recuerdo grato como pocos, por lo que se refiere á las extremadas muestras de cariño que nos prodigaron los cortes y hospitalarios habitantes de La Unión; triste, en cuanto hace relación á las desdichas que sufren y á las inquietudes que sienten.

¡Pobre ciudad!—Tan laboriosa, tan activa y tan tranquila antes y colocada ahora entre los desconsuelos del presente y las esperanzas de un porvenir incierto.

¡Pobre ciudad!—Bien ¡mereces que esas esperanzas se realicen.

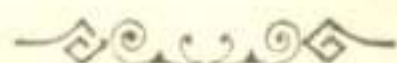
Y yo entonces—lo juro—me sentiría tan feliz, como si recayese en mí propio el beneficio.







## EL ARSENAL



Parecería extraño—con razón—que hallándome en esta ciudad no me ocupase de dicho importantísimo establecimiento, motivo de legítimo orgullo para nuestra marina de guerra; quizás una omisión en tal sentido habría podido prestarse á interpretaciones erróneas, que me apresuro á evitar, consagrando esta carta á cuestión tan interesante.

Profano yo, sin embargo, á los complejos aspectos que ofrecen los diversos servicios á que atiende el Arsenal y deseoso de conocer la organización y marcha de esta clase de establecimientos—tan larga y apasionadamente discutidos tierra adentro—pensé y puse acto continuo en práctica la idea, que para cumplir mi deseo debía solicitar los informes que necesitaba, de una persona cuya competencia en la materia fuese considerada como indiscutible en Cartagena, y de esa autoridad—y no más—son las consideraciones que á continuación traslado, casi, casi textualmente.



«—Uno de los puntos que más se han censurado es el de la duración y carestía de las construcciones en los Arsenales: pues bien, los que así proceden desconocen la marcha que se sigue en los Arsenales.

La primera impresión que produce el de Cartagena al que lo visita es la riqueza de elementos en él acumulados: el Astillero, con sus edificios anexos; los talleres de maquinaria, fundición y forjas, los de proyectiles y torpedos, también provistos de todos los modernos elementos, así como los de más antigua procedencia—como la sala de galibas, las grandes naves de arboladura y embarcaciones menores, y hasta los talleres de carpintería y motonería—tienen la amplitud y el desahogo que refleja el carácter del rey Carlos III, fundador de los Arsenales.

El personal obrero que en ellos trabaja posee, en sus oficios respectivos, la práctica y conocimiento de ellos, en su grado más perfecto: las antiguas profesiones de calafate, carpintero de ribera, de diques y de blanco—que constituían los predilectos ramos de la antigua construcción—tienen tradición y fama, y los nuevos de ajustador, herrero de ribera, remachador, etc., han llegado en pocos años á poseerlos al igual de los otros, no obstante la falta de estímulo en sus exíguos jornales, comparados con los que se satisfacen en los establecimientos particulares.

Pues bien; contando los Arsenales con personal y elementos suficientes para llevar á cabo todas las obras modernas, ¿por qué no llenan á satisfacción su cometido? Parece lógico deducir que el defecto es consecuencia de una mala organización, y así sucede, efectivamente. Todo ello estriba en un exceso de burocracia y en la falta de puntua-



lidad en el suministro de los materiales, que por la forma de su adquisición llegan siempre tarde, caros y de calidad mediana.

Pongamos un ejemplo, dejando consignado, para mayor inteligencia, que los servicios del Arsenal están divididos en tres ramos, llamados de armamentos, de artillería y de ingenieros, con sus respectivos jefes al frente de cada uno de ellos.

Supongamos, ahora, que llega al Arsenal un barco para sufrir una pequeña reparación—ya autorizada por el ministro—y que su comandante, en cumplimiento de su deber, presenta la relación de las obras que necesita al capitán general del departamento. Cualquiera creerá que dicha autoridad ordenaría directamente al jefe respectivo la formación de presupuesto y la ejecución de la obra—admitiendo que esto incumbe á un solo ramo, que es el caso más sencillo—si por su coste estaba dentro de sus atribuciones, ó en caso contrario, para someterla á la aprobación del ministro; pues bien, lo que sucede es que el capitán general la remite al comandante general del Arsenal, quien á su vez la traslada al jefe correspondiente, el cual, pudiendo dar á sus subordinados las debidas instrucciones—que podrían ser verbales no pocas veces—encarga á un jefe inferior á él y que se halla á sus órdenes, la formación del presupuesto, pareciendo que este último, de menor graduación y con menos años de servicios, debe ser más idóneo ó inspira más confianza que el jefe principal.

Hecho el presupuesto y mandado al jefe del ramo, éste lo transmite al comandante general del Arsenal, que no lo envía al capitán general, sino que lo somete á una Junta



presidida por él y que componen los tres jefes de los diversos ramos, no siendo ejecutivos los acuerdos que la Junta tome, pues se hace preciso que pasen á la aprobación del capitán general. Este último, una vez dictada resolución, dispone que el asunto vuelva, por los mismos trámites, al jefe que ha de ejecutar la obra, resultando de todo este complicado mecanismo *ocho comunicaciones*, cuando bastaban una del capitán general al jefe y otra de este último al capitán general.

Veamos ahora el *via crucis* que se refiere á los materiales.

Ya está aprobado el presupuesto y mandada ejecutar la obra: si hubiese materiales en los almacenes, podría ejecutarse inmediatamente, toda vez que se cuenta con excelentes operarios y buenas herramientas; pero si falta alguno de aquéllos, hay que formular el correspondiente pedido, que pasa á las oficinas de administración á través de un cúmulo de anotaciones y de formalidades prolijas, hasta que llega á poder del contratista, quien para entregarlo tiene un plazo que suele ser de un mes, si es que no es desechado el material al ser entregado, pues en este caso, tiene derecho á que se le conceda un nuevo plazo, de donde resulta que entre la tramitación de los pedidos y los plazos concedidos al contratista, los materiales no llegan á los talleres hasta dos ó tres meses después, cuando más pronto.

Todo esto, que en obras de larga duración—como la construcción de un buque, de un edificio ó de un dique—no ofrece graves inconvenientes, porque los jefes encargados de ellas pueden hacer los pedidos con la anticipa-



ción necesaria, es inadmisibile y absurdo en obras perentorias y de momento, como lo son siempre las reparaciones de los buques de guerra en servicio activo en tiempo de paz, y mucho más grave aún en tiempo de guerra.

Algo contribuye á est: mal la ley vigente de contratación pública; pero ínterin no se acuerde su reforma, una organización prudente corregiría muchos de sus defectos, simplificando la tramitación de los pedidos. Así, por ejemplo, hay materiales de uso diario, como aceite, pintura y otros varios, que rara es la obra que no los necesita; pues bien, con sujeción á la actual Ordenanza, para cada obra hay que hacer un pedido que exige la larga tramitación expuesta para su entrega al contratista, para el reconocimiento de la calidad del material pedido, para que de él se haga cargo el guardaalmacén, etc., etc. ¿Cuánto más sencillo y práctico no sería que ese guardaalmacén fuese facilitando las cantidades necesarias para cada obra, practicando á fin de mes un balance y formulando un pedido igual á la cantidad consumida?

Con esta sencilla modificación se ahorrarían montañas de documentación y al personal molestias sin cuento.

También se lograría gran economía de tiempo y de dinero, si los efectos de fabricación extranjera se adquiriesen directamente por las Comisiones de Marina en aquellos países, en vez de adquirirlas por segunda mano de las casas de comercio nacionales, única manera de justificar la existencia de dichas Comisiones.

En cuanto á los artículos de producción nacional, convendría ampliar para todos ellos el sistema de concursos,



practicados en estos últimos años para las planchas de acero y para los tubos de latón.

Solamente con las modificaciones apuntadas, resultarían los materiales de construcción más baratos y los trabajos en las oficinas reducidos á la mitad, con gran economía para las obras, circunstancias que, unidas á lo módico de los salarios que devengan los obreros de los Arsenales, produciría que, sin exceder su coste de los precios corrientes, resultarían aquellos materiales con la inapreciable ventaja de la perfección en bondad y solidez, principalísima, tratándose del material de guerra.

Respecto á la rapidez en las obras, claro es que facilitándose la adquisición de materiales habría de ganarse mucho en tal concepto; y si á esto se agregase una buena organización de arriba á abajo que alcanzase también á la Maestranza, se llegaría al *máximum* del efecto útil apetecido.

Debo advertir, sin embargo, que acerca del tiempo invertido en determinadas obras *se fantasea* mucho. A veces se han formulado cargos injustos con ocasión de averías ocurridas en la máquina de un barco, pretendiéndose que debió quedar remediada en corto plazo: porque, claro es, que si la pieza inutilizada exige determinado número de horas para el ajuste de la nueva, lo más que podrá conseguirse será que se verifiquen los trabajos sin interrupción, renovando el personal día y noche, pero sin que puedan reducirse á menor límite, y si á esto se agrega que los trabajos de ajuste han de hacerse escalonados, resultará que composturas insignificantes, al parecer, invertirán un tiempo que los profanos considerarán excesivo.



De igual modo, cuando se trata de la construcción de los barcos nuevos, suele citarse muchas veces un esfuerzo extraordinario hecho por alguna casa extranjera, que teniendo completado su estudio y disponiendo de mucho personal, haya podido ejecutarlo en un plazo relativamente corto; pero esto no puede servir de regla. La mayor parte de los barcos acorazados, construidos en establecimientos particulares, con toda clase de facilidades y personal avezado, han exigido más de cuatro años. ¿Cómo ha de pretenderse que en un Arsenal del Estado, con sus deficiencias de organización, se hagan aquellas construcciones en el mismo tiempo?

Con el personal que hoy tienen los Arsenales no puede hacerse un acorazado en cuatro años, puesto que un barco de tales condiciones representa unos diez millones de pesetas en jornales, cantidad que fijando en tres pesetas el jornal medio, supone 2.800 hombres diarios, cifra á que no asciende toda la Maestranza de este Arsenal, y mucho menos en los oficios propios para esta clase de construcciones; y sería, por último, imprudente, crear un personal tan numeroso que no pudiera sostener el Estado, y cuyo despido crearía grandes dificultades al Gobierno.

De lo expuesto deduzco yo que el Estado cuenta con elementos suficientes para sus construcciones navales, dentro de la modestia de sus recursos, y sin que necesite acudir á otros medios que la experiencia ha demostrado son mucho más costosos, como ha sucedido en Bilbao, donde operarios extranjeros fueron á ganar un jornal excesivo; y si en La Graña y en Cádiz se han librado de tan grave inconveniente, ha sido porque han utilizado á los



mismos obreros de nuestros arsenales, educados por el Estado, y de cuyos conocimientos han venido á recoger el fruto esas industrias privadas.

El Estado debe, por consiguiente, cuidarse de organizar la máquina administrativa, con lo cual podrá haber marina y barcos; de lo contrario, marcharemos á su rápida destrucción, buscando otras imaginarias soluciones, que á ningún fin práctico pueden conducir.

«Ahora—añadió mi distinguido interlocutor—haré á usted una ligerísima reseña del único barco que hay en grada en este Arsenal.

Será un crucero de 7.000 toneladas de desplazamiento y se denominará *Cataluña*, midiendo 106 metros de eslora, 17,40 de manga y 11,50 de puntal. Llevará dos hélices gemelas, movidas cada una por su máquina independiente de triple expansión y de fuerza colectiva de 10.500 caballos con tiro natural, y de 15.000 con tiro forzado. Irá provisto de una cubierta blindada de 50 milímetros de espesor y de una faja de blindaje en la flotación de 300 milímetros. La artillería de grueso calibre irá situada á barbeta en dos torres, una á proa y otra á popa, y en el plano diametral dichas torres llevarán su correspondiente blindaje de 300 milímetros.

—Y de la clausura provisional de la fábrica de jarcias y de lonas—tan afamadas en nuestra marina—¿qué me dice usted?

—Pues ¿qué he de decir? Que se priva á la Armada de aquellos materiales, por todo el mundo calificados de inmejorables; que se corre el peligro de que desaparezcan de Cartagena los inteligentísimos operarios dedicados á



aquella fabricación, y que, entre tanto, se deja sin trabajo y, por consecuencia, sin pan á no pequeño número de obreros. Pero, ya ve usted, las economías...

—¿Las economías? Pues ¿no dice usted que la mala organización administrativa lleva al Arsenal materiales, además de tardíamente, malos y caros?

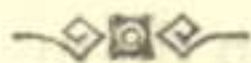
—Sí, hombre, sí; pero, ya lo sabe usted, lo absurdo no se explica.»







## UN JUZGADO.--VISITAS



En mi visita á La Unión, cuantas personas me distinguieron con sus observaciones—encaminadas á darme á conocer las necesidades de la localidad—me excitaron vivamente para que *El Liberal*, haciéndose eco de sus quejas, llamase la atención del señor ministro de Gracia y Justicia sobre la inmotivada y contraproducente medida que suprimió el juzgado allí establecido, á pretexto de fantásticas economías.

Ofrecí hacerme intérprete de aquella aspiración, pero aplacé el cumplimiento de mi compromiso para momento oportuno, tanto porque no quería envolver la grave cuestión minera con otras de carácter más secundario—siquiera interesante para dicha ciudad—cuanto porque me importaba conocer el espíritu dominante de los cartageneros sobre un punto en que su criterio pudiera estar en contradicción con el de sus vecinos.



El resultado de esta investigación fué—como yo presentía—completamente satisfactorio.

En Cartagena, como en La Unión, se califica de gran injusticia la supresión del juzgado en la última de las mencionadas ciudades, y se recuerda que dos hijos de la primera—los Sres. D. Andrés Pedreño y D. Diego González Conde—fueron los que en 1876 lograron que se elevase La Unión á cabeza de partido.

Plenamente justificada estaba tal medida, tratándose de un pueblo, que constando de menos de 5.000 habitantes al constituir á fines de 1859 su primer Ayuntamiento, registró en 1877 un censo de 22.000 almas, además de una población flotante de otras 8.000, prudentemente calculada.

Existía aún otra consideración para que no se hubiese suprimido el juzgado; la de la situación de aquella ciudad, centro de un importante distrito minero, en que la acción de aquél debía ser por necesidad inmediata y constante, como lo demuestra la estadística oficial, que registró—por término medio—700 expedientes, incoados en su inmensa mayoría por hechos criminosos, y en parte, también, por accidentes mineros.

Pero, no obstante estas consideraciones, el juzgado fué suprimido, á pesar de que La Unión demostró—independientemente de los perjuicios que se la irrogaban—los que á sí propio se producía el Estado, que á cambio de una economía insignificante en el presupuesto del ministerio de Gracia y Justicia, experimentaba en el general de ingresos una baja, sólo por contribución industrial, de 12.500 pesetas.



No es de sorprender, por consecuencia, que La Unión aspire al restablecimiento de juzgado y á que el Sr. Maurra, al confeccionar el presupuesto próximo, satisfaga sus deseos, tanto más legítimos, cuanto que, en el último término, tienden á favorecer los intereses del Erario.



Cortésmente invitado por algunos individuos de la Junta de Obras del puerto, en la lancha de vapor de que aquella dispone, y acompañado, entre otras personas, del señor D. Juan Palacios y del vicesecretario de la Cámara de Comercio, Sr. López Medina, pude, al caer de una tarde, dar un paseo por el mar, que tuvo por principal objeto ver de muy cerca los diques rompeolas que cierran la embocadura del puerto y algunas de las fortificaciones que la defienden.

Aunque muy conocidos para la generalidad de los que visitan á Cartagena y aun para los que, sin conocerla, se consagran por necesidad ó por inclinación á este género de estudios, supongo yo que para otros muchos serán curiosos los siguientes datos:

El puerto de Cartagena tiene una capacidad de 140 hectáreas, con un fondo de seis á ocho metros; el dique rompeolas del E. mide 760 metros y el del O. 150 y los muelles abarcan una extensión lineal de 1.500 metros, de los cuales corresponden 700 al del Estado y 800 á los concedidos por este último á varios particulares, concesión por

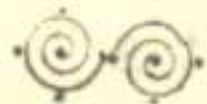


cierto un tanto ligera y que ha lastimado no pequeños intereses.

Del movimiento de este puerto puede formarse idea con decir que en 1876, sólo por el concepto de minería, fueron embarcadas 35.000 toneladas de plomos y 530.000 de hierros, representativas de un valor, respectivamente, de once millones y de cuatro millones setecientas mil pesetas, con destino á Inglaterra y Francia, y también alguna cantidad para la América del Norte.

Como en otra ocasión he dicho—y no es ocioso repetir—el movimiento en la actualidad es nulo, pues ya en 1887 empezó á decrecer, aunque no de un modo alarmante, y hace dos años se paralizó por completo.

Con este dato, rigurosamente oücial, no es difícil calcular la influencia que habrá ejercido la postración del puerto en una ciudad que cuenta 45.000 habitantes en el casco, y hasta 90.000 en el conjunto de su término municipal; llega el caso de que haya perdido un 30 por 100 la propiedad urbana, pues muchas familias emigran por carecer ahora de los medios de subsistencia con que antes contaban.



La Sociedad Económica de Amigos del País existe y empieza á tener desarrollo vigoroso, merced á la perseverancia inquebrantable de su digno presidente D. Cirilo Molina, persona ilustradísima y que no cesa en su empeño de



convertir á dicha Asociación en una de las entidades más importantes de Cartagena.

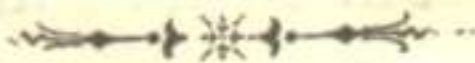
En el local de dicha Sociedad hay establecidas clases para maquinistas conductores y capataces de minas, de matemáticas y de dibujo, una biblioteca pública y un pequeño museo de antigüedades, á cuya organización contribuye eficazmente el secretario de la corporación señor Palacios.

De continuar su marcha con relación al impulso recibido, prestará la Económica de Amigos del País á Cartagena inapreciables servicios.





## BENEFICENCIA.---DESPEDIDA



Tiene esta población perfecto derecho á mostrarse orgullosa de sus establecimientos de Beneficencia, porque, en efecto, en muy pocas se observarán casos tan notables de caridad y de abnegación como en ella se registran.

El más importante de aquellos establecimientos—con serlo todos los de su clase—es el Hospital de la Caridad, de que fué fundador hace más de un siglo el soldado de galeras del rey, Francisco García Roldán, que amparaba á tres ó cuatro de sus compañeros enfermos con el producto de las limosnas que recibía y que depositaba en su cartuchera.

La institución, resueltamente apoyada por la ciudad, se ha ido consolidando hasta el punto de que actualmente sostiene 150 estancias—que pueden extenderse hasta 200—cuyo coste asciende cada año á unos 22.000 duros.

El establecimiento, que está exento de jurisdicción de contabilidad con el Estado, hállase regido por una Junta



de patronos—á la que es en Cartagena timbre de honor el pertenecer—compuesta de treinta hermanos, y de la que es presidente en la actualidad, en concepto de Hermano mayor, el brigadier de ingenieros D. Tomás Tallerie. Dicha Junta se elige en día determinado del año y con previo anuncio, por verdadero sufragio universal, pues toman parte en la votación cuantos se congregan en la hermosa iglesia del Hospital—hombres y mujeres—para cumplir aquel objeto.

El establecimiento se sostiene exclusivamente con el producto de las limosnas, de las mandas piadosas y de los donativos que hacen de vez en cuando personas caritativas, tanto en metálico como en especie, y es curiosísimo y digno de entusiasta alabanza el espectáculo que á diario ofrece el vecino de Cartagena á quien por turno le corresponde ir solicitando de la caridad pública—aquí siempre propicia—la suma indispensable para atender á las necesidades de los enfermos acogidos al Hospital, á quienes, por cierto, no se les pregunta á su ingreso de dónde proceden ni cuáles son su religión y nacionalidad: basta que el médico declare que el presentado tiene fiebre para que sea recibido y cuidado inmediatamente.

En cuanto á los Hermanos, cada uno de ellos presta servicio un día en el Hospital, en el transcurso del mes, y durante la novena de Dolores hacen, por parejas, una colecta en la población, que generalmente produce sumas considerables.

Con organización tan perfecta, con administración tan pura, con impulso tan abnegado y caritativo y puesto el establecimiento al amparo del celo insustituible de las Her-



manas de la Caridad, el Hospital—que es un edificio de excelentes condiciones para el objeto á que se le destina—se convierte para el enfermo desvalido en un palacio en que le prodiga sus consoladoras caricias la inagotable piedad de Cartagena.

Otro Asilo notable es el de niños de la Purísima Concepción, de que es superiora Sor Masol de San Vicente de Paul, y en el cual hay—entre acogidos, internos y externos—con la necesaria separación de sexos y edades—hasta 1.028 niños, que reciben notable educación, especialmente en labores.

En dicho establecimiento se halla como Hermana de la Caridad y profesora, Sor Gabriela—que en la vida social se apellidó de Calderón Collantes—hermosa y esbelta todavía, aunque envuelta en tosco y azulado sayal, y cubierta por blanca toca su gallarda cabeza.

Sor Gabriela ha fundado en las afueras de la ciudad otro Asilo, también sostenido por la caridad pública, que es refugio inapreciable para gran número de indigentes.

Por último; la Casa de Misericordia, de que es presidente el acaudalado comerciante Excmo. Sr. D. Jaime Bosch, y en que hay 350 asilados, á más de 150 externos, es otra prueba fehaciente de los prodigios que la caridad realiza en Cartagena.

En cambio—y como tremendo contraste—he visto en este penal distribuir á los reclusos el rancho en escudillas de madera, como si fueran bestias—detalle que no hace, ciertamente, la apología de la piedad del Estado.

Que por lo visto, no es susceptible de dejarse influir, ni



por el sublime sentimiento de caridad que anima á los cartageneros.



La representación de *El Liberal* en Cartagena ha sido honrada con atenciones, que llevará siempre grabadas en su alma, por parte de las personalidades políticas de mayor relieve, como lo son los Sres. Prefumo, Togores, Aznar (D. Justo) y Angosto, y por la representación más variada de todas las clases sociales—sin distinción de partidos—colocando á la cabeza de todas ellas á los periodistas cartageneros, quienes nos han acogido con el cariño, no de amigos, sino de hermanos.

Un espléndido almuerzo en La Flora—magnífica y bella posesión de campo del Sr. Aznar—con que se dignó favorecernos este cumplidísimo caballero y un banquete espléndido en el Hotel de Ramos, iniciado por la prensa local, y al que concurrieron los jefes de todas las parcialidades políticas, además de muchas personas de gran representación en esta ciudad, pusieron abrumador remate é la imponderable cortesía de los cartageneros para con los redactores de *El Liberal*.

Y ya que de afectos hablo, séame lícito decir para desahogo de mi espíritu y en recuerdo de mis devaneos de mozo, que he encontrado en Cartagena á un antiguo amigo del alma, á un distinguido artista, al maestro Rogel, compañero inseparable y auxiliar poderoso del inolvidable Paco Arderius, que vegeta aquí en unión de su esposa y



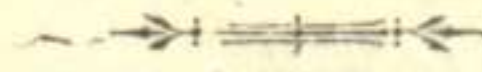
de sus dos lindas hijas. Julia—que es una de ellas—sigue en el arte las huellas de su padre, siendo una notabilísima profesora de piano.

No son ricos, pero son felices. ¿Qué más pueden apetecer?



Adiós, hermosa Cartagena; adiós, queridísimos amigos míos, que no por serlo de reciente fecha dejáis de haberos conquistado rápidamente, con mi gratitud, mi apasionado afecto.

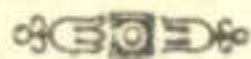
¡Cuán dichoso me sentiría en este instante, si este adiós mío solo pudiera tener el alcance de un «hasta luego»!







## MAZARRON



### EL "CAROLINA,"----"LA METALÚRGICA,"



Eran las ocho de la mañana. El sol bañaba de luz la tierra y el mar, y éste, agitado aún por los rigores de una noche desapacible, se calmaba poco á poco cual si se dejase influir por los tibios halagos del poderoso luminar.

Nos alejábamos rápidamente de Cartagena. Apoyados en la barandilla de la escala de babor, todavía—aunque ya nos separaba de ellos larga distancia—saludábamos, más que agitando nuestros pañuelos, con el deseo, á Pelegrín, Palacios, Jorquera, García Moreno, Moncada, Baus, López Medina, Soler y otros cariñosos amigos, que nos habían despedido al borde mismo del muelle y á quienes apenas divisábamos, aunque formaban apretado grupo, para hacerse perceptibles á nuestros ojos, en tanto que estos lograrán, si no verlos, adivinarlos.

Salimos de puntas, fijó su rumbo el barco lanzando tor-



bellinos de humo por su esbelta chimenea y yo—perdida de vista la hermosa ciudad y á distancia del puerto—abandoné perezosamente mi observatorio para conversar con el señor Greif y reiterarle las gracias, por haberse adelantado á ofrecernos aquel medio agradable y cómodo de trasladarnos á Mazarrón.

Es el Sr. Greif un ingeniero químico alemán, encargado por una empresa poderosa de la dirección de la fábrica fundidora de minerales de plomo establecida en las inmediaciones de dicho puerto. Joven aún, con perfecto dominio del trato social y de carácter abierto y profundamente simpático, se propuso con su amena conversación—y lo consiguió por completo—hacernos agradabilísimas las dos horas que duró la travesía.

Había tenido el Sr. Greif noticia de nuestro propósito de visitar á Mazarrón, y conociendo las dificultades y molestias con que se lucha para hacer el viaje por tierra, tuvo la galantería de trasladarse á Cartagena, con objeto de poner á nuestra disposición el vapor *Carolina*, uno de los pertenecientes á la Compañía Metalúrgica, y por consecuencia, á sus órdenes.

El de Mazarrón es un precioso puerto natural, que á muy poca costa quedaría á cubierto de las embestidas del Mediterráneo, pero en el que sólo se ha construido un mal atracadero—á que allí se le concede los honores de muelle—para que las barcazas puedan hacer con relativa facilidad la descarga de carbón y la carga de minerales.

Desembarcamos y en elegante faetón fuimos conducidos á la residencia del Sr. Greif, magnífico hotel rodeado de bellos jardines y hermosos huertos, que está señalado



en las *Guías* inglesas como uno de los lugares dignos de ser visitados en nuestra costa de Levante.

El almuerzo con que nos obsequió el Sr. Greif, correspondió á lo que el aspecto señorial de la soberbia posesión prometía: nadie hubiera imaginado que pudieran servirse en aquel rincón modestísimo de nuestro litoral, manjares tan delicados y vinos tan exquisitos.

Terminado el almuerzo, saboreado el café, y medio consumido el excelente habano, que puso necesario y sabroso término al festín, decidimos visitar la fábrica, guiados por el Sr. Greif y por su hermano—joven éste último tan simpático como el primero—y en unión del Sr. D. Rafael Homedes, director de la Compañía de Aguilas, explotadora de las minas de Mazarrón, nos pusimos en marcha para que en el acto se cumplieran nuestros deseos:



El establecimiento es magnífico, la instalación de todas sus dependencias, soberbia; la mecánica y la ciencia han llevado á ellas todos los adelantos modernos; es, en su clase, el mejor de España y no cede, tampoco, á los más notables del extranjero; es posible que los haya de mayor extensión, pero no más completos y perfectos.

Tiene la fábrica cuatro hornos de fundición, tres en constante actividad y uno de repuesto.

De los que funcionan, uno de ellos produce diariamente 40 toneladas de plomo y entre los otros dos 18 tonela-



das, que en conjunto producen al año de 25 á 26.000 toneladas.

La mayor parte del mineral que se funde en la Metalúrgica procede de la sierra de Mazarrón, que la abastece con unas 2.500 toneladas mensualmente y las otras mil que su actividad exige, proceden de Ciudad Real, de Motril, de Linares y de otros puntos.

Funden, por consecuencia, los hornos de La Metalúrgica anualmente de 45 á 50.000 toneladas de mineral en bruto, contando para ello con 22 calcinadores y con 500 obreros empleados en las diversas operaciones que reclama la industria.

La cual proporciona, además, por los arrastres, por los transportes y por la carga y descarga, movimiento al puerto y trabajo á no pequeño número de jornaleros.



Hace cinco años valía la tonelada de plomo catorce libras esterlinas; en la actualidad solo vale nueve y media libras.

Por relación análoga resulta que habiéndose cotizado el quintal de plomo á ciento y pico de reales, y la onza de plata á seis pesetas, y no pagándose ahora más que á dos duros por el quintal de plomo, y escasamente 14 reales por la onza de plata, ambos metales han experimentado una depreciación tan tremenda, que de seguir hará difícilísima, si no imposible, la explotación de las minas, y por consecuencia, las operaciones de la fundición.



La existencia de la Compañía Metalúrgica está, por lo tanto, ligada íntimamente con el porvenir de nuestros mineros, pues claro es que si éstos paralizan sus trabajos, aquélla habrá de paralizarlos también por falta de pasto para sus hornos. Hasta ahora, y á pesar de los impuestos que sobre la exportación pesan, ha podido sostenerse, porque aún le queda el recurso de producir mucho, único medio que le resta de defensa; pero la Compañía empieza á temer que tenga necesidad de apagar sus fuegos, en cuyo caso—aparte de los propios perjuicios—ocasionaría la ruina de centenares de familias, que en el puerto de Mazarrón viven al amparo de la fábrica.

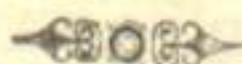
Estos son, á grandes rasgos y de una manera escueta, los términos del problema, que procuraré completar con los que me proporciona la visita hecha al grupo de minas explotadas en Mazarrón por la Compañía de Aguilas.

Si es ó no pavoroso, ya lo han dicho en esta región los periódicos, en el Parlamento los diputados y senadores por esta provincia, y en La Unión y en la sierra de Cartagena, á grito herido, millares de obreros sin trabajo.

Por mi parte, me limito á referir, pues para presentar el cuadro de la realidad, entiendo yo que lo más elocuente es siempre lo menos artificioso.

Y mi relato es de un realismo purísimo, reproducción exacta del natural, sin pretensiones de galas retóricas, ni aun de conceptos conmovedores.

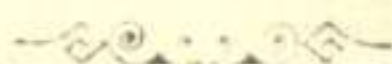
Es, simplemente, la verdad lisa y llana.







## LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA



A las cinco de la tarde tomamos el tren en la estación del ferrocarril de vía estrecha que entre el puerto de Mazarrón y el pueblo del mismo nombre tiene establecido para su servicio la «Compañía de Aguilas».

Dimos un afectuoso adiós á los hermanos Greif—que nos prometieron visitarnos al siguiente día—y en unión de D. Rafael Homedes, ingeniero de minas y antiguo y respetable amigo mío, nos trasladamos al hermoso *chalet* que en las inmediaciones de Mazarrón y para que le sirva de residencia—como director técnico de sus negocios mineros—ha puesto á su disposición la «Compañía de Aguilas».

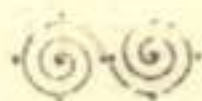
Injusto sería que por honrarme desde hace muchos años con el título de amigo del Sr. Homedes, y ante el temor de que por tal concepto se me considerase apasionado, dejara de tributarle los elogios á que es acreedor por la afabilidad de su carácter, por su sencillo cuanto distinguido trato y



por las atenciones que nos prodigó durante nuestra corta permanencia en su casa.

En ella pasamos la noche, cuyas primeras horas transcurrieron agradablemente, amenizadas con la discreta conversación del distinguido ingeniero de minas D. Fernando Villasante y de nuestro ilustrado corresponsal en Mazarrón, Sr. García Navarro, quienes al abandonarnos para que lográsemos algunas horas de reposo, nos anunciaron que al día siguiente serían de la partida en nuestra proyectada excursión á la zona minera.

Y no diré nada que no responda á la fidelidad absoluta de los hechos, al asegurar que cuando me desplomé sobre mi cama, ya estaba yo, desde largo rato antes, profundamente dormido.



Á las nueve de la mañana, y en cómodos carruajes, ascendimos por infernal camino, hasta la falda de la sierra que explota la «Compañía de Aguilas».

Entre las minas de que es propietaria la Compañía y las que tiene en arrendamiento ó á partido—como se dice en toda la zona—se forma un importantísimo grupo, á que pertenecen las tituladas «Triunfo», «San Juan y Santa Ana», «Esperanza», «Impensada», «Ceferina», «Lédua», «Santa Justina», «San Antonio y San José», «No te escaparás», «La Recuperada» y «Tubal».

Facilitan la explotación de estas minas veintiuna máquinas, 1.500 obreros que día y noche—divididos en dos



tandas—trabajan en el interior de la tierra, y otros 500 destinados á las labores que se practican en su superficie.

Los gastos que, por todos conceptos, lleva hechos la Compañía explotadora, están calculados en un coste que excede de diez millones de pesetas, suma que da la medida de la importancia y de la extensión de las operaciones de esta empresa, productora mensualmente de unos cincuenta mil quintales de plomos argentíferos.

En los años de prosperidad para dichos metales, ha realizado la Compañía ganancias considerables, á pesar del cánon exigido por los propietarios de las minas que aquella explota, en concepto de partidario—cánon que en muchos casos se eleva al 35 y al 40 por 100 del producto bruto: pero como este gravamen subsiste, como los gastos que la explotación impone son enormes y como los impuestos sobre la exportación, el mineral en venta y los explosivos, agregados á la baja en los precios del metal, representan carga abrumadora, solo sostenible por corto espacio de tiempo, y esto con evidente perjuicio—apenas si la Compañía ha conseguido obtener un interés módico, en relación con el que hubiera podido alcanzar en otro cualquier negocio industrial el capital invertido.



Dirigen los trabajos en las minas, á las inmediatas órdenes del Sr. Homedes, los ingenieros primero y segundo, respectivamente, señores D. Ernesto Akerman y D. Adolfo Basserot, sueco aquél y francés este último, según creo.



El Sr. Akerman—que es un joven de carácter abierto y de trato afabilísimo—nos recibió en las inmediaciones de «La Impensada», mina que tenía yo vivo deseo de conocer, para darme cuenta de las trágicas peripecias de la catástrofe espantosa que en ella ocurrió hace poco más de un año.

Tres ingenieros alemanes—que habían venido de su país con el exclusivo objeto de montar la maquinaria de una bomba de desagüe—y veinticuatro operarios españoles que realizaban los trabajos, fueron sorprendidos por una explosión de gas, que con espantosa violencia brotó de entre las rocas y los envolvió en una atmósfera de ácido carbónico de cuarenta metros de altura. Aquellos veintisiete desdichados perecieron entre horribles torturas—según expresaban más tarde las contracciones de sus cadáveres—y no pudieron ser extraídos hasta tres días después, no obstante las heroicas tentativas hechas para anticipar aquel doloroso momento.

Este drama tenía para mí imaginación atractivo irresistible; así como la altura produce vértigo, lo terriblemente dramático desvanece y fascina; yo pretendía reconstituir el tremendo suceso, y para conseguirlo, preciso era descender hasta el lugar en que ocurrió, porque rara vez penetra en la inteligencia lo que no entra bien por los ojos.

Llegamos al borde del pozo de «La Impensada», y acto continuo, provistos cada uno de los excursionistas de un candil de minero, ocupamos los dos bancos del ascensor Homedes, Akerman, Villasante, García Navarro, Lázaro y yo, recibiendo, los que verificábamos el descenso por pri-



mera vez, la orden terminante de no sacar ni á una pulgada fuera de la jaula la cabeza, los brazos ó las manos, para impedir así una desgracia, que, de otra suerte, sería inevitable.

Descendió con bastante rapidez el movable aparato, y sin la vacilante luz de los candiles, la obscuridad habría sido completa á los pocos metros de abandonar la abertura del pozo. Seis minutos después—que transcurrieron entre las agudezas de unos y las curiosas observaciones de otros—se detuvo la máquina, paró el ascensor y pisábamos el negro y viscoso pavimento de la subterránea galería.

Nos hallábamos á una profundidad de *trescientos ochenta y nueve metros*.



El espectáculo que se ofreció á mis ojos era á la vez extraño y grandioso.

Estábamos en el lugar mismo en que un año antes se había producido la explosión; pero en vez de los horrores de la desesperación y de la muerte, dominaban la animación y el movimiento que imprimen el trabajo. En ancho espacio, limpia y reluciente como una joya en su estuche, funcionaba, á impulsos de una máquina de 300 caballos de fuerza, la bomba de desagüe, impeliendo por gigantesca tubería, hasta obligarlos á desbordarse en las alturas de que procedíamos, ciento cincuenta metros cúbicos de agua cada hora; á derecha é izquierda y en todos sentidos, tenebrosos corredores, grutas, al parecer insondables, cuyo



rugoso revestimiento chisporroteaba herido por la luz, y galerías interminables, semejantes á túneles enriquecidos por estalactitas de plata; en todas partes hombres y niños casi desnudos, chorreantes de sudor, amontonando el precioso mineral arrancado á las entrañas de la tierra, ó arrastrándose por estrecho agujero para investigar, con fatigoso anhelo, si el lugar explorado presenta la veta apetecida; las detonaciones de los barrenos que repercuten en los oídos con espantosa vibración; la atmósfera cargada de vapores, contra los que resulta impotente el más poderoso ventilador; la temperatura sofocante; indecisos los pies entre apoyarse en extensos charcos ó sobre un pavimento que á la imaginación no ofrece seguridades; la vista extraviada y el pensamiento elevándose, como si pretendiese penetrar en los otros once pisos superpuestos de aquella inmensa ciudad subterránea, forman un conjunto de sensaciones, cuya expresión resulta imposible para mi humildísima pluma.

Cerca de tres horas permanecemos recorriendo en todos sentidos el duodécimo piso, último de «La Impensada», en comunicación por dilatadas galerías con todas las demás minas que explota la «Compañía de Aguilas»; y de este modo pudimos contemplar los maravillosos criaderos de «Santa Ana» y «Triunfo» y el lugar de esta última en que se descubrió *El Prodigio*, filón de mineral casi puro, de trece metros de ancho por ciento, próximamente, de largo.

Al fin nos decidimos á salir; y mientras el ascensor nos empujaba hacia la boca del *Pozo de la Muerte*—que así llaman los mineros al de «La Impensada»—discurría yo mentalmente sobre los variados cuadros que acababan de



desaparecer de mis ojos y que tan vivamente habían impresionado á mi imaginación.

¡Qué vida la de aquellos infelices obreros, condenados á no ver la luz del sol y á trabajar durante doce horas consecutivas por un salario miserable!

¡Ah! Verdaderamente sería humano decir á todo niño que, con el indiferentismo de la inocencia, juega, poniendo en fila unos cuantos soldados de plomo:

—¿Ves esas figuras?—Pues ten lástima del que te las proporciona, porque ése siempre gana un jornal menor de cuatro pesetas, y rara vez vive más allá de cuarenta y cinco años.



Uniéronse á nosotros al salir de la mina los señores Greif, y todos juntos recorrimos una parte de la sierra, para visitar los edificios y dependencias destinados á las labores de la explotación, y que son en aquella zona propiedad de la «Compañía de Aguilas».

Los ingenieros que nos acompañaban estuvieron unánimes al apreciar la situación de las cosas: si continúa la depreciación de los plomos ó se inmovilizan, siquiera, los precios que tienen en la actualidad, aun aligerada la industria de los impuestos que soporta, se hará sumamente difícil la explotación. Esta no se ha paralizado ya, porque la paralización en una mina supone la invasión en ella de las aguas, y con la invasión la enorme pérdida de cuanto contiene; pero de seguir así, la suspensión de los trabajos será inevitable.



Y calcúlese lo que para Mazarrón significaría la paralización de las minas, y con ella, necesariamente, la de la fábrica de fundición de la «Compañía Metalúrgica».



Nos trasladamos al pueblo, y sirviéndonos de introductor el Sr. García Navarro, saludamos, en primer término, á su respetable familia, visitamos el Casino después, donde tuvimos el gusto de conversar con varias de las personas más distinguidas de la localidad, y nos dirigimos, por último, para ofrecer nuestros respetos al alcalde, á la Casa Consistorial, que está alhajada con lujo inusitado. No se hallaba el alcalde en el Ayuntamiento y hubimos de contentarnos con dejarle vuestras tarjetas.

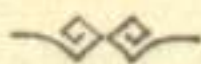
Media hora después nos hallábamos nuevamente instalados en el *chalet* del Sr. Homedes, quien, generosa y espontáneamente, se había consagrado á proporcionarnos hasta la mañana siguiente cariñoso y cómodo hospedaje.

Y me dormí y soñé que me llevaban á Aguilas embarcado, y por un mar que se agitaba proceloso á cuatrocientos metros de profundidad en la tierra.

Delirios de un tocayo del insigne soñador, cuanto ilustre literato, Julio Verne.

Lo cual demuestra que se puede delirar sin ser insigne, ni ilustre, ni literato, ni nada.

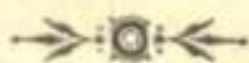
Y ésta es la prueba.







# AGUILAS



## MISERIA.---LAS DOS ESTACIONES PERSONAS Y COSAS



Para trasladarnos por tierra á Aguilas hubiéramos tenido que marchar desde Mazarrón á Totana en un vehículo menos que mediano y por camino detestable, tomar en el último de dichos puntos el tren que por la línea de Alcantarilla á Lorca muere en esta ciudad y utilizar la vía férrea que de ella arranca y de la cual es última estación el puertecito primeramente mencionado; total, gran pérdida de tiempo y no pequeño número de molestias.

Comprendiéndolo así el Sr. Greif y llevando á los últimos límites su galantería, nos manifestó que el vapor *Carolina* continuaba estando á nuestra disposición y que, por consecuencia, su capitán esperaba á que le fijásemos día y hora para conducirnos á nuestro destino.

No tuvimos valor para rechazar tan generoso ofrecimiento y lo aceptamos profundamente reconocidos: en el



Casino del puerto nos despidieron muchos apasionados de *El Liberal* y algunos que, quizás sin serlo, demostraron de aquel modo su galantería, y á las diez en punto de la mañana zarpó el vapor, que bien pronto puso entre él y Mazarrón distancia respetable.

El tiempo era hermoso, el mar parecía un lago y lo templado de la mañana convidaba á permanecer sobre cubierta para contemplar muy de cerca los accidentes de la costa y para *echar un párrafo*, al propio tiempo, con Requena, capitán del *Carolina*, viejo marino que navega desde hace 45 años y que se lamenta de no haber naufragado más que una sola vez, porque recuerda con deleite que entonces tuvo mucho que contar, mientras que ahora á nadie le interesan sus viajes.

Al medio día fondeaba el vapor, á cuyo costado se acercó un bote tripulado por el capitán y el médico del puerto, el administrador de la Aduana y otras varias personas de las más conocidas en Aguilas, que aún no sé cómo averiguaron que debíamos llegar en aquel día y por aquel camino.

Otros varios señores nos recibieron en el muelle y todos juntos se sirvieron acompañarnos hasta «La Madrileña», limpia y bien cuidada fonda de la localidad, que dirige un honrado matrimonio, oriundo de la villa del oso y del mardroño.

Aguilas, que es una ciudad preciosamente situada y muy linda—si bien no goza en gran escala de la solicitud municipal—tiene una población de unas 14.000 almas, de las cuales 5.000 pertenecen á la clase obrera, hallándose más de la mitad de los comprendidos en esa cifra sin tener



en qué emplear su actividad, por consecuencia de la crisis minera.

De las trescientas minas que se explotaban anteriormente en la zona de Aguilas, sólo siguen los trabajos en tres de ellas, que en conjunto proporcionan ocupación á unos 500 operarios; y en cuanto á las fábricas de fundición, todas han paralizado sus labores.

Como la pesquería no da resultado alguno, y como el término de Aguilas es bastante ingrato para el agricultor, resulta que con la paralización minera la miseria se ha enseñoreado de la población obrera, que no satisface sus necesidades con el acarreo y embarque de las 20.000 toneladas de esparto que por el mar se exportan cada año, ni con el transporte del mineral de hierro, que en escasa cantidad se llevan todavía algunos buques con destino al extranjero.

Gracias á que el jornalero aguileño—según manifestación de sus propios convecinos—es tan honrado y tiene tal resignación, que prefiere morir de hambre antes que pedir limosna ó cometer una acción censurable; de otro modo, y por efecto de la triste situación que el proletariado atraviesa, se registrarían de seguro gran número de casos atentarios de la propiedad y tal vez de la seguridad misma de los vecinos acomodados.

Tan grande es la miseria, que es frecuente oír cómo pide en las tiendas de comestibles alguna infeliz mujer *un céntimo* de azúcar ó de café, que se les da por lástima, ya que no porque sea aquélla cantidad tipo apreciable para las operaciones del comercio al menudeo.





El clima de Aguilas, en invierno, es delicioso, y en verano tan soportable, que se inunda la población de forasteros—lorquinos especialmente—que durante los rigores estivales convierten su puerto en animada estación balnearia.

Contribuye no poco á atraer aquella concurrencia, el magnífico establecimiento de baños titulado *El Niágara*—semejante á *La Perla*, de San Sebastián—de que es propietario el Sr. D. José María Martín, persona que posee no escasa fortuna, y que se halla vecindado en la ciudad desde hace algunos años.

Pero los aguileños—con agradecer mucho que les favorezcan durante el verano los forasteros—no se explican por qué no acuden asimismo en la estación invernal, que es hermosísima, y que pasarían sin apercibirse siquiera de que hay hielos y escarchas en otros lugares del mundo. Su contrariedad respecto de este punto es tan grande, que en estos momentos se preparan algunos vecinos pudientes á constituirse en Sociedad constructora de hotelitos en las inmediaciones de la playa, para que nadie tenga el pretexto de excusarse de residir en Aguilas, por no tener medios de hacerlo con comodidad.

Hay otra cosa—y esto sí que ofrece ciertas dificultades de expresión—que los aguileños alegan para prometerse la concurrencia de muchos de los matrimonios con quienes la Naturaleza no se ha mostrado generosa. Aquí la fecun-



didad tiene su imperio; y existen—según se cuenta—numerosos ejemplos en que una esterilidad forastera largamente demostrada ha tenido que ceder á las influencias de este clima... Y no puedo continuar, porque á nadie se le obscurecerá que este género de investigaciones es ocasionado á grandes embarazos.

Por supuesto, no para mí, que—repetiendo una frase humorística de Miguel de los Santos Alvarez—puedo serlo todo, todo... menos madre.



Las gentes interesadas en que prospere la ciudad, comprendiendo que les conviene ofrecer á los veraneantes elementos de comodidad y recreo, están edificando de nueva planta un Casino, que será magnífico si se ajusta á los planos levantados por el arquitecto D. Emiliano de la Cruz y prolijamente descriptos por *El Aguileno*, periódico local, de que es propietario y director el Sr. D. Serafín Alarcón.

Y ya que de éste último me ocupo por incidencia, añadiré que durante nuestra corta permanencia en Aguilas nos ha dispensado las más cariñosas y solícitas atenciones: con él visitamos el puerto, la ciudad, el actual Casino y una notable fábrica de cordelería de esparto—famosa por la perfección con que elabora dicha materia textil—honrándonos, de igual modo, con su grata compañía, el capitán del puerto, D. Antonio Ortiz; los médicos, D. Enrique Marín, D. Francisco Romera y D. Eladio Calero; el secre-



tario del Ayuntamiento, D. Ildefonso Jiménez; el concejal, D. Angel Cervetto; el jefe de las oficinas del ferrocarril, D. Manuel Correa; el minero, D. Antonio Gabarrón; el ex-alcalde, D. Pascual Acuña; los Sres. Marín, Muñoz (don Bartolomé) y otras muchas personas de la localidad, que nos colmaron de deferencias y á las que consagramos este público testimonio de nuestro profundo reconocimiento.

En los momentos en que nos disponíamos á dirigirnos al tren para trasladarnos á Lorca, se me ocurrió preguntar á varios de aquellos señores:

—Pero bien, ¿qué quieren ustedes que diga *El Liberal* respecto á las necesidades de Aguilas?

—Pues diga usted—me contestó uno de ellos—todo lo que ha observado por sí propio respecto á la miseria en que vive la clase trabajadora y á las causas que la originan; y puede usted añadir que, siendo Aguilas un puerto y Mazarrón una playa, y habiéndose elevado aquí la categoría de la Aduana, no se concibe que haya sido suprimida la plaza de director de Sanidad, obligándose á los buques á tomar esta última en Mazarrón, con pérdida de tiempo y de dinero.

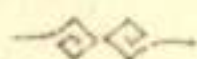
—Verdad es —añadió mi interlocutor—que para impedir que continuase situación tan absurda, un médico de la localidad ha querido prestar generosa y gratuitamente el servicio suprimido; pero ya comprenderá usted que no tiene razón el Gobierno para obligarnos á vivir de limosna.

—No se quejen ustedes—repliqué yo—porque con eso de las economías, hay otros muchos pueblos que viven de milagro.

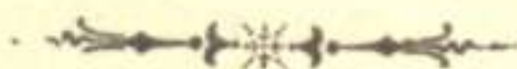




# LORCA



## DE INCÓGNITO.—LAMENTACIONES



La línea férrea de Aguilas á Lorca es, si no la mejor, una de las mejores que tenemos en España.

De atrevido trazo—que domina sin violencia pendientes considerables—la vía está asentada con tan perfecta seguridad, que la locomotora se desliza por los carriles sin producir sacudidas, ni trepidación apenas en los vagones que arrastra; y en cuanto al material móvil, bastará decir que los carruajes de primera clase son exactamente iguales á los *Sleeping-car* de los trenes *Sud Express*—circunstancia que no recarga el precio del billete—para que pueda formarse idea de la comodidad y el lujo que por tal concepto proporciona á los viajeros la empresa del ferrocarril mencionado.

En el tren destinado á conducirnos á Lorca ocupaban el *break* de cola el director del movimiento y un antiguo empleado de la Compañía, ingleses ambos, si bien el segun-



do casi español, en fuerza de larga residencia entre nosotros, y por cercano parentesco, además, con un querido compañero nuestro de periodismo. Tener dichos señores noticia de que viajábamos en el mismo convoy y obligarnos con sus corteses excitaciones á trasladarnos al *break*, fueron cosas simultáneas y que hubimos de agradecerles mucho, pues gratamente entretenidos con su amena conversación, se convirtieron en instantes las horas que exige el recorrido entre las dos mencionadas ciudades. Ellos mismos, sin embargo, dando á intervalos tregua al placer que con sus interesantísimos informes nos proporcionaban, nos invitaron á contemplar la extensa y hermosísima vega de Lorca, prolongación de la de Murcia, verde, lozana y fértil como esta última, y si no más bella, quizás presentando aspectos más variados, por las diversidades de la producción y por los accidentes del terreno.

Llegamos á la estación: en ella saludamos á un querido y respetable amigo—D. Eduardo Argenti, presidente del Consejo de Administración de la Compañía—y acto continuo nos trasladamos á la fonda de *La Roja*, absolutamente solos, Lázaro y yo, pues al decidirnos á salir de Aguilas convinimos en viajar, si era posible, *de incógnito*, para evitar molestias á las personas que con anticipación nos habían expresado el deseo de que les anunciásemos nuestra llegada, para recibirnos en el andén.

Por esta vez—única en nuestra expedición—se habían cumplido nuestros propósitos.

Pero, sí, ¡buenos son los lorquinos para impedirles que sean corteses, cariñosos y hospitalarios con los forasteros!





Tras cortos momentos de reposo dejamos nuestras tarjetas al conocido republicano Sr. Fernández Soria—que se hallaba en el campo—y visitamos, después, á mi distinguido amigo particular D. Francisco Pelegrín, jefe del partido conservador y alcalde que ha sido de Lorca durante muchos años y en varias ocasiones.

El Sr. Pelegrín, que nos acogió con el cariño y la cordial llaneza que en él son cualidades distintivas, dió inmediatamente noticia de nuestra presencia en Lorca á sus mejores amigos—y cuenta que los tiene muy buenos en todos los partidos—con lo cual y con nuestra visita á las redacciones de *El Diario de Avisos*, *El Demócrata* y *El Constitucional*, á las pocas horas de nuestra llegada, éramos inmerecido objeto de expresivas demostraciones de simpatía por parte de gran número de personas que tienen en la populosa ciudad influencia y prestigio, por su posición ó por su fortuna.

Una de ellas, concedora como la que más de la situación de Lorca en todos sus aspectos, apremiada por mí para que me expusiese á grandes rasgos el estado y las aspiraciones de la localidad, se sirvió hacerme rápidamente el siguiente *croquis* que casi, casi reproduzco de una manera textual:

«—Por la enormidad de los encabezamientos forzosos de consumos que hasta hace pocos años obligaba la ley á aceptar á Lorca; por la venta de su gran riqueza en bienes



de Propios, que enajenó el Estado sin entregar al Municipio siquiera la equivalencia en láminas de su 80 por 100 y por las retenciones casi nunca interrumpidas de sus rentas y arbitrios, el Ayuntamiento de Lorca es, indudablemente, de los más pobres de la provincia, porque con necesidades y gastos de gran población, tiene menos ingresos que otros Municipios mucho más insignificantes.

Mientras no se practique—añadió—la debida liquidación de créditos con la Hacienda y se levanten las retenciones, que ahora han llegado á su grado máximo—puesto que ascienden casi á la totalidad de los ingresos—la situación es de tal naturaleza, que imposibilita por completo la vida municipal; y mucho más difícil aún, por la avariciosa recaudación de la Delegación de Hacienda. De todas estas cuestiones se ocupa con asiduidad en Madrid el diputado á Cortes y jefe del partido liberal en Lorca, don Raimundo Ruano, quien procura persuadir al Gobierno de la injusticia con que se procede respecto de esta desventurada ciudad.

Aparte de ese punto—capitalísimo para Lorca—son de gran interés, también, el referente al Pantano; el de la instalación en la localidad de un regimiento de caballería; el de la creación de una Escuela agrícola; el de la construcción de la vía férrea estratégica de Cartagena á Lorca, y el de la realización de las obras de defensa contra las inundaciones, proyectadas por el ingeniero D. Ramón García.

Crea usted—dijo, para terminar, mi ilustrado interlocutor—que no por pretender todo esto se piden gollerías, pues Lorca—que entre casco y radio reúne una población



de 65.000 almas—bien merece que se la atienda en cuanto de equitativo y justo tienen sus reclamaciones; y justo y equitativo sería cumplir lo que dispone la división territorial militar vigente, y el dotar de buenos capataces agrícolas á una comarca que de la agricultura vive, y el poner, en fin, para siempre al amparo de los desastres que las inundaciones producen, esos hermosos campos y esos millares de laboriosos obreros que tan pingües ingresos proporcionan al Tesoro público.



Por breve ausencia del señor vizconde de Huerta, desempeñaba interinamente el cargo de alcalde presidente del ayuntamiento el acaudalado comerciante D. Antonio Sánchez Manzanera, quien se conquistó desde luego nuestras simpatías y con ellas gratitud imperecedera, por las delicadas atenciones que nos prodigó antes y después del regreso del alcalde propietario.

En cuanto á este último no sé cómo expresarle con la indispensable fidelidad el reconocimiento que le debemos por las deferencias con que se sirvió honrarnos inmediatamente después de su llegada á Lorca: aristócrata sin afectación, caballero cumplidísimo y antiguo periodista curtido en las luchas de la política madrileña, el vizconde de Huerta fué para con nosotros el amigo y el compañero, extraño por completo á la tiesura ceremoniosa de la autoridad por él representada.



U n alcalde, en fin, para los representantes de *El Liberal*, que ni hecho de encargo.

—¿Qué le parece á usted—le pregunté yo—que deberíamos hacer mañana?

—Pues, á mi juicio—contestó—ocuparse en primer término de las cuestiones que se refieran al Pantano; visitar después los establecimientos y lugares más notables de la ciudad; comer luego conmigo, y enterarse, últimamente, de lo que significan aquí los bandos denominados *blancos* y *azules*.

—¿Bandos políticos?

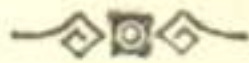
—¡Ca, no, señor! Bandos... sacramentales: la Biblia en acción y el dinero á carretadas.







## EL PANTANO.-- CURIOSIDADES.-- BANQUETE



Como obra de hidráulica notabilísima, tiene el Pantano de Lorca universal reputación, que ha puesto el sello de la notoriedad á la bien sentada fama del ilustre ingeniero D. Francisco Prieto, autor del proyecto y director del gigantesco muro que represa las aguas del devastador Guadalentín.

A fines del siglo XVIII se construyó en el mismo lugar en que se ha levantado el actual otro dique, con dirección tan desacertada, que produjo una de las catástrofes más espantosas que registra la nefanda crónica de las inundaciones en nuestra patria: aplicado á la edificación el sistema de pilotaje, no por un ingeniero, sino por uno de esos prácticos que confunden los atrevimientos de la rutina con los inflexibles principios de la ciencia, pudo más que el muro de contención la inmensa pesadumbre de las aguas, las cuales, abriendo en él con empuje incontrastable espantoso boquete, se desbordaron por la comarca, asolando cuanto encontraron á su paso y produciendo la



muerte á más de setecientas personas. Aún existen en Lorca algunos ancianos que se estremecen de terror al recuerdo de la catástrofe del 30 de Abril de 1802, día en que acaeció el tremendo suceso á que me refiero.

Una empresa particular se propuso reconstruir el Pantano, obtuvo la indispensable autorización y encomendó la ejecución de las obras al Sr. Prieto, que las comenzó en 1876 y que cinco años después—aunque no enteramente concluidas—las puso en condiciones de que pudiesen reportar utilidades á los concesionarios: éstos habían tenido que luchar, y luchaban aún, con las resistencias de otros propietarios de aguas, con las antipatías de no pequeña parte de la población agrícola y con lo costoso de las obras; pero prometiéndose un resultado pingüe, las prosiguieron hasta su completa terminación, suceso que ocurrió hace próximamente ocho años.

Sobre veintidós metros de cimiento se eleva en otros cuarenta y cinco el muro de contención, cuyo espesor en la base es de setenta y dos metros y de cuatro metros ó poco más en su coronamiento. Los aliviaderos establecidos en ambos costados, el torreón interior construido para dar paso á las aguas claras, los túneles interiores abiertos en la roca para que funcionen las compuertas, las prensas hidráulicas destinadas á los desagües, todo lo que constituye, en fin, la inmensa fábrica y sus accesorios indispensables es notabilísimo y de lo más perfecto que se conoce en este género de defensas hidráulicas; y así era necesario que fuese para que el Pantano pueda hacer una represa de *cuarenta millones* de metros cúbicos de agua, en que se contienen los ríos Vélez y Churrillas, que, como afluentes,



forman el famoso Guadalentín, caudal que se va mermando poco á poco, pues ya—según afirman las personas que mayor competencia tienen en la materia—el fondo de la presa contiene unos seis millones de metros cúbicos de tarquín ó légamo que allí se depositan envueltos entre piedras y troncos de árboles, que en su violento curso arrastra el río.

Las aguas claras del Guadalentín eran de propiedad particular, á la que la empresa constructora del Pantano reconoció—como no podía menos—su derecho, concediéndole e 350 litros por segundo, con arreglo al aforo legal hecho al verificarse la concesión de la obra. Pero ni los propietarios de dichas aguas quedaron satisfechos ni tampoco los terratenientes que beneficiaban sus campos con los tarquines de río y que obtenían por este medio un excelente abono para sus haciendas. De ahí que surgieran grandes diferencias entre la empresa del Pantano, que cerró sus exclusas, y los terratenientes y propietarios de las aguas, con grave daño para todos, pues ni la primera sacaba utilidad alguna al considerable capital invertido, ni los segundos se beneficiaban con las aguas de su propiedad, ni los últimos, finalmente, daban á los campos que cultivaban el riego que exigían.

En tal estado las cosas, y comprendiendo todos que éstas iban de mal en peor, se han decidido á buscar un acomodamiento, existiendo ya un principio de inteligencia merced á las patrióticas iniciativas del conde de San Julián y del sabio ingeniero D. Vicente Garcini, representantes, respectivamente, de los regantes y de la empresa explotadora del Pantano.



De desear es que aquellas cuestiones—á que con su excitación constante ha contribuido mucho el Sr. D. Francisco Pelegrín—tengan resultado satisfactorio, y que una vez alcanzado merezcan de parte del Gobierno favorable acogida, pues los poderes públicos habrán de entender, de alguna suerte, en la transacción que convengan la empresa del Pantano, los terratenientes y los propietarios de las aguas.



Una rápida visita á las dependencias del Ayuntamiento nos proporcionó la satisfacción de examinar numerosos y notables códices de Alfonso X *el Sabio*, que concedió grandes privilegios á los lorquinos por su esfuerzos y sacrificios en las luchas entre cristianos y moros, durante el período de la Reconquista.

Sucesivamente vimos, después, la antigua Colegiata, hermoso templo puesto bajo la advocación de San Patricio; la iglesia de Santa María, también muy bella, y el Santuario de Nuestra Señora de las Huertas, en que se venera á la Patrona de Lorca, y al que nos dirigimos en cómodos y elegantes faetones del vizconde de Huerta y de D. Simón Mellado, secretario del Ayuntamiento. La tradición asegura que en el lugar en que la ermita está emplazada estableció su campamento D. Alfonso X y que la Santa Imagen es la misma que llevaba siempre el citado rey sujeta al arzón de su caballo.

Recorrimos luego las alamedas que forman los alrede-



dores de la ciudad—y que es de lo más hermoso que tiene Lorca—el magnífico puente sobre el río, y á cuyo opuesto lado se encuentra el barrio de San Cristóbal—varias veces totalmente inundado, con gravísimo riesgo de sus 14.000 habitantes—y visitamos, por último, algunas de las fábricas de paños y de mantas, que por lo sólido del tejido tienen en España general y justificada reputación.

La inspección más detenida fué la que hicimos en la Casa de Beneficencia, establecimiento en que están concentrados el Hospital, la Inclusa, un Asilo de Huérfanos y Escuelas gratuitas y de pago, á cargo de Hermanas de San Vicente de Paul—de que es superiora sor Vicenta—y de una Junta de Patronos que preside con celo y caridad laudables D. Mariano Pelegrín y de que es secretario el sacerdote D. Eduardo Díaz.

La Casa de Beneficencia no tiene más ingresos que una renta de 12.000 pesetas y los que proporciona la inagotable caridad del pueblo lorquino. Solo así se comprende que pueda atender á tantas y tan diversas necesidades.



Al espléndido banquete con que en su casa nos honró el señor vizconde de Huerta, asistieron, además del anfitrión, los Sres. Pelegrín (D. Francisco), jefe del partido conservador; Leonés (D. Julio), antiguo jefe del partido liberal; el jefe de la zona, coronel Jaquetot; Mellado (don Simón), secretario del Ayuntamiento; Mellado (D. Francisco), Espejo, Menduiña, Manzanera, Beltrán y Plañol.



También asistieron el Sr. Ferra, director de *El Diario de Avisos*, y los Sres. López (D. Antonio y D. Mariano), director y redactor respectivamente de *El Demócrata*, compañeros cariñosísimos, que durante nuestra permanencia en Lorca nos abrumaron con su cortesía y sus atenciones.

En la conversación, que sustituyó á los brindis, se hizo constar que alrededor de la mesa se hallaban representados todos los partidos políticos, en prueba del carácter que el dueño de la casa quería que imprimiese su delicado obsequio á los representantes de *El Liberal*.

—Pero ¿y los blancos y los azules?—preguntarán algunos.

—Pues los blancos y los azules vienen á ser como dos cofradías que echan la casa por la ventana en las procesiones de Semana Santa, rivalizando en novedad y en lujo para presentar en ella episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento. Las personalidades más notables del sexo fuerte y hasta las señoritas más bellas y distinguidas de la ciudad componen los *pasos*, vistiendo trajes en que se emplea verdadero derroche de rasos, terciopelos, brocados, encajes, bordados de oro y plata y cuanto puede, en fin, significar la aplicación de cuantiosos desembolsos: muy pocos de dichos trajes cuestan á quienes con ellos se engalanan menos de dos á tres mil pesetas, y hay no pocos, en cambio, cuyo precio oscila entre veinte y treinta mil reales.

*Blancos y azules* hacen sus preparativos con el mayor sigilo, cada bando con el propósito de sorprender á su contrario, llegando en este punto hasta un grado de exageración verdaderamente inconcebible; nadie podrá creer—



y es, sin embargo, exactísimo—que á un novio *azul*—por ejemplo—se le prohíba la entrada en la casa de su prometida, si es *blanca*, mientras se lleva á cabo la confección de los trajes.

De tal emulación, de aquel choque de rivalidad—que presentan en las calles ochocientos ó mil personajes bíblicos, vestidos con propiedad y lujo asombrosos—resulta que las procesiones de Lorca ofrecen un aspecto extraño, pero grandioso, hasta el punto de que no se conoce en ninguna otra población espectáculo semejante.

Después de examinar dos ó tres docenas de magníficos trajes en casa del *azul* y propietario, D. Julián Cuenca, y luego en la del *blanco*, Sr. Pelegrín, pregunté á los jefes de ambos bandos, D. Andrés Munuera y D. Simón Mellado, respectivamente:

—¿Pero esto representa un esfuerzo extraordinario?

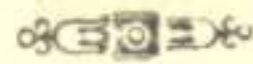
—Sí, señor—me contestó uno de ellos y confirmó el otro—se registran no pocos casos de *blancos* y *azules* que se arruinan.

—Vamos, sí; unos y otros se quedan del mismo color; la vanidad los pone verdes.

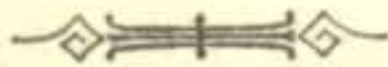




# TOTANA



## LO DE SIEMPRE—TRISTEZAS Y ALEGRÍAS



A las siete de la mañana tomamos en Lorca el tren, siendo despedidos en la estación por gran número de antiguos y modernos amigos: media hora después nos hallábamos en Totana, sorprendiéndonos encontrar en el andén á quince ó veinte personas que nos aguardaban, y que para disipar nuestra extrañeza nos manifestaron haberles participado un amigo de Mazarrón el momento de nuestra llegada.

No eran desconocidas para mí todas aquellas personas, al contrario; con algunas de ellas, como, por ejemplo, Vicente Fuenmayor—hermano del senador del mismo apellido, abogado distinguidísimo y registrador de la Propiedad en Totana—y como Joaquín Cayuela—sobrino de mi querido compañero Arimón—me unen vínculos de estrecha amistad desde hace no pocos años.



Así fué que con la presentación hecha por ambos de nosotros y con la simpática y comunicativa franqueza que para recibirnos cordialmente nos dispensaron los demás, á los pocos minutos nos hallábamos como en nuestra propia casa, esto es, libres de todo concepto rebuscado y de toda etiqueta ceremoniosa.

Y no hubo más remedio que *dejarse querer*, ocupar los cómodos carruajes que nos tenían preparados, tomar excelente chocolate, á pulso de bizcochos en la fonda de «La Marina»—donde nos visitó el alcalde, D. Antonio Rojas Pérez—y salir inmediatamente para visitar la población y los edificios notables que contiene.

Son estos últimos—particularmente—la hermosa iglesia de Santiago, el Hospital de la Caridad, en que se hallan asilados doce hombres y doce mujeres, y en que reciben enseñanza doscientos niños, bajo la dirección de cinco Hermanas de San Vicente de Paul, y la Cárcel celular, notable desde el punto de vista del objeto á que se destinaba, y que está sin estrenar, porque precisamente cuando la terminó el Ayuntamiento á costa de grandes sacrificios, el Gobierno suprimió el juzgado de Totana, dejando á la Municipalidad con tres palmos de narices y al sentido común en la más primitiva de las desnudeces.

Demasiado lejos el santuario de Santa Eulalia, patrona de la villa—situado en la falda de la sierra de Espuña—hubimos de contentarnos con contemplar la sagrada imagen, que con motivo de una solemnidad religiosa se hallaba en la parroquia, donde asimismo pudimos admirar algunas esculturas de Salcillo, como casi todas las suyas, maravillosas.



Al medio día nos trasladaron á la magnífica posesión de campo que en la espléndida y bellísima vega tiene el distinguido hombre público y acaudalado totanero D. Justo Aznar, donde Bonifacio Martínez, dueño de la fonda de «La Marina», nos sirvió un almuerzo que mis amigos Fornos no se ofenderán si digo que nada tenía que envidiar á los que ellos dan en su justamente reputado establecimiento.

Alrededor de la mesa tuvieron asiento el exalcalde y doctor en medicina D. Antonio Camacho—iniciador de las obras del Hospital y la Cárcel—los poetas D. Antonio Osete y D. Emilio Mora; el abogado D. Joaquín Garrigas; el propietario y administrador de los Sres. D. Justo y D. Angel Aznar, D. Francisco Cayuela; D. Vicente Fuenmayor, registrador de la Propiedad; D. Gonzalo Musso, director de la política liberal en Totana; D. Antonio Miras, abogado y secretario del Ayuntamiento; D. Juan Antonio Soriano, director del colegio de segunda enseñanza; D. Juan Arnao, contador del Ayuntamiento; D. Vicente Cánovas, propietario, y D. Joaquín Cayuela.

No hubo brindis. El amor y los relojes de plata sobredorada se parecen en que con el uso descubren la materia de que se forman: á los brindis les sucede algo semejante; para no echarlos á perder es necesario no usarlos.

Hubo solo—y Dios se lo premie á tan cariñosos amigos—frases de entusiasta elogio para *El Liberal* por su campaña en las provincias y algunos halagüenos desperdicios para sus representantes en Totana.

Con lo cual queda dicho que nos supo á gloria el *plus-café* de aquel espléndido banquete.





Ocupémonos ahora de las cuitas y pesadumbres que la Administración Central causa á los desdichados totaneros dignos, por todos conceptos, de mejor suerte.

Son incalculables los perjuicios que la supresión del juzgado de primera instancia ha producido á la villa, sin ventaja alguna para el Estado. Quizás no llegue á 2.500 pesetas la economía—puesto que el juez quedó disfrutando medio sueldo y era insignificante el de los alguaciles—mientras que el Erario pierde más del doble de aquella suma por baja en la matrícula industrial y en las de los abogados y procuradores, que hallándose ligados al país por otros vínculos, no han podido trasladarse á las capitales en que se ha establecido la jurisdicción.

Pero, aun dejando aparte la pérdida para el Estado de más de diez mil pesetas por aquellos conceptos y aun no estimando que el fin de la supresión queda así completamente baldío, los daños producidos son, bajo otros varios aspectos, de evidente consideración.

De gran antigüedad la tradición, hacia del juzgado de Totana uno de los distritos que merecían de parte del Gobierno mayor respeto, pues debió tener en cuenta que además del gran número de asuntos civiles que tramitaba—como lo demuestran sus estadísticas—y de la importante suma que por papel sellado ingresaba en el Erario público, era la capitalidad natural de los pueblos que lo compo-



nían, por la facilidad de las comunicaciones y por la costumbre inveterada de concurrir á ella los comarcanos.

Suprimido el juzgado, van desapareciendo también muchas industrias establecidas á su amparo; y Totana que languidece, se duele, con razón sobrada, de aquella injustificadísima medida, con el deseo de que sus lamentos lleguen, no sólo á los oídos, sino al ánimo y á la rectitud del señor ministro de Gracia y Justicia.

Veremos si los totaneros logran que los escuche el señor Maura.

Que habrá de atenderlos, si no tiene el corazón—como dice el cantar—de bronce ó peña.



Otra historia de lágrimas.

En 1890 le era imposible á Totana hacer efectiva la cuota de 80.000 pesetas que por consumos, sal y alcoholes satisfacía. Interpuso recurso, demostró que el núcleo principal de población no alcanzaba la cifra de 8.000 habitantes, y recayó una real orden rebajando la cuota para el Tesoro á 49.000 y pico de pesetas; así, el Ayuntamiento, estableciendo el recargo de 100 por 100, podía vivir, aunque con no pequeñas dificultades.

Pero una segunda real orden, dictada con fecha 23 de Febrero del año que acaba de expirar, restableció la cifra de 80.000 pesetas, como cupo para el Tesoro, haciendo de todo punto imposible la vida municipal, y dando lugar, además, á la sorpresa de que una misma Administración



diga en el transcurso de solos dos años dos cosas diametralmente contrarias entre sí y verdaderamente monstruosa la última, porque en esos dos años Totana, no sólo no ha ganado, sino que ha perdido mucho por la supresión del juzgado y por otras causas, siendo, por consecuencia, imposible que tenga actualmente más habitantes que cuando demostró que no tenía más de 8.000.

El Ayuntamiento, claro es, se ha alzado interponiendo, no ya uno, sino dos diferentes recursos, elevados al ministro de Hacienda y al delegado de la provincia respectivamente; pero la Administración, que tiene oídos de tísico para saber en dónde suena el dinero del contribuyente, se hace la sorda á los clamores del Municipio de Totana, que no sabe ya á qué santo encomendarse para que se le diga el por qué del inopinado y arbitrario cupo que por consumos se le ha señalado últimamente.

¿Se habrá quedado sordo, también, el nuevo ministro de Hacienda, Sr. Canalejas y Méndez?

Sería un dolor que persona tan importante empezase á tener ahora achaques de sordera.



Aún hay más. Hay en Totana otra cuestión importantísima; la venta por el Estado de tres lotes de montes, asunto que, según todas las apariencias, constituye un verdadero escándalo.

Yo no sé cómo decir que, con arreglo á mis notas de viaje, aparece que en esas ventas se han enajenado á par-



ticulares montes de propios, que valiendo de 80 á 100.000 pesetas, han sido adjudicados en 7.700, y que para llegar á este resultado se han alterado los linderos, dando á aquellos una cabida casi triple de la señalada.

Pero como ya lo he dicho, mal que bien, añadiré que los montes enajenados se hallaban exceptuados de la venta, por pertenecer al señalado con el número 32 en el catálogo rectificado que se publicó en 20 de Abril de 1890, y con destino á formar parte de la zona de repoblación de la cuenca del Segura, por virtud de diversas disposiciones legales.

Por supuesto, también para resolver este punto ha recurrido el Ayuntamiento á los ministros de Fomento y Hacienda, al gobernador, al jefe del distrito forestal, á la Comisión de repoblación de montes... ¡qué sé yo! Pero sólo ha podido elevar un voto de gracias al ingeniero jefe de esta última, por las gestiones hechas para mantener los fueros de la justicia; los demás, nada; á pesar de los meses transcurridos, únicamente han dado la callada por respuesta.

De manera que Totana se encuentra, por un lado, con una Administración que no oye, y por otro, con una Administración que no habla.

Un caso patológico de sordomudez digno de los tiempos del alcalde Ronquillo.



No sé si los dolores son—como de los gatos dice el refrán—pardos por la noche; pero el hecho es que los tota-



neros, dando tregua á sus pesares, en obsequio á *El Liberal*, improvisaron en el Casino una amenísima velada, embellecida con la presencia de un ramillete de preciosas señoritas, en que el genial Emilio Mora y el inspirado Osete recitaron hermosas poesías, y en que, además, el ingeniosísimo y distinguido *Sportman*, D. Francisco Cayuela, convirtió las horas en instantes, dirigiendo, de una manera magistral, un sexteto de cítaras, bandurrias y guitarras.

«I a del alba sería»—ó poco menos—cuando terminaba tan agradable reunión, de la cual me separé protestando mentalmente de Fray Luis, cuando dice:

«—Qué descansada vida,  
la del que huye el mundanal ruido.»

Yo llevaba dieciocho horas sin decir *este sueño es mío*, y, nada tan campante!

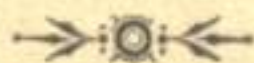
Hasta me dolía el que no pudiera volver á empezarse aquella fiesta con que nos despedía la cortés y cariñosa sociedad de Totana.







# JUMILLA



## DE MURCIA Á BLANCA.—COMISIÓN OFICIAL



Para trasladarnos desde Totana á Jumilla era indispensable que pasáramos y nos detuviéramos—aunque fuese por pocas horas—en Murcia, ciudad que nos recibió esta vez desplegando ante nuestros ojos todos los esplendores de su cielo y todas las galas de su poderosa Naturaleza.

Aunque el atractivo era inmenso, no podíamos prolongar, y no prolongamos, efectivamente, nuestra estancia en la capital más que el tiempo indispensable para dirigir, por medio de nuestras tarjetas, saludo afectuoso á las personas que se habían dignado distinguir con sus deferencias á los representantes de *El Liberal*; y aquel acto ineludible de cortesía lo realizamos en los momentos mismos en que nos trasladábamos á la estación del ferrocarril, para evitar las molestias de una despedida en el andén á tantos y tan cariñosos amigos como dejábamos en Murcia.



Dos de ellos, sin embargo, se apercibieron de nuestra resolución y se confabularon para que, en cuanto á ellos, por lo menos, dejara de cumplirse: Ricardo Sánchez Madrigal, ingeniero de minas y poeta inspiradísimo, laureado en uno de los certámenes literarios celebrados en Madrid, de acuerdo con el ilustrado corresponsal de *El Liberal* en Murcia, Sr. Perni García, decidió que ambos se constituirían á nuestro lado hasta que nos instalásemos en el tren; y así lo hicieron, para regocijo nuestro, que no olvidaremos jamás estas palabras de Sánchez Madrigal, pronunciadas en el instante de arrancar la locomotora:

«—Aunque solo somos dos, crean ustedes que para recordar y despedir cariñosamente á *El Liberal*, todo Murcia está con nosotros.»



Llegamos á la estación de Blanca, situada á seis leguas de Jumilla, puntos enlazados entre sí por una carretera de tercera clase.

Aquella distancia, y las molestias de un viaje relativamente largo y penoso, no impidieron que se encontrasen en el andén, para recibirnos, los Sres. D. Roque Martínez y D. Juan Guillén, en concepto de avanzada de la Comisión de la Cámara Agrícola que más adelante habríamos de encontrar, y que por acuerdo de la Corporación tenía encargo de acompañarnos.

En efecto; una hora antes de llegar á Jumilla, y en el lugar del camino denominado por su topografía *El Puer-*



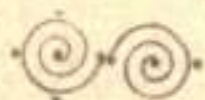
to, vimos—aunque cerrada la noche—á la claridad de los faroles de los carruajes, que cuatro ó cinco de estos últimos rodeaban el nuestro y que quince ó veinte personas se interesaban por saludarnos y por saber si habíamos realizado felizmente nuestro viaje; allí estaban el alcalde, Sr. Palazón Ramirez; el diputado provincial, D. Francisco Palazón Tomás; el presidente de la Cámara Agrícola don Alejandro García de la Riva, y los individuos de la misma Corporación D. Antonio Palencia, D. Pedro Jiménez López, D. Baltasar Abellán, D. Silvano Cutillas, D. Cándido Trigueros, D. Miguel Alvarez Castellanos, D. Dionisio Abellán y otros varios cuyos nombres siento no haber logrado retener en la memoria.

Alegremente continuamos todos el viaje hacia Jumilla, donde al llegar nos obsequió la Comisión de la Cámara Agrícola con una espléndida cena, á que concurrieron también el alcalde y el diputado provincial anteriormente citado.

Terminado el banquete nos trasladamos todos al domicilio social de la mencionada Cámara, donde el Sr. García de la Riva hizo nuestra presentación, señalando de paso la importancia que, á su juicio, envolvía la campaña de *El Liberal*; y como manifestación de gratitud por esa campaña y de aprecio hacia el periódico, propuso—y quedó acordado por unanimidad—que se expidiese á los representantes del diario madrileño el título de socios honorarios.

Dí las gracias de la mejor manera que pude, y guardé en el fondo del alma profundo reconocimiento por el cariño con que la Cámara Agrícola de Jumilla honraba á *El Liberal*.





Al día siguiente nos vimos favorecidos con la visita de una Comisión del Círculo Obrero, al frente de la cual figuraba el presidente de la Asociación, D. Constantino Porras Tomás, quien se sirvió invitarnos á una velada que en el domicilio social debía verificarse aquella misma noche.

No hay para qué decir si aceptaríamos la invitación con verdadero reconocimiento.

Más tarde quiso honrarnos, visitándonos también, el señor barón del Solar de Espinosa, hermano político del señor Cánovas del Castillo, que tuvo la atención de pedirnos que al siguiente día le acompañáramos á su mesa. Esta distinción, una vez realizada, nos proporcionó la dicha de ofrecer nuestros respetos á la bella y distinguidísima Fuensanta González Conde, esposa del anfitrión y dama en que se compendian armónicamente la elegancia, la discreción y la hermosura.

Crean los barones del Solar, que los representantes de *El Liberal* conservarán siempre gratísimo recuerdo de las placenteras horas pasadas en su casa.

El resto del día lo invertimos visitando todo lo que de notable encierra Jumilla: el Ayuntamiento, hermoso edificio construído expresamente para Casa Consistorial; el teatro, que es precioso, semejante al de la Comedia de Madrid—si bien más reducido—y que se levantó en el inverosímil plazo de treinta días; el Asilo de Ancianos, sostenido por la caridad pública y en que se albergan dieciocho hom-



bres y diez mujeres, al cuidado de Hermanas de San Vicente de Paul, dirigidas por la superiora, sor Manuela de la Saleta; la parroquia de Santiago, magnífico templo de que es cura propio el ilustrado sacerdote D. Joaquín Abellán, y en que se admiran, entre otras obras de arte notables, un retablo de Juan de Juanes, dos soberbios lienzos de Rubens, varias efigies de Salcillo, de la que es verdadera maravilla de ejecución un Crucificado, y el órgano, magnífico, que nos hizo oír el profesor Sr. Hierro, ejecutando magistralmente varios fragmentos de música sagrada.

En esta piadosa excursión tuvimos el placer de que se unieran á nuestros perennes y cariñosos acompañantes de la Cámara Agrícola, el cura de la iglesia del Salvador, don Juan Cerezo, y el capellán D. Joaquín Manuel Ruiz, respetables sacerdotes que dispensaron expresivas manifestaciones de simpatía á los representantes de *El Liberal*.

Por último, visitamos las hermosas bodegas de los señores Palazón, Guillén (D. Vicente), Martínez (D. Roque) y Trigueros (D. Cándido), todas ellas amplísimas, perfectamente distribuídas y disponiendo de cuantos elementos modernos exigen las diversas industrias aplicables á la vinificación.

Quisimos conocer, además, la importancia que en Jumilla se concede á la instrucción pública, y supimos, con verdadera satisfacción, que en dicha ciudad no se debe un céntimo siquiera á los maestros, y que existen cinco escuelas públicas de niños en que se da la primera enseñanza, ampliada con nociones de geometría, geografía, historia de España, industria y comercio y conocimientos comunes de ciencias naturales; una escuela de párvulos, otra



de adultos, dos clases nocturnas, para adultos también, y una, en fin, recién inaugurada y que ha establecido en su propio local el **Círculo Obrero**.



Estimulado por varios jumillanos, el propietario don Juan Guardiola Ibáñez, dispuso la construcción de un edificio en que pudiera instalarse un proyectado **Círculo de Obreros**.

Terminado el local en Agosto de 1893, se constituyó legal y definitivamente la **Sociedad** en 30 de Septiembre, nombrando: *presidente*, á D. Constantino Porras; *vicepresidente*, D. Antonio Pérez; *vocales*, D. Pascual Pérez Guerrero, D. José Guardiola, D. Agustín Juan Herrero, don José Morales y D. Pedro Tomás Bernal; *tesorero*, D. Pedro Torres, y *secretario*, D. Ricardo Crespo Martínez.

A los pocos días de constituido el **Círculo** contaba con más de cuatrocientos socios, atraídos por el doble aliciente de la protección mutua y de la instrucción, fines verdaderamente importantes en una ciudad en que es numerosísima la clase proletaria.

Uno de los primeros acuerdos tomados por la Junta directiva, á propuesta de su presidente, fué el nombramiento de los Sres. D. Julián Ortiz, D. Salvador Bernabeu y don Juan Francisco Cutillas, para evacuar las consultas y representar gratuitamente á los asociados en los asuntos judiciales y civiles que tuviesen que ventilar dentro de la localidad.



Además se acordó la formación de un registro de braceros é industriales y otro de carruajes y caballerías, con objeto de proporcionar trabajo á unos socios y á otros facilidades y comodidad, siempre que necesiten utilizarse de aquellos servicios.

Por último, la Junta se propone crear una Sociedad Cooperativa y clases de dibujo lineal y de figura, contando para atender á los desembolsos que los diversos servicios del Círculo ocasionan, con el generoso concurso del dueño del edificio, Sr. Guardiola Ibáñez, que ha fijado un precio de arrendamiento verdaderamente insignificante.

Defiriendo á la invitación del Sr. Porras Tomás, acudimos aquella noche al Círculo; el local estaba atestado, figurando entre los concurrentes casi la totalidad de los obreros asociados y de las personas distinguidas de la localidad, que también contribuyen al sostenimiento del Círculo.

El presidente hizo nuestra presentación: pronunciaron breves y elocuentes discursos el joven abogado D. José Guardiola Valero y el reputado médico D. Roque Martínez; recitó una preciosa poesía el Sr. Guardiola Molina; dimos las gracias los representantes de *El Liberal* y se acordó por aclamación honrarnos con el título de socios honorarios.

Y no terminaron con esto las manifestaciones de aprecio con que nos distinguió el Círculo Obrero, pues á la siguiente noche nos obsequió—por encargo suyo—la banda municipal con una serenata, habilísimamente organizada por el director D. Baldomero Santos.

Como se vé, ni podía hacer más el Círculo Obrero para



honrar á *El Liberal*, ni los representantes de este periódico cosa mejor—después de agradecer en el alma aquellas atenciones—que procurarse algún descanso en desquite de día tan accidentado,

Pensando en que al día siguiente sería preciso ocuparse con predilección de las cuestiones que mayor interés inspiran á los jumillanos.

Y nos dormimos, repitiendo yo mentalmente la frase que está siempre pendiente del ánimo y de los labios de todo buen español:

—«Mañana será otro día.»







## ASPECTO. — PRODUCCIÓN. — NECESIDADES



Tiene Jumilla tan extenso término, que su capacidad superficial excede de mil kilómetros cuadrados.

El extraordinario movimiento que en la industria vinícola produjeron el Tratado con Francia y la pérdida de los viñedos, en el mismo país, por la invasión de la filoxera, dió motivo para que los agricultores de la comarca se consagrasen especialmente al cultivo de la vid, dedicándole unas trescientas mil hectáreas, de las cuales—y con objeto de dar mayores facilidades á aquella producción—fueron arrancados muy cerca de ciento cincuenta mil olivos.

Por desgracia, la denuncia del Tratado y la repoblación de sus viñedos, conseguida por los agricultores de la República vecina, cortó repentinamente aquel movimiento, esterilizando los esfuerzos de los jumillanos, para quienes aquella fuente de prosperidad se convirtió en manantial inagotable de sinsabores y desventuras; pocos, muy pocos



de ellos fueron suficientemente cautos para retener algo de lo mucho conseguido en la lucrativa tarea de vender á precios fabulosos el áspero caldo de la uva á medio pisar; la mayoría de ellos, á semejanza de los vinicultores de Villena, Yecla y demás comarcas productoras, invirtieron lo ganado—y tal vez algo más—en el ensanche y mejora de sus fincas, sin imaginar que el descenso de la demanda y en los precios se verificase de manera tan rápida como inopinada. De ahí que no pequeño número de labradores, bodegueros y exportadores de vinos quedasen—al terminar el Tratado de 1882—totalmente arruinados.

Jumilla, sin embargo, quedaba en relativas condiciones de defensa: sus olivares—muy nutridos todavía—su producción en cereales, y sobre todo sus espartos, que brotan en cuarenta ó cincuenta mil hectáreas de monte, y que en concepto de sobrantes proporcionan al común de vecinos de 140 á 150.000 quintales anualmente, han hecho que la situación económica de los jumillanos resulte menos desastrosa que la de sus convecinos, siquiera se encuentren respecto de ellos en peores condiciones desde el punto de vista de la exportación, circunstancia que recarga sus productos, y que les imposibilita de sostener la competencia con los similares de las regiones comarcanas.

Si los jumillanos—que no satisfacen ninguno de los recargos correspondientes á los impuestos, porque se sufragan con el producto de sus montes—hubiesen establecido las industrias aplicables á la elaboración de los espartos, habrían resuelto, seguramente, un problema transcendental para aquel proletariado: dicha elaboración—que habría de hacerse en la época comprendida desde la terminación



de la trilla hasta el comienzo de la vendimia, es decir, cuando el jornalero carece de ocupación—distribuiría unos cincuenta mil duros entre las clases obreras; y consignada la cifra, no es necesario esforzarse para ponderar los beneficios que la explotación de aquella industria reportaría á la masa general de la población trabajadora de Jumilla.



En este sentido y en todos aquellos que se refieran al sostenimiento y defensa de los intereses peculiares del término de Jumilla, gestiona con actividad infatigable la Cámara Agrícola constituida en dicha ciudad, organismo importantísimo—único de su clase en las regiones murciana y alicantina—que en varias ocasiones ha tomado provechosas iniciativas favorables á las conveniencias de la agricultura y con particularidad á la producción vinícola.

Ejemplo evidente y no lejano es lo que la Cámara Agrícola de Jumilla logró cuando el Sr. Gamazo se propuso modificar el impuesto de consumos relativamente á los vinos. Ella fué la que dió la voz de alarma y la que consiguió que la secundaran todas las regiones vinicultoras, para imposibilitar la aplicación de una ley á todas luces perjudicial é impracticable.

La Cámara ha instituido, además, una Caja de Ahorros, con el principal objeto de librar á los agricultores de las garras de la usura, acostumbrándoles, por otra parte, á dar á la economía el valor y la importancia que tienen para las clases trabajadoras.



La citada Caja de Ahorros que se debe—y justo es consignarlo—á la iniciativa de D. Albano Martínez Molina, aunque de reciente fundación, ha realizado ya en 1894 operaciones por más de 40.000 pesetas, lo cual demuestra la favorable acogida que ha merecido de parte de los agricultores jumillanos.

Por de contado, tanto el Sr. Martínez Molina, como los Sres. D. Silvano Cutillas, D. Emiliano Jiménez, D. Vicente Guillén, D. José María Palazón y D. Baltasar Abellán, individuos de la Junta directiva de la Cámara, y los señores D. Cándido Trigueros, D. Miguel Alvarez y D. Dionisio Abellán, que los auxilian, ejercen sus funciones en la Caja de Ahorros con verdadero entusiasmo y sin retribución alguna, cosa que consigno con mucho gusto, no solo por deferir á las indicaciones del digno presidente de la Cámara, Sr. García de la Riva, sino también, por propio impulso, pues bien merece los honores de la publicidad, siquiera, el servicio inmenso que con su abnegación y desinterés prestan aquellos señores á los labradores de Jumilla.



Se encuentra esta población entre las líneas férreas de Alicante y Cartagena, pero separada de ellas, en todos sentidos, por una distancia nunca menor de treinta kilómetros.

La única vía de transporte que existe es la carretera á que me he referido anteriormente, y que enlaza con la de Albacete á Cartagena; en estas condiciones se hace, por



consecuencia, dificilísima la exportación, que resulta extraordinariamente recargada y sin posibilidad de competir con la producción de Yecla y Villena, por ejemplo, que siendo comarcas limítrofes y semejantes en riqueza agrícola, están situadas, respectivamente, sobre dos diversas líneas férreas.

Es, por consiguiente, de conveniencia indiscutible para Jumilla, la construcción de la carretera de Hellín al Pino-so—pasando por dicha población—carretera comprendida en el plan general de las del Estado, y que sería de pequeño coste, tanto por la configuración del terreno, como por poderse aprovechar las dos leguas comprendidas entre Hellín y la Venta de Minatela; es decir, que lo que Jumilla pide es que se construyan dieciocho kilómetros de carretera, absolutamente indispensables para dar mediana facilidad á la salida de sus productos.

Pero con ser esto indispensable, lo urgentísimo, lo que únicamente podría sacar de su postración á Jumilla, sería la construcción de un ferrocarril de vía estrecha que la pudiese en comunicación, bien con Yecla, para aprovechar la línea de Alicante; bien con Cieza, que le proporcionaría enlace con la vía férrea de Madrid á Murcia y Cartagena.

Los jumillanos saben que solicitar esto del Gobierno sería lo mismo que pedir peras al olmo; y porque tienen ese convencimiento se preocupan mucho del asunto, para penetrarse de si pueden ó no acometer por sí propios tan importante empresa; y no creo estar muy distante de la verdad, si aseguro que los jumillanos están en buen camino para salirse con la suya.

En resumen: Jumilla, que se defiende un poco, merced



á lo que le producen sus espartos y á sus destilerías de alcoholes y de aguardientes—aunque gravadas de manera abrumadora éstas dos últimas industrias—podría desenvolver su riqueza peculiar y gozar nuevamente de algunas prosperidades, si se concertase un buen Tratado con Francia, si se modificase el impuesto de consumos, y si los jumillanos tuviesen propensiones más pronunciadas en el sentido de fortalecer el espíritu de asociación. Hay en Jumilla elementos muy valiosos y capitales considerables, que si se uniesen para fines de común interés, reportarían —aparte del propio provecho—á la citada ciudad, inmensos beneficios.



La ermita de Santa Ana está situada en una de las más elevadas mesetas de la sierra vecina, á una hora próximamente de Jumilla y al cuidado de una comunidad de frailes franciscanos, que atienden al culto del pequeño templo y que reciben con la mayor cordialidad á los viajeros que se deciden á visitarlos.

En las inmediaciones de la ermita, contemplando la hermosa vega de Jumilla y favorecidos por un sol esplendoroso que templaba las heladas brisas de la montaña, los amigos de la Cámara de Comercio encargados de festejarnos—y que quisieron cumplir hasta el último momento su cometido de manera incomparable—nos obsequiaron con



un excelente almuerzo, preludio agradabilísimo de una sensible despedida.

Una prueba más de lo cercano que el dolor se halla siempre del placer.

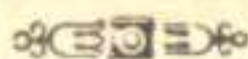
Y de lo penoso que para nosotros fué separarnos, pocas horas después, de nuestros cariñosos amigos de Jumilla.







# YECLA



## POR TRÁNSITOS DE JUSTICIA



Cuatro leguas de carretera separan á Jumilla de Yecla.

A la mitad del camino y casi en la divisoria de los términos de ambas poblaciones, nos detuvo un grupo numeroso de vecinos de Yecla que acababan de apearse de los carruajes que hasta aquél lugar los habían trasladado—y que iban escoltados por el jefe del puesto de la benemérita Sr. Escribano—guapo mozo por cierto—acompañado del guardia D. Francisco Tomás.

Formaban el grupo el alcalde D. Pascual Andrés Sánchez, presidiendo una Comisión del Ayuntamiento compuesta de los tenientes primero y segundo D. Eduardo Morales Martí y D. Pascual Morales Ortuño, del síndico D. Juan J. Cusac, del concejal D. Jesús Muñoz López y del secretario D. Epifanio Ibáñez Alonso. Figuraban, además—representando á todos los partidos políticos—los señores don



José Azorín, diputado provincial, D. Juan Serrano Martínez Corbalán, D. José Guardiola, D. Pedro Spuch Lacy, D. Antonio Polo, D. Ricardo Tomás, D. Juan Azorla Rubio, D. Lorenzo Payado Castaño, D. José Jiménez, D. José Rojas, D. Miguel Azorín Ortega, D. José Torregrosa, don Fausto Ibáñez Maestre, D. Pedro Alcántara Puche, D. Fernando Marco, D. Juan Albert, D. Enrique Muñoz, don Francisco Redondo, D. Alfonso y D. Rogelio Azorín Navarro y D. Roque Forte.

Como no bajaban tampoco de veinte los jumillanos que nos acompañaban, al reunirse todos estrechándose las manos fraternalmente, cambiando frases ingeniosas y confusos entre quince ó veinte carruajes, cuyos tiros, agitando sus colleras, producían alegre campanilleo, el cuadro que ofrecían por aquella parte los límites del término de Jumilla no podía ser más animado, bullicioso y encantador.

El alcalde de Jumilla, Sr. Palazón, á quien asesoraban en este momento el presidente de la Cámara Agrícola, señor García de la Riva, Roque Martínez, Juan Guillén y otros varios de los cariñosos amigos de aquella población, hicieron solemne entrega de nuestras personas al alcalde y Comisión del Ayuntamiento de Yecla, por ante la pareja de la guardia civil, que por excitación de la autoridad mencionada se comprometió á no perdernos de vista por si intentábamos evadirnos y á velar por nuestra integridad individual en caso de peligro.

Disolvióse el grupo entre abrazos y saludos, rodaron los carruajes por la carretera, devolviendo á los jumillanos á sus respectivos hogares, y en el coche del Sr. Polo, Lá-



zaro, y en el del Sr. Azorín, yo, llegamos una hora después á Yecla, escoltados por numerosos vehículos.

Fué una entrada en la ciudad aparatosa, brillante, casi, casi solemne: momentos hubo en que llegué á figurarme si *El Liberal!* sería el presidente del Consejo de ministros ó un poquito más todavía.

¡Buena reliquia la de *El Liberal!* Pero, por Dios, no recuerden ustedes cierta fábula de Samaniego.

Porque la reliquia la llevábamos nosotros, y... ¡vaya! no es cosa de compararnos con el portador de las que menciona el fabulista.



¡Magnífico almuerzo en la *Fonda Catalana!* Sentáronse á la mesa cuantos nos habían acompañado, visitándonos, además, el simpático capellán D. Francisco Ibáñez, el médico D. Antonio Iniesta, y los Sres. D. Francisco Esteve, D. Antonio Muñoz y D. Francisco Tomás Andrés, entre otros varios cuyos nombres no recuerdo.

La fiesta gastronómica se repitió por la noche con mayor espléndidez, si cabe, que al medio día, teniendo por remate una serenata con que nos obsequió la banda municipal dirigida por el notable músico, aventajadísimo alumno del Conservatorio, D. Jesús Amores.

Fueron dos festines á lo Baltasar, sin templos ni anatemas; pero en los que rebosaron la cordialidad y la alegría.





Era preciso aprovechar el tiempo y en cuanto almorzamos nos pusimos en movimiento para visitar cuanto de notable encierra la ciudad yeclana.

Vimos, en primer término, la Basílica de la Concepción —hermoso templo parroquial— de que son cura y arcipreste, respectivamente, los respetables sacerdotes D. Juan Cusac y D. Juan Ibáñez. La iglesia, que verdaderamente es magnífica, contiene varias esculturas de Salcillo y un órgano reputado como el mejor en toda la provincia, á excepción del de la catedral de Murcia, y que maneja notablemente el Sr. D. Cenón Ortuño.

Fuimos, después, al teatro—que es muy bello;—á las bodegas de los señores D. Enrique Cruzado y D. José Azorin; á las magníficas destilerías de D. José Puche Vicente, Rodríguez Molero, Diaz Paiao y García Hermanos, todas notablemente instaladas; al Ayuntamiento, al Matadero, al Asilo de Huérfanos y últimamente al Asilo de Pobres, en que las Hermanitas de los pobres, bajo la dirección de Sor Josefa del Corazón de María y teniendo por capellán á D. Francisco Castaño, cuidan de cincuenta acogidos, entre hombres y mujeres, con el cariño y la abnegación que son proverbiales en aquellas santas religiosas.

Dejamos luego nuestras tarjetas á los presidentes del Círculo Autónomo, del Casino Liberal y del Casino Primitivo—centro neutral de reunión para cuatrocientos socios—y cuyo presidente, D. José Martí, en unión del secreta-



rio, D. Antonio Muñoz, se sirvió guiarnos para que visitáramos el local, que es realmente amplísimo y elegante.

Nuestra última visita fué dedicada al soberbio edificio en que se hallan establecidas las Escuelas Pías, de que es rector el ilustrado y digno sacerdote D. Hipólito Guíjarro.

El orden y el método que dominan en el establecimiento, son admirables; las clases—que abarcan la primera y segunda enseñanza y que ordinariamente utilizan de quinientos á seiscientos alumnos—están perfectamente dispuestas y provistas del material indispensable para producir una educación acabada. Los gabinetes de Física é Historia Natural son de lo más completo que puede exigirse en establecimientos de esta índole, y las cátedras de Agricultura y de Geografía, respectivamente, dirigidas y fomentadas por los PP. Roca y Palao, hacen cumplido honor á este importante centro de enseñanza.

En cuanto al resto del profesorado, sabido es cómo lo eligen los hijos del Santo José de Calasanz; los ignorantes y los tontos están siempre excluidos de todo servicio que represente el movimiento progresivo de la ilustración y de la cultura de la inteligencia.

El rector me rogó que *El Liberal* pidiese al señor ministro de Fomento un auxilio de mil pesetas para completar con algunos instrumentos indispensables el Observatorio Astronómico del establecimiento.

Y allá va la súplica—respetable por su origen—y valga por lo que valiere.





Yecla—que tiene una población de cerca de 20.000 almas—produce en su campo vides, olivos y esparto, en proporción semejante á Jumilla, si bien el último ramo no constituye, como en esta población, un elemento importante de riqueza para el vecindario.

Los yeclanos—que también arrancaron 150.000 pies de olivo para plantar cepas—sufren las mismas privaciones y sienten las mismas necesidades que toda la gran región vinícola de que forman parte. Referir sus males equivaldría á repetir cuanto he dicho de Jumilla y de Villena, porque sus intereses y sus quebrantos son idénticos.

En Yecla, también, para producir alcoholes se quema mucho vino; pero los impuestos que gravan aquélla fabricación hacen poco menos que imposible la industria de la destilería, circunstancia que no impide que se siga explotando, pues de no destilar, los yeclanos se verían precisados á tirar el vino que de sus cosechas obtienen.

La situación general del vecindario—que es malísima—hace difícil la vida municipal, agobiada, además, por los apremios de la administración que, en cambio, no quiere liquidar con el Ayuntamiento, segura de que resultaría fuertemente alcanzada.

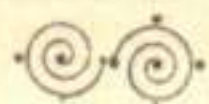
Y en cuanto á medios de comunicación, tampoco Yecla reúne las facilidades que debería tener, pues no consigue que se saque á subasta la carretera—ya aprobada—del Pinoso y que ha de ponerla en relación con la general de Ocaña á Alicante. Esa subasta, verificada en estos meses de invierno, representaría un gran alivio para las clases trabajadoras de Yecla, que se mueren de hambre; y puesto que está incluida en el plan general y terminados los estu-



dios, nada mejor haría el señor ministro de Fomento que disponer aquella subasta.

Además, para que Yecla estuviese en buenas condiciones—desde el punto de vista de transportes—le vendría mucho enlazar con la vía férrea de Bañeras y que se variasen los servicios en dicha línea, pues tal y como se hallan establecidos actualmente, imposibilitan á los yeclanos para ir y volver á Alicante dentro de un mismo día, toda vez que se han reducido á uno solo los antiguos trenes de viajeros, y ese con salida para dicha capital á las cuatro de la tarde.

Lo menos que debería hacerse—ya que no establecer dos expediciones para enlazar con los correos ascendente y descendente de la línea general—sería conceder autorización para que los trenes de mercancías llevasen viajeros: proceder de otra manera—como ahora sucede—es desatender por completo el servicio público y procurar un perjuicio para el Estado mismo, que administra en la actualidad la línea férrea de Bañeras.



Para que se completase de manera gratísima nuestra breve estancia en Yecla, el diputado provincial Sr. Azorín, improvisó en su casa una reunión, que comenzó poco después de las diez de la noche, para terminar á las dos de la madrugada. A ella asistieron—formando bello ramillete de preciosas muchachas—las señoritas Carmen, Paca, Concha y Pilar Azorín, hija la primera y sobrinas las de-



más de los dueños de la casa; Dolores, Carmen y Elvira Polo; Avelina, Teresa y Angeles Muñoz; Lola Carpena, Manuela Soriano y Delfina Ibáñez, además de las señoras doña Pascuala y doña María Azorín y doña Angeles Navarro.

Varias de las citadas señoritas y algunos individuos del sexo fuerte—que también tenía numerosos representantes—hicieron música, bailándose después algunos valeses y rigodones.

A mí, cuando contemplaba á aquellas preciosas criaturas girar rápidamente alrededor de la sala, alegres y sonrientes, solo se me ocurrió, con Hartzenbusch:

«—Te ví en el baile, me miré al espejo:  
¡ay qué rabia me dió de verme viejo!»

Y á la tarde siguiente, en la divisoria de los términos de Yecla y de Jumilla, el alcalde de aquella ciudad, con las solemnidades y séquito de la primera vez, hizo entrega de nuestras personas al alcalde de Jumilla y comisionados de la Cámara de Comercio de la misma población, á presencia de la pareja de la guardia civil.

Habíamos hecho, en consecuencia, un viaje redondo, por tránsitos de justicia.

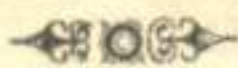
Pero de la justicia que consuela y no de la que fiscaliza y condena.

Es claro: de antemano sabían unos y otros que los representantes de *El Liberal* éramos inocentes.

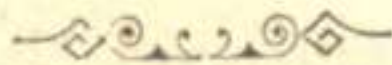




# CIEZA



## EL ESPÍRITU Y LA MATERIA



Sin arredrarse por el frío—que se dejaba sentir con intensidad—ni por la doble jornada de seis leguas—contando ida y vuelta—nos acompañaron hasta la estación misma de Blanca, en representación de la Cámara Agrícola de Jumilla, los Sres. D. Silvano Cutillas y D. Pedro Jiménez, que en manera alguna consintieron en dejar de cumplir tan solícito cuanto cariñoso deber de cortesía.

Debían transcurrir dos horas antes de que pasase el tren correo ascendente, y para entretenerlas nos refugiamos junto al hogar de un ventorro fronterizo á la estación, y cuyo dueño goza en toda la comarca fama de excéntrico y ocurrente; él mismo refiere que hizo hablar en español á un inglés que parecía no saber, siquiera, una palabra de castellano; el hijo de *la nebulosa Albión*—como dicen los poetas—ordenó al ventero con ademán imperativo que le diese agua, la cual le fué servida en el acto y sin réplica, en vaso limpio y transparente, hasta cierto punto.



Pero al freir fué el reir, porque el ventero, al preguntarle el otro por señas cuánto le debía, le contestó, por el mismo procedimiento, exigiéndole un duro:

—«¡Ladrón!»—exclamó el inglés, poniendo término á la mímica.

Y por lo visto, á sus conocimientos en la hermosa habla de Cervantes.



En el tren iban con dirección á Cieza el abogado y rico propietario de dicha ciudad, D. Juan Pérez Martínez, y el director de *El Palenque*, de La Unión, don Herminio Aguilar.

Habíase anticipado el primero á todo el mundo para rogarnos, por telégrafo, que aceptásemos hospedaje en su casa, y yo—que procuro siempre eludir cortésmente esta clase de invitaciones—acepté, por dos motivos, independientes de la gratitud que la oferta merecía: el primero, porque siendo el Sr. Pérez Martínez un canovista á outrance, aquel acto suyo de delicadeza marcaba la significación, enteramente extraña á la política, de la campaña de *El Liberal*; y el segundo, porque no era cosa de desairar á persona tan generosa y distinguida, cuando nuestra permanencia en Cieza no debía prolongarse más allá de veinticuatro horas.

Nos aguardaban en la estación gran número de personas distinguidas, entre las que figuraban los republicanos más caracterizados de la localidad, y á quienes me consi-



deré obligado á explicar las causas que nos impedían no aceptar el hospedaje con que nos brindaban: yo debía dar, y daba, la prioridad al que la tenía, sin perjuicio de agradecer en el alma á mis correligionarios sus cariñosas excitaciones.

Ocupamos el carruaje que se nos tenía preparado, bajó arrastrado por poderoso tronco la extensa cuesta que separa á Cieza de la estación de la vía férrea, y diez minutos después—ya bien cerrada la noche—nos honrábamos sentándonos á la espléndida mesa del Sr. Pérez Martínez, aturdidos y embelesados por las delicadas, al par que francas y sencillas atenciones, con que nos abrumaban el dueño de la casa y su amable esposa.



Dormí y soñé. Mi espíritu—que había recogido cuidadosamente en múltiples y vigorosas impresiones, apasionados relatos de las bellezas de Cieza—se dilató en el espacio, extendióse más allá de los muros de mi habitación, inundó los ámbitos etéreos que envolvían á la gallarda ciudad y besando con sutil rozamiento la vecina sierra de la Atalaya, evocó á los manes tutelares de la afortunada comarca, que obedientes al conjuro abandonaron en tropel la cuadrada torre del vetusto castillo señorial, iluminados por los esplendorosos rayos de la luna.

Y vinieron hacia mí, y me dijeron:

«—Mira: nosotros somos el espíritu de Cánovas del Cas-



tillo, esencia de su ser, satélites impalpables, sutiles é imperceptibles del astro superior que aquí todo lo rige y todo lo dispone: nosotros, sumisos á sus órdenes, llevamos á esa vega la fertilidad, la hermosura y la abundancia; ensanchamos la ciudad, derribando cuanto es obstáculo á su embellecimiento; levantamos de nueva planta esbeltos edificios que destinamos—con envidia de muchas capitales—á Casa Consistorial, á Centro de Telégrafos y Correos, á Escuelas modelo, á Asilo benéfico, á Cárcel celular y á Matadero público; formamos jardines y paseos, en que las flores con su aroma y los árboles con su frondosidad, prestan solaz á la materia y expansiones al ánimo; agrupamos armónicamente esas limpias y cómodas viviendas, alineándolas en calles donde no encuentran lecho ni el calcinado polvo del estío, ni el corrosivo légamo de las lluvias invernales; nosotros, en fin, realizamos todavía un milagro mayor: hacemos que la administración municipal se desenvuelva de manera ordenada y regular, sin que suenen excesivamente airados los clamores de aquéllos á quienes tenemos condenados á perpetuo desvalimiento...

»No lo olvidés: todo eso que tú ves, no es otra cosa que el espíritu de Cánovas.»

Se desvanecieron los manes tutelares de Cieza, se recogió mi espíritu inundando mi cerebro de extrañas fantasías y agitaron mi cuerpo nerviosos sacudimientos: me había despertado é imaginaba que seguía soñando.

¡Ah! ¡Los sueños! ¿Podrán ser en alguna ocasión presentimientos, que más tarde se adapten á las formas tangibles de la realidad?

No lo afirmaré; pero aseguro que el mío no se disipó en



absoluto, cuando algunas horas después completaba con los ojos las alucinaciones del pensamiento.



No sé si en Cieza hay pocos ó muchos conservadores; pero lo indudable es que hay gran número de canovistas, cosa que no debe extrañarse, teniendo en cuenta que el Sr. Cánovas atiende con marcada predilección á cuanto á dicha ciudad interesa, y á que veintidós años consecutivos de dominación han tenido que hacerle, por necesidad, infinitos prosélitos.

Las demás parcialidades políticas—y muy particularmente los republicanos—cuentan con elementos valiosísimos y con personalidades directivas de gran importancia: allí están, para no desmentirme, el opulento banquero don Juan López Gil, jefe del partido centralista; D. Félix Templado, reputado médico, que dirige las huestes federales, y D. Miguel Amoraga, acomodado industrial, presidente del comité republicano progresista; pero con valer tanto y con reunir tantos medios de acción las agrupaciones á que me refiero, no pueden contrarrestar con eficacia el predominio canovista, entronizado en Cieza por el hábito de una dominación indefinida; y lo que digo de los partidos republicanos, puede aplicarse también, y con mayor extensión, al fusionista, de que es jefe el respetable y antiguo magistrado D. Isidoro Gómez Marco.

Y no hay que darle vueltas: mientras subsistan las causas que determinan aquella situación, republicanos y libe-



rales, aherrojados y violentamente sometidos, habrán de repetir en Cieza las fatídicas palabras de *El Infierno*, del Dante:

«—Perded toda esperanza.»



El amor y la protección que á Cieza dispensa el señor Cánovas del Castillo no han sido suficientemente fuertes para estorbar que la Hacienda apriete los tornillos económicos á su población predilecta.

En Diciembre último se dió traslado á aquel Ayuntamiento de una real orden en que se fija al pueblo por cupo de consumos 70.883 pesetas, esto es, 6,50 pesetas por habitante, considerando el número de éstos en 10.905, é incluyéndole, por consecuencia, en la cuarta clase de la escala fijada en la ley de Presupuestos de 1888.

Cieza viene pagando por cupo de consumos 45.000 pesetas, estando comprendido en la clase tercera de la mencionada disposición, pues si bien es exacto que el número de sus habitantes es el de 10.905, también lo es—y así lo demostró cuando le fué elevado el cupo en 1888—que el mayor núcleo de su población es el de 7.915, correspondiendo, por lo tanto, pagar á cada habitante de 4,50 á 3,75 pesetas.

Ya el cupo actual se satisface trabajosamente, y para que no se llevara el impuesto por administración y hubiese algún postor en la subasta, fué preciso hacer esta última



por tres años nada más y guardar después al rematante todo género de facilidades y consideraciones.

El Ayuntamiento ha entablado recurso contra el aumento del cupo y ha designado una Comisión, compuesta del jefe del partido conservador, D. Francisco Martínez y González, de su hermano D. José, alcalde de Cieza, y del abogado y secretario de la Corporación, D. Pascual Martínez Pareja, para que gestione en Madrid la recta aplicación de las disposiciones legales.

Pero ¡bah! si no toma el asunto por su cuenta el señor Cánovas, lucidos quedarán los comisionados.



Cumplimos el ineludible deber de visitar á los jefes de todos los partidos políticos: satisfacimos el deseo que se nos expresó de que viéramos las fábricas de esparto de don Ramón Capdevila, D. Joaquín Gómez y D. Juan Marin: asisimos á un banquete verdaderamente espléndido con que quiso despedirnos el Sr. Pérez Martínez, y al que asistieron varias de las personas más significadas de la población: dionos en su casa exquisito café el comandante de infantería Sr. Grau del Castillo, siéndonos galantemente servido por su bella esposa, á quien auxiliaron en tan cortés tarea el coronel de la reserva de Lorca D. Antonio Crespo y el capitán D. José Senante, y nos trasladamos inmediatamente á la estación del ferrocarril para regresar á



acrid—dando término á nuestra expedición—en el tren correo ascendente.

El andén ofreció un espectáculo por todo extremo consolador: confundidos en numeroso y apretado grupo, allí se encontraban las personalidades de mayor relieve en todos los partidos políticos de Cieza, en demostración de que el interés común está por encima de las pasiones de bandería y de que nadie daba á la campaña de *El Liberal* otra significación que la tiene realmente.

Los jefes de los partidos conservador, progresista, federal y centralista, el alcalde, el secretario y varios concejales del Ayuntamiento, el tradicionalista Sr. Capdevila, los Sres. Marín Blázquez, Crespo Martínez, Marín, García (D. Domingo), Grau, Giner, Senantes, Oliver, Camacho, Amoraga, Marín (D. José), Ros, García (D. Sinforiano), Rubio (D. Natalio), y otros muchos que me es imposible recordar, dieron á los representantes de *El Liberal* una cariñosa despedida, que no se borrará jamás de nuestra memoria.

Como no se borrará, tampoco, el recuerdo de la expresiva y generosa hospitalidad con que nos honró el Sr. Pérez Martínez.



Y el tren marchó, encaminándose al lugar que debía devolvernos á nuestros hogares, á nuestras afecciones perpetuas, á nuestros habituales deberes en los órdenes del



trabajo; lo ansiaba el alma, y sin embargo, el cuerpo parecía rebelarse contra la inevitable separación de tantos y tan hermosos cuadros con que la Naturaleza había recreado nuestros sentidos, de tantos entusiastas y generosos amigos que con efusión habían estrechado nuestras manos...

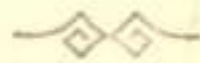
El misterio eterno: la lucha perdurable entre el espíritu y la materia.







ALCOY <sup>(1)</sup>



EN EL "CHALET," DE ESPÍ.---FUERZA ELÉCTRICA



Fué ayer domingo, día que en todas partes, y muy particularmente en los grandes centros obreros, se consagra al descanso; amaneció nublado y lluvioso—lo cual no impidió que la gente de buen humor, en número considerable, se trasladase en trenes y en carruajes de todas las formas á la feria del vecino pueblo de Concentaina —y aquí, en la ciudad, nos quedamos los temerosos de reumatismos y los que teníamos que hacer algo mejor que dar tumbos por la carretera, embanastados en una tartana, ó tomar por asalto un carruaje en la estación del camino de hierro.

Pasar por Alcoy y no saludar á Espí, equivaldría, para

---

(1) Un error de ajuste ha impedido que esta Carta figure entre las dirigidas á EL LIBERAL desde Alcoy, habiendo sido necesario, por consecuencia, para no suprimirla, colocarla en este lugar, con menoscabo de la Geografía y del buen orden que en un libro debe presidir para este género de trabajos.—(N. del A.)



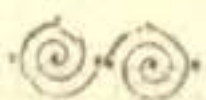
los que en elevada ó en humilde esfera vivimos en el ambiente de las artes y de las letras, un delito de lesa buen gusto, que me propuse no cometer desde el punto mismo en que salí de Alicante; pero el ilustre músico, anticipándose á mis propósitos y con una cortesía acreedora á mi profunda gratitud, se adelantó á visitarme, aunque con la mala fortuna, para mí, de no hallarme en el Hotel en aquellos momentos.

Eran el deber ineludible, el deseo vehemente y la ocasión propicia, por lo cual, en compañía de varios cariñosos amigos, me dirigí al *Chalet* que Espí se ha hecho edificar—y que aún no está completamente terminado—á menos de un kilómetro de la ciudad y sobre una colina á la izquierda de la carretera de Valencia.

No puede imaginarse construcción más bella, ni situación más pintoresca que las del mencionado *Chalet*. Afecta el edificio la forma poligonal, con amplia escalinata de dos tramos en su base; álzase gallardo hasta un segundo piso, alternando en su fábrica el ladrillo con el granito, y rompe cada una de las fases de la figura geométrica espaciosa galería defendida por elegante balconaje, que dispuesto como encantado mirador, presenta, á vista de pájaro, en el fondo á la ciudad, más cerca el elevado puente que enlaza un profundo barranco cubierto de arboleda, y en cuyo fondo se desliza uno de los afluentes del Serpis, y al pie mismo del observador los terrenos accesorios á la finca, que formando anchas fajas en zig-zag y simulando colosales escalones, comienzan en huerta y terminan en jardín, sobre el cual se asienta el *Chalet*, cercado por un inmenso ramillete de flores.



Esta ha sido este año y será en los sucesivos la estación veraniega de Espí, que reside habitualmente en Valencia: ave encadenada por el arte, en la necesidad de vivir enjaulada, para que puedan llegar á los humanos sus melodías se ha fabricado un nido semejante á un pequeño paraíso.



Diez minutos después de estrechar la mano al eminente maestro, inundaron su cuarto de estudio muchos de sus amigos y á la vez entusiastas admiradores, quienes le pidieron que nos hiciese oír á todos algunos fragmentos de sus partituras *Aurora* y *Horacio*, ambas completamente terminadas.

Espí no se hizo rogar:

«—No quiero—dijo—desperdiciar la oportunidad que se me presenta de obtener *una ovación desinteresada.*»

Y la obtuvo, en efecto, cantando y acompañándose al piano, varios números bellísimos de la comedia lírica *Horacio* y algunos otros, también, de *Aurora*, obras ambas que, llevando impreso el sello de la originalidad, tienen carácter genuinamente español y rebosan inspiración y sentimiento.

Infatigable el maestro é insaciable el auditorio, transcurrieron horas tras horas, él arrancando al teclado en raudales de armonía las creaciones de su espíritu, y nosotros recogiendo con deleite en nuestros oídos aquellas ondas sonoras que vibraban los suspiros del arte entrecortados por los besos de la fantasía.



Pero todo tiene término en el mundo: dejó de cantar el ruiseñor y nos pusimos en dispersión los mochuelos, buscando cada cual su olivo predilecto.



En uno de los breves descansos que *generosamente concedimos* á Espí, hablamos ambos del porvenir de nuestro teatro lírico y de las condiciones de adaptación que, á su juicio, deben darse en nuestra escena á la ópera española.

Espí persigue este ideal con fé inquebrantable. Contrajeron él y Chapí el compromiso de escribir dos óperas cada uno, que pudieran servir de base para hacer una tentativa, y por su parte, bien ó mal—según él dice—tiene cumplida su oferta.

Opina que el ensayo de implantar en nuestro teatro la ópera española debe hacerse modestamente tomando por base nuestras tradiciones líricas encarnadas en la zarzuela, agrandando los moldes abiertos por Arrieta, Gaztambite y Barbieri, que si dejáronse alguna vez arrastrar por el italianismo dominante en su época, hicieron mucha y muy buena música nacional, y en teatros chicos, con orquesta pequeña y sin la pretensión de entablar lucha—imposible por el momento de sostener—con las altas eminencias musicales del mundo filarmónico y de las cuales se ha escogido lo más selecto para hacer todavía más difícil toda tentativa de competencia.

«—Necesitamos por ahora—dice Espí—una ópera española *para casa de los padres*, que pueda encajar en las cos-



tumbres de nuestro público—cuyo buen gusto musical va afinándose progresivamente—y que en un plazo de diez, de quince ó de veinte años, de cien obras que se presenten deje tres ó cuatro que obtengan la sanción universal.

Pero—¡qué torpe soy!—se interrumpió diciendo el ilustre músico—aún no le he invitado á usted á que pruebe el agua de mi manantial. ¡Tengo—ya lo verá usted—el agua mejor del mundo!

Y mientras reconocía que era exacta la apreciación, ayudando con el cristalino líquido á unas deliciosas pastas servidas á sus contertulios por el mismo Espí, me hacía yo la reflexión siguiente:

—Cuarenta y tres años, naturaleza vigorosa, dicha en el hogar, fortuna considerable, pasión por el arte y espíritu creador... ¿Qué empresa que acometa dejará de realizar este excepcional y afortunado conjunto de circunstancias?



Descendamos de las nubes á la corteza terráquea, y dejando flotar por los espacios infinitos las emanaciones del pensamiento envueltas en los destellos del arte, fijemos la imaginación nuevamente en las necesidades de la materia.

Alcoy, que se preocupa con razón de que paga al Estado mucho más de lo que debe darle—achaque de que se duelen todos los pueblos de España—que se lamenta de que la Naturaleza no quiera ser pródiga—y este año mucho menos—con su población agrícola; que observa con dolor la depreciación que sufren sus edificios hidráulicos,



cuya renta ha disminuído considerablemente en el transcurso de pocos años y que estudia sin cesar el problema de las huelgas, para procurar evitarlas por medio de las Sociedades cooperativas, asociando esta empresa á la religión, eludiendo la política—que se hace sentir poco en esta ciudad—é ideando medios para garantizar el porvenir del obrero, va á contar en breve con una nueva y poderosa industria, que transformará en algunas de las existentes las condiciones del trabajo.

El llamado «Estrecho de Lorcha» es un salto de agua de veintiocho metros de altura, situado á diecinueve kilómetros—en línea recta—de esta ciudad; con un caudal mínimo de dos metros veinte centímetros cúbicos por segundo, y con una fuerza inicial, que transmitida eléctricamente, estaría representada por 800 caballos.

Para acometer tal empresa, se ha constituído en Valencia una Sociedad denominada *La Hidroeléctrica*, que ha emprendido los trabajos, y los lleva tan adelantados, que, á su entender, estarán concluídos á fines de Abril próximo, contando para lograrlo el empleo de 400 hombres, que en la actualidad tiene aplicados á las obras.

El salto de agua se distribuirá en cuatro turbinas, quedando una más de reserva, debiendo la Sociedad valenciana traer el agua hasta Alcoy en la bifurcación de los ríos Barchel y Molinar, donde se establecerá el transformador, de que se hará cargo otra Sociedad titulada *La Electricista Alcoyana*, que se halla en formación actualmente.

Aprovechada eléctricamente en Alcoy aquella fuerza, representativa ya de siete metros cúbicos por segundo, se aplicará, en primer término, á la producción de 48.000 bu-



jías por el empleo de 300 caballos, pudiendo utilizarse el resto como fuerza motriz, con una economía, por lo menos, del 30 por 100 para las fábricas y muy especialmente para las movidas por vapor.

La empresa es vasta é importantísima, y ofrecerá evidentemente, las ventajas que se proponen los que la han acometido.

Pero como no hay dicha completa, deduzco yo que si en la actualidad producen menos que producían los arrendamientos de los edificios hidráulicos, cuando las fábricas se surtan para el movimiento de su maquinaria de fuerza eléctrica, aquella propiedad descenderá en valor considerablemente.

He ahí demostrado que lo mejor es enemigo de lo bueno, y que—por sensible que sea—el bien de muchos es superior al perjuicio que puedan experimentar los menos.

Por mi parte, me humillo ante la expectativa de una descarga eléctrica de ochocientos caballos.

¡El demonio que la aguante!

FIN

